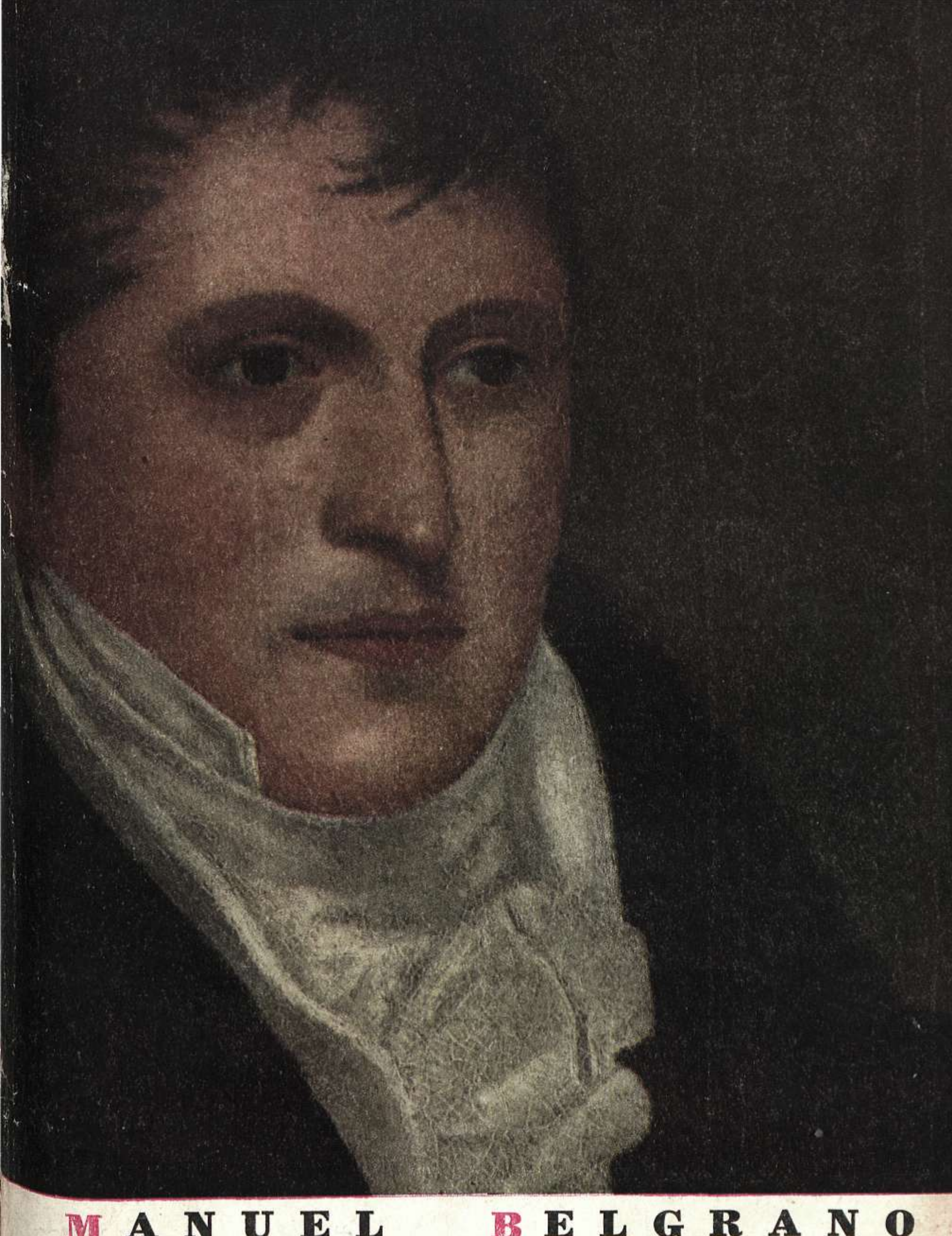


MANUEL BELGRANO

CARAS Y CARETAS

1810 • 25 DE MAYO • 1935


ACEITE PURISIMO
DE OLIVA
LA ALEGRIA
DE MI VIEJA
CUANDO SEPA
QUE ES
YBARRA!
YBARRA
LA CASA OLIVARERA MAS IMPORTANTE DEL MUNDO —



HONRA NO ES PITANZA

(CRONICON BONAERENSE DEL AÑO 1615)

Trabajo póstumo de ENRIQUE RICHARD LAVALLE

PROCURA quien te dé buena soldada — dijo, con su voz áspera, el soldado Barrionuevo. — Quítate de pensar en honores. ¡Para lo que sirven! ¿Honores? Bien me lo decía el criado del capitán Antillas: Barrionuevo, honra y provecho ¡no caben en el mismo saco!

— También lo creo así — afirmó Julián Ballesteros con decisión. — Honores, a muertos y idos...

— ¡Acertadísima ocurrencia! — celebró gozoso Barrionuevo. — ¡Honores a los muertos! Qué, pues de nada sirven, bien están para los que nada han menester.

Callaron los dos preocupados con la honda sentencia, y luego, alzando la cabeza, dijo Ballesteros:

—Bien están los honores para quienes nada necesitan. Pero... Tengo yo mujer que daría su lugar en la gloria por una migaja de honor. ¡Cabeza a pájaros! Mujer, ¡y está todo dicho!

—Tráela a razones, ¡a empellones! Que mala hembra aquella que quiere más de lo que tiene y puede. Ballesteros: si no has cruzado la ancha mar para ser virrey, mete juicio en tu mujer, si no, perderás el que tengas y te vendrán desventuras.

Ballesteros hizo un gesto que sí y que no, que nada decía, y luego dijo:

—Barrionuevo, de querer un poco menos a mi mujer, la entraba en juicio, pero... la quiero de tal suerte que hago cuanto ella quiere. ¡No rías! Es mi gusto darle gusto, y, a poderlo, le bajara el Sol para que jugara con él...

—¡Hombre! Puerca condición es para quien viene a estas tierras de Indias a buscar fortuna, embelecarse con honores. Corazón y piedad, ¡déjalos allá! Aquí, en el rudo vivir, en este andar a testarazos y saltos, ¿quién puede querer, ni ser bueno? Ballesteros, ¡desventurado te veo!

—¡A la buena de Dios! — exclamó Ballesteros. — Si en quererla soy feliz, en complacerla lo soy mucho más. ¡Allá será lo que será!

Llamaron del Fuerte, que era hora de yantar, y los amigos se separaron. Entró el soldado al Fuerte, y Ballesteros cruzó la Plaza Mayor, y por la calle vecina a Cabildo llegó a lo del capitán García Romero, alcalde ordinario.

—Dile a Su Merced que Ballesteros le procura — dijo al criado que salió a su llamar.

Presto le pasaron a la sala en que yantaba el capitán y éste dijo a Ballesteros:

—Resuelto está. Y esta tarde te llegas por Cabildo, y te haces cargo del puesto. Te nombran portero de Cabildo, con las prerrogativas y deberes que tuvo Alonso Gutiérrez, que lo era antes, y parte a Chile enviado por el señor gobernador; y te damos el mismo salario, veinte pesos por cada un año, con goce desde ayer. Con que ¡ya tienes lo que tanto anhelabas!

—¡Gracias, señor capitán! ¡Esto me viene como bendición en el trance! — exclamó Ballesteros alborozado. — ¡Mi Eufrasia estará de glorias!

—Ganado se lo tiene, que harto le ha llorado a mi mujer su deseo que fueras algo. Pues ¡algo y bastante eres! ¡Demontre! Así, como así, título es que llene el de portero de Cabildo.

—¡Gracias! ¡Gracias, señor capitán! — y alegre, como jamás lo estuviera, salió corriendo a dar la nueva.

Como no lo hiciera con más gracia el bufón más sagaz, Ballesteros hizo sentar a su Eufrasia en una butaca, y tomando distancia, como si viniera de la calle, le preguntó, saludando con grandes respetos:

—¿Vive aquí Eufrasia de Ballesteros, mujer del señor portero de Cabildo?

—¿Portero de Cabildo? — repitió asombrada.

—Como lo oyes: portero de Cabildo — afirmó él, y acercándose la abrazó con ternura, diciendo: — ¡Como tú querías! Ahora andaré entre la gente principal, y todo se me volverá hacer reverencias y decir finezas y agudezas.

—¡Ay! y qué feliz me haces, mi Ballesteros! — juró ella, abrazándole y besándole. — ¡Ahora sí que te quiero mejor y más!

Fiesta hubo en lo del portero de Cabildo, que Eufrasia quiso celebrar la honra que conferían a su marido.

Esto ocurría al quinto día del mes de agosto, para el día 18, que se reunió nuevamente Cabildo, al mediar la tarde, llegóse Ballesteros a su casa y con mucha y muy grande solemnidad llamó a la puerta:

—Entra — le gritó Eufrasia, asomando del fondo de la casa, y como éste le hiciera que no, acercóse curiosa:

—¿Quién vive aquí? — demandó Ballesteros.

—Pues ¿quién? ¡El señor portero de Cabildo! — contestó Eufrasia.

—¡Viejas noticias son ésas, y yo las traigo frescas y mejores! — exclamó Ballesteros. — Vive aquí, en la mismísima persona del portero de Cabildo, ¡el teniente de alguacil mayor y alcaide de la Cárcel!

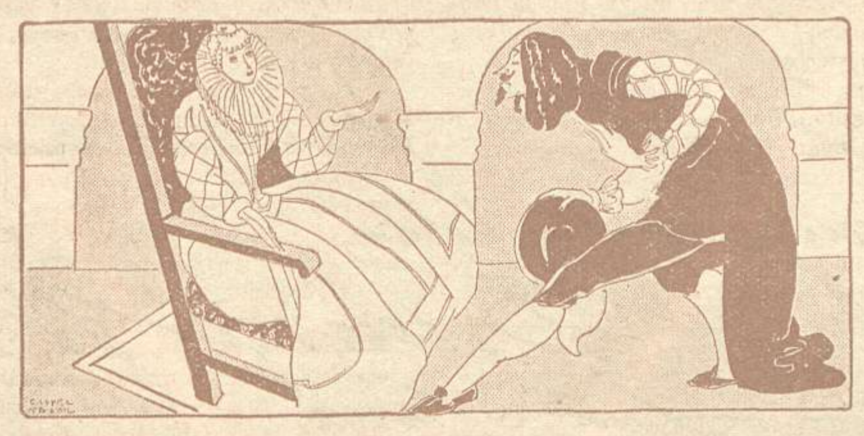
—Pero, ¿es que perdiste el juicio?

—¡Lo tengo y bueno! Lee aquí lo que vengo de pactar con esos señores — y le alargó un papel cubierto de grandes letras.

—Quita... ¡quita, que no sé leer yo! — le pidió Eufrasia, sosteniéndose en la pared para no caer al suelo de la emoción. — Pero, ¿dices verdad?

Ballesteros la tomó de la cintura, y como quién lleva a su más dulce amada, llevóla a la estancia en que yantaban y allí, con voz llena y pausadamente, le leyó lo que traía aquel papel de letras gordas:

"En la Ciudad de la Trinidad y Puerto de Santa María de los Buenos Aires, en diez y siete días del mes de Agosto del año mil y seiscientos y quince, ante mí el Escribano y los testigos suscriptos, pareció Antonio de Sosa, Alguacil de la Real Hacienda de Su Majestad, morador en esta ciudad, al cual



doy fe que conozco, y se constituyó por fiador de Julián Ballesteros que se nombra Teniente de Alguacil y Alcaide de la Cárcel de esta ciudad, y como tal, haciendo de deuda y negocio ajeno suyo, se obligó que el susodicho usará bien y fielmente los dichos oficios de Teniente de Alguacil y Alcaide de la Cárcel, y dará residencia de ellos, y asistirá en esta ciudad en tiempo de ellos, y estará a derecho antes de la residencia en lo que se le quiera pedir sobre la dicha Alcaidía, si alguno de los presos se le fueren y en ella lo estará en razón de los dichos oficios, así con el oficio de la justicia, como con las partes sobre las demandas que le opusieren, y pagara lo que contra el susodicho fuere juzgado en todos los grados e instancias donde no él, como tal su fiador y principal pagador lo pagará en reales de contado y para ello obligó su persona y bienes habidos y por haber, y para su ejecución, otorgó poder a los Justicias y Jueces de Su Majestad de cualesquier parte, y se sometió y renunció su fuero y privilegio, jurisdicción, domicilio y vecindad y la ley que dice que: el actor debe de seguir el fuero del reo, y lo recibió por sentencia definitiva del juez competente, por él pedida y consentida y no apelada, y pasada en cosa juzgada, sobre lo cual renunció todo derecho y leyes de su favor, y la general, y lo otorgó ante mí el presente. Escribano Público, y testigos Lázaro Quintero y Francisco Ruiz. Juez de Bienes de Difuntos, y Diego Pérez Moreno. Ante mí: Christoval Remón."

Ballesteros bajó el papel, y aguardó.

Eufrasia no podía hablar, la emoción la había enmudecido.

—¿Te agrada? — le demandó al fin él.

—¡Ballesteros! — dijo ella, sofocada. — ¡Qué bueno, qué santo eres! ¡Dios mío! ¡Dios mío!...—y rompió a llorar, y, cuando desahogada, pudo hablar, dijo: — ¡Eres el santo de los santos varones! — y con énfasis dijo alto: — ¡Señor portero de Cabildo! ¡Teniente de alguacil! ¡Alcaide de la Cárcel! Pues, ¡y nada! ¡Que ni el mismísimo gobernador tiene más títulos y honores!

Fiesta fué la de aquel suceso en que se bebió, vaya si se bebió a la salud de aquella pareja con tantos títulos y honores. Si por cada uno de ellos no aceptaba ella menos de una jícara colmada de buen vino de Castilla...

Eufrasia de Ballesteros. ¿Quién era más que ella? ¿Quién se ponía a su par en misa mayor? En no siendo señora...

Dos buenos meses corrieron en esta grande felicidad cuando ¡cata ahí que! el redomadísimo bribón de Antenor Perales, ladrón convicto y confeso de haber robado al capitán de Frías plata por valor de ciento y treinta pesos, en un descuido, o porque la puerta cerraba mal, huyó de la cárcel.

Luego de quince días de busca, y luego de hablar en Cabildo, volvió Ballesteros a su casa y dejándose caer en un bancal, dijo desfallecido:

—¡Terrible! ¡terrible! ¡Tenemos que pagar el robo de ese bribón!

—Pero, ¿por qué, Ballesteros?

—Bien claro lo dice mi fianza, que acabo de leer: si alguno de los presos se le fueren, pagará el daño que hicieren. Ciento y treinta pesos. El salario que, con mis títulos, junto en tres años.

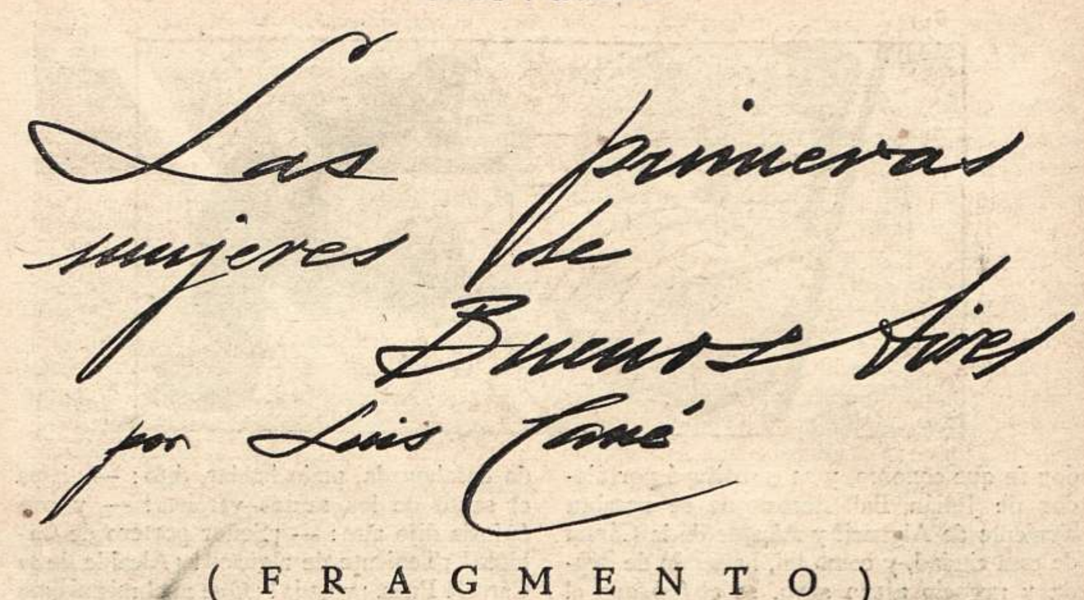
—Ballesteros, y si te los quitan, ¿con qué comeremos?

Y Ballesteros, que había aprendido a amar los honores, la miró a los ojos y la dijo, con un acento sublime:

—¡Señor portero de Cabildo! ¡Teniente de alguacil mayor! ¡Alcaide de la Cárcel! Con tantos títulos, con tantos honores ¿también hay que comer?

Eduardo Lavalle

DIBUJOS DE G. LOPEZ NAGUIL



(FRAGMENTO)

Motivo sobre una carta de Isabel de Guevara, de la expedición de don Pedro de Mendoza.



VI

Mujeres que vinieron
para poblar la tierra
de hijos que aprovecharan
la soñada riqueza,
con los hombres comparten
dolores y miseria.

Pero desde que ellos
han venido en flaqueza,
los asisten tal cual
sus propios hijos fueran.

Ellas rondan los fuegos,
traen la leña a cuestas,
curan a los heridos,
preparan las ballestas,
ponen fuego en los versos,
hacen de centinela,
dan las voces de alarma,
guisan y sargentean.

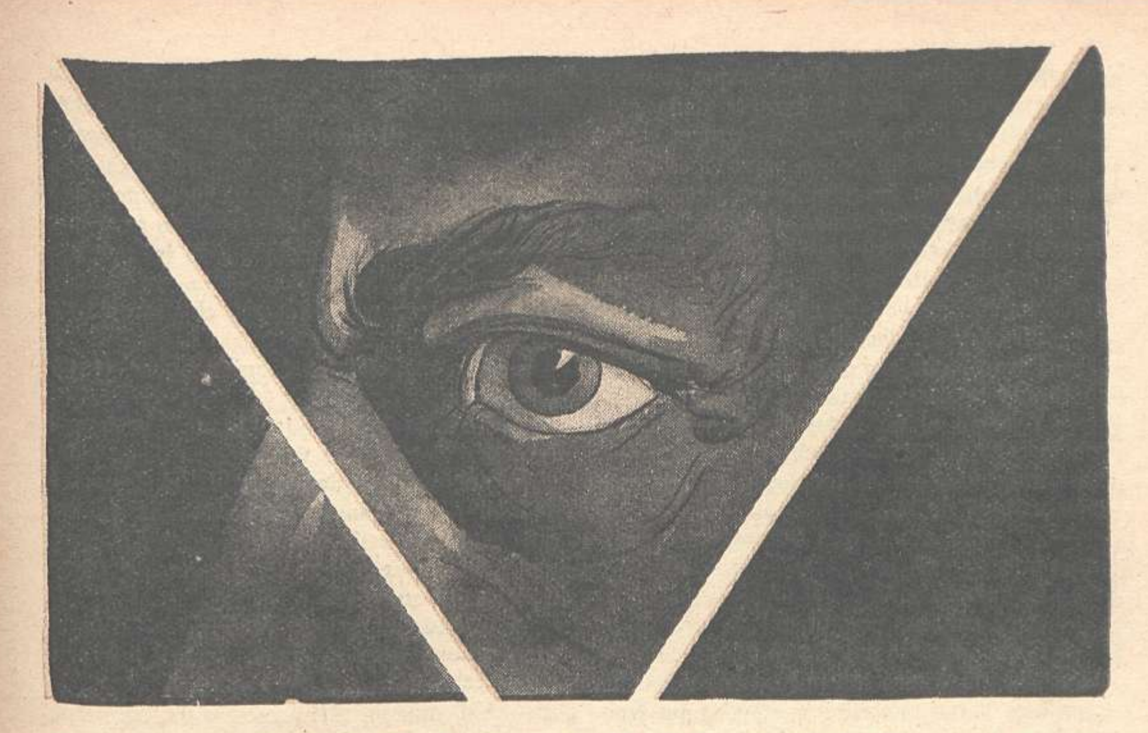
Hombres, pero muy hombres
requieren las tareas:
tenacidad de acero
y dureza de piedra.

Corazón de mujer
puede más que la fuerza;
una hacer menos que otra,
tiénenlo por afrenta.

Duermen por los rincones
cansadas como bestias.
Si un enfermo suspira,
todas están despiertas.

Del dolor de sus almas,
sacan sonrisa afuera.
Y si lloran a solas,
que los hombres no sepan.

¡Quién sabe qué sería
si no fuese por ellas!



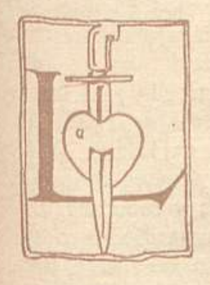
FIRMAS CHILENAS

OJO FEROZ

POR

MARTA BRUNET





La angustia le atirantaba la boca y hablaba a frases cortas, entre grandes pausas en las cuales quería unir la voluntad hecha trizas y hacer con ella un dique que le impidiera el llanto. Las manos estaban inmóviles en el regazo, apretadas fuertemente una contra otra y las uñas marcaban al enterrarse en los dorsos pequeñas curvas blanquecinas. No quería llorar. No quería llorar. Pero por las mejillas de tersa canela las lágrimas brillaban, prendidas un momento a la sombra del bozo para caer luego sobre el pecho, entre el encajito ordinario que le adornaba la blusa.

La vieja la observaba con su ojo único, puesta de perfil y como las aves con la mirada al sesgo, fija y dura. Tenía de pájaro sólo eso: el mirar. La cara era ancha, de pómulos salientes y nariz chata que acusaba el mestizaje. En la frente una cinta le marcaba un tajo rojo e iba a perderse atrás, entre las greñas blanquizcas que a la manera india le caían en dos trenzas por la espalda. Las arrugas le barbechaban la piel requemada y los ojos oblicuos parecían perderse en los párpados hinchados, sin sombra de pestañas bajo el hirsuto trazo de las cejas. Pesaban los párpados: tanto que sólo uno de ellos lograba alzarse y entonces aparecía la pupila inexpresiva y obsesionante. Nunca podía vérsela de frente. Buscaba la línea que mostrara el perfil y entonces la mirada iba como una flecha a clavarse en el blanco del que hablaba.

Había que confesar que lloraba y sacar

el pañuelo del bolsillo. Y había que limpiarse las lágrimas. Fué la puntilla dada a la voluntad. Se dejó anegar por la pena y sólo hubo en el piso un pobre ser sacudido por los sollozos, con las manos en gestos descompasados que llevaban el pañuelo de la cara al bolsillo y del bolsillo a la cara.

Cuando al rato la vieja la vió tranquilizarse habló con voz descolorida, monótona:

—Su caso es el de todas.

—Pero no por eso deja de dolerme — dijo rápida la muchacha.

—Y como el de todas tiene remedio si me lo confía a mí — concluyó la vieja con tal continuidad en el tono que la interrupción pareció no existir.

—¿Y cree usted que volverá a quererme como antes?

—Lo mismo.

—¡Oh, señora, por favor!...

—Comenzaremos al tiro el trabajo. Mañana usted me traerá los puros, que serán de esos que valen cuarenta centavos, me traerá diez que me iré fumando de a uno por día. Por ahora me va a pagar cinco pesos y cuando le termine el trabajo a su entera satisfacción me dará cincuenta. Yo soy muy clara en mis cosas y muy honrada. Hago mis tratos, pero hasta que no cumplo con mi clientela no cobro. Estos cinco pesos que usted me va a pagar ahora son por la consulta.

La muchacha iba asintiendo a cabezadas, pensando al propio tiempo de dónde iba a sacar aquella suma. Los huevos... Las verduras... podría hacer pequenes y venderlos en la rancha... Y en último caso llevaría al mercado una gallina... o dos... Primero que la hacienda estaba lo que le hurgaba en el corazón.

—Trato hecho — dijo la vieja sacándola de sus cálculos.

—Trato hecho — contestó resueltamente.

Entonces la vieja se puso en pie. Tenía una extraña figura caída atrás de los hombros a los talones en una línea recta y rectangular. Los brazos regordetes terminaban en unas manos cuadradas, deformes y fofas a fuerza de hinchazón. Los pies iban envueltos en trapos viejos y limpísimos, atados con cintas rojas y unas zapatillas de paño hacían el andar soportable a la hipertrofia. Empezó a moverse por la pieza y hasta salió a la cocina en busca de un braserillo que colocó sobre la mesa, trayendo además unas botellas, una bola de cristal, una redoma con agua y una cajuela de madera. Con todo este pertrecho se instaló frente a la muchacha, con la mesa entre ambas.

—¿Cuánto tiempo hace que su marido empezó a cambiar respecto a usted? — preguntó.

—Un mes, justamente lo noté de malas a la vuelta de un viaje que hizo a Rari-Ruca al otro día del año nuevo, desde entonces ni me mira, ni me habla; se lo pasa caviloso, todas las tardes se va para el pueblo, llega a las mil y una y anteanoche no llegó sino al alba, con sol alto... — se tuvo que detener porque sentía de nuevo la amargura de la pena cosquillearle la garganta y temió echarse a llorar con el desconsuelo de antes.

—¿No malicia usted quién pueda tenerlo enredado?

—Me dijo la comadre Juana María que lo había visto varias veces cerca de la estación, por ahí por donde queda el despacho de don Floro, conversando con una guaina que está empleada donde el gringo Muller, una guaina que recién llega al pueblo y que nadie sabe quién es.

—¿Donde el gringo Muller? — dijo la vieja y una leve inflexión pareció vibrarle en la voz.

—Ahí mismo. Al principio la corrieron como lacha del gringo, pero, o no es cierto, o le hace a todos la gran sinvergüenza...

El ojo único parecía soldado a la cara de la muchacha. Tan fijo y tan espeso era el mirar que aquella tuvo un sobresalto y hurtó el suyo.

—Bueno — dijo la vieja siempre mirándola y con el perfil en alto — ¿cómo se llama su marido?

—Manuel Eduardo Pérez y yo Micaela Soto, para servirla — y con una brusca transición que le endureció las facciones pegó la mirada al ojo inalterable terminando rencorosa — y esa perra se llama Luz Canales.

—Está bien — pareció recogerse, cerrando por primera vez el párpado fijo.

Luego de un rato la pupila se mostró de nuevo y las manos — en gestos en que se adivinaba una liturgia — colocaron enfrente el braserillo, avivando el fuego con un soplador. En seguida puso entre ella y el brasero la bola de cristal y detrás de aquél la redoma con agua. Abrió la cajuela y sacó un puro y otro que con los dientes despuntó. Tomó una de las botellas y rociando íntegro uno de los puros con aguardiente dijo:

—Yo te bautizo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo como Manuel Eduardo Pérez. En nombre de la Sacrosanta Majestad que está en los cielos ya no serás más puro, sino que serás la persona misma de Manuel Eduardo Pérez.

Masculló unas oraciones entre dientes, una especie de salmodia en que se alcanzaba a oír unas cuantas palabras repetidas, repetidas con fuerza y que acompañaba un golpe sordo del pie sobre los ladrillos.

—Violento como un chivo... Manso co-

mo un cordero... Humilde como un perro... — el resto se perdía en un barboteo y sólo estas tres frases llegaban claramente hasta el oído de la *muchacha*.

Terminada la oración sacó de la cajuela una trenza de papel que arrimó a los carbones, encendiendo con ella el puro. Y empezó a fumar dando siete chupadas cortas y rápidas, a cada una de las cuales correspondía un golpe del pie. Hizo una pausa, separó el puro de los labios y se quedó mirando al extremo encendido con su ojo fijo que al resplandor cercano tomaba un tinte sanguinolento.

—Mala está la cosa. Fíjese, no enciende. Este hombre está completamente frío respecto a usted y en cambio mire, mire acá.

La punta aparecía muerta entre un aro de ceniza y en cambio más arriba un punto rojo surgió en la hoja rugosa, pequeño cráter que se fué agrandando.

—Otra mujer lo tiene preso en su calor — interpretó la vieja — y es empresa dura sacarlo de su lado porque ella le corresponde. Le corresponde — *insistió* con ese leve tinte de expresión en la voz, que esta vez podía ser de ira.

—¡Ay, mi Dios!—lloriqueó la abandonada.

Volvió la vieja a dar chupadas, siempre en grupos de siete con sus correspondientes golpes del pie en el suelo y las pausas en que observaba la progresión del fuego. Pero no hacía comentarios. Cuando la ceniza estuvo a punto de caer, echóla en el brasero y de nuevo se dió a fumar, tomada en tal forma por su tarea que parecía haber olvidado a la pobre que era toda esperanza para sus *manejos*. De pronto el puro se apagó y eso que sólo hasta la mitad iba quemado y que la vieja chupaba con largas aspiraciones.

—No hay esperanzas — dijo entonces a Micaela, — este hombre está por entero perdido para usted. Mi honradez me obliga a decírselo. Lo ha pescado bien la sinvergüenza...

—La sinvergüenza — repitió la muchacha con la voz deshecha en sollozos.

—Vamos a ver qué piensa ella. La única esperanza que le queda es que esta mujer tenga a su marido así no más, en una correspondencia del momento, por puro capricho y que cuando ella se aburra, vuelva él al amparo de su cariño.

—Sobras de otra... — hipó Micaela.

Tomó la vieja el puro restante y con agua de colonia que había en la otra botella, hizo el mismo ceremonial de antes, bautizándolo con el nombre de Luz Canales. Y con idéntico rito fué fumándolo. Ardía el puro prestamente, concéntrica siempre la ceniza que casi hasta terminar no se desmoronó. Echó los restos a las brasas y dijo a la que esperaba anhelante:

—Ya ve usted *cómo* ella se *consume* por él. Ahora sí que le aseguro que la cosa no tiene remedio. Ni la voluntad de uno ni la del otro es posible torcerla. Hay que obrar en otra forma.

—¿En cuál?

—Vamos a verlo.

Y sacando de la cajuela una cucharada de algo como *tierra* la echó en las brasas que inmediatamente dieron un humo espeso y bienoliente: era aquella tierra una mezcla de incienso, polvo de canela y raíces de una planta que llama el pueblo uña de la gran bestia. El humo subió alto en una sola espiral y de pronto se abrió en dos brazos, descendiendo casi hasta tocar la mesa. La vieja miraba ya el humo, ya el agua al trasluz, ya la bola de cristal. Y el ojo en todo momento tenía una mirada fija, puesta la cabeza de perfil.

—Se tuercen los destinos... se pierden dos vidas... todo lo que iba por buen camino se arrastra por el barro... y hay que recurrir a los grandes medios... los que sólo está permitido tomar cuando hay que salvar una vida... la que más vale... la que *más* se quiere...

Uno de los brazos de humo continuaba a ras de la mesa y ahí pareció quedarse pegado. El otro se arrastró, hizo algo como un esfuerzo y al fin, lentamente, empezó a alzarse en vellones que se fueron uniendo hasta formar una delgada columnilla que se perdió en lo alto.

—La *mujer* se *libra* — dijo la vieja y una especie de sonrisa le atirantó la boca, mostrando entre los labios tumefactos la sorpresa de una dentadura espléndida.

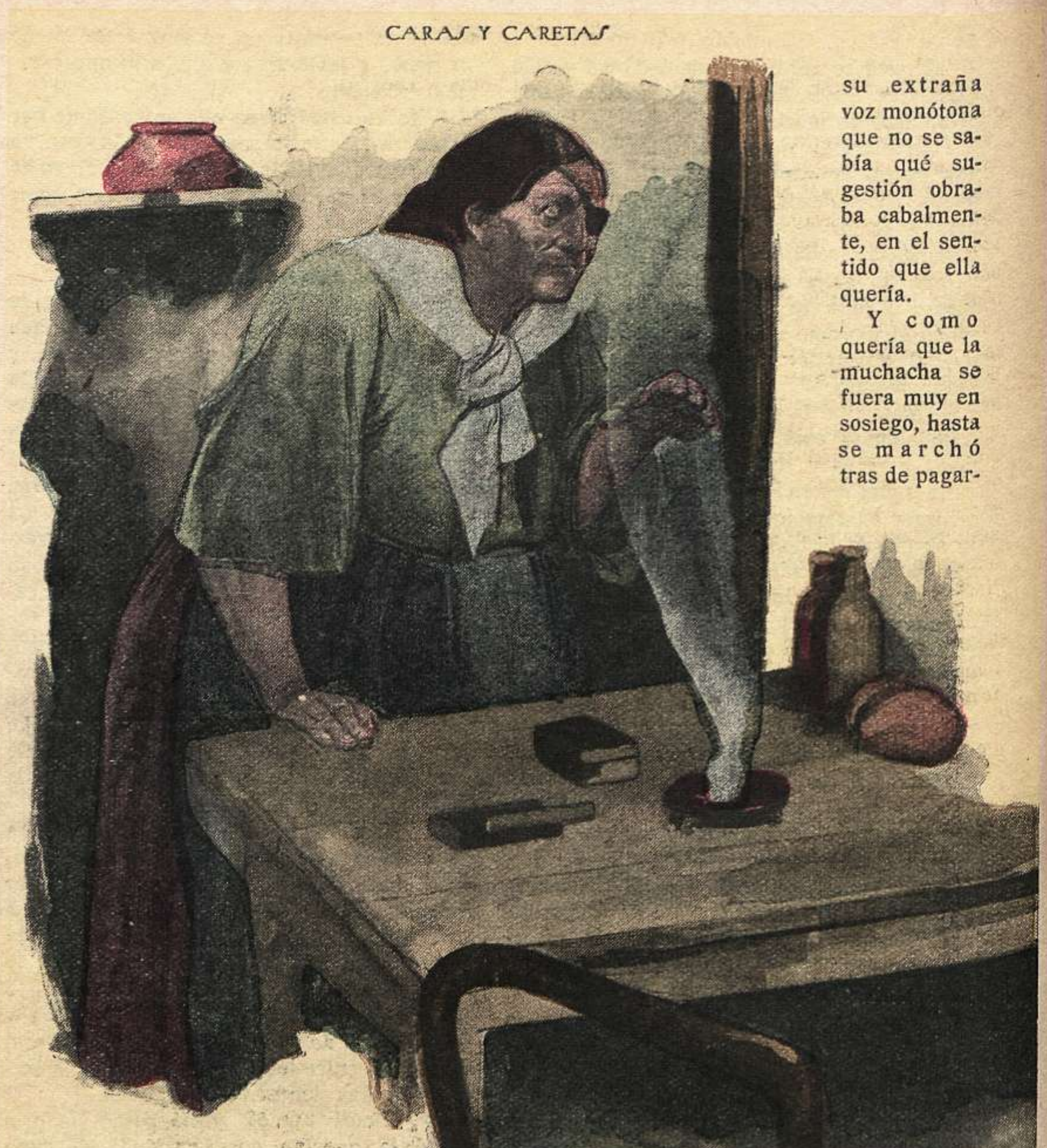
—¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué pasa? — preguntó la que no entendía nada de todo aquello.

—¿Está usted segura, segura de que la mujer se llama Luz Canales y que es la empleada del gringo Muller?

—Segura, segura no. No tengo otra seguridad que la que me dió la comadre Juana María. Y no he ido al pueblo en este último tiempo, por la pena y la vergüenza de que todos me sepan abandonada. Todo esto lo sé de oídas, pero la conducta de él no es para creer otra cosa.

—¿Puede traerme un retrato de su marido? ¿Tiene algún retrato de él?

—Sí, sí, aquí mismito ando con uno que se hizo en el pueblo, cuando fué con mi suegra a ver al doctor a Victoria. Aquí lo traigo en la cartera, siempre ando con él, me parece que así estoy en su compañía... — le alar-



gaba un retrato, una postal de esas que se hacen en unos minutos. Allí aparecía un mozo joven, muy cohibido con sus arreos de huaso en domingo, muy abiertos los ojos ante el lente fotográfico. Pero no se podía negar que era un buen mozo y por añadidura simpático.

La vieja lo contempló de lejos, dándole distancia a su ojo feroz que era présbite. Y otra vez la punta de los dientes magníficos aparecieron entre la crispadura de los labios que bien podían sonreír.

— Váyase ahora tranquila. Antes de ocho días cada cual tendrá lo suyo.

— ¿Volverá a quererme mi marido? ¿Está usted segura? ¿Segurita?

— Váyase tranquila — repitió la vieja con su extraña voz monótona que no se sabía qué sugestión obraba cabalmente, en el sentido que ella quería.

Y como quería que la muchacha se fuera muy en sosiego, hasta se marchó tras de pagarle la consulta y dejarle el retrato en que el mozo miraba bien de frente el ojo fundido.

Y te tienes que dejar de leseras y vivir la vida que yo te he hecho, que para eso harto que me he fregado y hartas amarguras y perrerías que he tenido que soportar...

— Yo sabré lo que hago y cómo lo hago — contestó taimadamente Luz Canales.

— Es que no es cuestión de que hagas

lo que tú quieras, es cuestión de hacer lo que yo diga, lo que yo mande.

— Mire, señora, no le digo mama porque hemos convenido en que le llame señora aunque estemos solas, para así acostumbrarme. Mire, señora — le tremolaba la burla en la voz y los ojos vivísimos se hurtaban tras de las pestañas para que no le viera en ellos la picardía: — yo ya soy grandecita y sé cómo hay que tratar a los hombres. Déjeme a mí arreglarme con mi gringo, que aunque algo le cuente de mis conversas, sí, sí, "conversas" con Manuel Eduardo, nada malo hallará en ellas. Usted sabe que los gringos tienen su manera de ver las cosas y crea que no seré yo quien lo haga mirar en otra forma.

— Luz, mirá que me estás tentando. Crees vos que toda una vida he tenido el trabajo y el sacrificio como el pan nuestro de cada día para que al fin, cuando las cosas van por el mejor camino, vengás vos y por un retito cualesquiera lo echés todo a rodar. No m'hija, no te vayais a creer que las cosas se deshacen así no mas de una

patada por el puro y santo gusto — en la indignación que no lograba alterarle la voz, volvía a su parla pintoresca de montañesa.

— Le digo de una vez por todas que no se meta en mis asuntos. Se habrá usted sacrificado todo lo que dice por mí, para criarme, pero al fin y al cabo si yo soy lo que soy del gringo es por culpa suya. ¡Qué bien me paga! Al fin hartos años que tiene y lo menos que puede hacer es llenarme de un todo. No puede usted quejarse de mí, que más de la mitad de lo que me ha dado, para usted ha sido. ¿No es ya dueña de la hijuela? ¿Qué más quiere, entonces? ¿Y las vacas y los bueyes y los caballos y la mula y el cochecito? Vaya, señora, se queja usted de puro llena. Usted ya tiene satisfecha su ambición, déjeme entonces que me divierta a mi modo. Cada cual tiene sus debilidades... — y la misma expresión de picardía le retozaba en las pupilas que inútilmente se querían separar del ojo tenaz de la madre.

Charlaban a la salida del pueblo, en un sendero viejo que antes fuera lleno de movimiento porque iba a la Argentina, pero que ahora, con el nuevo camino que colgaba un puente interminable sobre el río y acortaba leguas de distancia, estaba totalmente abandonado. Allí solían darse cita madre e hija cuando la ambición de ésta reclamaba de aquélla alguna cosa concreta.

Tenía la vieja en los contornos mala fama por sus brujerías, sus tratos con cuatreros, sus ensalmos, sus encubrimientos y hasta sus amoríos. La temían e iban a ella como a una fuerza superior e incontrastable. La vieja sabía manejarse a maravilla y aun entre los montañeses que más cultura poseían, aun entre las autoridades, aun entre los forasteros curiosos y entre los patrones que sonreían escépticos, encontraba una tácita aquiescencia y hasta sus peores cosas quedaban impunes, protegida por la complicidad de todos.

Luz Canales era su hija, una hija habida en la juventud, cuando podía decirse que era una mestiza de chileno e india extraordinariamente interesante. Parecía entonces una estatuilla de fina greda. Luego rodó por ahí, de aventura en aventura, de borrachera en borrachera, hasta que un día hizo presa en ella la enfermedad y con la enfermedad le nació la avaricia y con ella el furor de ahondar en el arte de los ensalmos en que su madre araucana fuera sabia y cuya fuente estaba en ella misma como un residuo de la vieja raza. Le costó poco para hacerse con fama y cambiando de región llegó a aquélla de Marilúan donde arraigó.

La hija estaba mientras tanto en el pueblo, en casa de una tía que vivía en Padre Las Casas y desde allí concurría a la escuela. Iba creciendo y transformándose en una muchachita atrayente por lo extraño del rostro, también de greda, pero más clara, menos rojiza, con los ojos enormes, algo sesgados, pestañudos y centelleantes. La nariz era lo que más acusaba el mestizaje y la boca, roja, grande y fresca, dejaba ver los dientes de maiz tierno, menuditos y albos. Los pómulos se teñían de rojo vivo y las crenchas se fijaban tras de las orejas en dos moños redondos que unas grandes horquillas de metal dorado sujetaban firmemente. Vestía como una señorita, con cierta gracia en los detalles y bajo el trajecito de brin rojo se adivinaba el cuerpo de firme carne adolescente, sobrio en curvas y maravilloso de línea.

— ¿Así es que no querís cortar relaciones con esa guaina?

— No veo por qué.

— Testaruda, me las vis a pagar. Ten cuidado conmigo.

— Usted sabe que me río de sus amenazas.

— Ten cuidado. Ten cuidado. Ya sabes que conmigo no se juega. Cuando yo tengo algo dispuesto nadie lo tuerce, ni el mismo Malo.

— ¿Y qué tiene usted dispuesto? — preguntó la otra haciendo la cándida.

— Que sigás viviendo con el gringo hasta que te haga testamento, que sigás con él hasta que se muera.

— No desvaríe, señora. Morirse, se morirá el pobre gringo y puede que luego, que hartos años tiene, pero en cuanto al testamento... Verdes están las uvas...

— Si te supieras dar maña... — insinuó la vieja.

— Alguna tendré cuando le he sacado todo lo que usted tiene. Podía ya darse por contenta... Pero usted es como pozo sin fondo.

— Yo miro sólo por tu porvenir. Ya ves lo bien que hasta aquí han salido las cosas. Cuando te fuí a buscar al pueblo y te aleccioné, harto que te hiciste de rogar y hartos inconvenientes que pusiste. Y ya ves como todo salió a pedir de boca. Pero si sigues en esta lesera todo se echará a perder.

— Yo no pierdo nada — dijo Luz con indiferencia.

— Pierdes una fortuna, ni más ni menos.

— Pero puedo ganar un hombre, un hombre. ¿Entiende? Ya es cambio...

— Un hombre, sí, un hombre ¿y para qué te servirá el hombre una vez que se te pase el arrebato?

— Para tener un marido, una casa mía, unos hijos que no sean huachos.

—¿Así que te ha hablado de matrimonio? — inquirió la vieja clavando en lo lejos su ojo rapiñesco.

—Aun no, pero para allá vamos... — confesó Luz con cierto desencanto.

—¿Sabes qué familia tiene? ¿Sabes de su hacienda? ¿Conoces siquiera su nombre?

—Vaya mama... — y corrigiéndose: — vaya señora... Las cosas... Se llama Manuel Pérez y su padre es el mayordomo de Dillo, la hijuela grande de la Beneficencia por el lado de las termas. El es mecánico y gana su buen sueldo. Todo eso sé — terminó con gran satisfacción, como si con aquéllos breves datos la personalidad del mozo se hiciera inconfundible.

—¡Je! ¡Je! ¡Je! — y esta vez la vieja rió francamente, cerrándosele el ojo sano con las carcajadas que desbordaban las mejillas. — ¿Y no te ha dicho también que es casado y que su mujer se llama Micaela Soto?

—¡No! — protestó airada Luz. — Mentiras, no. Vieja perversa, mala, con razón todo el mundo la odia. Vergüenza me da ser su hija. Mala. Mala. Mentirosa. Odre de avaricia.

—Micaela Soto... Micaela Soto... — repetía la vieja sardónicamente.

—Mentira — rugió y en un impulso que no detuvo las manos se le fueron a sacudir a la madre frenéticamente.

—¡Cuidado con tocarme! — dijo la vieja y la cara de perfil se le inmovilizó en el fondo luminoso del paisaje mañanero. El mirar del ojo fijo clavó a la muchacha en su sitio y le bajó las manos, como si un resorte oculto se le hubiera roto en los hombros y le dejara los brazos colgantes.

—Ya lo sabes. Tu guaina es casado. Si la esperanza de un matrimonio te apegaba a él, ya puedes perderla. Me voy ahora. Buenas tardes.

Subió trabajosamente al cochecito tirado por una mula que allí la aguardaba y tomando las riendas, dió la vuelta para deshacer camino y tomar aquél que iba a su hijuela. Hasta que se perdió en el próximo recodo estuvo la vieja de perfil, vuelta la mirada a la hija que se quedaba en medio del sendero, estúpida, pelele al cual le quitaran el relleno de esperanza que en ese último tiempo la hacía mantenerse en pie de felicidad.

FALTABA poco para que el mediodía aplomara el sol sobre la montaña y una atmósfera recalentada hacía que seres y cosas se enervaran en una laxitud incombatible. Se extendía el trigal desde el borde mismo de la montaña, linde en que unos árboles medio calcinados decían hasta dónde había llegado el roce. Desde la masa verdinegra y profunda, el trigal bajaba por suaves laderas hasta la vega, abriéndose allí en una perspectiva inmensa de oro que una brisa cansada de calor apenas si lograba mover. Un regato corría por la ladera y el cuchicheo de su agua murmuraba algo a los sauces que inclinaban curiosamente las cabezas greñudas. Una chicharra se adelantó a la siesta girando su matraca adormecedora. Por el cielo empalidecido a fuerza de reverberación, una bandada de cachañas pasó en holgorio de comentarios rumbo a la montaña.

La yunta iba lenta guiada por el Choroy que caminaba como un sonámbulo, más necesitado de reposo que cualquier otro, que para sus ocho años era duro el trabajo de guiar los bueyes desde el alba hasta el atardecer. Y era de creer que por el solo afán de molestarlo a él, al Choroy, el sol se quedaba allí arriba inmóvil, como si se le hubiera perdido el camino y estuviera pensando por dónde debía irse.

Avanzaban los bueyes y con la picana al hombro el chiquillo los manejaba desde un costado mientras que — subido en el asiento de la máquina cortadora y emparvadora — Manuel Eduardo silbaba su felicidad, indiferente al calor que se le pegaba como una plancha a la espalda, pero atento a todo aquel enjambre de ruedecillas y palancas que acababa de poner en movimiento, luego de echar la mañana en recomponer una falla.

—Lista la máquina... Ahora sí que anda como una seda. Fíjate Choroy... Choroy de los diablos...

El chicuelo tuvo un sobresalto y abrió grandes los ojos, porque la verdad era que iba dormido caminando y que él y la yunta habían hecho un ángulo que los metía trigal adentro.

—¡Puá! — dijo restregándose los párpados — me le estoy queando dormío...

—No tenís que decirlo... Güeno, la máquina está lista — y de un brinco se puso de pie en tierra, mirando su obra con ojos escrutadores que una vez más querían afianzarse en su afirmación.

El Choroy buscaba otra afirmación: la del mediodía en la sombra, pero no necesitó poner a prueba su ciencia innata porque un silbido estridente rebotó por los campos, enviado de quebrada en quebrada por el eco.

Una agilidad extraordinaria hizo que en un momento desunciera el Choroy la yunta y se fuera tras ella apresurándola con sus gritos, camino de la rancha donde a más del almuerzo lo esperaba una hora de siesta ba-

jo las quilas, abrazado al perro que trotaba ahora a su lado alegremente.

Siguiéndolos iba Manuel Eduardo pensando en el desagrado de tener que llegar a su casa, donde lo aguardaban los reproches de la mujer, cuando no su mutismo y sus malos modos que aún lo exasperaban más. Pero aquello tendría un próximo fin: dependía todo de que hablara y con la verdad decidiera a Luz a irse con él a otra parte, donde en una unión libre habrían de ser felices. Se querían de una manera... El último beso de la muchacha le reardió en la boca. Una oleada caliente se le fué por las arterias, llenándole los ojos de chiribitas luminosas.

Era curioso: las chiribitas le continuaban bailando allí, al frente y le impedían ver. Mejor dicho: estaban dentro de sus ojos y le hacían una noche espesa en que había luces y culebrinas de todos colores. Se detuvo y cerró fuertemente los párpados dejando así transcurrir un momento. Pero en esa actitud las luces persistían. Volvió a abrirlos y no se atrevió a echar a andar, porque delante de él sólo había sombras y luces que estallaban como bombas, iguales a las que viera una vez en las fiestas del Dieciocho que pasara en Victoria. Le dió miedo y gritó:

—Choroy... Choroy... Vení Choroy...

—¿Quéeee? — preguntó el niño desde los cincuenta pasos que le llevaba de delantera y volviéndose apenas.

—Vení Choroy... por favorcito...

—¿Qué jué?

Y como lo viera avanzar a trastabillones y detenerse para luego avanzar casi cayéndose, el chiquillo olvidó su cansancio, su hambre y la sombra de las quilas para correr en auxilio del que extendía las manos y daba voces angustiosas.

—¿Qué tiene? ¿Qué le pasa? — preguntaba el Choroy defendiendo la cara de las manos que lo palpaban con afán.

—No veo... No veo... Estoy ciego... No veo, Choroy... Choroy... No me dejes solo, Choroy, por Diosito...

—No se asuste, don Manuel Eduardo... No es nada... Es la calor... Un solazo... Déme la mano y vaya andando con confianza... No se asuste, porque es para pior... En cuanto no más se le refresque la cabeza se le irá pasando...

—No veo, Choroy... No veo nada... Antes veía luces... Ahora lo veo todo obscuro... ¿Por dónde vamos, Choroy?... Por Diosito, no me vayas a dejar solo...

—Camine no más, ya estamos frente a los tranqueros del ocho. En un volando estaremos en su puebla.

Y así llegaron al rancho: adelante la yunta que iba presurosa atraída por la querencia, atrás el grupo del niño guiando al encegueecido al par que acunaba su angustia con las palabras que su conocimiento de los "solazos" le daba. Y a su zaga, un poco al margen, como receloso de ellos, iba el perro rabo entre piernas, olfateando a cada paradilla que los otros hacían el aire, erizado cada vez más el pelaje del lomo. Hasta que al llegar al rancho y entrarse por la puerta Manuel Eduardo y el Choroy, cuando empezaron a oírse las lamentaciones de la mujer, el perro se sentó en su cuarto trasero, alzó la cabeza y abriendo apenas el hocico, dió ese largo lloro escalofriante con que los de su raza anuncian la presencia de lo desconocido.

QUINCE días después Micaela Soto llevaba su desesperación a casa de la vieja machi: el marido estaba ciego y nada podía ciencia humana contra su mal. Ni los médicos de Victoria sabían qué era aquello. Doña Bernarda, la "meica" de los contornos, decía simplemente que era "maleficio" y ni un mal remedio quería darle.

—Pierda la esperanza — dijo la vieja con la voz si era posible más sin timbre que nunca, — su marido no tiene cura. Pero no hay mal que por bien no venga. Usted que estaba desesperada por el abandono en que la tenía, lo ve ahora a su merced, dependiendo de usted como un niño. ¿Qué más quiere?

La muchacha la miró horrorizada. El ojo parecía estar pegado a su cara y el perfil, en la sombra que se entraba con el crepúsculo en el cuarto, tenía un vago contorno que lo hacía más obsesionante aún.

—Prefiero que mi marido se vaya con otra, pero que tenga sus ojos buenos — dijo Micaela Soto luchando con el pavor que empezó a producirle aquel otro ojo que no se le quitaba de encima.

—Pero yo lo prefiero como está. Y así será siempre. Amén.

—Quiero que vea. Algo le ha hecho usted, algún daño. Yo le pedí que me devolviera el querer de mi marido, pero no que lo condenara a este martirio. ¿Qué le ha hecho usted? Diga... vieja bruja... ¿qué le ha hecho?

—Vieja bruja... sí... tal vez... Cuando necesitan de mí soy "la señora"... pero Dios me libre de que las cosas no salgan a la medida del deseo de cada cual... Y en este asunto el deseo que debe tener preferencia es el mío, el mío — ¿entendís? — el mío que quiere ver a mi hija libre del animal de tu marido. Sí, mi hija; la Luz Canales es mi hija, mi hija, a la que quiero feliz

y en holgura ¿entendís? ¿Qué le he hecho a tu marido? Poca cosa. Mirá — y le enseñó el retrato del mozo. Estaba clavado en la pared con dos tachuelas y en cada ojo, en aquellos ojos tan abiertas y tan asombrados de expresión, estaban bárbaramente clavados dos largos alfileres de cabeza negra.

La muchacha conocía de oídas el sortilegio y anonadada se echó a llorar. La vieja prosiguió:

— A la Luz se le olvidará el embeleco del mozo, bastante tiene ella con las muelas que la han vuelto medio loca...

Ella bien sabía por qué y si Micaela hubiera abierto el cajón del velador de la vieja, habría visto el retrato de Luz muy sonreída y con los mismos alfileres largos de cabeza negra clavados en los dientes.

— Ya ve usted cómo todo redunda en lo mejor. Usted *tiene a su marido* de nuevo a su lado, mi hija está en Victoria curándose las muelas y en los días que pase por allá se le quitarás las leseras. Además habrá tenido ocasión de conocerme y de temerme un poco. A veces las madres necesitamos ser duras... ¿No es para que todos estemos contentos?

— Por favor, señora, por favor, devuélvale la vista a mi Manuel Eduardo, se lo pido de rodillas por lo que más quiera en el mundo, por su hija... No me importa que me engañe, no me importa... pero que vea... Señor, por Dios ¿en qué hora fuí a poner los pies en esta casa?

— Váyase — dijo mirando no se sabía qué punto, y con la voz monótona que instaba a la obediencia concluyó: — Váyase y no vuelva y olvide además cuánto le he dicho. Olvídelo, si no quiere cosas peores para su marido y para usted... Váyase y olvide.

El ojo se había vuelto a la muchacha y su mandato era tan duramente imperioso que ésta se alzó y lentamente ganó la puerta, como si una fuerza superior la echara al sendero que a campo traviesa iba hasta su rancho.

Una dulcedumbre parecía envolver el paisaje en crepúsculo. Ya no se veía el sol, pero su reflejo estaba en la cordillera incendiando la nieve de los bonetes. De la quebrada subía el aliento húmedo del río y una que otra niebla se arrastraba, ciñéndose luego a los troncos de los árboles como enamorada histérica. Un sapo dijo que sí, otro dijo que no, y luego fueron miles los que se trenzaron en la discusión interminable. Los pájaros se clavaban veloces en la masa de los árboles y a las cachañas aun les quedaba brío para contarse antes del sueño un último comentario malévolo. El reclamo de un toro decía la obscura obra que la noche protegía. Un venado salió de la espesura. Llegó hasta el agua con su paso fino y saltarín, bebió y luego quedóse un momento con el cuello vuelto mirando con ojos azorados algo que lo hizo dar un salto, arco de elegancia suma que lo hundió en la maraña del ribazo. Una estrella encendió su lámpara de plata y una luciérnaga aprovechó el momento para encender también sus pequeñas farolas celestes.

Micaela Soto seguía avanzando inconscientemente. De pronto la fuerza que la movía pareció fallarle y se detuvo vacilante. Hasta entonces el cerebro iba como vacío. Pensó en que sería bueno descansar y se sentó a la vera del sendero en unas lajas. Como una oleada la anegó entonces la realidad. Rompió a llorar murmurando:

— Por mi culpa, por mi culpa...

Marta Brunet.



DIBUJOS DE BERNABO



SI fuéramos a creer a Pitágoras — y creo que el hombre merece ser creído, — los espacios siderales estarían poblados de sonidos armoniosos, que nuestros oídos vulgares no perciben, por no estar conformados para captarlos.

Sonidos armoniosos engendrados por los astros en movimiento al surcar el éter con velocidades gigantescas. El éter, ese medio imponderable, pero indispensable al mismo tiempo, para podernos explicar la propagación de la luz y de todas las ondas de energía que nos llegan y se entrecruzan desde los cuatro rumbos del universo. Según el volumen, la masa y velocidad de traslación y de rotación de cada astro en marcha debiera ser, sin suda, el sonido, o la nota que dieran; así como en nuestra pobre acústica terrestre la *altura*, la *intensidad* y el *timbre* de un sonido dependen directa y respectivamente del número de vibraciones por segundo que ejecuta el cuerpo vibrante, de la amplitud de la onda y de la calidad de la materia del cuerpo que vibra.

Cualquier cuerpo que vibre cuatrocientas ochenta y tantas veces por segundo — vibraciones dobles, se entiende, — emitirá la nota "la" de la orquesta; pero la intensidad o la fuerza de dicha nota dependen de la mayor o menor amplitud de la onda vibrante, como el timbre depende de la calidad o materia de que está compuesto el cuerpo que vibra y de sus armónicas. Gracias al timbre, podemos distinguir sin ver los distintos instrumentos que emiten la misma nota. Por ejemplo: el "la" del violín es muy distinto al "la" del piano, o al de la flauta, o al del clarinete, etc. Sin embargo, ese "la" está compuesto del mismo número de vibraciones, por lo tanto a la misma altura; pero nosotros distinguimos el instrumento que la emite debido a su timbre, algo muy difícil de explicar en acústica, aunque para ello se hable mucho de armónicas, etc. El célebre físico Helmholtz, especialista en acústica, definía el timbre en una forma poética: "el timbre — decía — es el color del sonido". Es el caso, digo yo, de eso que llamamos el metal de voz de las personas, que tanto influye en el campo de la simpatía o del rechazo, lo que nos permite reconocer la persona que habla. Mas volviendo a la idea de Pitágoras, diré, por ejemplo, que la Tierra, al trasladarse en el espacio, animada de una velocidad de casi treinta mil metros por segundo, al perforar y rozar el éter, elemento hasta ahora impalpable e indeterminado, debe emitir, según la oculta ciencia de Pitágoras, una

nota de cierta calidad, de acuerdo con su volumen y su masa; así como la altura, intensidad y timbre de una nota emitida por una cuerda, depende de la tensión a que se encuentra sometida esa cuerda y de la materia que está compuesta.

El planeta Júpiter, por ejemplo, que ahora brilla esplendorosamente en nuestro cielo, de un volumen casi mil trescientas veces superior al de la Tierra y una masa trescientas dieciocho veces mayor, y animado de una velocidad traslatoria algo inferior a la mitad de la velocidad de la Tierra, debiera dar por todas estas razones, una nota muy grave, algo así como la de un contrabajo.

Entonces, si aceptáramos la genial y bella hipótesis de Pitágoras, sería fácil imaginar la grandiosa armonía acústica de los cielos, desgraciadamente, fuera de nuestro alcance auditivo.

Quizá los espíritus bienaventurados puedan escucharla.

Ahora pasaremos a considerar ciertos aspectos de los colores, principalmente, de orden psíquico.

Hablando de la influencia de los colores sobre nuestro espíritu, Goethe se expresaba así: "Los colores actúan sobre el alma; ellos pueden excitar las sensaciones y despertar emociones, ideas y provocar la tristeza o la alegría". Baudelaire decía, por su parte, que en el color se encuentran reunidos la armonía y el contrapunto. De tal afirmación deduciríamos, que toda la música se encuentra contenida en estado potencial, en los colores. Mientras tanto, no deja de ser curiosa la coincidencia de que sean siete los colores de la escala coloreal, y siete, también, las notas de la escala musical. Alguna vez he tratado, de paso, esta cuestión. Sabemos que tanto la altura de la nota de los colores, como la de las notas de la música, dependen del número de vibraciones de ambas.

El acorde perfecto y fundamental de la música, *do-mi-sol*, corresponde al acorde perfecto del color rojo-amarillo-azul.

No hay duda que los colores provocan la aparición de los sentimientos; pero los sonidos, o sea la música, los expresan e intensifican a esos sentimientos. Ahora, si a los colores y a los sonidos les agregáramos la influencia psíquica de los perfumes, creo que habríamos llegado al límite más alto de la emoción, por entrar en juego íntimo nuestros tres sentidos básicos: el oído, la vista y el olfato.

Debemos reconocer una gran sabiduría en los artistas de los tiempos antiguos, al elegir los colores de los cristales en los grandes recintos cerrados. Se observa que en cada "vitraux" predomina una nota de color bien definido, para en seguida comenzar a modular alrededor de ella, a base de colores derivados, como hacen los músicos alredor de una nota fundamental, para ir pasando así, sin violencia, a otros tonos. Generalmente comenzaban estos artistas con el amarillo claro — dorado, color, al decir de los entendidos en las ciencias ocultas — hoy no tan ocultas — que infunde cierto sentimiento de armonía, para pasar en seguida al naranjado pálido, casi velado, que despierta los sentimientos psico-materialistas. Después pasaban al rojo violáceo, que implica cierta mezcla de sentimientos materiales y espirituales. Seguían luego con el violeta intenso, provocando emociones psíquicas igualmente fuertes. Las distintas disposiciones de ánimo que infunden los colores principales, serían éstas: el blanco, o sea la suma de los siete colores del espectro solar: armonía y felicidad perfectas — reconozcamos que esto es desconocido entre los hombres. El rojo: materialismo, grosería. Azul intenso: actitudes generosas, nobles y vivificantes. Violeta: situaciones puramente espirituales. Amarillo anaranjado: situaciones intermedias. Como vemos, este último color, amarillo anaranjado, resulta el más humano, algo así como el pan francés cotidiano, que no cansa ni tampoco estimula.

Ahora, desde el punto de vista de la salud, el ocultismo tiene sus maneras de ver originales respecto a la acción curativa de las zonas luminosas del espectro solar, como igualmente las tiene y las aplica nuestra medicina moderna, desde que ella cura muchas dolencias mediante las mismas acciones de la luz.

Muchos siglos antes de nuestra flamante helioterapia, ya en la India, las ciencias ocultas enseñaban a curar, mediante la acción de la luz del Sol, de diversos colores, es decir, valiéndose de las distintas zonas del espectro. A este arte científico le llamaban Sourietchekista, o sea curación a base del Sol.

Diré, para concluir, que las ciencias ocultas afirman que nuestras almas tienen su color propio, y que ese color puede ser determinado.

Faltaría saber qué colores tienen las almas atravesadas, pues el de las almas negras ya sabemos cuál es.



DIBUJO DE BATLLE



CANCION A LA QUE SOÑO EL HIJO

por

Eugenio Julio Iglesias

DIBUJO DE CANO

I

Vivo adormeciendo
a un niño que es un sentimiento.

— ¡Anda! — le susurra la Vida.
— ¡Anda! — le murmura la Muerte.
Y el Amor, compañero de ambas,
le nombra para que despierte.

(Nono, niño, nono,
que si viene el cuco
— la Vida, —
que si viene el cuco
— la Muerte, —
vas a sufrir mucho.

Nono, niño, nono,
que si Amor te lleva,
vivirás penando,
morirás de pena).

II

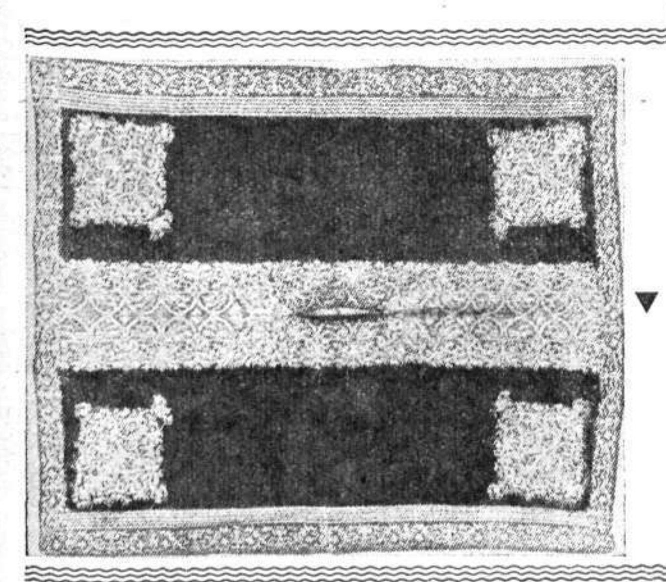
Viví adormeciendo
a un niño que era un sentimiento.

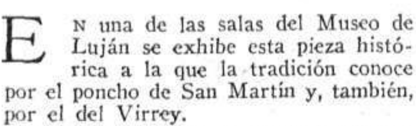
— ¡Contigo voy! — gritó a la Vida.
Y se fué con ella.
— ¡Conmigo! — le pidió la Muerte.
Y él no dijo: Espera...

El Amor, vencido, a los cielos
en vano disparó su flecha.

(Nono, niño, nono.
¿Dónde está mi niño,
que era un sentimiento
que se me ha perdido?)

El poncho de San Martín





Magnífico poncho obsequiado por el virrey del Perú, don José de la Serna, al general San Martín, el año 1821.



Maniquí de cera del general San Martín en el museo de Luján.

En una de las salas del Museo de Luján se exhibe esta pieza histórica a la que la tradición conoce por el poncho de San Martín y, también, por el del Virrey.

En 1821, después de depuesto Pezuela, fué designado para sucederle en el cargo de virrey, el general don José de la Serna, antiguo amigo de San Martín en España, con quien participara en muchas acciones guerreras.

San Martín, que en su acción en el Perú empleó tanto la estrategia como la diplomacia, estaba a la sazón bastante preocupado por las pérdidas que en sus efectivos causaba una terrible epidemia; más dispuesto siempre a batir al enemigo en una u otra forma, decidió valerse de una artimaña, hacerle perder tiempo en inútiles conferencias y, de tal manera, poder reforzar y reorganizar su ejército.

Realizóse, así, una entrevista entre el jefe patriota y el virrey, la que tuvo lugar en Punchauca, cerca de Lima, el 2 de junio de 1821. El general Tomás Guido nos refiere que ella fué en extremo cordial y que San Martín se dirigió al español diciéndole: "Venga acá, mi viejo general: están cumplidos mis deseos. Entre los dos podemos hacer la felicidad de este país". A la conferencia siguió un banquete y fué en estas circunstancias cuando el virrey La Serna obsequió con el valioso poncho al general argentino.



Después de abandonar el protectorado del Perú, San Martín pasó a Mendoza, donde permaneció hasta finales de 1822. Allí paró en casa de su amigo don Fermín de Galigniana y fué a éste y a su esposa, doña Isabel Corvalán Sotomayor que, al partir para Europa, les obsequió con el poncho, al que agregó un mate y una silla de madera que en el presente se conserva en el museo de Mendoza.

El poncho, como verdadera reliquia que es, fué conservado religiosamente por la familia de Galigniana, llegando a pertenecer finalmente al señor José Owen Godoy, que fué quien lo donó al museo de Luján.

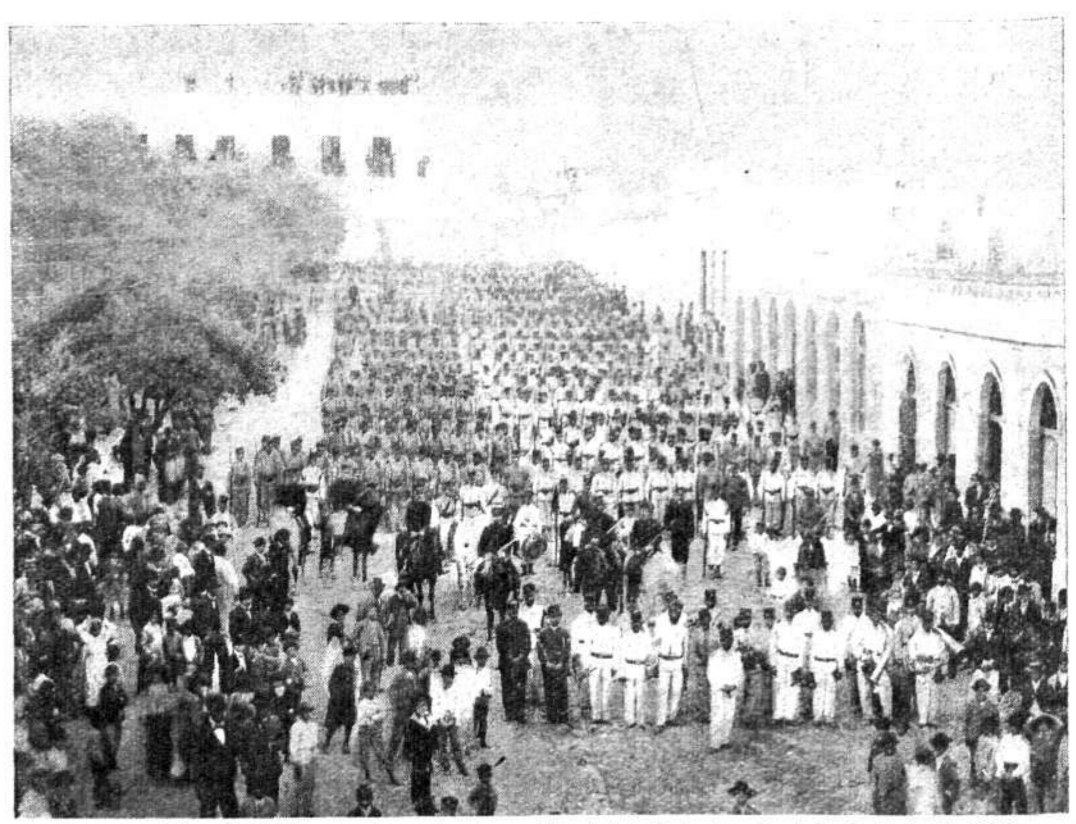
Se trata de una pieza de lana de alpaca, trabajada en telar, teñida de azul, tejida y bordada por las indias del Perú para el virrey. Tiene bellas guardas formadas con flores y arabescos, con algunas aves estilizadas a su alrededor y abertura para el cuello, bordada en seda de varios colores, predominando el amarillo. Las dimensiones son dos metros con diez centímetros de largo por uno con setenta y cinco de ancho. El peso de la prenda es de dos kilogramos con cuatrocientos gramos.

LA PRIMERA CONSCRIPCION

(T R A D I

★

P o r R A F A



Los conscriptos de 1896 momentos antes de ser licenciados. Foto tomada el 14 de junio de 1896.



En el presente año se cumple el 39 aniversario de la primera conscripción militar realizada en Catamarca. Un tercio escaso de los conscriptos de aquella época sobrevive en la actualidad; y tengo la convicción de que al leer estas líneas evocarán melancólicamente las escenas en que les tocó actuar: unas, pintorescas, y otras, llenas de emoción, pero que, en síntesis, constituyen trocitos de vida...

Por ley del 23 de noviembre de 1895 se convocó bajo banderas a todos los argentinos de veinte años de edad, a fin de que recibieran instrucción militar. El 12 de marzo de 1896 el P. E. nacional reglamentó la misma, la que en su artículo 4º, capítulo IV, dice textualmente: "1º: Movilizar por 60 días a contar del 15 de abril próximo la clase de veinte años en la Capital Federal y Provincias y organizar las unidades tácticas y de combate: 32 baterías de artillería, 44 batallones de infantería y 42 de caballería, tomados en la proporción siguiente: "... 2 batallones de 500 plazas cada uno para la provincia de Catamarca," etcétera.

La penalidad fijada para los infractores consistía en hacerles prestar servicio en el ejército durante dos años consecutivos, pero sólo en contados casos se aplicó, porque un conflicto internacional, que amenazaba terminar en guerra, había provocado un unánime despertar del alma nacional.

El P. E. nacional designó al coronel M. Fernández Oro, teniente coronel A. Rivarola y mayores H. Hernández y D. Torres para que organizaran las dos unidades a crearse en la provincia de Catamarca. La misión de estos jefes resultó extremadamente fácil, porque el cartel de convocatoria fué recibido en Catamarca con cálido entusiasmo popular, dado que se hablaba de que las tropas enemigas invadirían el territorio por el paso de San Francisco.

Ante estas perspectivas la organización de las milicias no tuvo tropiezos, pues, ricos y pobres se disputaban el honor de ser los primeros en incorporarse a las filas para aprender a defender a la patria.

En efecto, vecinos de los lejanos departamentos de Santa María, Belén, Adalgalá y Tinogasta, emprendieron viaje hacia la capital catamarqueña, unos en mulas, y los más pobres, en burros. Otros descendían de las cumbres de El Ambato y Ancasti, envueltos en sus ponchos de lana de vivos colores y, calzando la rústica ojota de cuero, mientras sus mujeres, novias y guaguas, apostadas en los picachos, les veían alejarse...

MILITAR EN CATAMARCA

C I O N)

E L C A N O

★

Después de recorrer muchos metros por los desfiladeros, éstos dábanse vuelta a mirar hacia las cumbres y, al descubrir los rostros familiares, levantaban sus manos, estrechándolas en el aire a guisa de adiós...

Impulsados por una sed insaciable de aventuras gestadas en la soledad de los valles, muchos — aunque no les comprendía el cartel de convocatoria — abandonaron también sus rastrojos y tropillitas de cabras para ofrecer sus servicios a la patria.

En su mayoría nunca habían concurrido a la escuela, ni calzado botines; de táctica militar sólo conocían las descripciones de batallas, cargas de caballería, etc., escuchadas a sus padres — actores en la guerra civil argentina — a orillas del fogón casero, y, ante la dolorosa evocación del pasado, ansiosamente, todos, sin distinción de clases sociales y fortuna, querían adiestrarse en el manejo de la moderna arma de fuego; el máuser argentino.

Los mil ciudadanos convocados se concentraron en la ciudad de Catamarca, formándose dos batallones de 500 plazas y cuatro Compañías cada uno, con sus correspondientes jefes, oficiales y clases.

La Intendencia y Arsenal de Guerra, respectivamente, suministraron los uniformes, armas y municiones.

Para los cargos de jefes y oficiales, el gobierno catamarqueño propuso a sus partidarios políticos — al igual que ocurrió en todas las provincias — pero sin tener en cuenta la idoneidad de los mismos.

Por su parte, la comisión militar, de acuerdo con sus facultades, les sometió a examen de selección, lo que dió por resultado que varios fueran rebajados a sargentos y cabos, no obstante las influencias en juego.

La plana mayor del primer batallón, quedó constituída así: teniente coronel, D. Gamaliel Soria Vildoza; mayor (capitán ayudante) D. Nextor Salado Castro, y subteniente abanderado, D. Rómulo Gordillo.

Segundo batallón: teniente coronel, D. Pastor Olmos; mayor (capitán ayudante) D. Guillermo Caravatti, y subteniente abanderado, don Casto Figueroa.

En los primeros días, los oficiales catamarqueños, secundados por sargentos y cabos del ejército (enganchados), impartían instrucción militar a grupos de cuatro a ocho reclutas, número que paulatinamente fué en aumento hasta integrar el total de cada compañía.

Esta se hacía en las calles de la ciudad, cuya nomenclatura — si bien databa del 7 de diciembre de 1856, — por la acción de las lluvias y del tiempo, los nombres de las mismas, insertos en tablillas de madera, se habían borrado.

A consecuencia de ello, estaba generalizada la costumbre de designarlas con el nombre de algún vecino expectable, y, naturalmente, los oficiales no podían "de golpe y porrazo" olvidar la tradición.

De allí provenía que, durante las horas de instrucción, se escucharan voces de mando que movían a risa, tales como las siguientes: "Soldados: al trote por la calle del cura Lino!..." (Maipú actualmente), o "¡De frente, marchen por la calle Brava! (República).



Bandera del 2º batallón. Se conserva en la Penitenciaría de Catamarca.

Chicos y grandes se hacían "chichina" para presenciar el aprendizaje de los reclutas, y el menor error en que incurrían los oficiales era comentado risueñamente, pues no les perdonaban su brusca transformación e injustificado orgullo, dado que, hasta días antes, habían andado sobre las tapias haciendo remontar pandorgas y yutos, o enlazando naranjas en la plaza 25 de Mayo. No satisfechos todavía, al regresar a sus hogares agigantaban las escenas que habían presenciado, dejando mal parada la fama y prestigio de más de un gallardo e improvisado oficial.

Después de quince días de instrucción, los dos batallones partieron para la aldea de San Pablo (departamento de Capayán), con el objeto de completar su preparación militar.

Por entonces, la vida de campaña distaba mucho de asemejarse a la actual, pues faltaban carpas, camas, cocinas, ambulancias, etc., y el transporte de provisiones se hacía a lomo de mula por malos caminos. Sin embargo, estas deficiencias fueron suplidas ventajosamente por la alta moral

existente en la tropa y la circunstancia de que hasta los más "apergaminados" sabían lo que era dormir en el suelo sobre las pilchas del apero.

De un "parte del comando", resumo la vida de campaña de aquellos días inolvidables. — A las cinco horas, lista; cinco y media, café; seis, higiene personal y limpieza del campamento; siete a ocho, instrucción (se reducía al manejo del máuser, carga y descarga del fusil y tiro al blanco); ocho a nueve, revista; nueve y media, asamblea; nueve y media a diez, academia; once, rancho.

Este consistía en sopa con verdolaga, puchero de vaca, locro de trigo y maíz y café. Postre comían únicamente "los peludillos", que recibían obsequios de sus familiares y también algunos muchachos de la región, hábiles rastreadores de lechiguanas.

De doce a quince horas tenían franco, lapso que aprovechaban para visitar a los vecinos de la aldea, principalmente, aquellas casas en que vivían chinitas churitas, porque a más del rato agradable, éstas les regalaban cigarros de chala y tortillas asadas al rescoldo.

De 16 a 17 horas, nuevamente hacían instrucción y, a las 17,30 recién pasaban "Lista mayor".

Los dos batallones con sus efectivos completos y bandera, formaban en un descampado abierto entre los jarillales y la ceremonia se iniciaba con "un toque de atención", dado por el trompa de órdenes.

Con un papel en la mano, el sargento de cada compañía "pasaba lista", llamando en voz alta por su nombre a los soldados que constituían la misma.

Los aludidos tenían la obligación de contestar "Presente". (Sin embargo, poco a poco, este método cayó en desuso, porque el sargento aprendía de memoria el nombre y apellido de cada soldado, de manera que no tenía necesidad de consultar la lista).

Al final, daba "el parte" al comandante de compañía y, a un nuevo "toque de atención", la banda de música (los músicos eran soldados enganchados), ejecutaba una marcha.

A esta señal los comandantes de compañía, apoyando la espada en el hombro derecho, se adelantan marcialmente hacia el sitio en que se hallaba el coronel Fernández Oro y su ayudante.

A una distancia de dos metros, más o menos, se detenían a esperar la llegada de los otros compañeros, que hacían un recorrido más largo.

Reunidos todos, saludaban con sus espadas al jefe, quien les contestaba en igual forma; luego se aproximaban, y, uno a uno, le informaba las novedades producidas en su respectiva compañía.

Después de recibir las últimas instrucciones, regresaban a sus bases, en la misma forma que a la ida.

A otro toque de clarín, silenciaba la música y el coronel Fernández Oro, con voz estentórea, exclamaba: "¡Soldados! ¡Subordinación y valor!"

Estos respondían al unísono: "¡Para defender la Patria!"

La orden del jefe se escuchaba nuevamente: "¡Soldados. Presenten armas!"

Inmediatamente, la banda de música ejecutaba "La oración de la tarde" y sus acordes resonaban de extraño modo entre las quebradas de la sierra de Ambato.

Al final de la ceremonia, los dos batallones realizaban evoluciones dentro del perímetro de la aldea, las que consistían en marchas y contramarchas. La "Lista mayor" era presenciada por todo el vecindario, incluso los changuitos, que, vestidos con tan sólo una camisa de lienzo y descalzos, se trepaban ágilmente a los troncos de algarrobos y mistoles para ver mejor. Sin temor a incurrir en error, puedo afirmar que era la ceremonia más solemne y emotiva de la vida militar de aquellos días.

A las 18 horas se servía el rancho; a las 20 tocaban "retreta", y a las 21: "silencio".

Pero éste era sólo una ficción, porque la muchachada, en vez de dormir, se desbandaba jubilosa por los ranchos vecinos donde organizaba animados bailes. En la soledad de aquellos jarillales, muchas veces solía escucharse la voz de un cantor, que, acicateado por las nostalgias, en coplas emotivas, evocaba el rancho en que había nacido, allá en el lejano oeste catamarqueño. Pero luego, el taconeo de los bailarines en los gatos y escondidos, o el ladrido de los cuzcos garroneros, interrumpían la canción.

Por haber desaparecido las causas que motivaron la convocatoria, el día 14 de junio de 1896, las tropas regresaron a la capital catamarqueña, penetrando por la calle Rivadavia, en dirección al norte.

Pero ya no eran los reclutas que en un principio servían de risa a los changuitos vagabundos, ni aquellos oficiales "hechos de dedo", cuya fama servía de comentario en los salones...

Esa vez desfilaron marcialmente al compás de marchas triunfales, mientras desde todas las puertas de calle les arrojaban flores y saludaban cariñosamente.

La columna se detuvo en la calle República, frente a la plaza 25 de Mayo. Luego el coronel Fernández Oro, principales jefes, seguido de bandera y escolta, penetró en la Casa de Gobierno, donde saludó al gobernador de la provincia, don Julio Herrera.

A su regreso, entusiasmado por la delirante ovación popular de que era objeto la tropa, ordenó a ésta que hiciera fuego de combate durante cinco minutos. Concluído el acto, los conscriptos fueron desarmados y licenciados, después de permanecer 60 días bajo banderas.

Esa misma noche, el gobernador don Julio Herrera dió una gran recepción en honor de los jefes, oficiales y sociedad catamarqueña.

★ ★

LAS OBRAS DE JOAQUIN V. GONZALEZ





Las obras completas de Joaquín V. González se publican por mandato de ley nacional e iniciativa del senador Alfredo L. Palacios. El autor de "Mis Montañas" escribió por más de cuarenta años, desde la juventud hasta el día mismo en que cerró sus ojos. Poesía, ensayo, historia, crítica, educación y política, todo lo abordó con idéntica versación y la misma pulcritud intelectual. Con su obra y con su vida constituyó un ejemplo para los argentinos: vida y obra de la que es cabal índice esta edición definitiva de todos sus trabajos a los que con acierto y dilección ha prologado el doctor Ricardo Levene, presidente de la Universidad de La Plata, de quien transcribimos algunos fragmentos.

El espíritu de Joaquín V. González se ha nutrido en la tradición de la patria y está modelado por nuestra historia.

Ha sido un argentino genuino en cuya alma resonaron los ecos de la tierra y de la raza, alma que poseía un misterioso lenguaje para comunicarse con todo lo nuestro que fué y que existe superviviente en el plano de los valores eternos; y para desentrañar sus secretos y la síntesis de hombres y acontecimientos.

* Su argentinismo... He aquí el rasgo que le define en profundidad.

* El poeta de los ideales que había en él desde la infancia, soñando y volando hacia las extraordinarias tierras, erizadas de matas espinosas, en el fragoso valle del Famatina; el filósofo que despertó en su conciencia en la juventud con fuerza de incontaminado idealismo e incesante superación — la infancia, la hermosa edad de las más perfectas asimilaciones, y la juventud, la de los anhelos más generosos, como él las definió — le inspiraron sed de amor a la naturaleza y a la humanidad.

* El humanismo, he aquí el rasgo que le define en extensión y lo presenta como el educador argentino que haya abarcado el horizonte de los problemas de patria ilustrada para la realización del ideal superior.

* Su amor al rincón de su nacimiento, la patria lugareña, el Chilecito famoso por la belleza de sus mujeres y el temple sufrido, pero varonil, de sus hijos, le acompañó en todo el recorrido del ciclo descripto cantando su humildad y su heroísmo, y esperó volver a él para confundirse y disolverse con los elementos en el lugar donde el hombre adquiere — según la observación de Keyserling — *la conciencia de la propia mineralidad*.

* Recogió de Alberdi la antorcha del ideal de la paz, pero no se limitó a estudiar el tema desde igual punto de vista sino que le dió un nuevo sentido, primero científico y luego espiritual, dedicándole su honda preocupación de estadista y del educador.

* El espíritu de González fué revelado al mundo por la poesía, se desplegó en la plenitud por la ciencia, acendrándose por la religión en la gloria final. Belleza, verdad, amor, en un proceso de intensa espiritualización, elevaron su pensamiento a la sabiduría y a la pureza impoluta.

* "A mí no me ha derrotado nadie", dijo aquel espíritu fuerte y sereno en el último de sus discursos universitarios en La Plata. "Los únicos derrotados en este mundo son los que no creen en nada, los que no conciben un ideal, los que no ven más camino que el de su casa o su negocio..."

* "A mí no me ha derrotado nadie". Ni la muerte, porque sus ideas, sus ideas sociales sobre la patria, la democracia, el amor, la paz, la educación y el arte — que no son pálidas imágenes sino expresiones del sentimiento colectivo, — viven en el corazón de sus conciudadanos.

LA palabra del ilustre poeta y diplomático español es universal, por lo que tiene de justa, de encendida, de penetrante. Salvador de Madariaga ha escrito en breves párrafos un retrato del prócer, a quien Madrid se dispone a ofrecer un homenaje. Reproducimos la brillantísima página, que recientemente publicó nuestro colega madrileño "Ahora". Es digna de ser saboreada por los lectores argentinos.

Bartolomé

▼ *Por* SALVADOR DE

▼ ▼

EL Ayuntamiento de Madrid se dispone a honrar la figura de Bartolomé Mitre. Fué Mitre un gran argentino, el primer presidente de la nación, ya reunida después del cisma que la partió en dos, y no por gala, durante diez años. No es inútil morar un instante sobre este período de escisión que sufre la nación argentina, todavía tan joven, todavía tan "nueva", como dicen deliciosamente, y tan profundamente también, en nuestra Galicia, tierra, por más de un concepto, una de las más fecundas madres de la pujante República platense. Todavía nueva, la Argentina se divide. ¿Había motivos fuertes, profundos, inevitables? Ninguno. Había, sí, razones locales, circunstancias de momento, y entre ellas, por cierto, una atañía directamente a España: la famosa disputa sobre el "jus soli" y el "jus sanguinis", que separa a Alberdi de Mitre; había, sobre todo, los hombres y sus ambiciones más o menos irreconciliabes. Pero había en el más hondo de los fondos lo esencial, lo consubstancial con nuestra sangre ibérica, esa fuerza dispersiva que tan acusadamente distingue a nuestra raza y que, como todo en la vida, se compone de cualidades y defectos, de luces y de sombras, de impulsos creadores y de pasiones destructoras.



SALVADOR DE MADARIAGA

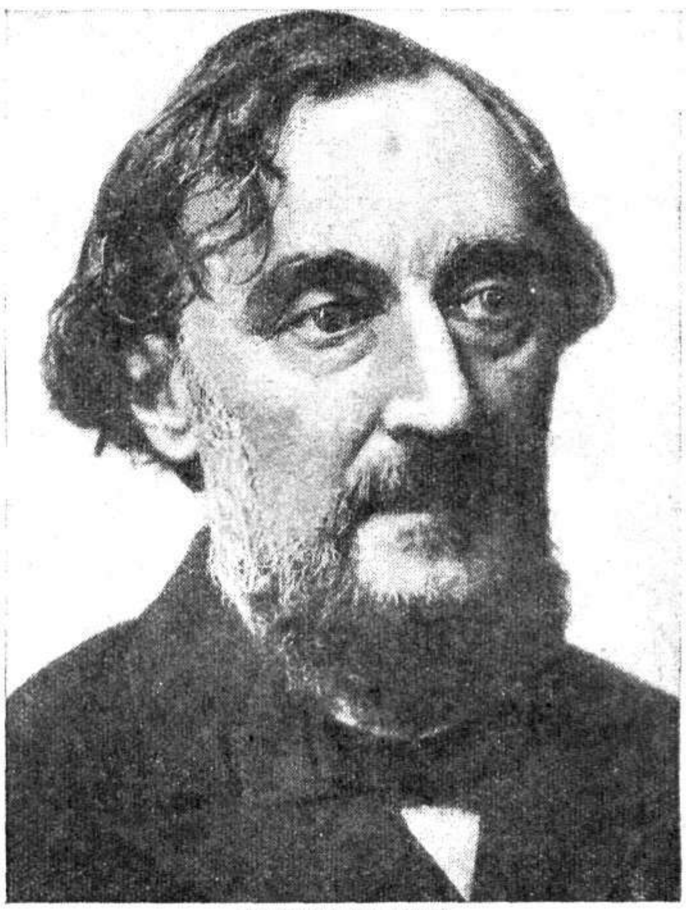
Contemplemos los hispanos de ambos continentes y los que desperdigados andan por los tres restantes; contemplemos el contraste que ofrecen los Estados Unidos del Norte y los Estados Desunidos del Sur. Por un lado, la América Anglica forma dos grandes naciones, que cubren entre las dos todo el continente septentrional al norte de Méjico, sin permitir que en el vasto espacio así abierto a su empresa se resquebraje la unidad; y sobre este inmenso pedestal, el Canadá y los Estados Unidos elevan gradualmente potentes edificios económicos durante un siglo de paz política, sólo interrumpida por la llamada guerra de Secesión. Guerra simbólica. Concebida sobre el tema de la esclavitud, pasa a poco al tema de la unión nacional; cambian inmediatamente las tornas y se acusa vigorosamente el sentido unionista y "amalgamador" del anglo. Triunfa Lincoln. Pero ¿qué es lo que triunfa? ¿El partido contrario a la esclavitud? No. El partido contrario a la secesión.

Frente a los Estados Unidos de la América Anglica, la América Hispánica nos ofrece el cuadro de sus veinte naciones desunidas y hasta a veces — como por desgracia, hoy — en guerra abierta; y como si la división exterior no bastase, con frecuencia divididas en su propio seno por la política interior, a imagen y semejanza de la propia España. Hasta aquí, las sombras. Pero también hay luces. Esta desunión, hija de nuestros defectos, lo es también de nuestras cualidades. Las veinte naciones hispanoamericanas tienen cada una su carácter, su modo de ser, su "sabor". Ni aunque lo deseasen, podrían unirse en una federación política todos los pueblos que de Méjico para el sur hablan la lengua de Castilla. La razón es obvia: a pesar de la distancia, California y Pensilvania son dos provincias de la misma nación; a pesar de la contigüidad, la Argentina y Chile son dos naciones distintas. Y no digamos la Argentina y Méjico o Cuba y Perú.

De igual modo, en esta perpetua inquietud que padecemos las naciones hispánicas

Mitre

MADARIAGA ▼



BARTOLOME MITRE

no es leal ni sincero negar la inmensa parte que le toca a defectos hispánicos, tales como el personalismo, el caudillismo, caciquismo, nuestra intransigencia, nuestra excesiva pasión; pero también contribuyen al cuadro cualidades de nuestra sangre que no tenemos derecho a omitir y, en particular, nuestra ansia de perfección y nuestra fidelidad a las ideas puras.

En todos estos rasgos de nuestra psicología, Mitre fué ejemplar de vigoroso relieve, y así se nos aparece como un personaje representativo del hispanismo. Sus largos años en el destierro, mientras sufre su patria la tiranía de Rosas, prueba su fidelidad a las ideas y su ansia de perfección. Y no deja de tener fuerte sabor hispánico la adaptabilidad con que pasa de la Redacción del "Mercurio", de Valparaíso, al mando de la artillería que en Caseros, bajo el general Urquiza, derrota al dictador y vuelve a abrir el cauce de la evolución política de la Argentina, que aquel formidable dique había cerrado. Mas ¿qué decir de su oposición a Urquiza en política interior sino que también para nosotros tiene un marcado sabor familiar? Y ¿qué del tesón y de la resistencia de Mitre cuando, vencido en Cepeda al mando de las tropas bonaerenses e incorporado Buenos Aires a la Confederación, el indómito desterrado de anteayer, vencedor ayer, vencido hoy, prepara pacientemente la victoria de mañana, y en Pavón, apenas dos años después, derrota a Urquiza y establece para siempre la Argentina moderna, como una nación federal claramente presidida por Buenos Aires? ¿No tiene toda esta historia un aire que nos es familiar?

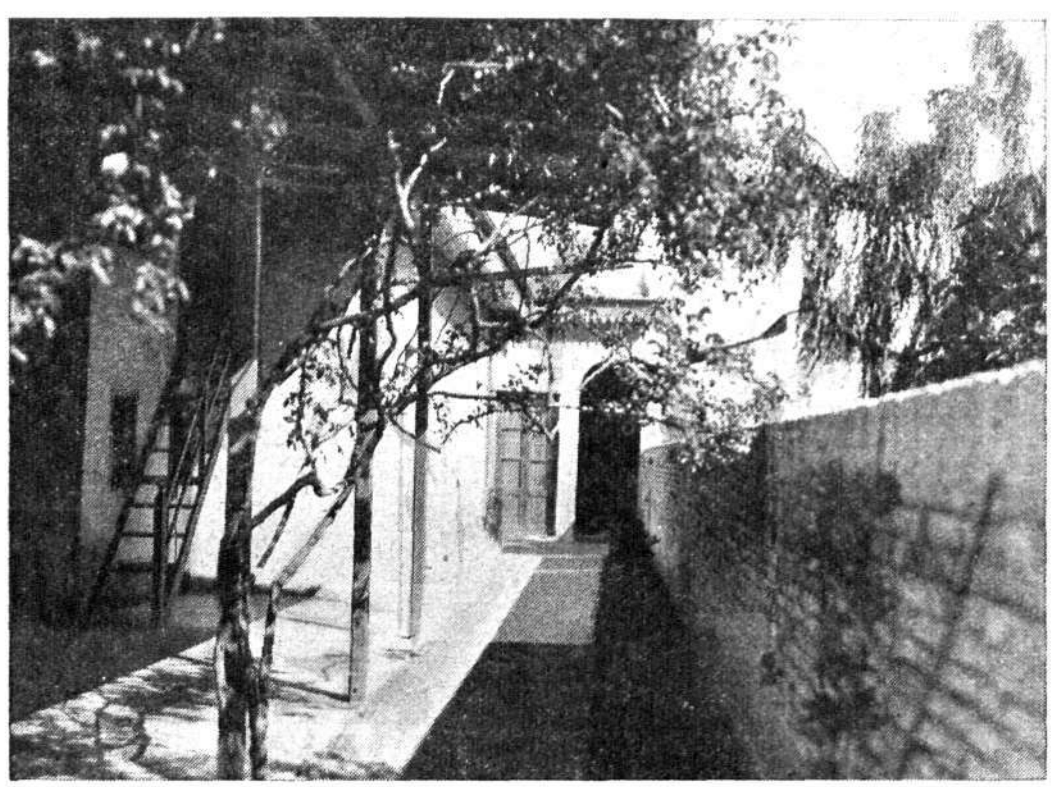
Curiosa paradoja. Este hombre de Estado, que en su día había de ser el más firme sostén de la tradición hispánica en la Argentina, lleva en toda esta lucha una bandera que, al parecer — digo que al parecer, — es contraria a España. En lo concerniente al tratado de inmigración con el gobierno español — asunto largo y espinoso, que tuvo muchos más y muchos menos, — Mitre resiste a España; Alberdi cede. Pero guardémonos siempre de ver los intereses de España con miopía. España es — sobre todo en América — tan grande que para comprender sus verdaderos intereses hay que mirarla de lejos. En aquella polémica — polémica oficial, donde se ventilaba un tratado y estaba en juego la constitución política y más aún la racial de todo un pueblo, — Mitre, que resistía a España, era el verdadero hispanista, y Alberdi, que cedía, cedía por extranjerismo. La historia había de confirmar que esta convicción hispanista de Mitre era profunda. Pero, en último término, la posición de España en América es inexpugnable, porque para ser hispanistas, los americanos no han menester más que desear fervientemente la grandeza de su propia patria.

El principal título de Mitre fué, pues, éste: que en todo momento supo ser un gran argentino. Y con eso, con eso sólo, basta ya para que España le rinda homenaje.

Cómo se equivocó en su profecía

"A mí nadie me amó sobre la vida

Por SAMUEL E.



Estado actual de la casa de Almafuerte. Puede verse el viejo rosal plantado por el poeta.

Pero se equivocó en su profecía...

"A mí nadie me amó sobre la vida...", dice en el canto VI de su rugiente poema a "Bartolito Mitre, en la gloria", que dedicó a ese adolescente talentoso, cuya desaparición llenó de enorme y silenciosa congoja a la familia argentina.

Pero le amaron, sí. Tengo sobre mi mesa la correspondencia del poeta y leo cartas de sus discípulos que le sirvieron toda la vida con el afecto filial más profundo y continuado. Uno de ellos murió hace poco. Fué aquel bello espíritu que se llamó Silvestre Monferrand, a quien Almafuerte llamaba en sus epístolas: "Mi querido hijito"...

Pero es que el poeta llevaba en su seno una llaga incurable.

Por eso no hago míos los conceptos de Ventura García Calderón cuando escribe: "Con sus exageraciones evidentes y algunos gritos que ya suenan a falso"...

No.

Pedro B. Palacios entró a los veinte años tocado por Melpómene. Y la diosa trágica le acompañó hasta sus últimos alientos.

También escribió: "Ni nadie me honrará después de muerto".

Pero se equivocó en su profecía...

La cueva del León

En una carta dirigida a Lucio Rossi, en febrero 27 de 1909, decía Almafuerte: "Estoy emperifollando poco a poco mi casa, para que no se diga más — como tan estúpidamente se ha venido diciendo — que vivo en una cueva, en una covacha inmunda".

"Le pido — agregaba — que me fíe hasta dentro de unos meses, dos bustos clásicos en yeso: el "Hermes", de Praxiteles, y el "David", de Miguel Angel, por ejemplo".

En la nota, finalmente, escribió: "Lo de fiarme los bustos quiere decir que se los pagaré en los tres plazos clásicos: tarde, mal y nunca".

Quería estatuas y vivía en un rancho...

Luego compró una casita, la que actualmente constituye la sede de la agrupación Bases, en 66 número 532, donde se encuentra el Museo Almafuertiano.

Esa casita fué hipotecada por Almafuerte en diversas oportunidades y siempre en beneficio de terceros, de sus protegidos. Murió Palacios allí. La casa se remató judicialmente y la adquirió la Municipalidad.

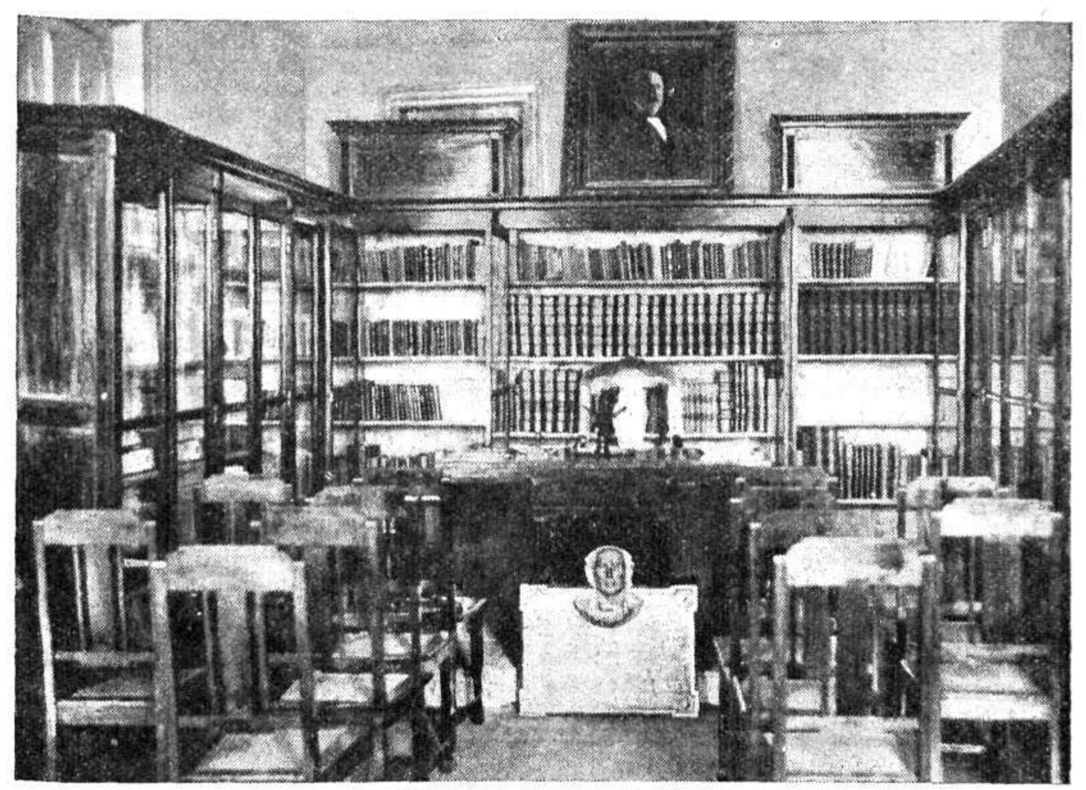
Estaba en ruinas cuando la agrupación Bases obtuvo la tenencia.

¡Ah! ¡Si Almafuerte contemplara ahora su casita y la obra cultural y civilizadora que allí se realiza!...

el doloroso autor de "El Misionero"

ni nadie me honrará después de muerto"

DE MADRID ▼ ▼



La biblioteca de la agrupación Bases.

¡Cuánto hay que hacer con cincuenta pesos!...

TENGO a la vista la ordenanza municipal del Concejo Deliberante de La Plata, de marzo 8 de 1929, por la cual se autoriza al D. E. para entregar en precaria tenencia a la agrupación Bases la casa del maestro, con destino a los fines siguientes:

a) Establecer una escuela nocturna para adultos y una biblioteca pública que se denominará "Biblioteca Almafuerte".

b) Dictar un ciclo de conferencias de extensión y difusión cultural que se realizará mensualmente.

c) Crear una sección "Museo del Poeta", y

d) Publicar una revista o semanario orientado en el pensamiento que se enuncia en los apartados anteriores".

Todo eso se hace, con excepción de la escuela aludida, resorte éste de las autoridades escolares de la Provincia.

Y todo eso debe efectuarse mediante la contribución municipal, que consiste en el aporte de cincuenta pesos mensuales. Pero, bueno es remarcar, que la edición del último número del periódico "Bases", costó la cantidad de 280 pesos.

Puede que las autoridades provinciales y algunas entidades particulares, poderosas económicamente, algún día piensen en la conveniencia de aportar a la obra que se lleva a cabo, el clásico granito de arena...

Puede ser.

Conversando con "La Hormiguita"

LA Hormiguita, para los asociados de Bases, es el secretario general de la agrupación, don Francisco Timpone. Entusiasta admirador de Almafuerte y alma de la entidad que enaltece la labor del poeta, realiza personalmente una obra digna de mención.

Es autor, en compañía de su esposa, de la mayoría de los cuadernos donde se clasifican en forma, no ordenada, sino pulcrísima, las distintas secciones del Museo Almafuertiano. Es así que tratamos de conversar con él, lo que por otra parte logramos con facilidad, dado lo gentil y efusivo de su carácter.

Qué es la agrupación Bases

Y nos dijo don Pancho Timpone:

— Bases es así como un fortín de avanzada, — permítame que lo interrumpa y se lo repita — en medio de la indiferencia pública. En él, aparte de la misión cultural que se realiza, fecunda, porque todo se documenta, estamos haciendo patria, es decir, historia patria, con ese glorioso maestro de la trilogía magnífica que cita Ingenieros: porque al igual que al autor de Facundo, también a Almafuerte le llamaron "Viejo loco..."

—Y todo con cincuenta pesos...

—Sí señor, con los cincuenta pesos mensuales

y con una hermosa visión del futuro que la pagamos con monedas del espíritu.

—Y es de suponer que también, con muchas palabras de aliento y de estímulo...

—Es verdad. Ellas han sabido llegarnos de Guayaquil, de Cuba, de Venezuela, Perú, Bolivia, Brasil, algunas de nuestras provincias y una reciente del Chaco. Un tanto lejanas, pero no por eso menos entusiastas y sinceras.

De la ciudad de La Plata, muy pocas...

El museo almafuertiano

Y el museo — seguimos preguntando — llena la finalidad a que está destinado?

—Ya lo ve usted. Los que creían que Almafuerte aborrecía la pose fotográfica — en lo que al museo iconográfico se refiere — y que no conocían de él, sino dos o tres fotograbados, se encontrarán con que Bases tiene en su poder más de ciento cincuenta distintas... toda una bellísima documentación gráfica. La última data del mes de diciembre de 1916, firmada por el maestro, precisamente, tres meses antes de su fallecimiento.

—El museo biográfico revela paciencia suma y gran cariño por el poeta...

—A él le llamamos el "museo vivo". El verdadero monumento que se mereció el poeta después de su muerte.

—Interesante y numeroso el museo bibliográfico...

—Es creencia de todos nosotros que no falta en esta sección el libro ni el folleto más insignificante en su presentación que se haya publicado. De estas más de cien piezas, tan sólo una fué autorizada por el poeta: "Lamentaciones" (1906) que lleva una nota final interesantísima.

—¿Y todo esto?...

—Otra montaña de papeles, conteniendo el homenaje íntegro de la prensa nacional y extranjera, en ocasión de su desaparición: conferencias, discursos, escritos biográficos, glosas, parágrafos, poesías de toda índole, referentes a Almafuerte (un desfile de cerebros grandes, medianos y chicos) que se irán recopilando convenientemente y catalogando, para que se haga la luz plena y total acerca de este maestro genial, que como a Sarmiento, repito, le llamaron loco, pero que también como Sarmiento, "les dejó la marca" y confió más "en las escuelas que en los fusiles para desarmar a los bárbaros..."

Su amor a los humildes

Si toda su obra está impregnada de amor a los humildes, toda su vida no es otra cosa que entregarse íntegro a los que sufren.

Escribió también:

"Necesito para llevar la tranquilidad, el puchero, la paz a los hogares de los que golpean mis puertas en demanda de una ayuda, tener amigos en todas partes y principalmente — y muy principalmente — en las regiones del gobierno."

Se dirigía a quienes le enrostraban haber cambiado de orientación política, y apostrofaba finalmente:

"...el viejo Almafuerte se somete de esa manera en beneficio de todos: de los ladrones, de los criminales, de los viciosos, de los perseguidos, de los padres pobres, de las mujeres caídas, de los niños hambrientos, de los honrados sin suerte, de todos los que padecen en fin".

El horno del poeta

Como el nido de la avecita criolla, verdadera proletaria de nuestros campos, en un rincón del patio cuidado, se alza el horno del poeta.

En los meses que han corrido del año actual, en varias oportunidades se encendió, saboreándose el pan casero, cuyo perfume llena los ámbitos de la casa con un hálito de pobreza y de serenidad.

Nunca pretendí conocer la historia de ese horno. No quise saber si lo alzó con sus manos don Pedro, ni si amasó alguna vez su pan.

Pero el horno está allí, como un símbolo de paz y de trabajo.

La negra boca del horno se me ocurre que está abierta, como en una exclamación de bienvenida.

Llegarán los pequeños de los colegios en peregrinación a la casa del "que plantó la escuela frente a las tolderías" y admirarán ese horno.

Y su imaginación convertirá al poeta en la avecita cuya rústica habitación la maestra enseñó a respetar.

Quizá no piensen que Almafuerte no podía cobijarse allí, sino entre las rocas, porque de ser ave, hubiera sido águila, o mejor aún, cóndor...

La habitación de huéspedes...

Cuando vivía el poeta en la casita de 66, había un altillo.

Algunos trastos viejos se amontonaban en el reducido espacio que sirvió quizá de dormitorio a algún vagabundo o a varios de los que golpeaban la puerta de don Pedro B. Palacios.

Ahora, ese altillo se ha convertido en habitación de huéspedes...

Porque ya dije que la Agrupación Bases tiene hermanos que suelen llegar de lejos.

La habitación estaba "virgen" sin embargo, y deseé pasar allí unas horas.

Pero, casi todas se deslizaron mientras me paseaba en los ahora bien cuidados jardines de la casita, donde aun se conservan algunas plantas favoritas del anciano gruñón... Es una clara y fría noche de septiembre. El cielo brilla y los perros de la vecindad se cruzan ladridos no siempre muy amistosos.

Me paseo apretando contra mi pecho todos los dolores que sufrió el poeta, y la cabellera lacia de unos sauces que rozan la pared medianera se me antoja la cabeza del vate que se inclinara pensativa.

Pronto amanecerá.

Llego hasta el fondo del jardín. Allí hay un medallón del poeta, incrustado en la pared. Se alcanza luego de ascender tres escalones.

(Una tarde conmemorativa vi a una mujer anciana aproximarse hasta el retrato y besarlo como si fuera la efigie de un santo).

Me aproximo y veo brillar algo. Me acerco más y... noto como el titilar de lágrimas en los ojos de Almafuerte.

Pero, no. Es el rocío, el fuerte rocío de este amanecer de septiembre...

Y como siento frío, me tiendo en el lecho. Y pienso en la angustia de la soledad del maestro.

Y al cerrar los ojos, vuelvo a pensar en Nietzche: "El amor a un solo ser es una barbarie, porque se ejerce con detrimento de todos los demás".

Y Almafuerte escribió:

"Yo soy el miserable que amó mucho..."

SAMUEL E. DE MADRID



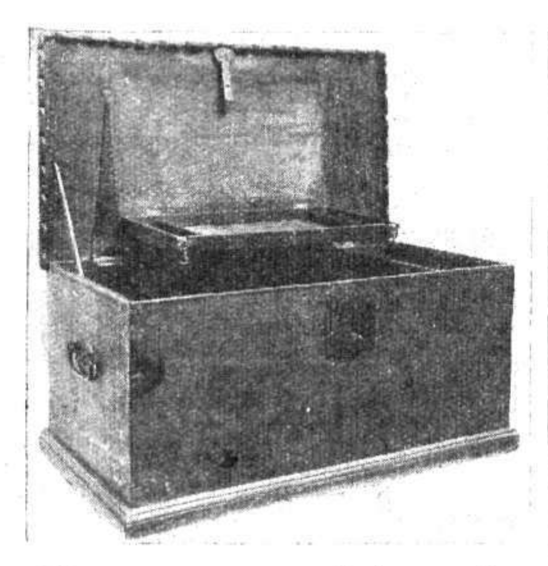
Una rudimentaria máquina enfardadora de lana de mediados del siglo pasado

La lana constituyó uno de los renglones más importantes del comercio exportador de nuestro suelo en el siglo pasado, una vez que se alcanzó la tan necesaria estabilidad política.

Naturalmente, los procedimientos empleados para su preparación distaban mucho de parecerse a los actuales en que se tiene al alcance un elemento tan importante como es la electricidad. Todos los instrumentos se manejaban a mano y sólo la fuerza humana movía tan pesados armatostes como éste que aparece en el grabado y que es una máquina para enfardar lana.

Esta verdadera mole de madera se exhibe actualmente en uno de los patios del Museo de Luján y tiene un peso superior a tres toneladas y media. Funcionó en la barraca existente en el Paseo Colón 1021, situada en el mismo socavón de la barranca que en la época de Rosas servía como refugio a los ciudadanos que emigraban a Montevideo.

La rudimentaria aunque sólida factura de esta prensa hace suponer que funcionó hace ya muchas décadas, hasta que en 1884 fué retirada de todo servicio. — *D.*

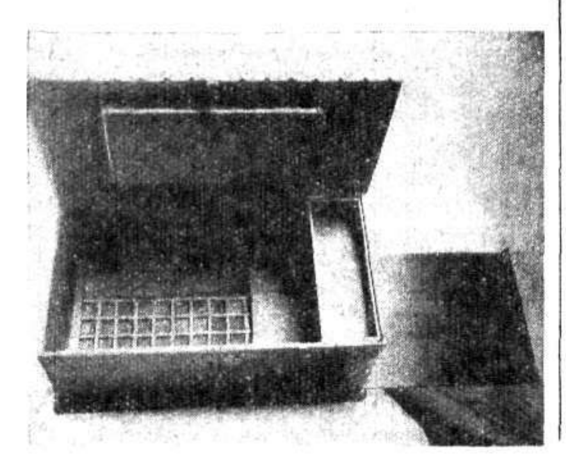


El secreto del cofre del general Alvear

CONSÉRVANSE en nuestros museos muchas arcas, valijas, baúles y petacas utilizadas por los soldados que realizaron las campañas de la Independencia. Las hay de toda clase y tamaño; pero todas, sin excepción, denotan la preocupación dominante en aquella época de difíciles y lentos transportes: la economía de espacio.

Entre los muchos y curiosos ejemplares está este baúl de madera que perteneció al general Alvear y que fué utilizado en sus campañas. No es muy grande. Carece de todo lujo. En cambio, denota en su constructor el deseo de procurar algunas comodidades al propietario. La tapa, en su parte interior, tiene una bandeja con divisiones y, a la derecha, se puede ver otro pequeño compartimiento.

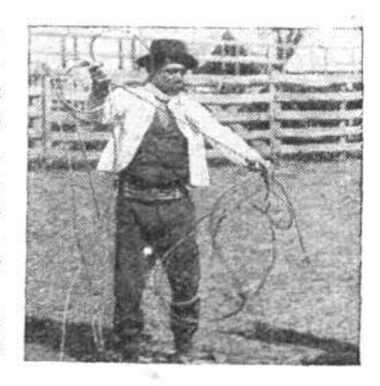
Este baúl se conserva en el Museo de Luján y una de las ilustraciones permite ver su doble fondo secreto. — *D.*



La habilidad en el lazo

QUÉ trompa prensil, qué tentáculo, qué golpe de serpiente podría conseguir tanta eficacia y tanto trecho ofensivo?

El lazo prolonga el radio de acción del cazador, de una manera únicamente propia de esa arma arrojadiza. La lanza hiere, el bumerán australiano hiere o torna a poder del lanzador. Sólo el lazo es capaz de retener a la víctima o darle muerte, sin herir. Como una red de una sola malla, como una horca que vuela, el lazo trabaja siempre en poder del dueño. Se le pudiera definir: la más fiel de las armas.



Esa garra, obediente a la mano del cazador, posee poderes diversos y formidables. Los oficios camperos y las lides guerreras americanas le deben ayuda decisiva, todo por la habilidad de los enlazadores.

Parecería que el lazo tuviera ánima propia, tal es su certeza.

Los tientos que se unen en una trenza, capaz de resistir al cuchillo más filoso, confirma que el proverbio: "la unión hace la fuerza" es verdadero.

El gaucho puede elegir la parte del animal por donde tiene el propósito de cautivarle: las patas, las astas, el cuello.

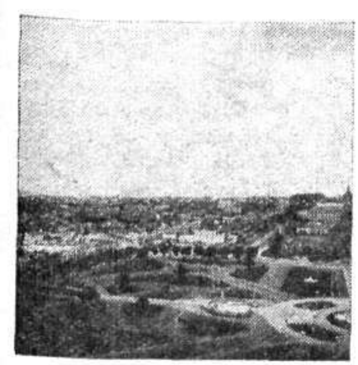
En la acción del enlazador colabora su pingo, amaestrado para contrarrestar tirones de la res cautiva.

Desde niño, comienza el aprendizaje el gaucho. No veréis en la estancia juegos infantiles semejantes a los que practica la gente menuda en la ciudad. Tal vez, algunas veces, el pichón de gaucho condescienda a jugar con los hijos del patrón pueblero, aunque resulta más seguro que los arrastre a jugar simulacros de futuros cazadores y jinetes.

Allí inicia el adiestramiento en los recursos del lazo, que bien pronto cobrará entre sus manos un poder omnímodo.

Más tarde, el lazo ha de constituir el recurso que le sirva para ganarse el pan honradamente.

Una ciudad de recogimiento: La Plata



EDIFICADA para capital de la provincia bonaerense, cumple su misión, tranquila, apacible. De cuando en cuando, sufre un estremecimiento político; pero después vuelve a su calma habitual.

No llegará la tranquila metrópoli de la provincia a sus cien años, sin perder su idiosincrasia; no. El sueño de Dardo Rocha se verá cumplido. Tendrá demasiado habitantes, industrias, comercios, sirenas aturdidoras; todo y mucho más...

Entonces la villa tranquilota, sana, habrá muerto.

Por ahora, tiene bastante de monacal. Es propicia a los trances de recogimiento, de estudio, donde las personas de voluntad y vocación para las disciplinas científicas no sufren las persecuciones del profano y vocinglero vulgo.

Existe infinidad de pueblos silenciosos. Sin embargo, la agitación interna, el susurro de los chismes y de las calumnias producen allí una agitación más dañina para los nervios y la calma, que el bullicio de las grandes capitales.

La Universidad Platense, con su biblioteca rica y sabia; el museo, el observatorio y otras entidades de cultura se ofrecen, como lugares de retiro, a los hombres discretos y estudiosos.

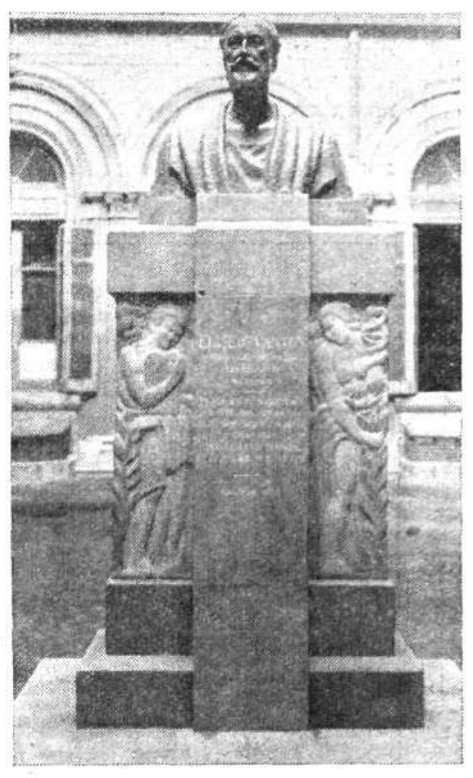
En su bosque umbroso, en sus plazas, en los jardines universitarios hay lugar dispuesto para quienes tengan verdadera pasión por aprender.

La Plata, ciudad de recogimiento casi claustral, cumple de tan noble manera una misión importante para el porvenir espiritual de la Argentina.

El creador de la capital de la provincia bonaerense ha logrado el ideal que perseguía. Y la juventud argentina tiene en ella un seminario de intenso poder germinativo.

Homenaje a un hombre de ciencia argentino

En uno de los patios de la Facultad de Medicina ha sido inaugurado un busto del doctor Eliseo Cantón, que fuera, además de brillante hombre de ciencia, decano y profesor de dicha casa de estudios. La ceremonia, que adquirió singular brillo y significación, fué presenciada por gran cantidad de selecto público y presidida por el ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor De Iriondo. Asistieron también el rector de la Universidad, doctor Vicente C. Gallo; el vicerrector, doctor Enrique C. Urien; el presidente de la Cámara de Diputados, doctor Manuel A. Fresco; el presidente de la Academia de Medicina, doctor Mariano R. Castex, y el presidente de la comisión de homenaje, doctor José Arce.



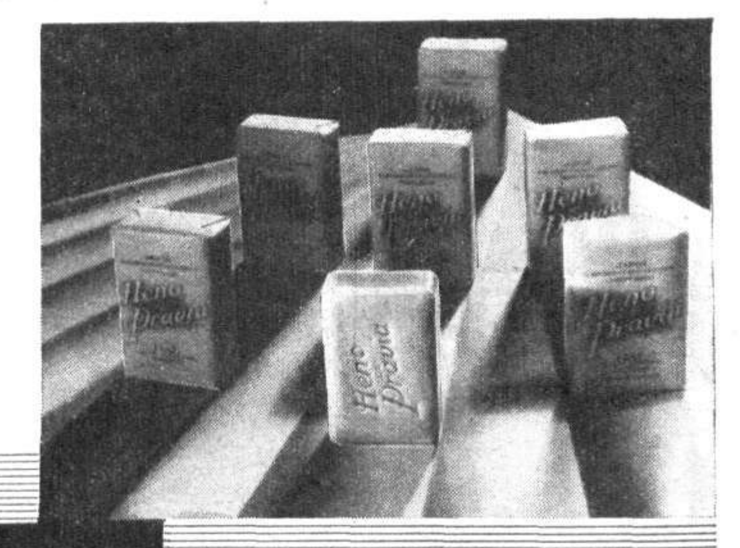
El monumento al doctor Eliseo Cantón, obra del escultor Rovatti, levantado en uno de los patios de la *Facultad de Medicina*.

El doctor Arce abrió el acto, y en un brillante discurso puso de relieve la vasta obra científica realizada por el doctor Cantón, refiriéndose a su labor como médico y a su gestión como decano de la facultad que hoy guardaba el monumento alzado a su memoria, *merced a la gratitud* de sus amigos y de aquellos que participaron de su ciencia y de las hermosas dotes de su espíritu superior. Otros oradores igualmente brillantes se refirieron a la personalidad del doctor Cantón, al que destacaron como a una de las glorias más puras de la ciencia argentina. El gran maestro, pues, ha sido recordado en forma justa para que las generaciones presentes puedan inspirarse en su acción patriótica y magnánima.



Una vista de la distinguida concurrencia que se congregó alrededor del monumento para escuchar los discursos de los oradores.




Heno Pravia



La heroica tarea de los domadores

▽ ▽ ▽ ▽

Un hombre que doma cuanto cualquier hombre debe domar y, además, potros.

El potro es una máquina poderosa, en pleno uso de fuerzas juveniles e inteligentes. El instinto de rebeldía le hace apto para vivir en libertad. En los juegos y retozos ensaya y afina su caprichosa energía.

A ese animal de mañas innatas hay que doblegarlo, hacerle obedecer el freno y las riendas, mediante una imposición de la astucia y de la voluntad humanas.

Esa conquista del irracional, nacido para hacer uso de sus músculos en propio beneficio, hállase encomendada al domador.

La doma, trabajo en que el hombre se juega la vida, equivale a una lucha contra la fuerza virgen. Convertir al potro en mitad sumisa de un centauro, procurarse un vehículo viviente, que extienda el poder del hombre, es la misión cumplida sin descanso.

En la brega diaria, el domador tiene que luchar contra un vigor movedizo y fuerte. La sensible piel del potro, su indocilidad para el freno le prestan mayores rebeldías. Se convierte en varios animales al mismo tiempo; enarca el lomo, como un gato; acomete a los postes, con ceguedad y bravura de toro; retuércese en ardides serpentinos; se desploma tratando de aplastar al jinete a lo elefante; y sus quijadas amagan mordidas, y sus cascos parecen garras.

En tantas tentativas prueba hasta dónde le es posible vencer al domador, porque el potro está dotado de astucia, que emplea para defender su libertad.

Y casi siempre en vano. El domador estrecha con la tenaza de sus piernas los flancos del potro; el talero aturde al bruto, y la obra de desbravar aquella instintiva y salvaje mole se cumple. Pero a costa de caídas, a veces mortales, a cambio de un desgastamiento de la musculatura atlética y del corazón y de los nervios del jinete.

Estamos en una cancha donde se realiza un deporte primitivo y heroico, que no tiene lances de juego, que presenta cien peligros. Estamos en el estadio donde vencen, sin conceder importancia a la tarea, los domadores.

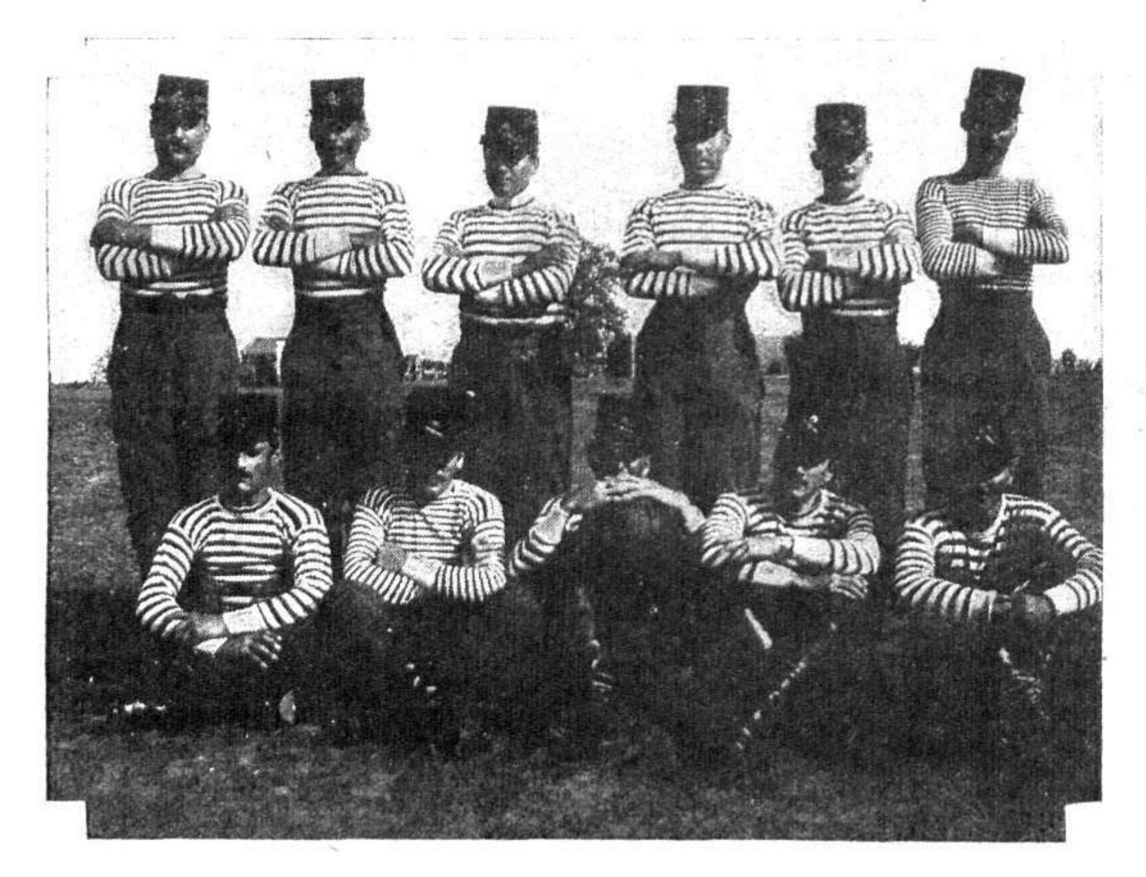

Chocolate GODET
Para un desayuno completo y agradable, nada hay que iguale a una taza de
Chocolate GODET
Todos los que tienen un gran desgaste físico, como los niños y las personas de mucha actividad, se desayunan con chocolate.
Tome siempre el Chocolate GODET, que es el que reúne mayor pureza y poder nutritivo.
CONSUMA
PRODUCTOS
Bassi
Daniel Bassi y Cia S.A. - Bmé. Mitre 2538-54 - Bs. As.

FUTBOL CON

Tío Nicéforo, te represento a mi amigo Cascote. Lo do semo de Huracán.

— Cho gusto.

Y, tocándose el ala del funyi, mi tío Nicéforo le apretó con la libre lo cinco chorizo del faná má faná que conoció Patricios. Etábamo en el boliche del gringo Nicollucci, y lo tre de quemada quedaron a media asta sobre la mesa en donde el nombre de Masantonio briyaba con l' agua caida de lo vaso. Había gana de parlamento, pero Cascote no si animaba por respeto a mi tío



entrerriano, y mi tío — que e de Gualeguaychú y con pinta e bravo, — tosía como pa entonarse. Pero no cantaba.

— Tamo de velorio — dije, por batir algo.

— Ajá — añadió el viejo Peralta.

Y fué entonce que Cascote le dió gusto a la de pegar estampiya.

— ¿Por qué, velorio? Desde que vinieron lo pincha se acabó la marcha fúnebre. Y disculpe, don, que hablemo de fulbo. A mi viejo tampoco le gusta, pero, ¿qué le vamo a hacé? Se pasaron lo tiempo de la lotería.

— ¡Ajá!

— Bueno; como decía, desde que vinieron lo pincha si acabó la tristeza. ¿Usté sabe quién son lo pincha? Lo estudiante del bosque... sí, lo de La Plata. Yo le tengo bronca porque cuando cachan a un cuadro así lo fajan a pepinaso, y también porque

DOCE

BOTAS DE MONTAR

uno no sabe por qué pierden cuando tienen de ganar y por qué ganan cuando tienen de juntar viniyo.

—¡No dispare, amigo, que se yeva la tranquera por delante! — Claro que es feo sobrar al enemigo chico, pero también es feo dentrar a un juego con codicia e ganador nada más... Vea, joven, el salir perdidoso no es deshonra, porque el juego ej ansina: necesita un ganador y necesita un perdidor. Yo nunca loj e visto jugar a esos que usté llama pinchas, pero en Gualeguaychú he óido hablar d'eyos como de muchachos que dentran al pasto a jugar fulbo, acaso aura menos qui antes porque tamién se haberán contagiao de loj otro.

"Y, a propósito:

"Yo he jugao al fulbo, mocito, antes qui usté usase pañales. Y jué en Paraná. ¡Pucha, si ricuerdo bien! ¡Lindos veinte años! ¡Mozo, otras tres quemadas! Estaba haciendo el servicio militar, y el jefe, que estaba inglesao, puso entre loj ejercicios el qui ustedes cren de su propiedá... De seguida se formaron dos teanes, y a mí me metieron en uno d'eyos pa que hiciera de arquero. No mi he olvidao de mis compañeros: Laureano Ponce, Primitivo Tabares, Goyo Jiménez — que jué a la cárcel por haber matao a un tipo...

—¿A un referí, *tío*?

—¡Cayate, mocoso, y no me interrumpás! Lucindo Castillo, Domitilo Calvetti — ¡gringo lindo, con un patadón de avestruz, lo mismo que Bernabé, tan juerte, que un día rompió un travesaño de un pelotaso...

—Muuula — rezongó Cascote, creyendo que mi tío no lo iba a oír.

—¿Mula? ¡Lo rompió! Pero claro que un agraviante: el palo estaba podrido, mesmito que las piolas cuando las rompen los cañoneros de aura... Y prosigo: Cantalicio Galván, Pedro Balmaceda, Guillermo Clark, Deogracías Antuña y Gabino Miñaburu. En el primer partido que jugamo me hicieron morder polvo nueve veces...

—¡Nueve pepinos! — imterrumpió Cascote. — Pero usté — y disculpe — era un Tarzán con rumatismo...

—No mi amigo, era un arquero con cueyo duro y con botas de montar... Sí, como mi oye; nosotros no sabíamos de los tamangos que ustedej usan hoy... Pero eso sí, naides nos ganaba a cabayeros. ¿Nos pagaban? ¡Ni pa las mataduras! Sólo era el corazón el que respondía, y *no noj importaba* que los diarios nos mentasen. Jugábamos pa los compañeros y pa las mozas que caiban a vernos, a punta e coraje, como en aquel 25 e Mayo, en que, a pesar del desfile, nos trenzamos con un tean de civiles rejuntaos po el intendente, que se la tenía jurada al capitán Rosales no sé por quí asunto e faldas...

—¿Y quién ganó, tío?

—El cantinero el regimiento... Y tamién nojotros, porque nos dieron tres días de licencia y botas nuevas.

Se mandó de un trago el cuarto vaso y se quedó mirando lo árbole del Parque. Pidió después otra vuelta y, sacando un royo del cinto, le dijo al gringo Nicollucci:

—Yo pago, ¿sabe? Por la mozada de ayer.

Y se quedamo cayao.

P A S O S ▼



MASANTONIO



ZOZAYA



LAURI



BERNABE

El mate, expresión de cordialidad

QUÉ afecto no tiene defectos? El mate, aborrecido por los higienistas escrupulosos, los tiene. Quizá sea vehículo de un gualicho; tal vez contenga la broma del ombú; acaso os sirva un brebaje, que no merezca el nombre que tiene. Una vida cualquiera se pasa a tragos; y la vida del buen hijo del pais se pasa a tragos de mate.

Cada pueblo tiene su signo de hospitalidad. El jarro de vino, la taza de té, la jícara de chocolate. El pueblo criollo deposita en aquel zapallito atigrado toda la cordialísima expresión de su nunca bien ponderada hospitalidad.

Sabe que es un regalo grato, que la visita aprecia por encima de otros. Dos manos, la una que ofrece, la otra que acepta, serían un símbolo de la cordialidad criolla, digno de figurar en el escudo de la fraternidad de la raza.



¿Qué importa el peligro de discutibles contagios, ante la misión de tan alta importancia sociabilizadora?

Llegáis cansado hasta la tranquera de cualquier estancia. Al "¡apeesé y desensille!" sigue inmediatamente la oferta del amargo bien cebado. Y el viajero y el huésped despachan por turno los mates, hasta que el recién llegado dé las gracias.

Dicho sea con todo el respeto debido, el matear es una comunión. Tiene todos los rasgos de una ceremonia, y sigue un ritual invariable.

Prepara el logro del descanso, estimula el apetito o le da mate, es pretexto para la charla y regateos.

Igual que otras cosas nuestras, el mate tiene también su sortilegio. Díganlo los que llegaron de allá, de países con los que nuestra raza tiene pocos o ningunos vínculos. Compiten con los españoles e italianos aclimatados en el uso y abuso del mate.

Un mate de veras, un mate de porcelana, un mate-cacharro, cualquier mate bien servido es una firma de convenio amistoso o de ratificación de cordialidad hospitalaria.

Y si no, digamos, alterando un poco el refrán: "a enemigo que huye, mate de plata".

La emoción de la vidalita



JUNTO con los arcabuces vinieron las vihuelas; el estruendo pavoroso al lado de las melodías cautivantes. La quena y la guitarra se concertaron y sirvieron como lazo de unión entre conquistadores e indios.

Traían aquéllos sus tonadas populares, donde el alma morisca se aliaba con el alma ibera. El nativo también sabía expresar sus sentimientos con músicas dolientes.

Se produjo un mestizaje, al que ambas escuelas llevaron sus mejores motivos; pero en el producto domina el arte aborigen. Sólo algunas tonadas y bailes suenan a español.

La vidalita, a pesar de su nombre, es francamente nativa. Nació, en forma tosca, en los valles norteños, y la guitarra al adoptarla le dió perfecciones.

¡Qué exquisita canción amorosa!

Su estribillo, el vidalita o vidalitay, que le sirve de título, es una queja, en donde se siente la ternura cercana a las lágrimas, signo del cariño varonil. En su pequeña estrofa hay un ritmo de pasión delicada. Las malagueñas, soleares y otros cantos de amor, también pueden serlo de odio, de celos, de sangre, de desafío. La vidalita posee acentos de arrullo; es una canción de palomos y palomas.

Lenta, suave, con su final a manera de gorgeo agudo, produce una emoción incitante. Habla de amores juveniles, de esperanzas, de caricias, sed de corazón prisionero.

Y una copla se enlaza a la siguiente, como hilando las cuentas de un collar de perlas. La vidalita no vive sin otras vidalitas, continuando el reclamo hasta lograr la ansiada conformidad del objeto querido.

Hay canciones que hacen la rueda, como vanidoso pavo; la vidalita es tímida y sabe aguardar, y sabe enternecer.

Oídla cómo surge de una ramada montañesa, al caer de la tarde, entre los bordoneos de la guitarra. Si sois jóvenes, os enseñará a pedir un amor; si sois viejos, os traerá recuerdos de los años mozos, lejanos.



Cómo el general Alvear, en su juventud dió una paliza a siete bromistas

Detalladamente, en las páginas de la "Revista Nacional", de Carranza, nos describe Manuel F. Mantilla esta poco difundida anécdota, en la que nos es posible comprobar cuánto eran el valor y la temeridad del general Alvear.

ENTRADA ya la noche, el domingo 5 de abril de 1812, por la calle de las Monjas, hoy San Martín, marchaba el entonces sargento mayor y segundo jefe del regimiento de Granaderos a Caballo, don Carlos María de Alvear. Vestía uniforme y no cargaba arma de ninguna especie.

En eso, al aproximarse a una esquina, fué embestido y derribado por tres desconocidos, los que doblaron como torbellino. El oficial, como pudo, se incorporó y con la altanería propia de su edad y condición, echóles en cara el incorrecto proceder. El resultado fué que los tres hombres, riendo a carcajadas, prosiguieron su camino, sin atender ni las reclamaciones ni darse por aludidos ante las amenazas de Alvear.

Así recorrieron buen trecho hasta llegar a la residencia de uno de ellos, Tomás Leigh, quien alquilaba dos habitaciones en casa de doña María Luisa Ramos y Valle. Allí llegó Alvear, siempre desafiándolos y tratándoles de cobardes. Los tres hombres, a su vez, continuaban con sus burlas, y a ellos se agregaron dos más, con lo cual la situación del oficial argentino se tornó un tanto difícil.

Pero, Alvear no era hombre de dejar las cosas en aquel estado. Era en extremo puntilloso, y luego, su condición de segundo jefe de un regimiento en el que todos los patriotas tenían puestas sus esperanzas, obligábalo a dar a los atrevidos el correspondiente y ejemplar castigo. Y decimos ejemplar porque en aquellos días, pese a la revolución, muchos eran los que miraban a los patriotas con malos ojos y torcidas intenciones.

Alvear abandonó la casa de doña María Luisa más que a escape y se llegó hasta la de su tío don José María Balbastro. Allí, sin más, recogió su sable y ni siquiera puso atención en las palabras de los familiares, verdaderamente alarmados al ver su estado de nerviosidad.

Poco tardó en estar en las habitaciones de Leigh, a quien se habían reunido dos amigos más. Los sorprendió sentados, alrededor de una mesa y bebiendo muy confiados. Desde la puerta se anunció Alvear con sus gritos y desde ella también comenzó a repartir golpes a diestra y siniestra. Los hombres, utilizando las sillas y demás muebles a manera de armas, intentaron defenderse de la furia del oficial. Mas, todo fué en vano. Al cabo de un cuarto de hora de lucha, el cuarto quedó cubierto, sino de cadáveres, de heridos y contusos.

Inmediatamente cundió la noticia. El vecindario se hizo lenguas de la bravura del joven jefe de granaderos y éste un tanto magullado pero vencedor, debió presentarse ante San Martín, quien le impuso una semana de arresto... no por los sablazos repartidos, sino por haber cometido la imprudencia de salir a la calle sin las armas reglamentarias.

EDUARDO MARIO

El general Paz estuvo con los suyos cautivo en una habitación del Cabildo de Luján

Fué el general Paz el primer táctico que tuvo la República y uno de sus más prestigiosos escritores militares. Las vicisitudes de la lucha política colocáronlo entre las manos de Rosas y fué así como debió sufrir cuatro años de encierro, desde 1835, en una de las habitaciones altas del Cabildo de Luján, pieza "que mira al campo", como él mismo lo refiere en sus *Memorias*.

El ilustre manco llegó de Santa Fe, en cuya cárcel estuviera encerrado y donde contrajera enlace con la que fué su abnegada esposa, doña Margarita Weild. Con esta compañera ejemplar compartió el penoso cautiverio. En la misma estancia nacieron sus hijos. Hombre de cultura, leía y escribía, olvidando sus preocupaciones con algunas labores manuales.

Esta estancia, casi como se encontraba en la época de Paz, muéstrase al público en el museo de Luján. En ella, manos dilectas han reunido sus más preciadas reliquias, retratos de los que fueron sus compañeros de campañas y, en particular, de su esposa, de la que hay un interesante retrato trazado por E. F. Sánchez Zinny.

D.



Del lechero a caballo





El humorismo observador de Fray Mocho, que dió a Caras y Caretas, desde el número inicial, brillantes notas de costumbres porteñas, no tuvo dignos imitadores.

Su primer artículo tenía por modelo al "marchante", es decir, al vasco vendedor de leche, caballero en su trotón.

"Ya se fué — decía en tono chacotonamente elegíaco, — el marchante de los tiempos viejos, que los niños esperábamos ansiosos por la yapa de leche, exigua y por ello sabrosa, y los más grandecitos y traviesos por el mancarrón cargado con los tarros, sobre cuyas tapas envueltas en trapos, se extendía el cuero de carnero que le servía de trono y sobre el cual, arrodillado y erguido el busto, marchaba a trote de lechero, como se decía, el vasco cantor y alegre".

Y al lamentar su desaparición y pintarlo de mano maestra, Fray Mocho reflexionaba con su filosofía bromista de buen entrerriano, acerca de la mutabilidad de las cosas. "A otros tiempos, otros tipos" — escribía, apenado en el fondo de las memorias juveniles.

Y luego dibujaba el retrato del nuevo tipo pintoresco, ese vasco de que todos ancianos recuerdan.

Para terminar había reservado sus meditaciones más hondas:

"Y ahí va la vida, siguiendo su tortuoso camino, cada día menos pintoresca, menos nacional, diremos, pero más arreglada a las leyes y ordenanzas, por más que el viejo





marchante desalojado, diga melancólicamente, al ver pasar uno de los carritos triunfadores:

—¡Arrodá no más... masón condenao, que ya te allegará tu hora!..."

Fray Mocho fué profeta en la capital de su patria.

Al lechero vascuence del carrito lo venció el no menos escalduna de jardinera y caballo trotador, que para distraer la marcha juega carreras con sus colegas por esas calles metropolitanas, a veces con riesgo del transeúnte.

Ahora, desde hace años, el hombre de la blusa llena de plieguecitos coquetos, del tirador ancestral, del bautismo comercial, de la eterna boina, corre la gran carrera de obstáculos, a cuyo extremo ha de ser vencido.

El automóvil barato tiene la culpa, el cochecito trepidante y oliente a nafta, más cómodo, más veloz.

En su carrocería ha pintado algunas de las flores y de la grecas de la antigua jardinera, dando así satisfacciones a la tradición.

¡Quién te ha visto y quién te ve!, cabe decir al contemplarle erguido sobre el volante, pequeño casi siempre para sus manazas, con los alpargatudos pies en las palancas directrices, como un deportista cualquiera.

Gracias al progreso, el lechero-chofer derrota poco a poco al lechero de la jardinera, que lo mira con rabia, y repite la frase fraymochesca:

—¡Arrodá no más... masón condenao, que ya te allegará tu hora!...

Olvidados en un sótano, están los manuscritos del historiador Clemente L. Fregeiro



Por E. M. S. DANERO

EL HOMBRE

NACIÓ en Mercedes, República del Uruguay, el 12 de noviembre de 1853. Falleció en Buenos Aires el 22 de marzo de 1923. Fué un maestro. Fué, también, un apasionado cultor de la ciencia histórica. Trabajó en su enorme biblioteca con paciente silencio y obstinada curiosidad. Llegó a construir una de las colecciones americanistas más completas del país y dejó en cada uno de sus libros y folletos, en cada uno de los manuscritos y viejos papeles atesorados en ella, las huellas de su constante consulta y meticulosa compulsa. Tenía palabras de compañero para el alumno que hasta él llegaba, así como él mismo había mostrado humildad de discípulo cada vez que a Mitre enviaba una de sus obras. Fué, posiblemente, el último de nuestros historiadores, mezcla de literato y dilecto cultor del pasado, que se salvó de esa un sí es no es antojadiza calificación de historiógrafo. Penetró en nuestra historia con amor, con veneración y con un férvido anhelo de trasmitírnosla con algo de vida y emoción. Fué un maestro que evacuaba cualquier consulta y disipaba toda duda sin necesidad de recurrir a ese osario del pasado que resulta siempre ser el fichero.

LA OBRA

ENTRE las manos de muchos estudiantes argentinos han estado los dos volúmenes que Fregeiro dedicó a nuestra historia. Se caracterizan por la ausencia de anécdotas y fantasías, y, a su vez, despojados están de toda pedantería científica. Al lado de ellos figura *Juan Díaz de Solís y el descubrimiento del Río de la Plata*, trabajo severo y completo que iguala en méritos al estudio dedicado a la batalla de Ituzaingó. *La historia documental y crítica* nos lo muestra bajo un aspecto inusitado en él, pero que justificaron plenamente los motivos que le incitaron a escribirlo. Y, finalmente, con su *Monteagudo* comienza a mostrarnos sin literatura tocada de seudolombrosismo, sin mistificaciones y sin calumnias, la vida y la obra de uno de los más grandes hombres de la Revolución, al que desfiguró injusta e inútilmente Ramos Mejía en uno de sus libros.

LO QUE QUEDA

PERO, Fregeiro era un hombre de trabajo, un paciente investigador, y guardaba en carpetas muchos trabajos de positivo valor que no llegaban al libro porque, desdichadamente, ni en su época ni en la nuestra, es suficiente que un escritor tenga una obra terminada para que aparezca un editor deseoso de darla a la estampa. Fregeiro trabajó años y años en un diccionario biográfico americano, del que tenía listos varios volúmenes. Planeaba un trabajo sobre las invasiones inglesas y, como lo adelantó en un ensayo publicado a raíz de la llegada de los restos de Monteagudo, era su propósito rehacer con nuevos documentos la conocida obra. Tenía muchos papeles el maestro Fregeiro en los armarios de su despacho...

Un día, esos papeles, conjuntamente con los libros, folletos y valiosos documentos, salieron a remate. Se destruyó y dispersó en pocas horas la labor de toda una vida. Los intereses sucesorios sobrepusiéronse a los culturales. Muchos volúmenes llegaron a las manos de estudiosos, que los disputaron a los mercaderes; otros pasaron a los anaqueles de los libreros; otros se perdieron. Finalmente, sus manuscritos, los millares de páginas dedicadas a las obras en preparación, se olvidaron en medio de la vorágine papelista.

Y han ido a parar a un sótano. Allí están, entremezclados, humedecidos, comidos por los ratones, casi inutilizados. Con sincera angustia, temblorosas las manos, uno los ha estado revisando, leyendo. Parece inconcebible que en una época como la nuestra, en la que todos nos preciamos de luchar por el prestigio de la ciencia y de las letras, permanezca así, olvidada (o al alcance de cualquier atrevido que la quiera alcanzar y dar luego como resultado de su propia labor) la obra más cara de un maestro, de una de esas pocas figuras a las cuales, en el momento de los homenajes, no se escatima ni el ditirambo ni la medalla acuñada.

Pero, la realidad es ésta: allí en un rincón, al alcance de cualquier osado, está la obra de un hombre ilustre y sabio.

El elogio del resero



Título que vale por una exacta definición de la novela de Güiraldes. Elogio del resero es "Don Segundo Sombra", personaje a quien vimos meterse rápido en la inmortalidad. No todos los días puede el lector asistir a un triunfo literario de tamaña importancia.

Don Segundo Sombra quedó ungido rey de los reseros.

Hasta ese instante, los reseros vivían la vida real y trabajosa de la pampa. Sólo lograron hacer breves excursiones por los campos de la ficción, donde ahora arrean sus haciendas, gracias a Güiraldes. El elogio del resero está en todos los corazones de la gente criolla y acriollada que estima el valor de los humildes.

El resero es una variedad de la estirpe gaucha, una especialización de jinetes infatigables, flores varoniles de los pagos.

¡No era para todos los gauchos esa bota de potro! A la reciedumbre criolla, adquirida en las labores de la estancia había que añadir una yapa de vigor. Porque el resero no tiene seguro el reposo nocturno, bajo techumbre, buena o mala. Existencia de prófugos, acosados por sus perseguidores, diríase ese ambular ecuestre, en el que los animales, sintiendo el azote de la tormenta, el aguijón de la sed y otros martirios, tiran instintivamente a disgregarse. Y es menester hacerles conservar el compañerismo, la hermandad, a fuerza de corridas, de pechazos, de gritos.

Tan continuo esfuerzo, tanto derroche de energías, se necesitaron para suplir la falta de transportes. Mientras el ferrocarril afanábase por vencer a la llanura, los reseros prepararon la victoria de la ganadería argentina.

Cómo eliminó el lumbago

Un marinero que probó muchas cosas

Encuentra que Kruschen lo mantiene bien

Hace cuatro años este marinero tuvo un ataque de lumbago. Kruschen lo alivió — y lo ha mantenido en forma desde entonces:

"Hace cuatro años", nos escribe, "a intervalos me sentía atacado por el lumbago, y probé varios remedios sin obtener ningún alivio. Empecé a tomar Sales Kruschen, siguiendo las instrucciones para curar lumbago, y puedo asegurarles que después de pocas semanas comencé a sentir el beneficio. Hace ya cuatro años que no vuelven los dolores del lumbago, pero sin embargo sigo tomando Kruschen. No lo abandonaría aún si costase el doble de lo que cuesta. Tengo 60 años de edad, y trabajo en un barco a vela, y excepto por ese lumbago, apenas he dejado de trabajar un solo día por enfermedad". — E. O.

¿Por qué es que Kruschen es tan eficaz para mantener alejado al lumbago? Simplemente porque va directamente a la raíz del mal, y remueve la causa, que es una corriente de sangre impura.

Kruschen es una combinación de seis sales minerales naturales que estimulan al hígado, riñones y sistema digestivo hacia una acción sana y regular. Aseguran limpieza interna, y mantienen la corriente de sangre pura. Sangre nueva y vigorizada circulará por cada fibra de su cuerpo. El lumbago, reumatismo, dolores de cabeza e indigestión todos pasarán de largo.

Las Sales Kruschen se venden en todas las farmacias a $ 2.20 el frasco, y duran mucho tiempo.



¡El manisero no se va!

Se propuso desmentir lo afirmado por la canción cubana. Es tan terco como clásico.

Puede afirmarse que surgió allá en la época de la locomotora "La Porteña". Si el dato no tiene exactitud, que proteste el manisero. Un hombre capaz de empujar el modelo reducido y fantaseado de una locomotora es hermano de aquel que precedía, a caballo, a los primeros trenes ingleses. Sin embargo, éste resulta más útil y provechoso.

El que no lo vió nunca, al oír el sonido de la corneta maniseril, cree en la anunciación de un vehículo rápido o de un trompetero anunciador de cualquier producto. Si el oyente es romántico, acaso cree que a la vuelta de la esquina va a aparecer el mismísimo Lohengrín, con cisne y todo.

Pero el tipo de los manises, ahumados a base de periódicos viejos, calmosamente, pega sus bocinazos. Con toda premeditación y ensañamiento, despierta, irrita, la afición golosa de los pibes.

"¡Mamita, cinquito pa maní!", clama el sujeto con voz que llegará hasta el llanto, si la viejita no afloja la chirolita.

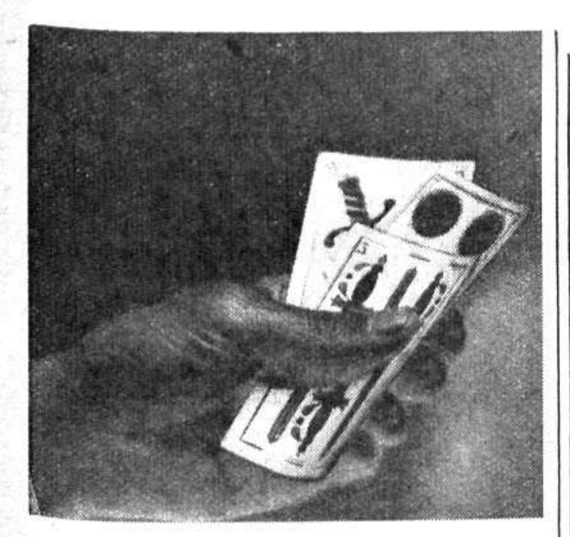
Y el rico tipo de la locomotora prosigue tocando la corneta y las fibras golosas de la infancia.

El manisero no se va, mientras no caiga el candidato, y no se irá de las costumbres populares, porque tiene una pertinacia única, digna de causa mejor.

Es hombre melancólico por temperamento, por escasez de clientela y por otros recónditos motivos.

Su misión principal la cumple en los parques y en las plazas frecuentados por las parejas.

Pues, es sabido, que el maní es un pretexto para escenas idílicas y un estimulante poderoso.



El truco, juego gaucho

Prefiero la mentira del truco al "bluff" del póker. Soy así, aunque norteamericano. El "bluff", casi siempre, se apoya en las columnas de fichas. Cuanto más altas y numerosas, mayor audacia en el envido. A esto le llaman los criollos prepotencia. El truco se satisface con la disputa de un platillo de porotos, y la astucia substituye a la prepotencia. El póker es un juego de bolsistas ambiciosos, el truco, de gente pícara.

Por eso yo doy al truco mi incondicional preferencia. El millonario voluntarioso puede, en la mesa de truco, ser derrotado por el pobretón taimado. Y esta contingencia pertenece al fuero de la justicia distributiva. El rico recibe una lección de astucia y el pobre queda contento.

Maestro de la voluntad, el póker sirve de preparación para las escaramuzas de la vida y de los negocios. El truco, también; pero posee mayores recursos de ingenio.

Asistid a esa partida, en la que los contendientes luchan por la conquista de los porotos. Los envites suenan a voces de mando, enérgicos. No se sabe si tanta energía en el tono oculta una mentira o es afirmación de una verdad. De pronto, aquel de enfrente canta una flor, acompañada de un versito, porque el truco no está reñido con la forma poética. Y hay que tener perfecto dominio de sí para negar la flor o cantar la contraflor al resto. ¿Qué me diréis de los envidos, reales envidos y del supremo y terminante envido el resto? ¿Y de las señas sigilosas, imperceptibles?

Ha llegado el instante que el buen truquista aprecia más: el del truco, quiero y retruco, y quiero y vale cuatro. Allí es donde se juega el amor propio todo entero. Cuatro porotos es el máximo de la pérdida y de la ganancia. Las otras voces pueden decidir fulminantemente la partida; pero éstas, donde se vocea el propio nombre del juego, ofrecen más alta emoción. Por algo el truco se llama truco.

No; empujar hacia el centro de una mesa columnas y columnas de fichas, para asustar al empujador de otras columnas, no me satisface. Para mí el juego de las agachadas gauchas, donde se cumple un formulismo que os impone cantar puntos exactos, sin equivocaros, donde un descuido os cuesta la pérdida de la partida, es una diversión que el astuto Ulises hubiera apreciado enormemente. — Edward Willow.



Juana Azurduy, heroína y fiel esposa

Pocas mujeres como Juana Azurduy. Fué modelo de fidelidad conyugal y luchó como un soldado. En las páginas de su vida no hay leyenda; pero los historiadores parecen haberlo olvidado... Lo han olvidado, ni más ni menos, como sus contemporáneos, que sólo mitigaron con una insignificante ayuda la miseria de la que había sacrificado todo por la patria, cuando ésta carecía de recursos, de armas y hasta de soldados.

Reproducción del retrato de doña Juana Azurduy, que se conserva en el Museo Histórico Nacional.

El día que se escriba la historia de los guerrilleros que defendieron en el norte de nuestro territorio la independencia sudamericana, tendrá esta mujer uno de los capítulos más brillantes y ejemplares.

Juana Azurduy de Padilla, cuyo valor fué tan grande que admiró a los mismos enemigos de la causa libertadora, nació en Chuquisaca en 1771. Recibió educación en un convento, y desde muy joven llamó la atención tanto por su belleza como por la bondad que siempre demostró con los naturales de su provincia natal, hasta los que se complacía en hacer llegar los beneficios de su cuantiosa fortuna.

Casada con el coronel Manuel Padilla, uno de los patriotas del Alto Perú que con mayor denuedo combatió a las huestes realistas al lado de Arenales y Warnes, lo acompañó en todas sus campañas, esgrimiendo el acero y participando, cual el más aguerrido de sus soldados, en los encuentros con las fuerzas peninsulares.

Refiérese que en los primeros días de febrero de 1816, el intrépido Padilla atacó al veterano español general La Hera, quien se hallaba falto de víveres y municiones en Laguna, plaza principal de Chuquisaca. Trabado el combate — dice un cronista de la época, — la esposa del patriota, montada en brioso corcel, con el gorro frigio sobre la suelta cabellera y en la diestra el brillante acero, recorría las filas de los valientes indios, dándoles órdenes e incitándoles con la acción y la palabra a la pelea, cuando el coronel Herrera, perteneciente a las fuerzas realistas, admirado de tanto valor y denuedo, intentó hacerla prisionera, matándole el caballo de un balazo. Mas no logró su intento, porque la amazona supo defenderse tan bien que salió del campo de batalla libre e ilesa.

La Hera recibió refuerzos y abandonó Laguna con el propósito de atacar al coronel Padilla, que había salido con rumbo al Chaco, dejándole a su esposa la custodia de la hacienda del Villar. Esto lo supo el coronel Herrera, quien habia quedado prendado de la valiente amazona, y se dispuso a atacarla con el objeto de aprehenderla. Pero Juana Azurduy tenía preparada una veintena de fusileros y unos doscientos indígenas armados de flechas. Se entabló el combate, y, a poco, cayó muerto el osado jefe realista y muchos de sus hombres, con el agregado de que ella misma fué la que se apoderó de la bandera que Herrera jurara plantar en lo más alto del caserón de la hacienda del Villar. Doble y más que profundo significado debió tener la escena que siguió al combate, cuando Juana Azurduy acudió al encuentro de su esposo para entregarle el estandarte arrancado a los españoles...

Las hazañas de la amazona llegaron a conocimiento de Belgrano, quien las comunicó a Pueyrredón, y en agosto de 1816 se le concedió el grado de teniente coronel de nuestro ejército.

Su esposo cayó muerto en uno de los combates entablados siempre en condiciones desiguales, y Juana Arzuduy, después de verlo decapitar, se salvó gracias a la temeridad de uno de sus oficiales. Comenzó entonces un período de pobreza y dificultades. Se vió abandonada por muchos de sus leales, y para ocultarse aceptó el asilo que le brindaron las tolderías chaqueñas, donde permaneció largo tiempo.

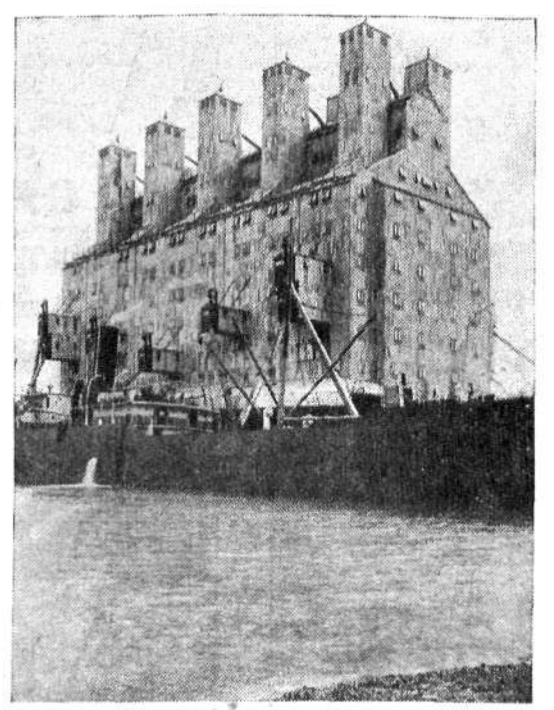
Ocho años más tarde los hombres de Güemes la encontraron convertida en una noble ruina. Fué conducida a Jujuy y desde allí se dirigió una solicitud a la Junta Provincial pidiendo un poco de amparo para su desdicha. Con fecha 2 de mayo de 1825 le fué acordado: "Habilítese a la viuda del teniente coronel Manuel Asencio Padilla — dice la orden — con cuatro mulas pertenecientes al estado, entregándose, por el Ministerio de Hacienda, la cantidad de cincuenta pesos para los gastos de su marcha"...

Y murió, pobre, recordando "a aquel a quien amó después de la patria", en Jujuy, a principios del año 1830.

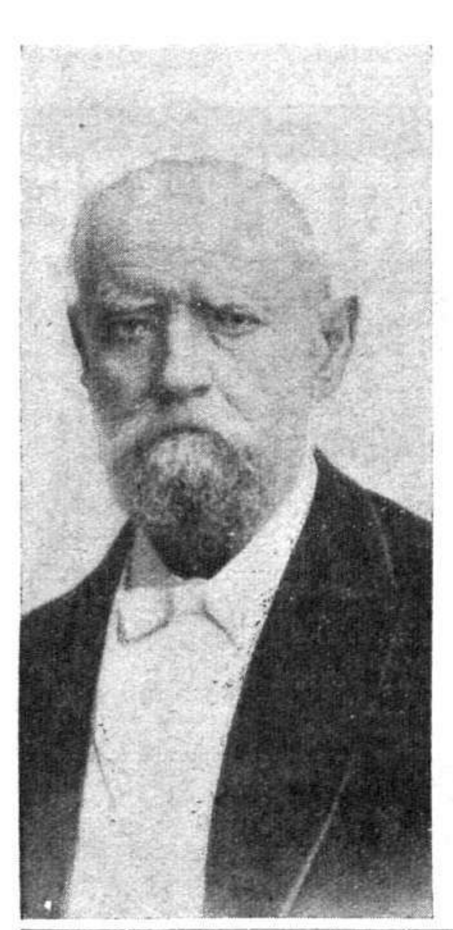
Industrias argentinas

Los cereales

El gran Sarmiento, en su discurso pronunciado al inaugurar el día 11 de septiembre de 1865 el primer muelle porteño, decía: "... El europeo que nos traía hasta ayer los productos de la civilización del mundo encontraba con sorpresa caballos entre las olas, carros rodando sobre el lecho del río, y jinetes en lugar de marinos. ¡Hoy atraca el vapor a los costados de esa obra poderosa, que sólo gobiernos cultos pueden apreciar, y sólo pueblos libres ejecutar con rapidez! El señor Taylor, ingeniero que me mostraba no ha mucho este trabajo, lo clasificaba diciéndome: "El muelle es la mano que avanza Buenos Aires para recibir la civilización que nos envía el mundo en esas naves". Justo es recordar a propósito de los elevadores y molinos actuales, glorias del puerto metropolitano, las palabras entusiastas que inspiró el flamante muelle al obrero - profeta de la grandeza argentina. En 1845 se instaló el primer molino a vapor, y antes de terminado el siglo funcionaban los elevadores. Así el trigo y la harina nacionales comenzaron a devolver al mundo civilizado las lecciones que éste les diera. Pronto la Argentina fué considerada como el principal granero del mundo, en el que hallan vitales ayudas, durante épocas de crisis, las naciones europeas.



Los elevadores, obreros gigantescos de una colosal industria.



Timoteo Gordillo, socio del general Urquiza

DESPUÉS de Caseros y eliminado el fantasma del caudillismo con sus clásicas "partidas" tan peligrosas para los viajeros como los indios, se generalizaron las empresas de mensajerías, las que utilizaban galeras para el transporte de pasajeros, correspondencia y otros envíos desde la capital a las ciudades y pueblos del interior.

Entre los hombres que más hicieron por este importante servicio público, destácase la figura de don Timoteo Gordillo, cuyo retrato se conserva en una de las salas del Museo de Luján.

Gordillo era hombre de empresa y fué así como importó de los Estados Unidos cien carruajes y ciento cincuenta carros de cuatro ruedas, los que utilizó en sus diversas líneas. En 1856 comenzaron a correr sus famosas diligencias, que fueron también las primeras del país.

Vinculado comercialmente al general Urquiza, no desdeñó las empresas agropecuarias y en sus interesantes memorias refiere cómo fletó tres barcos los que llegaron al Río de la Plata conduciendo implementos de agricultura, maquinarias, dos molinos, elásticos para carruajes y los rodados antes mencionados.

En el Museo Histórico de Buenos Aires se exhibieron tres de las diligencias de Gordillo, las que luego pasaron al antes citado de Luján. — *D.*

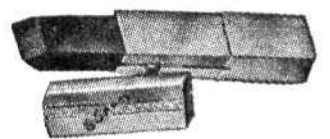
Un mensaje a la mujer argentina

En estos días de gloriosa recordación patriótica, llegue a ella, el saludo y el agradecimiento de la Perfumería Dubarry, por la preferencia que ha dispensado y dispensa a sus productos de higiene y belleza.

Perfumería Dubarry Soc. Anón.

ESMALTE BIUTY

Nº I - Para la cutícula. . $ 0.90
Nº II - Para limpiar y disolver el esmalte . . . . $ 0.50
Nº III - Esmalte en tonos: Natural, Rosado y Guinda. . $ 0.90



Lápiz LE SANCY para labios

En estuche cromado. . . $ 0.90
Repuestos. . . . . „ 0.50
Tonos: Claro, Granate y Oscuro.



POLVO LE SANCY

El polvo que jamás se agruma. En cajas de 0.60; 0.90 y 1.70 (con un cisne).



CREMA BIUTY

Suaviza y blanquea las manos. No es grasosa. El pomo . . . . . . $ 0.70

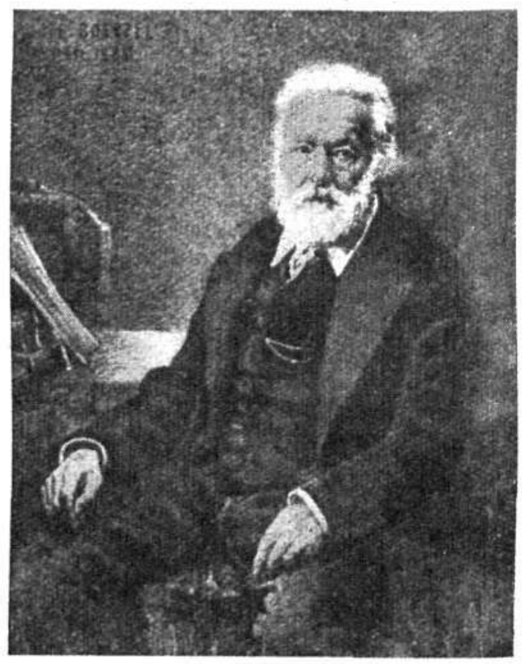


Brillantina LE SANCY

Líquida al "Fougére de Dubarry" . . . . . . $ 0.90
En pasta, al "Bouquet de Lavanda de Dubarry" $ 0.90



Retrato de Víctor Hugo, año 1817, atribuído a Julie Duvidal de Montferrier.



Víctor Hugo, óleo del gran pintor Boetzel.

HACE CINCUENTA AÑOS QUE FALLECIO VICTOR HUGO

EL día 22 de mayo de 1885 murió, en París, el genial poeta francés. Víctor Hugo pertenece a la humanidad. Era hijo de uno de los mejores generales napoleónicos, el conde José Leopoldo Hugo, y nació el 26 de febrero de 1802, en Besançon.

Víctor María Hugo no quiso ser aristócrata. La causa de todas las libertades, de la libertad, tenía en él un apóstol. Consagró su genio a defenderla hasta la muerte.

"De vidrio para gemir, de acero para resistir", fué su lema, y gimió y resistió, constituyéndose en un guía de la juventud y de las reivindicaciones.

Sus estrofas, sus páginas novelísticas, sus libros y folletos de combate tienen una majestad, que los años y las diatribas no han podido vencer.

No era un tribuno: le bastaba el encanto de su poesía musical y grandilocuente, su prosa llena de antítesis y de metáforas atrevidas, su amor hacia el hombre, para enternecer y arrastrar a las multitudes.

En su lira se anidó el romanticismo, renaciendo pujante, avasallador.

En su tumba hay siempre flores, ofrendadas por mujeres. Francia lo adora.

Es una figura de extraordinario relieve, un maestro universal, un corazón genialmente bondadoso.

Su obra llena una época de la literatura. Francia y el mundo se conmovieron ante aquel lecho de muerte temida y esperada. La libertad argentina debe rendir un tributo al glorioso varón, adalid de las libertades, en estos días que la Patria consagra a recordar y enaltecer la Semana de Mayo, despertar de una democracia vencedora.



El "Panteón", grabado de Roubaud.



Sobre el parche de un tambor, improvisó Giribone la marcha "El Tala"

Como Levalle, Cerri, Murature y otros, el teniente coronel José P. Giribone era italiano. Había nacido en Savona, Génova, el 18 de julio de 1824. Después de cursar estudios de derecho, emigró al Río de la Plata, donde llegó en 1843, luego de tres meses de viaje, en compañía de su esposa. En Montevideo se enroló en las filas de Garibaldi y trabó gran amistad con los Mitre, Ignacio Rivas y Juan Andrés Gelly y Obes. Al lado de Paz actuó en la defensa de la Nueva Troya y, para 1852, con Urquiza, oficial de la legión italiana, intervino en la campaña que terminó con la tiranía de Rosas.

Un año más tarde, como jefe de la banda del 2 de Infantería comandado por Emilio Mitre, intervino en la acción de Tala, a orillas del arroyo del mismo nombre, en el partido de San Pedro. Refiere la tradición que en aquellas circunstancias, instado por el jefe, con el propósito de animar a la tropa, compuso la marcha *El Tala,* utilizando para ello el parche de un tambor. Esta marcha, vibrante y entusiasta, que data de hace ochenta y un años, todavía se ejecuta en nuestros regimientos.

La carrera militar de Giribone terminó heroicamente. Durante la guerra del Paraguay formó en un cuerpo de voluntarios argentinos e italianos. En Tuyutí ganó los cordones de oro; en Curupaití comandó una brigada y fué herido y, en 1863, en la acción de Tuyú-Cué, sucumbió acribillado con 17 lanzazos. Tenía entonces 43 años. — *D.*



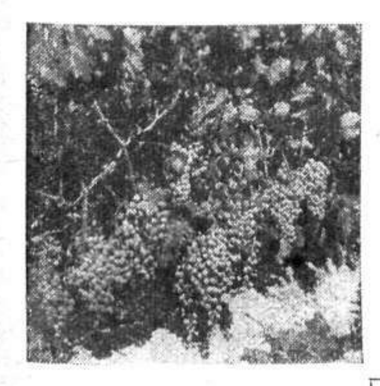
Vista exterior de un gran frigorífico argentino en el que las reses pampeanas se transforman en productos de exportación.

Industrias argentinas: los frigoríficos

La industria del frío con sus perfeccionados métodos modernos proporcionó a la República Argentina una fuente de riqueza inagotable. Desde 1891, en que realizaron las primeras tentativas, hasta la fecha, los frigoríficos nacionales consiguieron progresos magníficos, pudiendo ser hoy citados como modelos. Pocos países se prestan mejor que el nuestro para el desarrollo de la exportación de carnes congeladas. Superabundante en ganados bovino, ovino y porcino la Argentina sólo tuvo que mejorar la calidad de las razas, produciendo tipos mestizados que, por la finura de las carnes, responden a las exigencias de los mercados. Preparada para exportar artículos de calidad inmejorable, la industria frigorífica necesitó luchar contra los prejuicios que se oponía en los pueblos europeos al consumo de carne congelada. Poco a poco se fué ganando la batalla y hoy somos el principal proveedor de ese alimento.

Los frigoríficos argentinos están instalados con ese lujo industrial que distingue a los establecimientos de enorme poderío, ocupando sus talleres extenso terreno. Desde las maquinarias productoras de las bajas temperaturas hasta el último detalle, todo fué organizado prolijamente. Mataderos y locales para faenar hacienda, departamentos de salazón, talleres dedicados a las elaboraciones de embutidos y conservas alimenticias, oficinas de análisis químico y biológico, amplias cámaras frigoríficas donde se guardan los productos que los barcos transportarán luego en cámaras semejantes dan idea de la valía y eficacia de tales industrias.

La vid, tesoro andino



BACO fué amigo, hasta la muerte, de todos los dioses aquellos cuya existencia tiene ahora sólo poderes simbólicos. Los Titanes, especialmente, le inspiraban gran amor, porque desde las entrañas de la Tierra, donde vivían prisioneros, tratando de escapar, beneficiaban las vides.

Por eso, las cepas, los pámpanos y los racimos, casi sin excepción, buscan las montañas sacudidas por las ocultas fuerzas catastróficas y titánicas. Junto al peligro de los terremotos crecen los granos que dan los más generosos vinos.

Merced a esa amistad, las sierras andinas han recibido hospitalariamente las vides inmigrantes.

Hace ya mucho tiempo que la vitivinicultura de aquellas regiones del solar argentino producen caldos báquicos de grandes calidades. Por las laderas de los cerros, adornándolos de verdor atrayente, se apretujan las cepas, bien cargadas de racimos. En los lagares recibe la uva los martirios que la transforman en mosto y después en vino. Es un tesoro agregado por el trabajo del hombre a los tesoros naturales de la Cordillera.

En los toneles de las bodegas se guarda el producto de las cosechas pródigas. Y cada vez con mayores calidades, los vinos del Ande conquistan el mercado.

En los comienzos eran imitaciones de tipos europeos. Ahora se inició un período en que han surgido nuevas clases originales.

Esa conquista definitiva es obra del tiempo, tanto como del hombre. Las cosas buenas no pueden improvisarse; el vino es añejez y cuidados exquisitos.

Pero la vid, tesoro andino, sabrá prestarse a los deseos de sus cultivadores.

Pues en estas labores de la vinatería sucede lo mismo que en otras más altas: la continuidad del esfuerzo anhelante termina por conducir a la independencia y la transformación de las estirpes.

FIGURAS *de* MUJERES

♥ ♥ ♥ *Por L A*



Julia Lopes de Almeida.

Las contemporáneas...

Rasgo espiritual característico en el pueblo brasileño, es su lirismo poético... ese ideal artístico, numen que vibra en la diafanidad indescriptible de aquellas regiones de ensueño, y que parece haberse infiltrado muy hondo en el alma femenina, porque trasunta en la elegancia y fluidez de su estilo literario, y en el colorido de sus descripciones, al par que exalta la expresión de su nacionalidad ferviente; y ese primor en el que engarza con tanta galanura la expresión de sus ideas, la mujer brasileña ha sido siempre motivo de admiración para sus hermanas argentinas.

Figura excepcional en las letras de la noble nación amiga ha sido doña Julia Lopes de Almeida, la gran dama, cuya obra profusa abarca distintas fases; el sugestivo encanto de la novelista, la riqueza de su colorido descriptivo, campean en páginas de verdadera enjundia; su último libro "Correio da Roca" inspirado en el propósito de estimular el amor a la vida campesina en sus compatriotas, une, al valor literario indiscutible, el sentido social, característico de su espíritu, ampliamente generoso. Así, antes de extinguirse esa vida dedicada al arte, ha legado a su pueblo una obra más, en cuyas páginas palpita todavía su noble corazón.

El nombre de Julia Lopes de Almeida ha llenado una etapa magnífica de la evolución literaria femenina en el Brasil; mensajera del espíritu y de la cultura de su patria, su talento conquistaba al Brasil la admiración y afecto de otros pueblos. Invitada a visitar la República Argentina por una de sus instituciones femeninas de mayor arraigo y prestigio — la Biblioteca del Consejo de Mujeres, — respondió gentilmente la ilustre dama al deseo manifestado oportunamente por la presidenta de la institución doña Carolina Lena de Argerich, trasladándose a Buenos Aires en compañía de sus hijas, revelándose la mayor de ellas, Margarita, como intérprete magnífica de los poetas brasileños.

Ha sido, pues, doña Julia Lopes de Almeida la primera — entre las brillantes personalidades femeninas del Brasil que han visitado tierras del Plata — que honrara la tribuna de una entidad argentina, hablando en ella de su maravilloso país. Su prosa plena de lirismo, tuvo en esa tarde, cuando la emoción infundía a su palabra una sugestión conmovedora, acentos que vibraron en el recinto de la Biblioteca, en ondas de musical armonía... Y así tuvo el don de guiar al auditorio que colmaba la sala, en una jira fantástica, ofreciéndole una visión de conjunto, en la que cada uno de los estados del dilatado territorio del Brasil era evocado con el colorido magnífico y el sentido poético de su estilo impecable.

Escuchemos, pues, el eco de sus palabras, describiendo "Aquel loco galopar de los caballos, que con las crines al viento cruzan las cultivadas planicies; la majestad de las florestas ubérrimas, los soberbios yacimientos de mármol y granito, que guardan en su seno la gloria del arte futuro; sierras que se desdoblan en montes de vivo terciopelo, por donde resbala el sol en anchas fajas de luz... No hay claridad de cielo más diáfana y envolvente en parte alguna — expresaba entonces la eminente escritora — como en Brasil; su naturaleza, es la mayor expresión de simbolismo y divinidad; hasta los pinares yerguen silenciosamente hasta el cielo las copas de sus árboles como cálices de ofertorio... — Luego, los opulentos cafetales que se extienden ilimitadamente. Pero muy pronto, el conjuro de su prosa henchida de poesía, nos transporta a la región de los minerales: — donde el fuego del cielo, en días de tempestad, caldea las montañas, apareciendo después, convertidas en ace-

ILUSTRES *del* BRASIL

DAMA DUENDE

"ro las blancas cicatrices de sus heridas; ¡oro, "plata, hierro!, yacimientos que se confunden "con el polvo y la piedra en ese suelo prodi- "gioso, que al beso del sol tropical suda en go- "tas luminosas las turmalinas, diamantes, ru- "bíes y zafiros; como que Minas es el arca de "joyas de todas las diosas y las hadas de los "sueños milagrosos... Y vuelve muy pronto la "visión obscura de los montes, el bramido de "cataratas y cascadas, el elegante ondular de "las palmeras, la gracia pintoresca de sus pla- "yas espumosas; en las aguas transparentes, "aparecen todos los cambiantes del prisma, co- "mo vibran en los vergeles, en los contornos "de su litoral, las más inesperadas armonías "del colorido..." (1).

Así, el lirismo poético de sus escritoras, envuelve al país entero, infiltrando en el alma nacional su magia maravillosa; Rosalina Coelho Lisboa, huéspeda de honor y amiga dilecta de la Argentina, y Ana Amelia de Queiroz Carneiro de Mendonça, cuyos nombres resplandecen en las letras, y que han traído también a nuestra patria la embajada espiritual de su talento y de su don de simpatía. Muy breve fué —dos años ha— la estada de Ana Amelia de Quieroz Carneiro, descendiente de los condes de Celso, en la Argentina; inspirada poetisa, se destacan en su producción brillante, libros que, como "Esperanças", "Alma" o "Nimiedades", se han difundido profusamente en las naciones latinas. Publicista de nota, la ilustre dama, cuya alcurnia espiritual la consagra actualmente como una de las figuras de mayor relieve en la aristocracia brasileña, une, a las dotes de su talento de excepción, de su cultura extraordinaria, actividades de orden social y político... Propulsora infatigable de toda manifestación de arte y de belleza, ha fundado en el año de 1929, y preside actualmente, la Casa del Estudiante, obra de asistencia mutua y de confraternidad universitaria, en cuya sede funciona un restaurante para cuatrocientos jóvenes, una amplia biblioteca y sala de música; esta obra ha inspirado el que se llame en Brasil a tan ilustre dama, la *Reina de los Estudiantes*... Pertenece a la junta directiva del Consejo Nacional de Mujeres del Brasil y, en calidad de miembro consejero, a la Sociedad de Artistas Brasileños, a la de Educación y también a la del Hospital y Maternidad "Pro Matre". Vicepresidenta de la "Federaçao Pelo Progresso Feminino" es una de las figuras femeninas que ha luchado con verdadero entusiasmo por la emancipación política de la mujer en su país, actuando como juez de mesa electoral en las últimas elecciones.

De trato suave y atrayente, en su sencillez gentilicia conquista unánimes simpatías; el gobierno de los Estados Unidos del Brasil acaba de consagrar su actuación magnífica, confiriéndole el cargo de delegada oficial al Congreso Femenino realizado en Estambul el mes de abril próximo pasado, por la Alianza Internacional Pro Sufragio y Acción Cívica y Política de la Mujer.

El espíritu culto y progresista de la mujer brasileña, que ha llenado con abnegación, y muchas veces con heroísmo, la misión humanitaria que le incumbe, ha querido conquistar los derechos políticos — la lucha ha durado más de tres lustros — hasta obtener su reconocimiento en el año de 1934. Cabe consignar en esta breve reseña de tan nobles actividades femeninas, a la doctora Berta Lutz, figura eminente, a quien debe la mujer brasileña, los trofeos de esta victoria política; ella encarna la orientación moderna, que vive actualmente el feminismo mundial. Delegada al Congreso de Baltimore, secretaria del Museo Nacional de Río de Janeiro — cargo conquistado por concurso, — es hoy el alma de la "Federaçao Pelo Progresso Feminino" fundada por ella, y cuya presidencia ejerce. Temple de acero ha sido el suyo, para la lucha; al fundar en el año de 1919 la "Liga por la Emancipación Intelectual de la Mujer", contaba sólo con cinco socias. Dinámica y enérgica, condiciones que contrastan con la gracia fina y suave de su tipo, el talento de esta "leader" feminista abarca todas las actividades que se refieran al trabajo de la mujer, al progreso de la Nación, selladas siempre por un alto ideal de paz y confraternidad entre los pueblos...

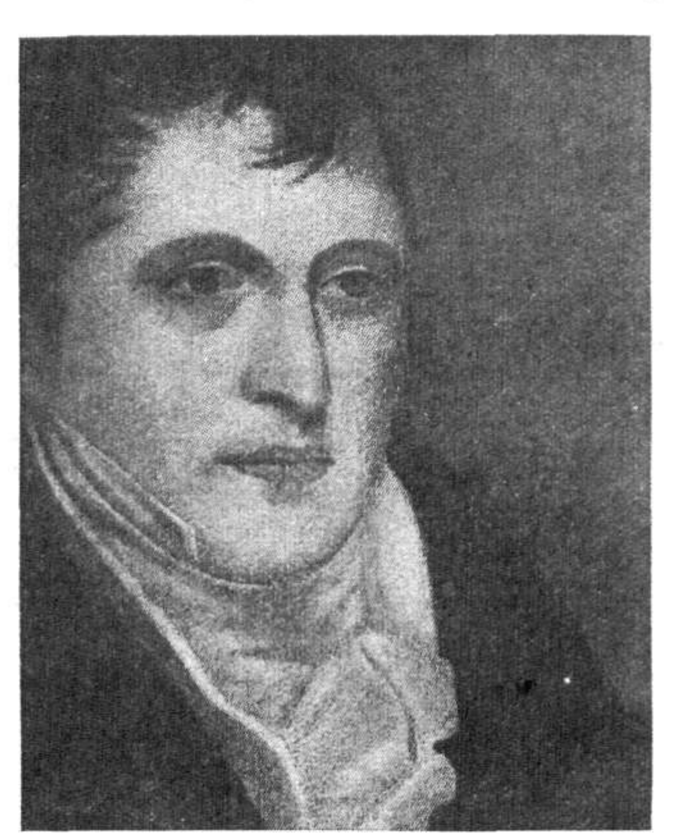
Y esta comunidad de ideales que une a la mujer brasileña con la argentina, esa fe que alienta para ellas en toda empresa noble y útil, me sugiere el recuerdo de las palabras pronunciadas por una alta personalidad del clero del Brasil, en solemne ceremonia religiosa; "el Blasón nuevo que funde en uno solo los símbolos heráldicos de ambas naciones puede sintetizarse así: *Manos entrelazadas que se estrechan bajo el crucero de estrellas...*"

Manos femeninas son las que se juntan cuando la oración brota del corazón a los labios, cuando en ese instante de éxtasis profundo reflejan sus pupilas el fulgor de las estrellas...

La Dama Duende

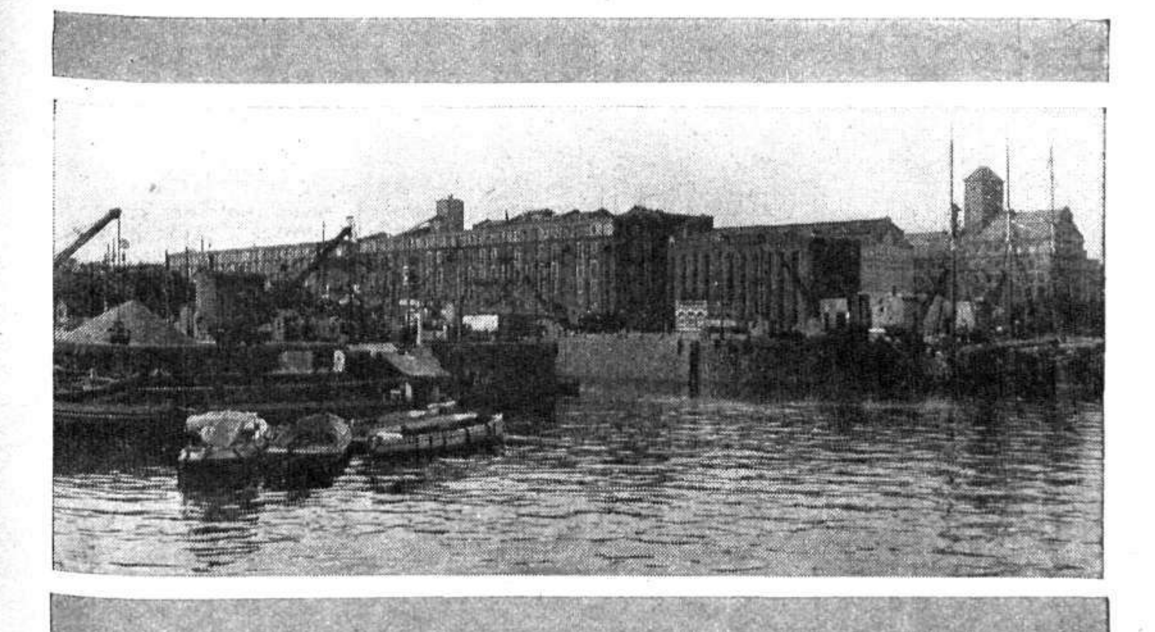
---

(1) Párrafos extractados de la conferencia "Brasil" de Julia Lopes de Almeida.



Nuestra portada

Es una magnífica reproducción de un retrato de nuestro prócer, general Manuel Belgrano, pintado en Londres, en el año 1815, por autor anónimo. En la actualidad, el cuadro se conserva en el Museo Histórico Nacional, a donde llegó donado por los descendientes del ilustre patricio. Los rasgos de Manuel Belgrano han sido fielmente reproducidos por el artista, dando a su obra un carácter de época, que hasta el más profano puede descubrir. Se trata, pues, de una de las reliquias más valiosas de nuestro museo, y "Caras y Caretas" se complace en engalanar su portada con la efigie de uno de los más preclaros trabajadores de nuestra nacionalidad.



Molinos Río de la Plata, S. A.

Sección Molinos Harineros y Elevadores ubicados en el Dique 3 (Este), Buenos Aires

Grafa, Grandes Fábricas Argentinas



La industria nacional trabaja ahora en rápida progresión creciente. El considerable desarrollo de sus diversas actividades revela un espíritu emprendedor, que ha roto los viejos moldes, independizándose de la tutela de la industria extranjera.

Conjuntamente con las victorias logradas por las industrias agropecuarias, que fueron las primeras en perfeccionarse, la manufactura señala con legítimo orgullo una inmensa ruta recorrida en triunfo, durante un espacio de tiempo relativamente corto.

Viva expresión de esa lisonjera conquista la ofrece la GRAFA, Grandes Fábricas Argentinas.

Fundada en nuestra República el 1º de enero de 1931, en cuatro años de intensa labor ha conseguido sólido crédito, merced a la calidad exquisita de sus productos.

Idea exacta de la magnitud de la empresa la dan sus dos grandiosas fábricas modernas, una establecida en la Capital Federal y la otra en Esperanza, provincia de Santa Fe.

En la primera, que puede ser considerada como un modelo de maquinaria y organización, se elabora un sinnúmero de productos de la industria textil, que abarca todo lo necesario para satisfacer las exigencias de esa rama del trabajo.

Hay talleres de: Hilandería de Algodón, Hilandería de Yute, Hilados en general, Hilo Cosedera, Trenza para Alpargatas, Tejeduría en general, Fabricación de Cojines, Telas para Tapicería, Toallas, Repasadores, Cambronas, Lonas, Lonetas para Alpargatas, Uso Doméstico, Brines, Trapos de Piso, Frazadas, etc.

La fábrica de Esperanza se encuentra dedicada a la producción de alpargatas, completando sus actividades con la hilandería de hilo y cáñamo, para abastecer las necesidades de la fábrica central.

Los escritores en que la GRAFA, Grandes Fábricas Argentinas atiende a su inmensa clientela están ubicados en la calle 25 de Mayo, de la Capital Federal.

En el breve espacio de cuatro años ha conseguido un espléndido triunfo industrial, que marca una brillante etapa del progreso de las manifestaciones pujantes de nuestra República.

Del arado



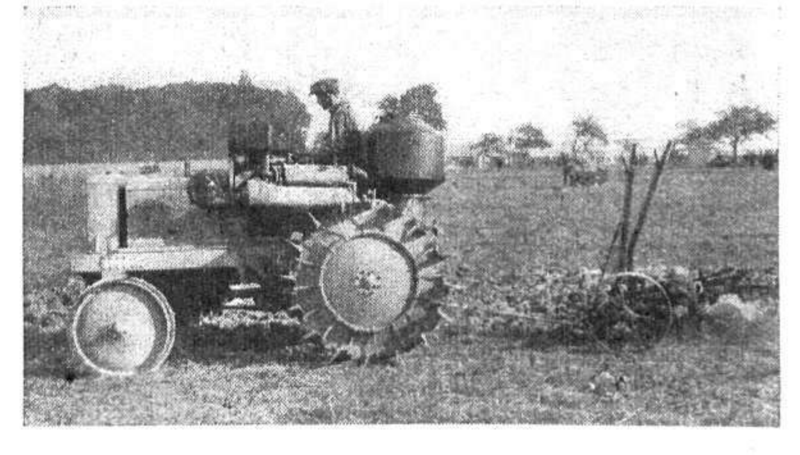
Una horqueta de árbol recio, aguzada en uno de sus extremos, fué el primer arado. La rama heredó de las raíces el poderío de penetrar la tierra.

El arado prehistórico venía a substituir, agrandando la acción del agricultor, a la simple estaca puntiaguda con que se abrieron los hoyos y surcos, donde él depositaba las semillas.

El cultivo de tierra es invento de tribus inmigrantes. En su país de origen se contentaban con ser recolectores. Al huir, por necesidades económicas, de la tierra natal llevarían consigo frutos, cuyas simientes estaban acostumbrados a ver germinar en torno a los árboles y a las plantas. Los inmigrantes prehistóricos sólo viajaban al amparo de las estaciones clementes, primavera y verano; y acampaban durante el otoño. Es seguro que al atravesar los campos vírgenes decidieron procurarse nuevos medios alimenticios. Y los inmigrantes imaginaron a la naturaleza, que en torno de los árboles y plantas convertía las semillas en plantas y árboles.

Una prolongación del período de acampamiento les permitiría realizar cosechas de cereales, en tanto el árbol quedaba para los compañeros que en años después les siguiesen en el camino de la inmigración.

Tal vez los más bravos aguardasen la recolección, mientras los otros, acompañando a las mujeres y los niños, seguían la marcha. Luego, durante las jornadas de otoño e invierno, irían en su busca, llevando los frutos.



Así nacieron, entre los recolectores y los cazadores, los útiles héroes de la agricultura.

El arado había nacido. Con él, los precursores de Caín el agricultor darían nacimiento a las primitivas aldeas, fundadas por inmigrantes, que elegían el sitio más apto para formar un foco sedentario, un nuevo solar natal.

Y los hombres dedicáronse a perfeccionar aquel instrumento que les permitía una imitación de la naturaleza. El metal hizo más fuerte la punta aguzada de la horquilla; ésta tomó otras formas ingeniosas, que procuraban mayor rendimiento. De innovación en innovación, llegóse a tipos que ya no recordaban al arado primitivo.

El pastor consiguió domesticar los animales que el cazador apresaba vivos, los que se multiplicaban en provecho del hombre. Los mansos bueyes prestaron su fuerza.

Como si el progreso quisiera concederles descanso, hizo nacer a los animales de la mecánica. Y ahí están los H. P., que animan al tractor poderoso.



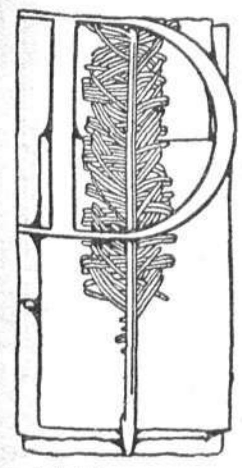
Obrero entregado a la difícil tarea de pulir una frutera.

El vidrio

Más de una vez nos produjo asombro el leer, en la base de un vaso graciosamente decorado, el sello que revela la obra surgida de un taller argentino. Felizmente nuestro escepticismo, sufriendo una natural evolución, se ha trocado en un sentimiento francamente optimista.

El progreso de la industria del vidrio, en nuestro país, sobrepasa a toda presunción. Podemos afirmar que la enorme mayoría de objetos derivados de dicha industria son producidos por los establecimientos instalados en nuestro país, razón por la cual los provenientes de talleres europeos han padecido mermas considerables en la demanda. Hasta hace pocos años, acaso por un pesimismo infundado, resistíanse muchos industriales a dedicar sus energías a la explotación de productos vítreos, pero, después de consideradas las excelencias de la arena y la barrilla de nuestro suelo, dieron comienzo a una labor marcadamente productiva. El vaso común y la copa finamente labrada, el globo para alumbrado y el florero de esbelto pie y cáliz airoso, el utensilio más rudimentario y la joya cristalina sutilmente decorada, se funden en los hornos de las cristalerías argentinas, establecimientos montados con los elementos más modernos y que pueden confeccionar con primor trabajos tan artísticos como los provenientes de los antiguos talleres europeos.

La primera escuela en tierra argentina



ÓNDE se abrió el primer plantel de enseñanza en nuestro país? Veamos lo que dice un historiador: "Gaboto fundó la primera población cristiana en la confluencia del Carcarañá con el Paraná, y Mendoza encontró alivio a sus pesares en vísperas de la total destrucción de la primera Buenos Aires en el fuerte de Corpus Christi o de la Buena Esperanza, levantando en tierra de Timbúes cerca del sitio — a estar a las indicaciones del naturalista Azara — donde hoy se yergue opulenta Santa Fe. Juan de Garay, más que el conquistador, el poblador y el estadista de aquella época lejana, echa los cimientos en la capital histórica de la provincia en las floridas barrancas de Cayastá, último punto a donde llegaron en sus exploraciones atrevidas los quichuas civilizadores, después de haber fundado en Córdoba a Cosquín, el *nuevo Cuzco.* Y el *talentoso y previsor* vizcaíno busca en Santa Fe de la Vera Cruz la solución que había de encontrar más tarde al fundar Buenos Aires, del problema de la conquista: asegurar el futuro grandioso de estos países, procurando — son sus palabras — "abrir puertos a la tierra, en lugar de cerrarlos", todo el pensamiento de un estadista.

Alejado el fundador, viene de la Asunción el joven Zárate Mendieta, atropella a las autoridades y provoca la primera *revolución*, que vence y depone al gobernador de la Asunción, en defensa de sus fueros hollados y de sus derechos vulnerados.

Poblada Santa Fe por hombres nativos de la tierra, es decir, por criollos, es el primer pueblo argentino que se subleva contra el dominio extranjero, depone a las autoridades, se declara independiente y ordena que abandonen el territorio los enemigos, porque es de los hijos de la tierra, conquistada por el esfuerzo soberano de sus padres.

Allí, en Santa Fe, se abrió la primera escuela en suelo de argentinos.







DON GETULIO VARGAS

EL ILUSTRE PRESIDENTE DEL BRASIL, HUESPED DE LOS ARGENTINOS EN EL GLORIOSO ANIVERSARIO DE NUESTRA EMANCIPACION

BUENOS AIRES, 25 DE MAYO DE 1935

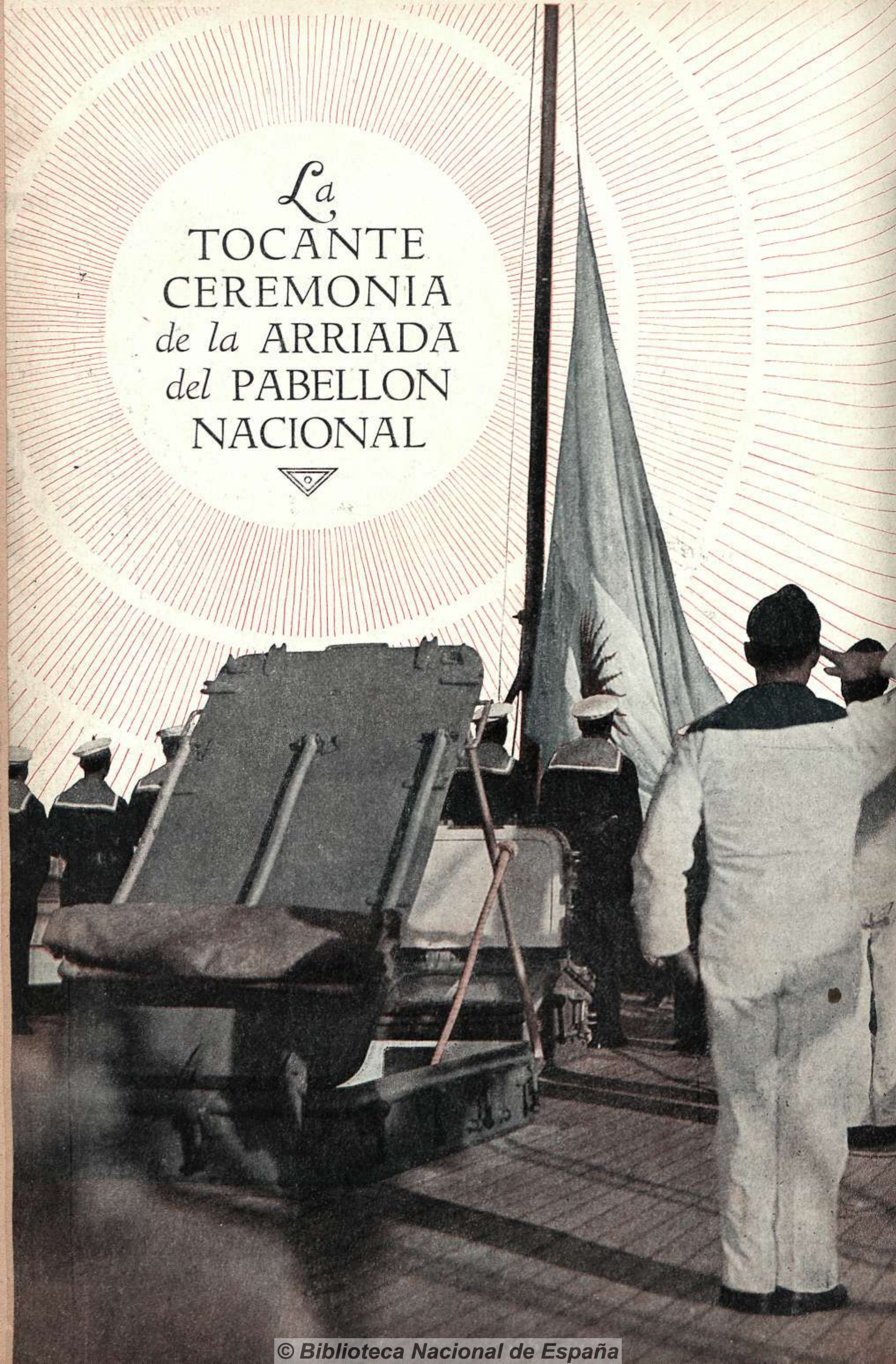
AÑO XXXVIII

CARAS Y CARETAS

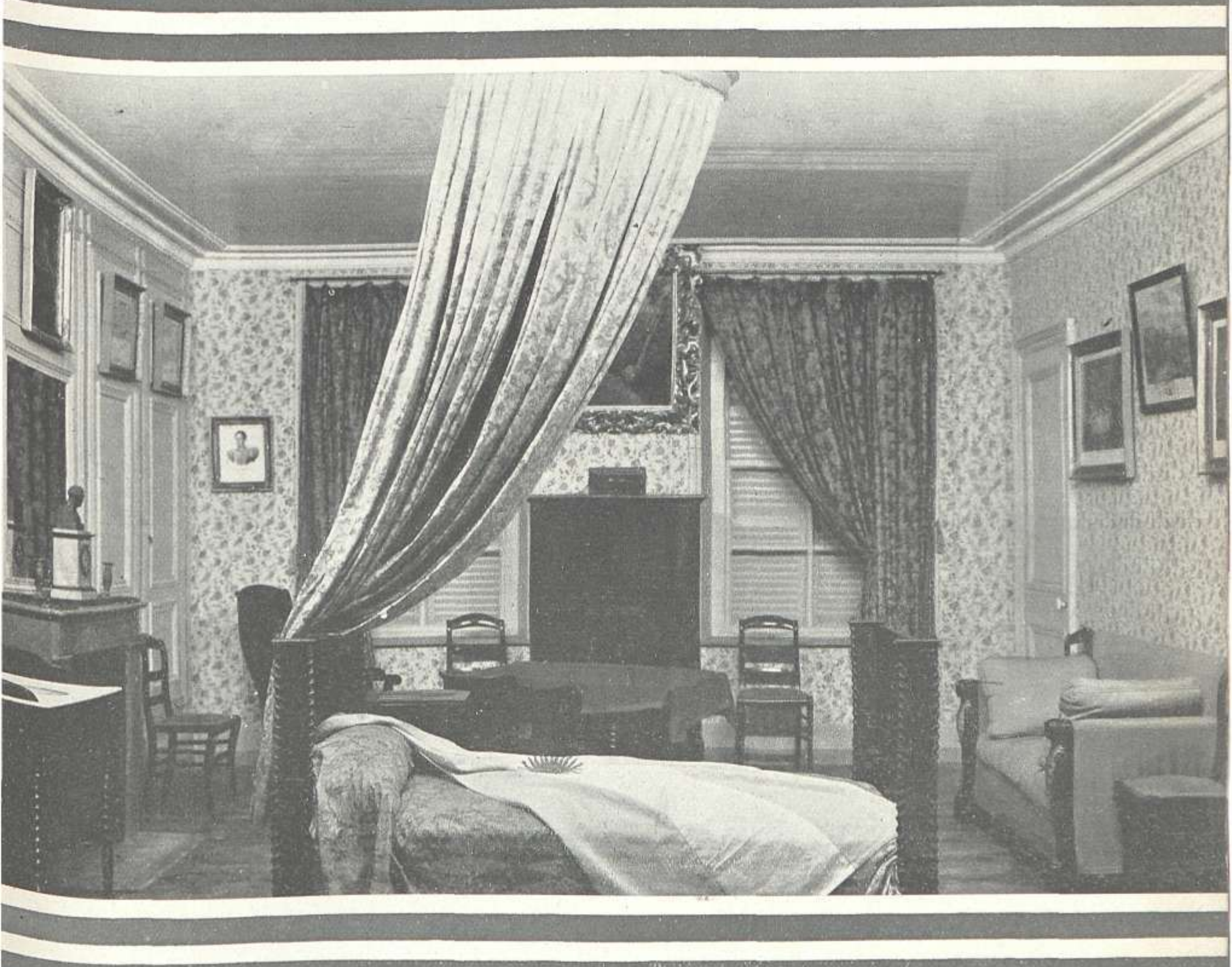
NUM. 1912

JOSE S. ALVAREZ, Fundador

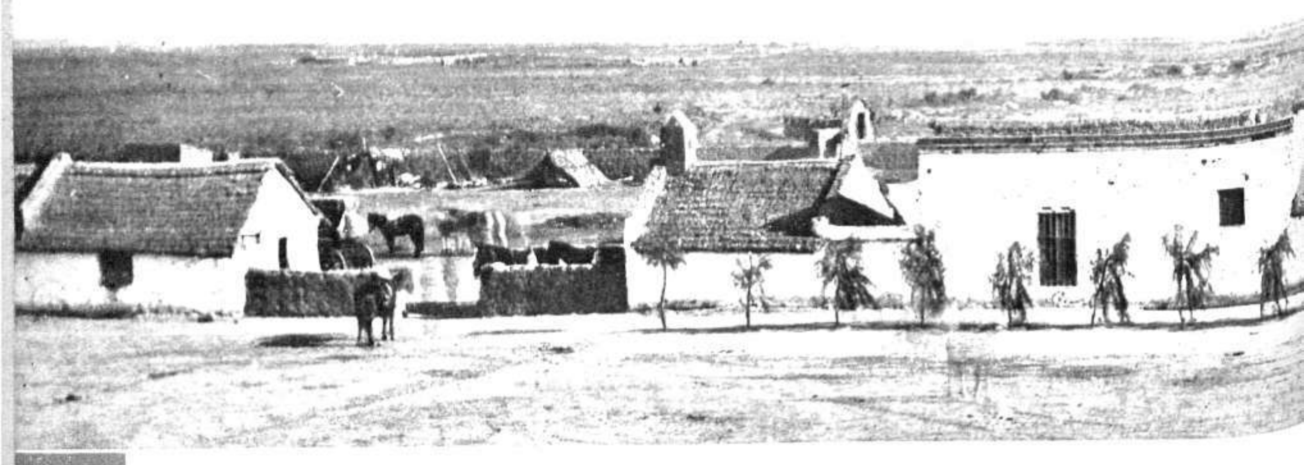
La TOCANTE CEREMONIA *de la* ARRIADA *del* PABELLON NACIONAL



EN ESTA ALCOBA EL HEROE DE CHACABUCO Y MAIPO



INCLINO SU CABEZA PENSATIVA SOBRE EL REGAZO DE LA MUERTE. EN LA LUCHA DE LA AGONIA, SUS OJOS, ACOSTUMBRADOS A ESCRUTAR HORIZONTES DE PAMPA, DE CUMBRES Y DE HISTORIA, VIERON DESFILAR POR ULTIMA VEZ LAS LEGIONES DE LA LIBERTAD COMO UN ESTREMECIMIENTO DE TAPICES MAGNIFICOS; Y EL SOL DE BOULOGNE-SUR-MER, AL REANIMAR LAS EPICAS ACTITUDES DE LOS QUE CONTEMPLARON LA AURORA DE SAN LORENZO Y EL MELANCOLICO CREPUSCULO DE GUAYAQUIL, DEJO SOBRE EL MARFIL DEL ROSTRO EXANGÜE EL BESO CALIDO DE SU LUZ, EMISARIA DE ESA OTRA QUE, DESDE EL PLATA HASTA EL ECUADOR, LE ILUMINO EL CAMINO DE LA GLORIA. EN ESTA ALCOBA, EL HEROE DE CHACABUCO Y MAIPO SE DESPOSO CON LA INMORTALIDAD.



Carhué. Su caserío, en el año de 1878. En él, el general Julio A. Roca, comandante en jefe de la frontera del interior, instaló su alojamiento y el de su estado mayor.

LECCION DE HISTORIA

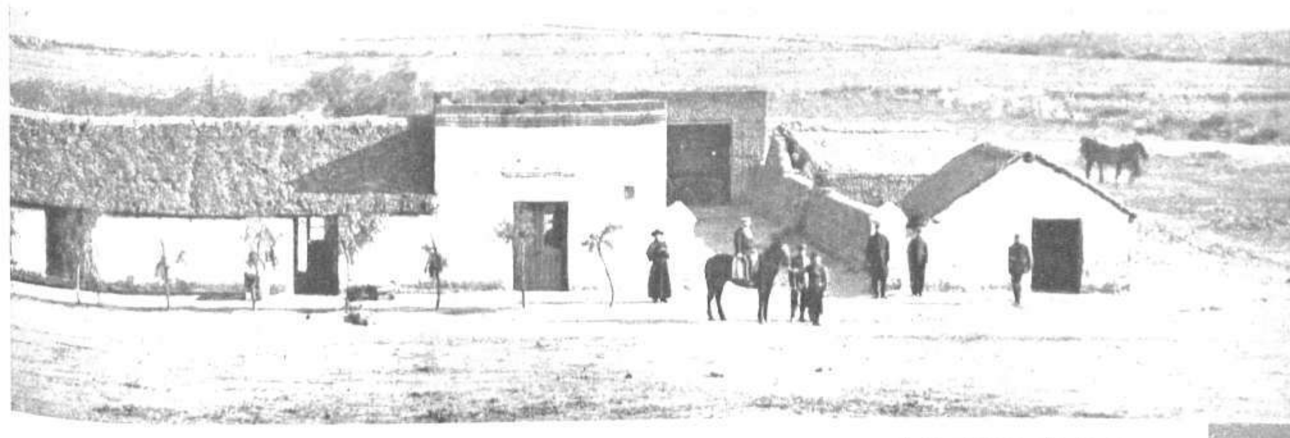
El 24 de mayo se cumple el 56.° aniversario a Choele-Choel, donde cantaron el Himno



Orillas del Río Negro. Jalón de la Conquista del Desierto, uno de los puntos de la línea opuesta a

◆ ◆ ◆

El campamento del 2º de línea, en las márgenes del Colorado. Junto a las carpas, las tropas



PARA LA JUVENTUD

de la llegada del general Julio A. Roca los héroes de la Campaña del Desierto

A la entrada de la comandancia de Carhué, el soldado y el fraile, ambos temerarios compañeros en la hazaña de lograr, en pocos meses, 15.000 leguas de territorio inculto.



los avances del indio, según el plan del general Roca, héroe maximo de la empresa civilizadora.

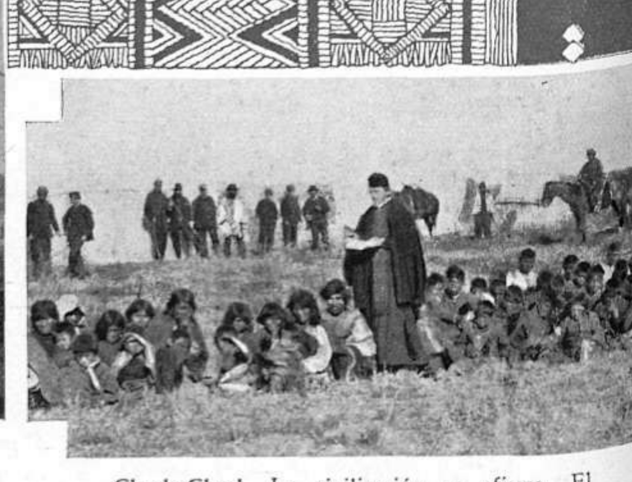
◆ ◆ ◆

nacionales aparecen en compañía de algunos infieles sometidos después de recios encuentros.





Cuadro existente en el Centro de Expedicionarios al Desierto. Los generales Roca, Villegas, García y Winter durante la gloriosa campaña.

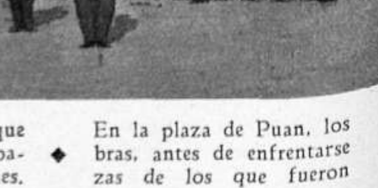


Choele-Choel. La civilización se afirma. El la Patria, que se cantó en el citado lugar el la de la pampa

Vastedad infinita: en ella, una misa de campaña. La escena, en Rincón Grande, ribera norte del Colo-



Parte de la escuadra que cooperó en la empresa. Aparece anclada en Patagones.



En la plaza de Puan, los bras, antes de enfrentarse zas de los que fueron





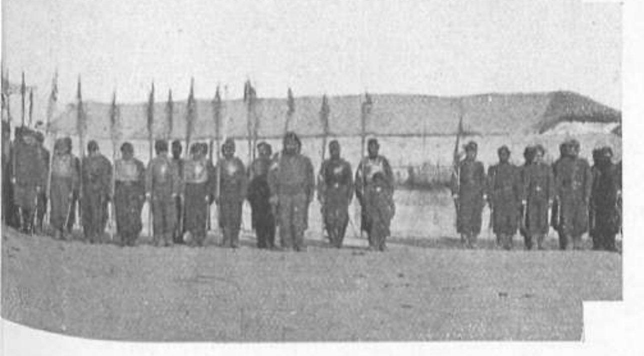


cura lleva la palabra de Jesús y el himno de 25 de Mayo de 1879, entre dos inmensidades: y la del cielo.

Jefes y oficiales, en Huaique-Gnelo, riberas del río Negro, distraen sus ocios entregándose a los clásicos "vicios" criollos: el asado, el tabaco y el mate.

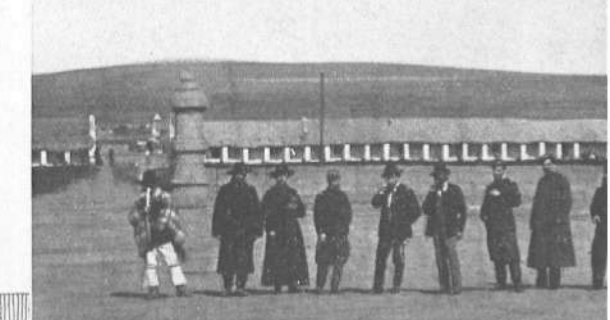


rado. La conquista se extendía a las almas y no sólo a las sierras bravías.



coraceros realizan manio- con las lanzas y las chu- rendidos para siempre.

Los héroes. En sus apostura se advierte la seguridad y la guapeza.



Interesante fotografía que muestra el aspecto que presentaba a principios del siglo nuestra tradicional plaza de Mayo, con sus quioscos y su típica parada de coches de alquiler.

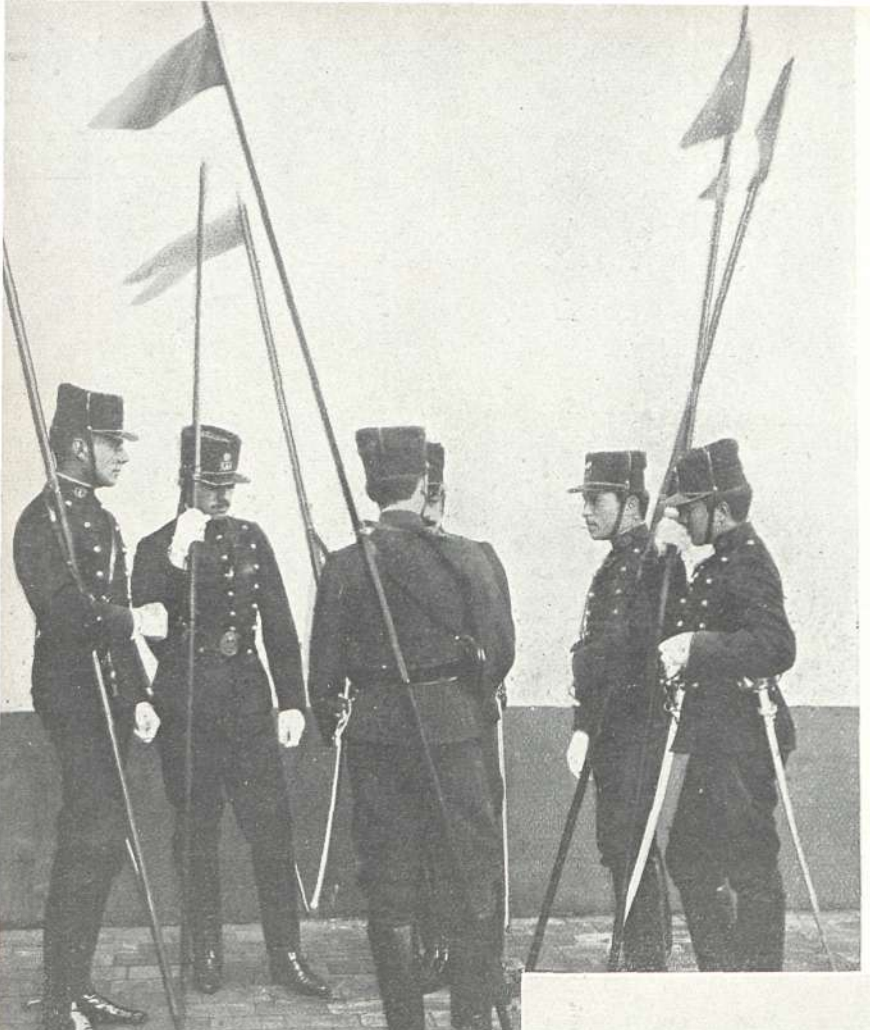
La plaza de la epopeya y los

Interesante instantánea evocativa de los buenos tiempos de la guardia nacional, obtenida durante un desfile de tropas realizado en la avenida Alvear.

Una de las últimas fotografías de la plaza de Mayo tomada desde la torre del Palacio del Concejo Deliberante, donde puede apreciarse enteramente el trazado moderno de sus jardines.

soldados de la patria, ayer y hoy

En columna de honor desfila la infantería de hoy al son de alegres marchas militares y el pueblo admira la marcialidad y la apostura de su querido ejército.





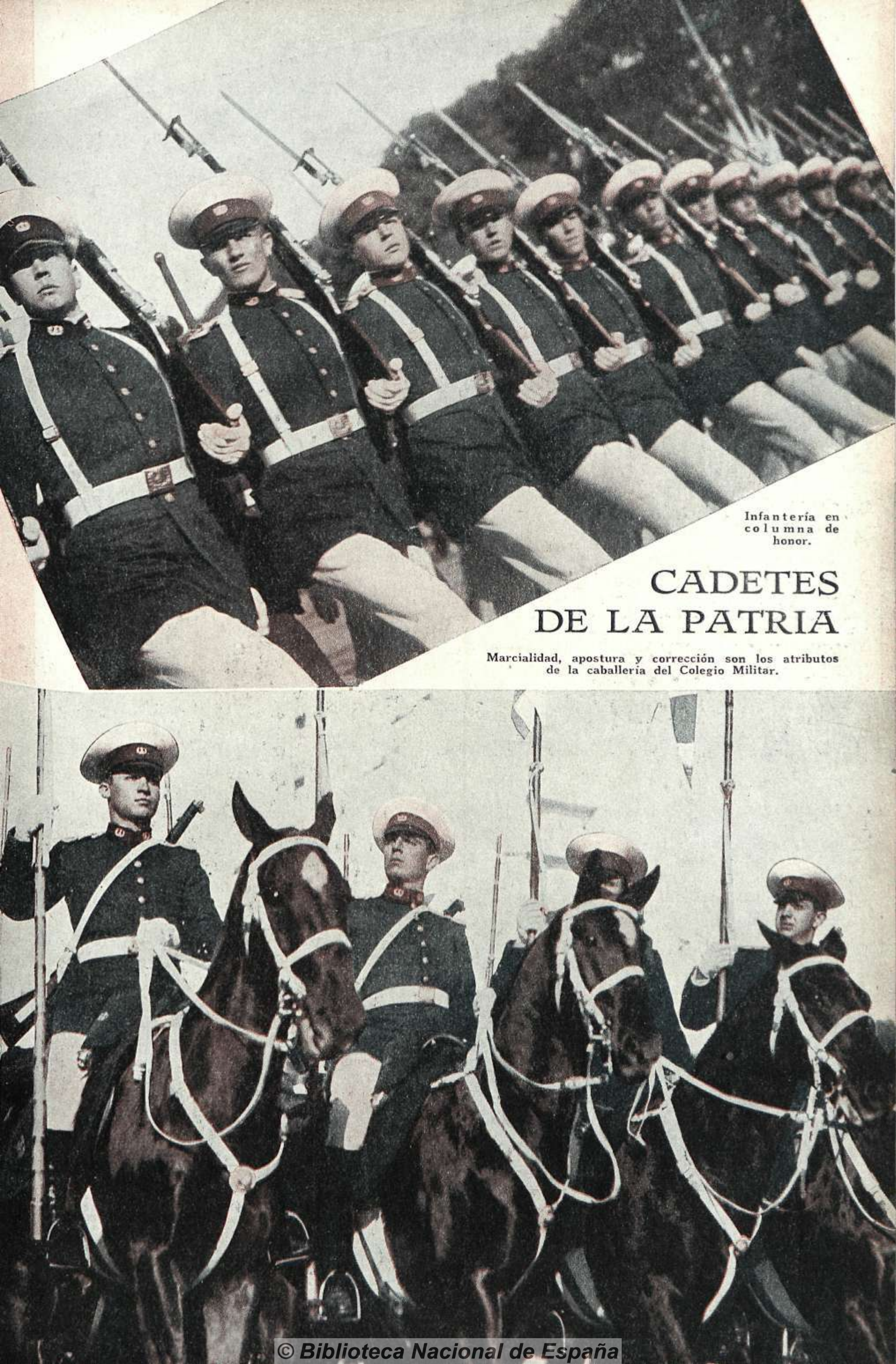
El abanderado del Colegio Militar en 1910 durante la solemne inauguración del monumento al Ejército Libertador.

Este era el uniforme que lucían los bravos cadetes de la caballería del Colegio Militar en los últimos años del siglo pasado.

EL COLEGIO MILITAR de ANTAÑO



El actual presidente Justo, entonces director del Colegio Militar, entregando la enseña patria al nuevo abanderado del año 1920.



Infantería en columna de honor.

CADETES DE LA PATRIA

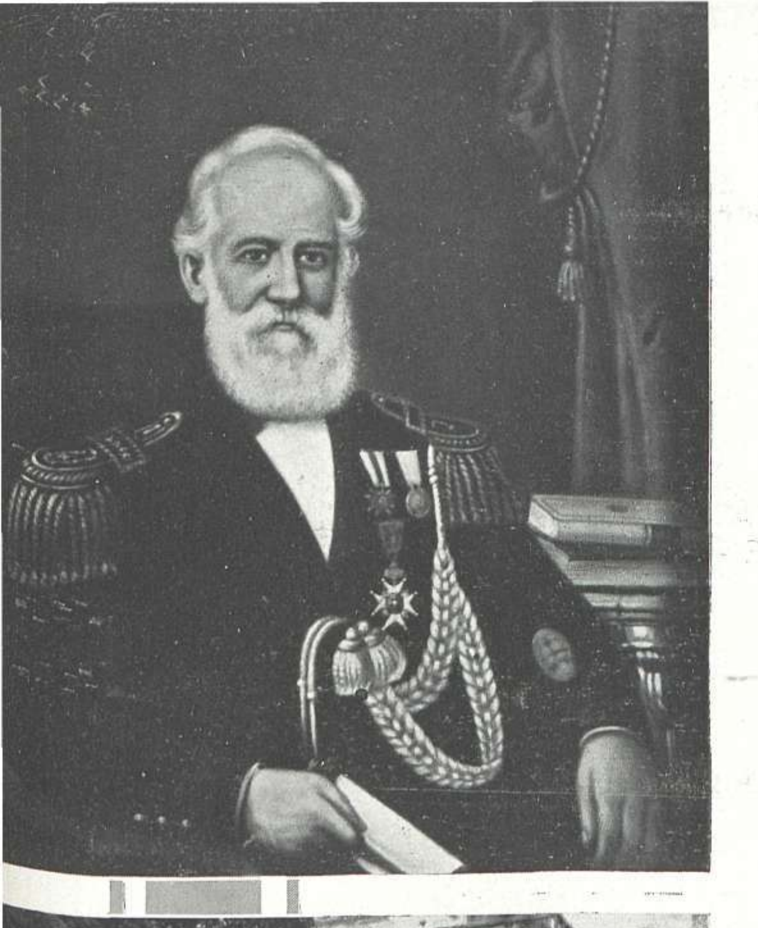
Marcialidad, apostura y corrección son los atributos de la caballería del Colegio Militar.

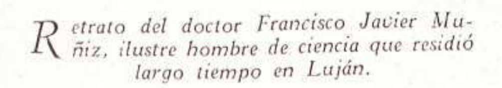
CENTAUROS DEL EJERCITO

Sin perder la perfecta alineación, los jinetes argentinos salvan los obstáculos de una empinada cuesta.

La HISTORICA CASA *del* Dr. MUÑIZ, *en* LUJAN

FUÉ un precursor de Ameghino. Poseía tanta cultura como curiosidad. En 1845, ya se ocupaba en explorar el suelo de Luján, rico en fósiles. Escribió algunos tratados que bien podemos considerar como las bases de nuestra literatura paleontológica. Entre 1830 y 1840 ocupó la casa que, en 1780, fuera construída para asiento de la Real Renta de Tabacos y que en 1806, luego de servir de alojamiento a Sobremonte, fué prisión de seis oficiales ingleses. La casa, salvo algunas modificaciones, está como entonces. En ella tiene asiento una parte del Museo de Luján. El patio arbolado es el mismo, y la meticulosidad de don Enrique Udaondo, en su noble empeño de salvar reliquias del pasado argentino, dignifica aún las paredes de adobe de la morada colonial donde moró y trabajó el sabio doctor Muñiz.

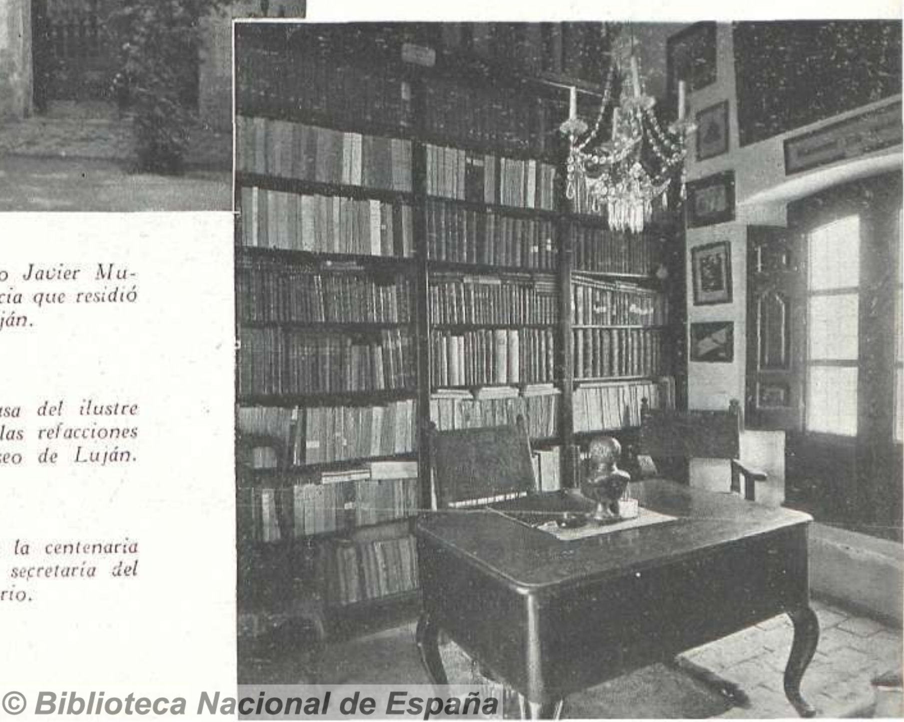




Retrato del doctor Francisco Javier Muñiz, ilustre hombre de ciencia que residió largo tiempo en Luján.

El patio de la que fué casa del ilustre hombre público antes de las refacciones realizadas para alojar al Museo de Luján.

Una de las habitaciones de la centenaria casa, convertida ahora en secretaría del mencionado repositorio.





El famoso minué federal bailado por actrices y actores nacionales en la película vernácula "Ayer y hoy".

EVOCACIONES EN EL

El poeta Daniel Castañeda y Fray Miguelito, interpretados por A. García Buhr y Carlos Ayala en el film "Bajo la Santa Federación".

Alicia Vignoli, que ha interpretado brillantemente papeles principales en películas históricas.

Intersante foto de Carmen Valdés en su acertada caracterización de Manuelita Rosas.

ARGENTINAS CINE ▽ ▽ ▽

Figuras del cuerpo de baile del teatro Colón interviniendo en un minué federal en una casa patricia.



La actriz nacional Pepita Muñoz en un papel histórico de categoria.

DOS PINTORES

CARLOS E. PELLEGRINI

RETRATISTA ROMÁNTICO



En primer término, el retrato de doña Genara Peña de Lezica de Bunge.

◆

Retrato de don Juan Manuel Agüedo, que se conserva en el Museo Municipal.

◆

Doña Agustina Rosas de Mansilla y su hijo, el que luego fué general Lucio V. Mansilla.

Carlos E. Pellegrini

Rivadavia lo incitó a embarcarse para nuestras playas. Llegó en 1828. Traía su título de ingeniero; mas, antes que nada, para cuantos al punto le conocieron, resultó el hombre de mundo que luego jamás desdijo en su constante aparición por los salones porteños. Le impresionó la ciudad con sus aspectos pintorescos y de ellos fué dejándonos bellas, precisas e intencionadas imágenes. Fué un asiduo del salón de doña Mariquita Sánchez, casada en segundas nupcias con el diplomático francés Mendeville. De ella recibió directo estímulo y por ella conoció a los hombres y damas notables de la gran aldea que se disputaban la fortuna de posar ante el complaciente ingeniero saboyano. Vió a Buenos Aires en toda la amplitud del horizonte; la convirtió en su segunda patria y le dió un hijo altivo y apasionado, ilustre y único.

DE ANTAÑO

PRILIDIANO PUEYRREDÓN

PINTOR PATRICIO



"Indios", un cuadro de costumbres, en el que el artista aparece con toda su fuerza expresiva.

◆

Autorretrato del pintor, que se conserva en el Museo Histórico de Luján.

Tenía carácter. Por eso tuvo leyenda: la leyenda de su misoginismo. Fué, empero, un hombre de espíritu inquieto y refinado. Se complació en viajar e ir dejando en sus telas impresiones de tipos y paisajes. Además de artista fué hombre de empresa. Construyó y financió el trazado de puentes. Levantó para su amigo Miguel de Azcuénaga la mansión de Olivos, la misma que es hoy quinta presidencial. Pintó mucho, quizá con algo de premura. A los veintiún años trazó el retrato de su padre, don Juan Martín de Pueyrredón; seis años más tarde, el de Manuelita Rosas. Patricios y gauchos; rincones de la campaña y salones patricios. En todo halló inspiración. Fué un gran artista.

Una vista de la notable reproducción del Fuerte, que se exhibe en el Museo Colonial e Histórico de Luján y que llama la atención por su exacta fidelidad.

Una notable reproducción de los alre

El histórico Cabildo con su famosa torre cuya campana anunció el 25 de Mayo la era de la libertad, reproducido en sus menores detalles.

La Recova, que dividía las plazas del Fuerte y de la Victoria y que fué demolida por la piqueta municipal en los últimos años del siglo pasado.

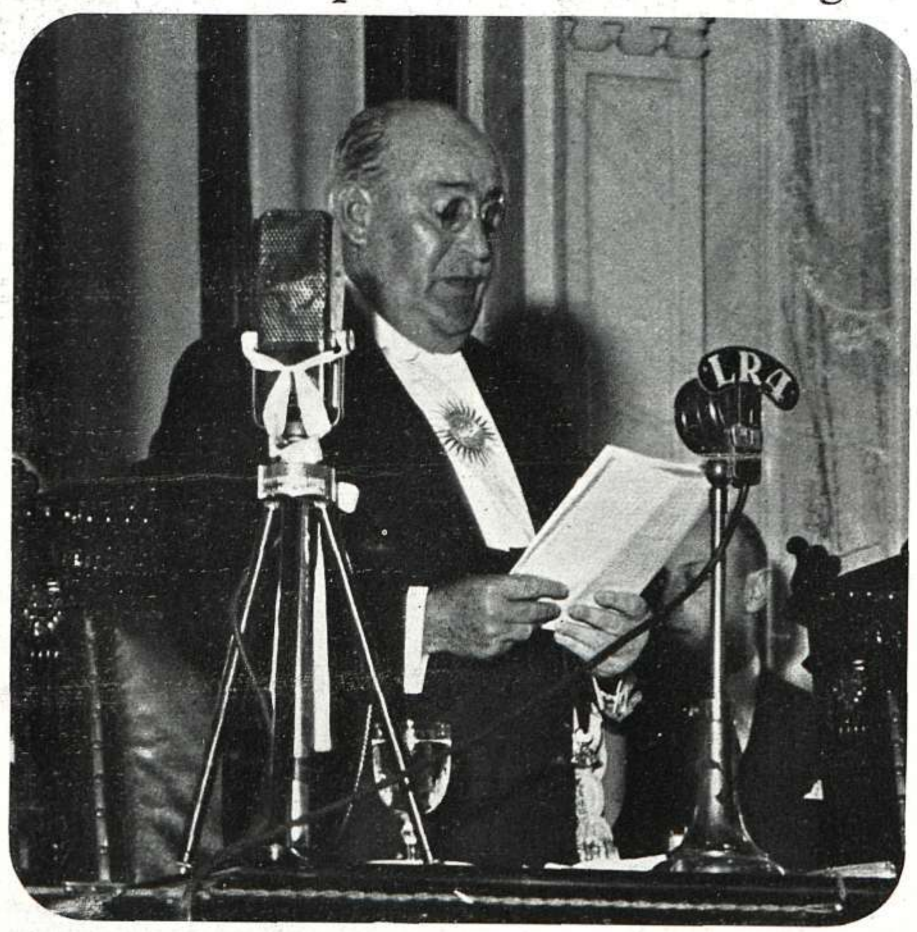
dedores de la plaza de Mayo, en 1800

La Catedral, tal como era en los últimos años de la Colonia. A la derecha puede verse el pequeño camposanto que allí existió. Más allá se hallaba el célebre Hueco de las Animas.



El cuerpo diplomático extranjero, invitado especialmente, según es tradición, presencia el desarrollo del acto.

Apertura del 72° período ordinario legislativo



El presidente de la República, general Justo, leyendo su mensaje al Congreso en el que trató con amplitud la situación económica y política del país, expresando juicios optimistas acerca del futuro de los negocios públicos.

Los ministros de Relaciones Exteriores, Hacienda, Instrucción Pública, Guerra, Marina y Agricultura, antes de comenzar la ceremonia.

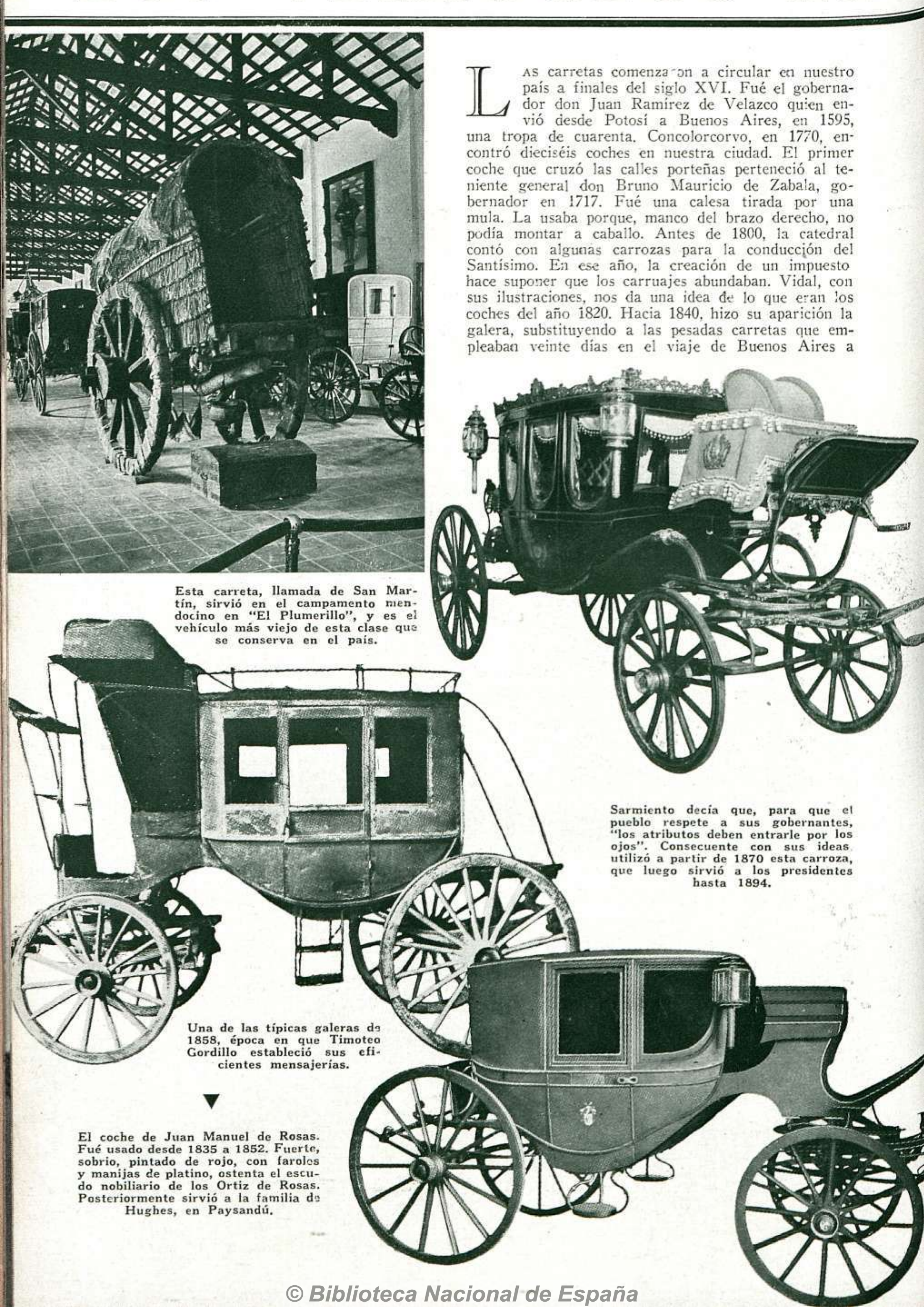




En este número de homenaje a la patria, las dos fotos que recuerdan al santo varón recientemente desaparecido constituyen un homenaje a su religiosa labor de argentino ilustre.

S. E. Rvma. Fr. José M. Bottaro, ex arzobispo de Buenos Aires y arzobispo titular de Macra

LOS VEHICULOS EN



Las carretas comenzaron a circular en nuestro país a finales del siglo XVI. Fué el gobernador don Juan Ramírez de Velazco quien envió desde Potosí a Buenos Aires, en 1595, una tropa de cuarenta. Concolorcorvo, en 1770, encontró dieciséis coches en nuestra ciudad. El primer coche que cruzó las calles porteñas perteneció al teniente general don Bruno Mauricio de Zabala, gobernador en 1717. Fué una calesa tirada por una mula. La usaba porque, manco del brazo derecho, no podía montar a caballo. Antes de 1800, la catedral contó con algunas carrozas para la conducción del Santísimo. En ese año, la creación de un impuesto hace suponer que los carruajes abundaban. Vidal, con sus ilustraciones, nos da una idea de lo que eran los coches del año 1820. Hacia 1840, hizo su aparición la galera, substituyendo a las pesadas carretas que empleaban veinte días en el viaje de Buenos Aires a

Esta carreta, llamada de San Martín, sirvió en el campamento mendocino en "El Plumerillo", y es el vehículo más viejo de esta clase que se conserva en el país.

Sarmiento decía que, para que el pueblo respete a sus gobernantes, "los atributos deben entrarle por los ojos". Consecuente con sus ideas utilizó a partir de 1870 esta carroza, que luego sirvió a los presidentes hasta 1894.

Una de las típicas galeras de 1858, época en que Timoteo Gordillo estableció sus eficientes mensajerías.

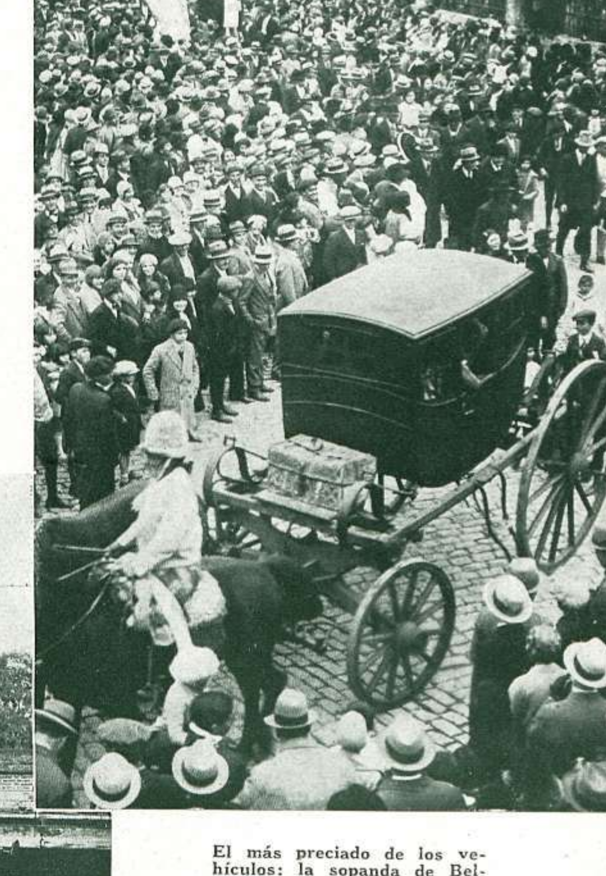
▼

El coche de Juan Manuel de Rosas. Fué usado desde 1835 a 1852. Fuerte, sobrio, pintado de rojo, con faroles y manijas de platino, ostenta el escudo nobiliario de los Ortiz de Rosas. Posteriormente sirvió a la familia de Hughes, en Paysandú.

EL SIGLO PASADO

Santiago, veinticinco hasta Chuquisaca y casi sesenta para llegar a Lima. Sórdidas e incómodas, las galeras prestaron enormes servicios hasta que los rieles se asentaron sobre nuestras llanuras. Sólo en la provincia de Buenos Aires, para el censo de 1881, había cincuenta y una empresas de mensajerías con 262 vehículos, 935 empleados y 10.998 caballos. Como detalle curioso, diremos que hasta la Capital llegó una carroza usada en Sedán por Napoleón III. A finales del siglo abundaban las cocherías y, entre la gente pudiente, además de los caballos de raza, era signo de distinción poseer varios coches.

Carretas, galeras, carrozas, volantas, sopandas, berlinas y hasta "cabs", de todo rodó por nuestros caminos. La industriosidad del hombre, siempre en lucha con la distancia, está expresada en estas páginas, que muestran sólo una ínfima parte de lo que guarda en su pabellón Balcarce el Museo de Luján.



El más preciado de los vehículos: la sopanda de Belgrano. Data de la época colonial, y el general la ocupó en 1813, el día de la batalla de Salta. Aquí aparece en uno de los habituales desfiles de vehículos históricos que organiza el Museo de Luján.

Primer vagón de pasajeros que corrió en el país. Fué adquirido en Londres y tiene 5.65 metros de longitud. Lo ocuparon Véiez Sársfield, Obligado, Barros, Pazos, Norberto de la Riestra y otros, en 1857, cuando se inauguró la línea del Oeste.

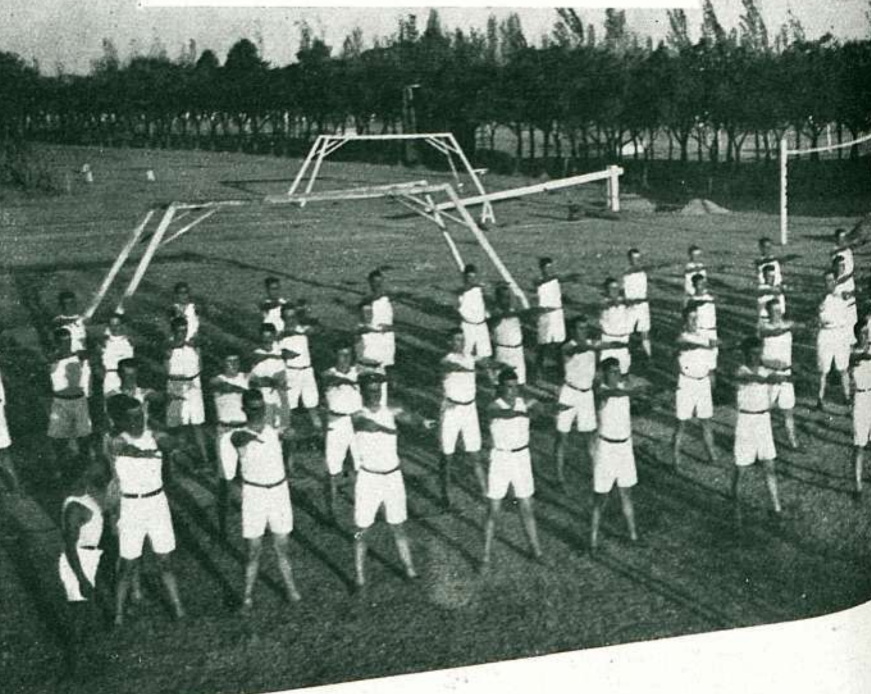
La histórica locomotora "La Porteña", que estuvo en la guerra de Crimea y arrastró el primer tren en nuestro país, en 1857, permaneciendo en servicio hasta 1889.

Por las calles de Buenos Aires rodó este exótico "cab", propiedad de Juan Cruz Varela.

EL REGIMIENTO 14 de INFANTERIA, CON SEDE EN RIO CUARTO



Teniente coronel José Luis Villegas, jefe del Regimiento 14 de Infantería.



Conjunto de conscriptos durante una sesión de gimnasia.



Jefes y oficiales del 14 de Infantería posan especialmente para "Caras y Caretas".



Durante una ceremonia en la plaza de Río Cuarto. Frente al mástil del Regimiento.

▽ Ejercicios de adiestramiento de la tropa. ▽

▽ La hora del almuerzo. ▽

Adiestrándose en la práctica del tiro.

RIO CUARTO, LA DEL SUR DE



Señor Carlos A. Vismara, intendente municipal.



Señor Gustavo E. Carranza, jefe político.

El edificio de la Intendencia Municipal constituye uno de los mejores exponentes de la estética edilicia de la ciudad.



Doctor Juan Vázquez Cañás, rector del Colegio Nacional.



Doctor José Lucero Ortiz, director del Hospital de Caridad.

▼

Monseñor Leopoldo Buteler, obispo de Río Cuarto.



La iglesia Catedral.

HERMOSA CIUDAD CORDOBA



Portón de entrada del parque Sarmiento.

El palacio de Justicia.

Frontispicio de la Escuela Normal.



Monumento al general San Martín.



Sede de la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos.



Edificio de la Sociedad Española de Socorros Mutuos.



Grupo de profesores de la Escuela Normal.



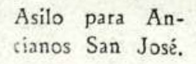


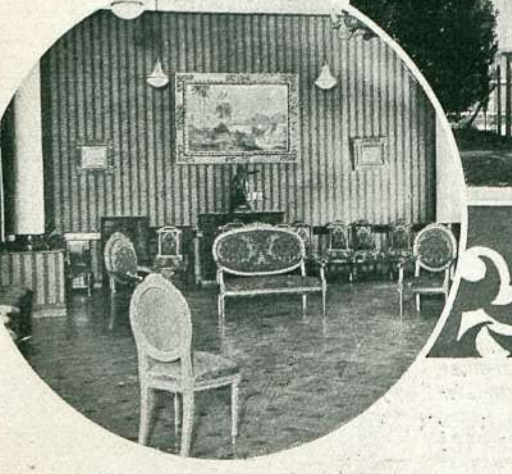
Algunos profesores del Colegio Nacional de Río Cuarto.



Durante la velada en honor del nuevo obispo, monseñor Buteler.

Asilo para Ancianos San José.





Uno de los salones del Jockey Club.



Edificio de la Asistencia Pública.



Vista general de la importante ciudad de Río Cuarto, una de las más progresistas de la provincia de Córdoba.

RIO CUARTO,

la hermosa ciudad del sur de Córdoba

Como en un tablero de ajedrez. — Cara a cara con el indio. — Ciento ochenta y cinco años de labor. — Significación de su industria lechera. — Un rasgo de generosidad femenina. — El cultivo del desierto. — La actual ciudad. — Sus mujeres. — Vida social, artística y educadora. — Un ferrocarril paternal.

Por VICENTE KURLAT



Señor Jaime Provenzal, cónsul de España.



Señores Ventura G. Ferreira y Julio Carlos Pacheco, director y secretario, respectivamente, de "Justicia".



Señor Alessio Yannaccone, director del Conservatorio Provincial.



Don José T. Castelli, director de la E. de A. y Oficios.

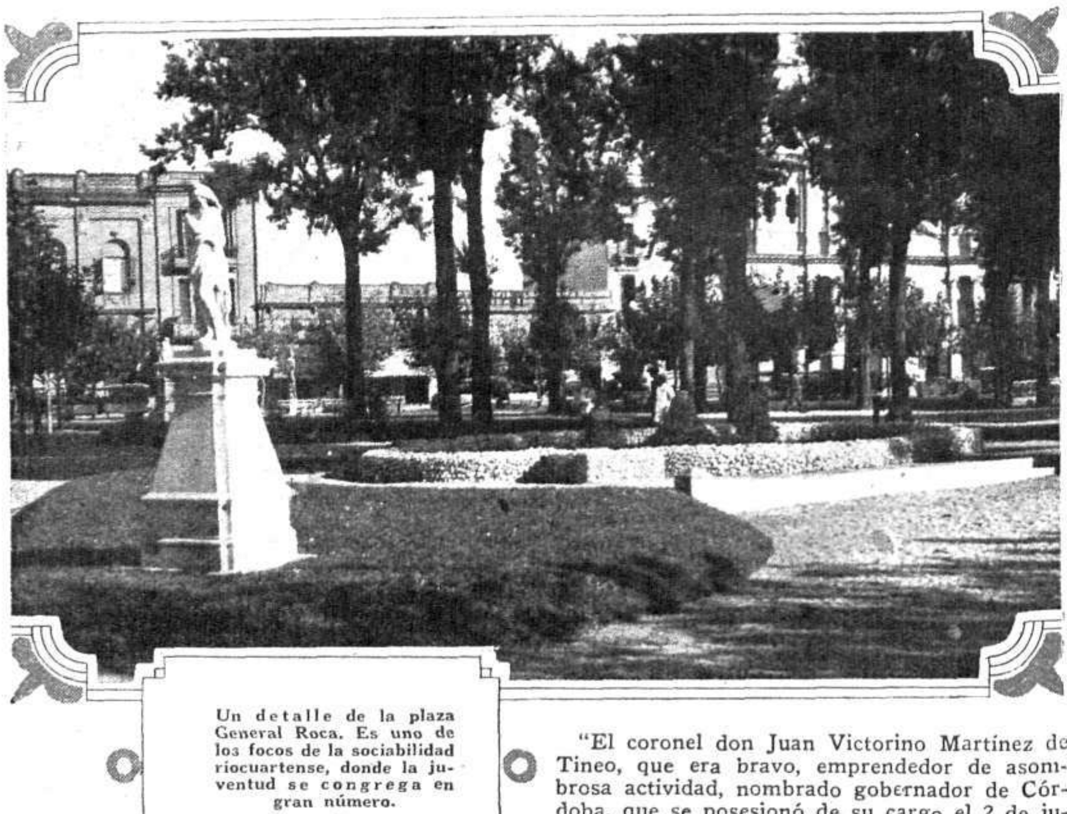
Una partida inmortal

SOBRE un tablero cuadrado de siete por siete casillas inicióse el formidable "match" de ajedrez.

No necesitaban los jugadores más espacio para luchar contra el destino. Con cuarenta y nueve casillas tenían bastante, por lo pronto.



Señor Luciano Lubirachs, director de "El Pueblo".



Un detalle de la plaza General Roca. Es uno de los focos de la sociabilidad riocuartense, donde la juventud se congrega en gran número.

El tablero fué colocado junto a la margen derecha del río Chocancharagua, a 415 metros sobre el nivel del mar, en una meseta de formación pampeana.

Y la partida inmortal comenzó.

Las blancas eran manejadas por un maestro admirable, a quien llamaremos Espíritu Heroico. Las negras iban conducidas por la Barbarie. El premio era una ciudad rica, es decir, la conversión del primitivo tablero en otro mucho más grande, más rico, más apto para las partidas difíciles e ingeniosas de ese ajedrez que se llama civilización.

¿Cuándo empezó el juego?

NUESTRO honorable colega riocuartense, señor José M. Sugasti, veterano periodista e infatigable historiógrafo, dice:



Puente que cruza el Río Cuarto.

"El coronel don Juan Victorino Martínez de Tineo, que era bravo, emprendedor de asombrosa actividad, nombrado gobernador de Córdoba, que se posesionó de su cargo el 2 de junio de 1749, fundó el día 8 de diciembre de 1750 el pueblo de la Purísima Concepción en la margen derecha de Río Cuarto, puesto al cuidado de los religiosos franciscanos.

"La base étnica de Río Cuarto, iniciada a principio del siglo XVII, con el conglomerado de descubridores (muchos de éstos con familias de propio origen español) e indios yanacones sometidos en el territorio, aunque en forma precaria al principio, la población vegetativa secundada por la flotante, continuó progresando en forma que, siglo y medio después, pudo quedarse constancia para posteridad "de la fundación oficial de Río Cuarto".

Como se ve, las luchas preliminares, las tentativas inciertas, habíanse iniciado hacía tiempo. Mas la gran partida principió hace 185 años.

Tenemos a la vista una copia del plano primitivo hecha por el señor Sugasti, con las cuarenta y nueve manzanas o casillas. En la banda de oriente está el fortín, defensor del pueblo.

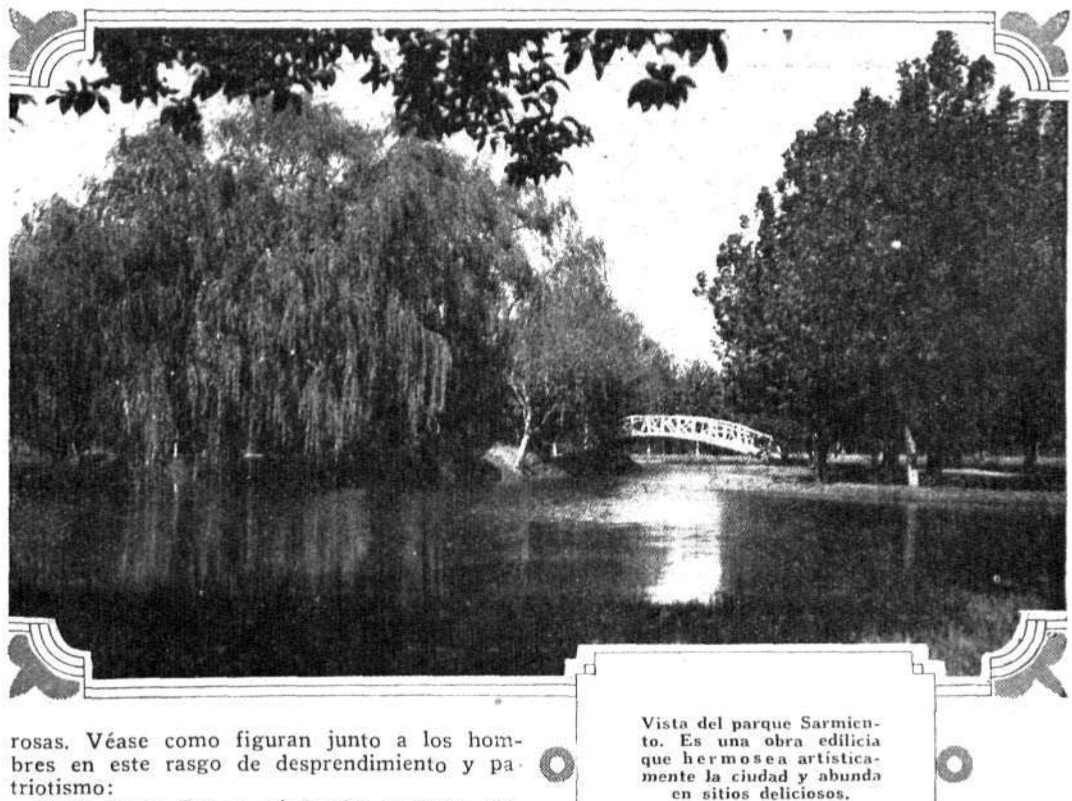
Sobre el plano de la actual ciudad — que por coincidencia hállase dibujado a la misma escala — hemos extendido ese croquis de 1794. ¡Cómo se amplió el lugar de la lucha ajedrecística, donde se definiría el porvenir de una ciudad!

Generosidad femenina

EN 1787, el gobernador de la provincia cordobesa, don Rafael Núñez, marqués de Sobremonte, el mismo virrey de discutida memoria, otorgó a Río Cuarto el título de villa.

Para extender la Real Cédula de declaración hacía falta que los vecinos tuviesen sus propiedades particulares.

Varias familias terratenientes hicieron donación de terrenos. La lista de donantes comprueba que las damas riocuartenses son gene-



Vista del parque Sarmiento. Es una obra edilicia que hermosea artísticamente la ciudad y abunda en sitios deliciosos.

rosas. Véase como figuran junto a los hombres en este rasgo de desprendimiento y patriotismo:

Doña Juana Correa, viuda del sargento mayor don Ignacio Soria; los hijos de éste don Juan José a nombre propio y de su hermano y difunto, don Baltasar Soria; doña María Soria y su nuera doña Pascuala Ojeda viuda de don Alberto Soria; doña María Olguín, viuda de don Benito Balmaseda, a nombre propio y como tutora de sus hijos menores; doña Agueda Ladrón de Guevara, viuda de don Luis Bracamonte, sus hijos don José Antonio, don Cayetano, don Tomás, doña Mercedes y sus yernos Juan José Cortés, Mariano y José Antonio Cabral.

El primer censo

CON Ventura de Echeverría, comandante militar de la villa, que hizo la distribución de las *manzanas* donadas, levantó el 17 de junio de 1794 el censo de la villa. El primer alcalde, don Andrés Angel de Acosta, ayudóle en la tarea.

Había 78 familias, que daban un total de 436 vecinos. Las cabezas de ganado eran 6870. *¡Buena base para emprender la obra!*

S. M. el rey Carlos IV firmó en Aranjuez, el 12 de abril de 1797, la Real Cédula que concedía a *Río Cuarto* el ansiado *título de villa.*

Frente a la indiana

LOS yanacones eran los aborígenes contra quienes tuvieron que luchar los conquistadores españoles en aquellos parajes. Tribus de indomable valor, bien pronto provistas de caballada, sembraron la muerte y el espanto.

Una de las poblaciones que resistieron al bárbaro empuje fué Río Cuarto.

Puede decirse que el pueblo nació y creció contra la salvaje voluntad de la indiada. Sería *imposible detallar esta heroica resistencia de los hombres blancos.*

Pero sí debe anotarse que, además de tales *enemigos de raza y religión, los riocuartenses* han sufrido otras incursiones destructoras, realizadas por blancos.

Citemos, verbigracia, el *nombre de Quiroga.*

Por fin, los indios ranqueles fueron vencidos en la conquista de la pampa. El porvenir de Río Cuarto, pueblo y villa que, hasta entonces, había tenido una existencia precaria, empezó a ser lisonjero.

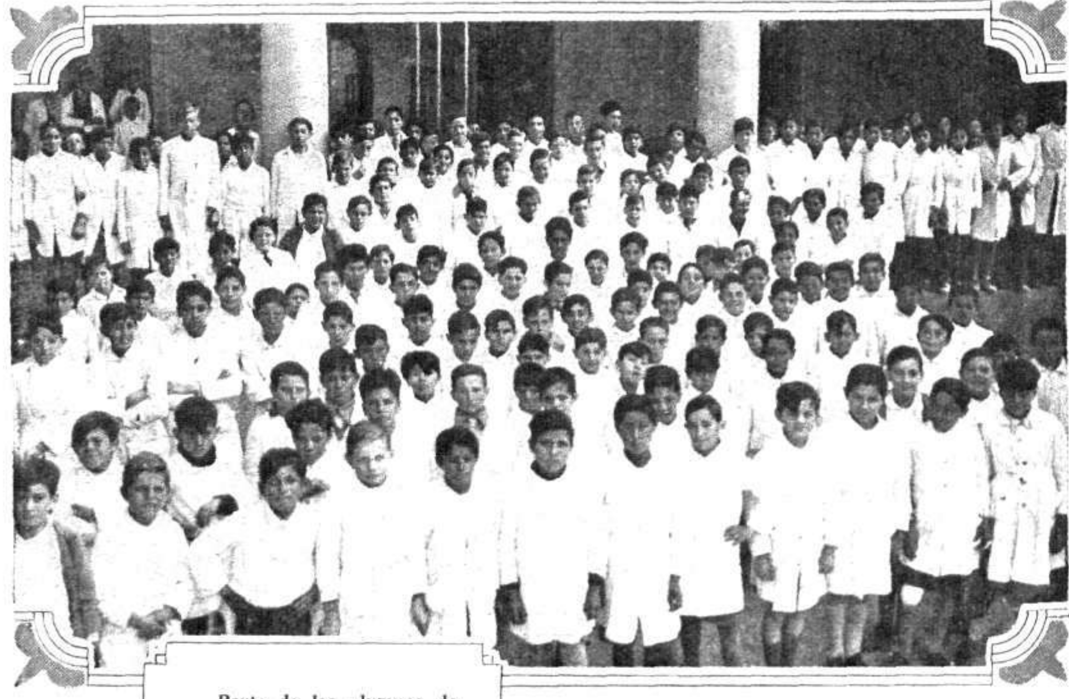
La ciudadanía de la villa

ANTES del año 1875, aquel núcleo de población supo cumplir las condiciones impuestas para la declaratoria de ciudad.

Por decreto, firmado el 15 de noviembre de



Pabellón "Ambrosio Olmos", del Hospital Vecinal.



Parte de los alumnos de la Escuela Provincial Belgrano. La inscripción llega al número de 400 escolares, que reciben una esmerada y completa instrucción.

dicho año, fué investida con tal preeminencia. Era en los tiempos del gobierno de Rodríguez.

La labor de cultura habíase intensificado en progresión geométrica, como la famosa siembra ideal del grano de trigo — volvemos a recurrir a la semejanza aje-



Playa del ferrocarril Central Argentino, un centro de potente actividad comercial.

drecística, — que el inventor Sussa exigiera como premio. Y la semilla se transformó en 2, en 4, en 8, en 16... hasta llegar a una suma fantástica, que ningún príncipe poderoso podría pagar.

Así, en progresión siempre creciente, vive y trabaja Río Cuarto. Es el bosquejo de una urbe gigantesca.

Hoy tiene 37.000 habitantes en su radio urbano y 65.000 en todo el departamento al que sirve de cabecera. Pronto llegará al ciento de mil, y mañana... ¿quién se atrevería a calcular las cifras de ese mañana prometedor?

El producto de esa extraordinaria energía encuéntrase fuera de todo cálculo.

Cabecera de departamento

EL 25 de Mayo de 1879, el general "pioneer" don Ignacio H. Fotheringham, por mano propia izó en Choele-Choel la bandera de la patria cristiana y libertadora. El indio estaba definitivamente derrotado, sometido a una civilización en la que tomó parte.

Cuatro años después, con fecha 19 de octubre de 1883, una ley provincial fijaba la delimitación del departamento de Río Cuarto.

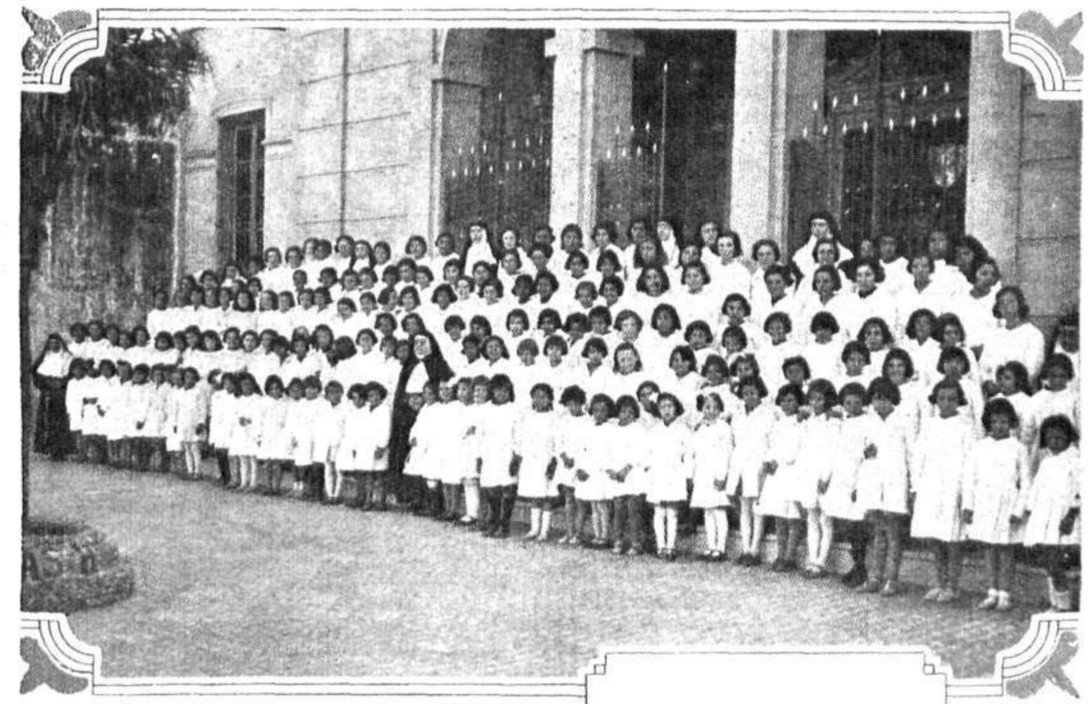
Se le adjudicaban 18.687 kilómetros cuadrados de las 15.000 leguas conquistadas para la cultura. Antes de dicha fecha, don Alejandro Roca, primer jefe político del departamento, designó comisario a don Benisio Baigorria, fijando la residencia de éste en 3 de Febrero, la actual estación Paunero.

Por la fuerza de los hechos, Río Cuarto ocupó bien pronto la cabecera del departamento.

A la obra

HABIA que poblar y cultivar aquella extensión de terrenos, tan improductivos como ricos. Las tierras vírgenes aguardaban el arado.

En esa tarea de aprovechar la fertilidad del bien querido solar se distinguieron, entre otros, los hacendados que el historiador Sugasti menciona:



Alumnas del colegio dirigido por las hermanas Misioneras Franciscanas. Es un benemérito instituto docente.

"Los primeros estancieros fueron: en 1881, establecidos en las cercanías de Río Cuarto, don Enrique Cook con su familia y catorce peones, en el fortín Necochea; don Ambrosio Olmos con su establecimiento en la pedanía El Cuero, primer introductor en la región de animales vacunos de "pedigrée", procedentes de Inglaterra; Arístides Villanueva, su estancia "La Pradera"; don Juan Tierney, en "La Amarga", desembocadura de Río V; Campo Alegre, ocupado por el cacique Ramón Cabral, donde más tarde también fundó su estancia don Pedro Estanguet, en Pedanía Sarmiento; a quienes todavía después de la conquista del desierto, la invasión de los llamados indios chilenos les producía, de vez en cuando, trances amargos".

El padre ferrocarril

ALGUIEN ha dicho que las bruñidas paralelas ferroviarias se unen en el infinito de la riqueza. Eso sucedió con las del Ferrocarril Central Argentino, a quien Río Cuarto y una enorme región del solar nacional deben el impagable aporte, realizado por una empresa titánica.

Merced a ese denodado esfuerzo, el departamento cuenta con 632 kilómetros de red ferroviaria.

El F. C. Central Argentino cumplió, por lo tanto, una misión paternal. Sin él la epopeya de trabajo habría sufrido graves inconvenientes retardatarios.

Y es justo reconocer que la cuantía del esfuerzo realizado, la empresa agregó el beneficio de la calidad. Numerosos trenes hacen cotidianamente el recorrido del departamento, uniéndolo a todas las ciudades de la República. El servicio, esmerado, grande y exacto resulta un ejemplo de organización.

"Al César, lo que es del César".

Colaboró admirablemente en la tarea otro de los ferrocarriles, cuya misión principal fué la de unir las costas de dos océanos: el F. C. Buenos Aires al Pacífico, arteria del tráfico internacional de inapreciable importancia para Río Cuarto y gran parte de la República Argentina. Así, la progresista ciudad cordobesa se halla en condiciones de realizar un productivo intercambio con Villa Mercedes, San Luis, Mendoza y San Juan y otros centros de progreso nacional.



Un rincón de la biblioteca pública anexa al Colegio Nacional Sarmiento.

La moderna Río Cuarto

CREIAMOS, antes de llegar a la ciudad, encontrarnos con una villa vetusta, de aspecto común.

La sorpresa fué inenarrable. Porque el actual tablero de ajedrez sería digno de un poderoso y multimillonario magnate hindú.

En efecto, por la edificación, Río Cuarto tiene suntuosas condiciones de ciudad moderna. Anchas y largas calles, plazas espaciosas, edificios elegantes: puede resistir las comparaciones sin peligro.

La Municipalidad, la sede de los tribunales departamentales, la iglesia parroquial, edificada a principios del siglo XIX, el teatro Municipal, los dos cinematógrafos y otros edificios fiscales y particulares, le prestan una fisonomía distinguida, elegante.

Agréguese a esto la idiosincrasia especial de la población, que la distingue de otras poblaciones cordobesas, donde lo antiguo es regla arquitectónica general.

El capítulo de los piropos

LAS descendientes de aquellas damas generosas que, mediante su óbolo de terreno, lograron dar a su pueblo natal el título de ciudadanía, son dignas de su abolengo. La belleza espiritual se une a la física para ofrecer un conjunto de encantos femeninos.

El cronista siente aún el deseo contenido de piropear efusivamente a todas y cada una de las lindas mujeres riocuartenses.

¡Gratas retretas de los jueves y domingos, amenizadas por la música del 14 de Infantería! Deliciosas reuniones sociales, en las que la elegancia se alía con el ingenio chispeante femenil!

El cronista saborea sus recuerdos. Aun tiene en los oídos el rumor de aquel cantito, suave, acariciante, que redobla su musicalidad para hacer más grata al forastero la visita.

La sociabilidad de ellas es primorosamente exquisita, y merece todos los adjetivos laudatorios.

La prensa local

EL año próximo celebrará "El Pueblo" sus bodas de plata con el periodismo y la opinión pública. Es un diario de la mañana, cuya dirección se desvela por satisfacer los anhelos de la ciudad, consagrando campañas vigorosas a la solicitud de mejoras, en todos los órdenes de la actividad. Sus columnas, bien escritas, son un reflejo de la laboriosidad que distingue a los riocuartenses

Otro periódico de la mañana cumple también la noble misión informativa y crítica. Es "El Fígaro", exponente de cultura y técnica profesional.

"La Justicia", periódico de la tarde, hace honor a su título, en bien de los intereses de Río Cuarto y su departamento. Clara visión de los hombres y de las cosas, valentía en las opiniones, sinceridad en las creencias y galanura en el decir son características de dicho órgano.

"El Trabajo", también vespertino, realiza cultamente su cometido en pro de la ciudad, dando pruebas de laborioso e infatigable.

En todos ellos ha encontrado el cronista un ambiente de camaradería, que no sabrá agradecer bastante.

Significación industrial del departamento

TODO se hermana en aquella importante región para ofrecer un valioso aporte a las riquezas nacionales. La agricultura, base firme de todo adelanto, ha recibido allí un desarrollo que honra a la capacidad progresista de los riocuartenses.

Por eso, la ganadería adquirió extraordinaria importancia, y, como consecuencia lógica, un ramo industrial poderoso: la producción lechera y sus derivados.

Los establecimientos donde, por métodos modernos, se explota el beneficio del ganado vacuno, tienen una muy valiosa significación, y se hallan en segura vía de progreso, habiéndose distinguido sus productos en las exposiciones de ganadería.

La cifra de 42.500 productoras de leche da una idea de tal potencialidad. Como los pastos son abundantes, porque el régimen climatológico de las lluvias, ayudado por la abundancia de las corrientes de agua, superficiales y subterráneas, abastece todas las necesidades del ganado, el producto lácteo es de calidad superior .

No resulta exageración decir que el departamento de Río Cuarto es un oasis en cuestiones de lechería, donde se surte un vastísimo radio consumidor.

Manifestaciones artísticas

JUNTO a las manifestaciones del trabajo material, según propia condición de las ciudades ansiosas de cultura, se observan en Río Cuarto abundantes y finos ejemplos de actividad intelectual.

Una de ellas constituye un éxito escénico, digno de ser alabado.

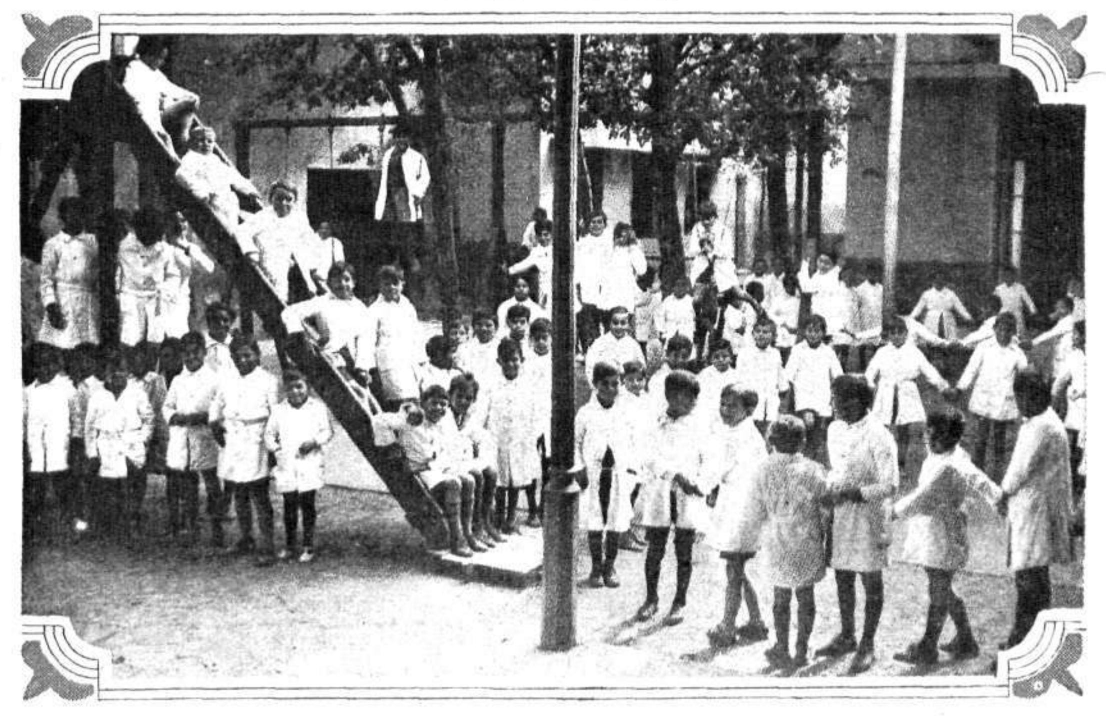
El autor Miguel Angel Gallegos, que no desmerecería en los centros teatrales metropolitanos, ha escrito, sobre un argumento de Miguel Yubé, la letra de la revista "Estratoesfera", divertida obrita que atrae numeroso público. La partitura es del maestro Delfino Querici violinista de gran porvenir, y abunda en melodías que se han convertido en populares.

Otra manifestación de valores plenamente estéticos lo da una cantante de seguro porvenir, la soprano Rosita Pecile, cuya voz posee las calidades exigidas para deleitar. Amplia gama de tonalidad, riqueza de recursos líricos y excelente presentación escénica hacen de esta artista una figura que se destacará pronto en medios más importantes.

Dónde se recuerda a Tito Schipa y Alessio Yannacone

Y para cerrar con broche de oro la reseña breve de la vida intensa de Río Cuarto, recordaremos al lector un acontecimiento realizado en 1934.

El ilustre Tito Schipa, príncipe de la escena, al terminar la temporada del Colón, tuvo la iniciativa de realizar una "tournee" por la provincia de Buenos Aires, Mendoza, Rosario, Montevideo, Río de Janeiro y San Pablo. Obedecía a insistentes y calurosos pedidos de la



Durante un recreo en la escuela provincial General Belgrano.

afición de dichos centros, deseosos de conocerle de visu.

El célebre astro lírico eligió, considerándolo necesario, para el mayor éxito de la jira, al director del Conservatorio Provincial de Río Cuarto, Alesio Yannacone, un pianista de grandes méritos, al cual aplaudió el público metropolitano en la sala del Colón, cuando acompañó a Schipa en un recital.

La "tournee" fué un triunfo y una verdadera cátedra de extensión cultural.

El 14 de infantería

YA hemos citado de paso a esta unidad del ejército, cuya banda alegra las retretas locales.

El 14 de infantería, regimiento veterano, es un foco de cultura, por obra de su jefe, teniente coronel don José Luis Villegas, y su ilustrada oficialidad.

El cuartel del regimiento presenta todas las características de un hogar cívico, donde los soldados reciben el trato que corresponde a los buenos servidores de la patria.

Prolongación de esa unidad modelo hállase en los casinos de oficiales y suboficiales, en los que se desarrolla un plan de estudios y de esparcimientos admirables.

Clubs y sociedades

LA sociabilidad más exquisita y el cultivo de los deportes y de la ayuda mutua tienen en Río Cuarto asociaciones de especial importancia.

Y la instrucción pública, por su desarrollo y su eficacia, merece conceptos laudatorios. Tanto en las escuelas fiscales y provinciales, como el Normal, Colegio Nacional, Escuela de Artes y Oficios, Conservatorio Provincial de Música y otros centros didácticos se cumplen a maravilla las tareas de "educar al soberano", según pedía el educador de educadores, Sarmiento.

Muchas cosas habremos olvidado. No caben tantas en una crónica de obligada extensión.

Un porvenir grandioso

RIO Cuarto ha probado que sabe cumplir sus deberes para con el país. En la rica provincia cordobesa es ahora venero de recursos y una esperanza para los tiempos futuros.

Surgió hace muchos años, en medio de un solar, donde la lucha por la existencia era enconada y sin tregua, frente a las tribus. Estas fueron sometidas, gracias al denodado tesón de sus primeros pobladores.

Las penurias de eterno combatir no restaron energías a los habitantes, que con una mano guiaban el arado, mientras que con la otra empuñaban la espada. Ciudad de soldados sin uniforme, constituyó un baluarte de la civilización.

Actualmente, ese baluarte prosigue cumpliendo en la paz y el trabajo una obra poderosa.

Como detallamos en otras páginas de este número conmemorativo de una magna fecha nacional, las industrias y los establecimientos de diversa índole demuestran la potencialidad de aquel foco de actividades incansables.

Río Cuarto, con su cultura y espíritu emprendedor ha sabido resistir trances críticos. De todos ellos salió triunfadora. Les sirvieron para templar el acero de su pujante alma, que es honor de la estirpe criolla.

V I C E N T E   K U R L A T



Casa de la estancia "La Esmeralda", construída por el doctor Quenón en el año 1870.

El señor Nicanor Quenon acompañado de nuestro enviado especial.

Las Explotaciones Agrícolas

Los notables esta señor Nica

RIO Cuarto, la hermosa ciudad del sur de Córdoba, se halla rodeada por una cadena de espléndidos establecimientos de campo que hacen honor al progreso de la industria agropecuaria argentina. Pero ninguno tan típicamente criollo como los que pertenecen a don Nicanor Quenón, situado a los alrededores de la estación Espinillo. Y al lanzar esta perentoria afirmación entendemos hacer un cumplido elogio a su explotación y al prestigioso caballero que lo dirige desde hace treinta años.

Porque don Nicanor Quenón es un ferviente enamorado de las cosas de su tierra. Ha manifestado claramente su amor a lo criollo en la minuciosa organización que ha dado a sus campos.

El criollismo se trasluce allí en todos los detalles, hasta en el más insignificante. Toda idea, toda iniciativa responde a un propósito central que es la guía y la madre: robustecer el culto al criollismo, afirmarlo en los espíritus que lo rodean y hacerlo triunfar en todos los órdenes de las actividades.

EL señor Quenón opina que levantar la bandera del criollismo es defender a la patria, es hacer ciudadanos responsables, capaces de ser útiles en las horas bravas; es desarrollar el sentido de la honradez en el pueblo, haciendo hombres mejores y aptos; es cultivar, en fin, los dones generosos que poseen casi todos los hombres nacidos en esta gran tierra nuestra.

El ideal del señor Quenón es hacer patria "mirando hacia adentro" para seleccionar todo lo mejor de nosotros mismos y aplicarlo a las cosas menudas de la vida diaria. Un ideal tan definido y tan poderoso debía llegar forzosamente hacia grandes cosas. Y a fe que el caballero que nos ocupa las ha realizado sin desmayos en los límites de su querencia y se halla a punto de superarlas porque posee una inteligencia nada común, un tesón a toda prueba y una energía propia de un gran espíritu.

Estos son los hombres que el país necesita para progresar: hombres dotados de un ardiente amor patrio, capaces de todos los sacrificios en una lucha que a la fuerza debe ser cruenta, porque hace tiempo que nos invale una ola agobiadora de cosmopolitismo, que comenzó a crecer en las ciudades y ya amenaza invadir el campo a menos que hombres como el señor Quenón le opongan su pecho y su corazón de luchador. Pero allí están ellos, fuertes en su derecho, firmes en su postura de combatientes, ardiente la mirada, hecha a dominar los lejanos horizontes, prontos a dar el grito de alarma: "¡Alto: la Patria debe ser criolla!" Este grito de alarma, lanzado valientemente en todos los campos, debiera ser el comienzo y el fin de toda acción pública. Sólo así llegaremos al destino que tene-



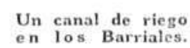
Añosas arboledas de la estancia "La Esmeralda".

Ganaderas en Río Cuarto

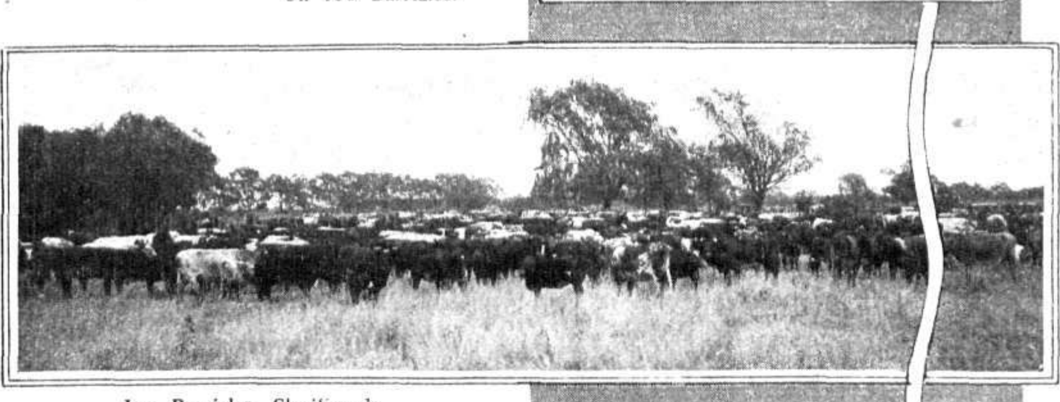
blecimientos del nor Quenón

mos señalado como país grande y fuerte en el concierto de las naciones del mundo civilizado. Y creemos que es el campo, mejor dicho, nuestros hombres de campo los que están en mejores condiciones para triunfar en la demanda. El campo gesta la verdadera grandeza de los pueblos, pues las grandes ciudades, en medio de su aparente poderío y riqueza, dependen enteramente de él. Del campo, pues, debe venir la sangre nueva, la sangre renovadora de ideales, la sangre que ha de dar los hombres custodios de nuestro inmenso porvenir.

Cúmplenos afirmar que la fecunda vida del señor Quenón, como hacendado, ha sido una



Un canal de riego en los Barriales.



Los Barriales. Clasificando un rodeo de 1000 vacunos.



Tractores trabajando día y noche en el campo "La Tapera", cuyo rendimiento en 24 horas es de 25 hectáreas.

constante afirmación de argentinismo. Toda la obra realizada por él lo está proclamando a los cuatro vientos. Basta recorrer los campos hermosos para comprobarlo, pues hasta el más corto de alcances puede ver el culto que allí se rinde a la tradición en todas las formas posibles, morales y materiales. Un fresco aroma de criollismo apunta en todos los rincones de la casa habitación, cargada de viejos recuerdos camperos y se expande hasta las últimas instalaciones del más apartado sitio. Alrededor del patrón se congregan 25 ó 30 familias, todas criollas, que consideran al señor Quenón, no como a dueño, sino como a padre de una vasta familia que vela por ellas con una solicitud y un espíritu de sacrificio nunca desmentido. Trata él de inculcar en su peonada todas las virtudes que adornan al verdadero criollo: capacidad para el trabajo, espíritu cristiano y confianza en el porvenir. Es, pues, una educación integral que tarde o temprano ha de rendir magníficos frutos para la patria. Porque este caballero hacendado es, por sobre todas las cosas, un patriota, un verdadero patriota de los de viejo cuño, de aquellos que vivieron y murieron por la raza.

Dejemos, durante un rato, estas reflexiones sugeridas por la conversación del señor Quenón, y echemos una rápida mirada a los establecimientos, aunque desde ya hemos de declarar que tan vasto complejo no puede ser descripto fielmente en una simple nota periodística.

Los campos tienen una extensión de 3 000 hectáreas, fértiles y abundantes en magníficos pastos. Una parte de él está dedicada a la agricultura, pero la mayor cantidad está cubierta por haciendas finas, entre las que cabe señalar el ganado vacuno y el ganado porcino como a los más importantes renglones de la explotación. El ganado porcino ha sido objeto de grandes cuidados; hemos visto hermosos ejemplares, capaces de satisfacer al más exigente de los expertos. Inmensas piaras de cerdos ocupan



Los tractores son necesarios, pero nuestros buenos pingos son insubstituibles.



Industrializando maíz. Una de las piaras que deberán recoger varios cientos de hectáreas de maíz en planta para convertirlo en carne.

grandes potreros especiales, poniendo una nota típica dentro del campo. Periódicamente salen de la estancia grandes lotes de porcinos con destino a los mercados. Y ya saben allí la garantía que representa el ganado criado en la estancia del señor Quenón.

Entre las numerosas mejoras que ostenta el campo, señalaremos una especie de canal y represa que trae el agua desde el río próximo y cuyo caudal se utiliza en el regadío de la propiedad, obra difícil y costosa que es el orgullo del dueño, a justo título, por cierto, pues no es frecuente en nuestras estancias obra de tal naturaleza e importancia.

Se advierte, en general, en toda la explotación un criterio inteligente, amplio, adaptable a la modalidad de los tiempos, es decir, que sin perder el carácter típico, se procura buscar el máximo de rendimiento aplicando los más modernos cánones de la industria. De esa manera los productos se acreditan totalmente en los centros consumidores por su alta calidad rendidora.

Treinta años de continua lucha han templado vigorosamente el carácter del señor Quenón, el cual con verdadero orgullo declara que sigue fielmente las huellas que le sugiriera el espíritu luminoso que fué su señor padre, el doctor Quenón, otro gran luchador, espléndidamente dotado y cuyos ideales se nutrieron también en las puras fuentes de la honradez y del amor a la patria.

En fin, no puede ser más grata ni más optimista la impresión que se recibe al visitar a estos hermosos campos. Es un retazo de patria, donde los altares del criollismo mantienen siempre encendidas sus lámparas votivas, lámparas eternas que jamás han de apagar su vigorosa llama, pues de ellas cuida una especie de activo sacerdote para quien el pensamiento de "¡Viva la Patria!" es la más pura expresión de la hombría de bien.

ENVIADO ESPECIAL

Centro comercial de Río Cuarto

SIGUIENDO el ritmo que la importancia comercial de Río Cuarto ve acrecentarse día por día, como una necesidad del medio ambiente y como un sostenedor de altos principios, ha surgido en su seno el "Centro Comercial de Río Cuarto", prestigiosa institución que tutela los intereses industriales, comerciales y, en una palabra, todos los intereses generales; pues bien se sabe que las actividades más poderosas de un conglomerado social tienen en el comercio y la industria su base esencial. El "Centro Comercial de Río Cuarto" ha sido fundado el 7 de junio de 1922. Su principal animador ha sido don Fortunato E. Remedi, hombre laborioso y de una ponderable actividad que ha dedicado a la entidad por él presidida hasta el año 1933 todos sus afanes y energías. La actual comisión directiva está formada por los señores: Presidente, Hugo Storani; vice, Eduardo V. Yorba; secretario, Héctor Toniolo; tesorero, Damián G. Banch; vocales, Fabio E. Remedi, Enrique Cross, Juan Gonzalo; Defensa comercial, Roberto C. Ripamonti, V. Santiago Zunino y Carlos Vismara. Esta comisión representa honorablemente a la entidad. — ENVIADO ESPECIAL.



Frente del edificio de la Liga de Comercio.

Señor Hugo Storani, presidente del Directorio.

De la sociedad



Nelly Lancestreméere.

Manunga Funes Posse.

Juana Rosa Deheza de Palacio.

María Luisa Zacconi.

María Angélica Cabral Magnasco.

María E. Ambroggio.

María Angélica Avalos.

Inés Mirella Ferreyra.

de Río Cuarto •



Esther González Barbeito.

Inés G. E. de Magnasco.



Alicia Ferreyra Vélez.

María C. Andrew Mayer.

Rosa Pecile.





Virginia C. Yofre de Carranza.

Adelita Pecile.









Laurita Zavala.

Ada Rosalía Zunino.

Un magnífico estableci
tancia "Sol de Mayo",
Xarpell y señora Adela



Vista de una parte de la propiedad.

Otra de las notables calderas del establecimiento.

Entre todos los establecimientos de campo de Río Cuarto, la estancia "Sol de Mayo", del señor José Cusi Xarpell y señora Adela Porta de Cusi Xarpell, se destaca con caracteres inconfundibles, como obra legítima de un cerebro donde brillan la inteligencia, la capacidad creadora y el optimismo en su más alto grado de desarrollo.

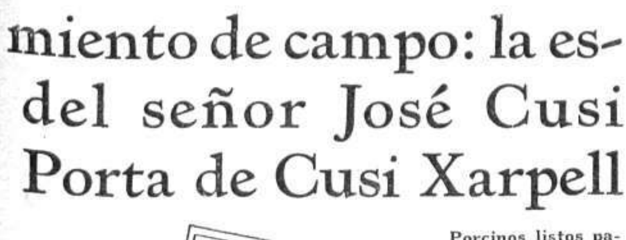
No resulta tarea fácil en esta breve nota periodística dar una idea exacta de los valores que la vista va descubriendo conforme se recorre este magnífico campo donde la obra del hombre ha dejado huella intensa y definitiva; y sobrecoge un poco el ánimo el pensamiento de que cada detalle, insignificante al parecer, es un laborioso triunfo de la inteligencia y de la voluntad en larga y agobiadora lucha contra la inercia de las fuerzas naturales.

La estancia "Sol de Mayo", que motiva legítimamente esta nota admirativa, tiene 5.400 hectáreas de extensión y fué fundada hace sesenta años, es decir, en una época en que aun eran riesgosas y aleatorias todas las empresas que nacían en nuestro país. Pero el señor José Cusi Xarpell, médico de origen catalán, poseía en su espíritu la suficiente dosis de energía y de optimismo para vislumbrar el porvenir de esta tierra generosa que brinda abiertamente sus frutos a todos los hombres capaces con buena voluntad y con firmeza de ánimo.

Don José Cusi Xarpell ha arriesgado en su establecimiento un importante capital. Inquieto y progresista, le nacían constantemente iniciativas y, lo que es mejor, las realizaba de inmediato y sin vacilaciones.

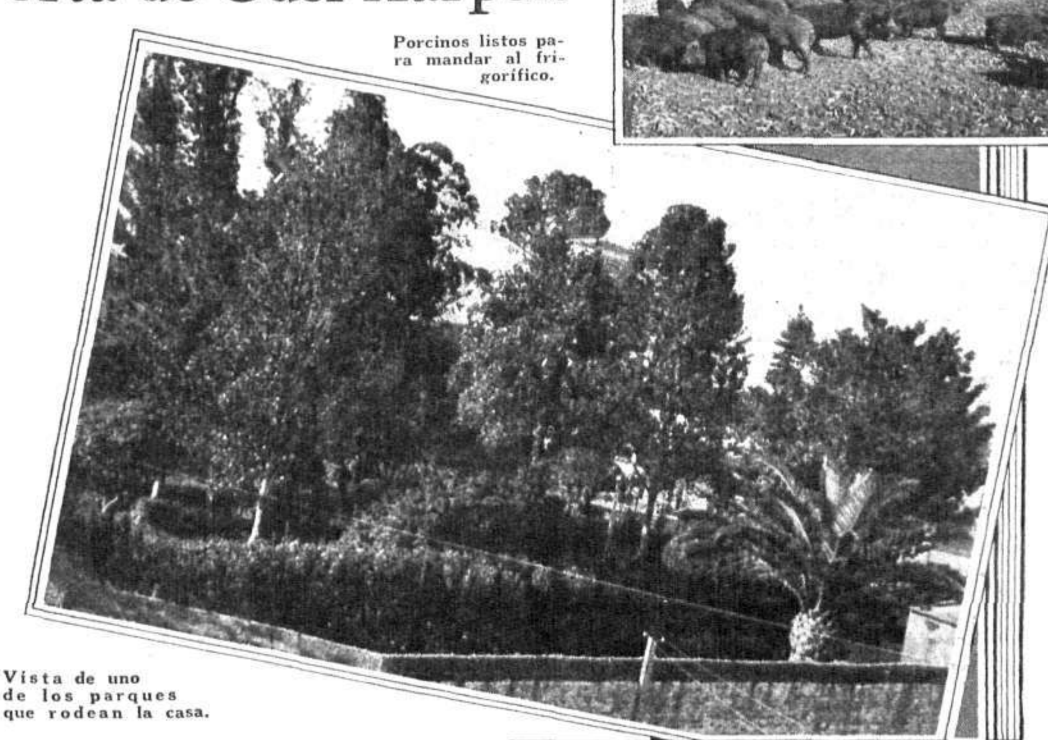
Así fué como comenzó la lenta transformación de la gran estancia. Con segura perspicacia, el señor Cusi Xarpell pensó que el maquinismo también debía ser llevado al campo y se apresuró a dotar a su sección lechería y cremería de las más modernas máquinas para la explotación intensiva de las industrias respectivas. La base de la idea era el mejoramiento de las lecheras y se llevaron allí las razas más finas, capaces de alto rendimiento. Las maquinarias vinieron a completar la tarea: cómodas instalaciones cobijaron a la última palabra de la industria. De este modo la estancia pudo competir con las mejores del país en el rubro de leche, crema y manteca.

Otro renglón que no fué descuidado: la cría de cerdos. Puede afirmarse, sin temor a caer en exageraciones, que en el "Sol de Mayo" se obtienen espléndidos ejemplares de porcinos, de altas calidades rendidoras. En toda la región y en los mayores centros consumidores del país



miento de campo: la es- del señor José Cusi Porta de Cusi Xarpell

Porcinos listos para mandar al frigorífico.

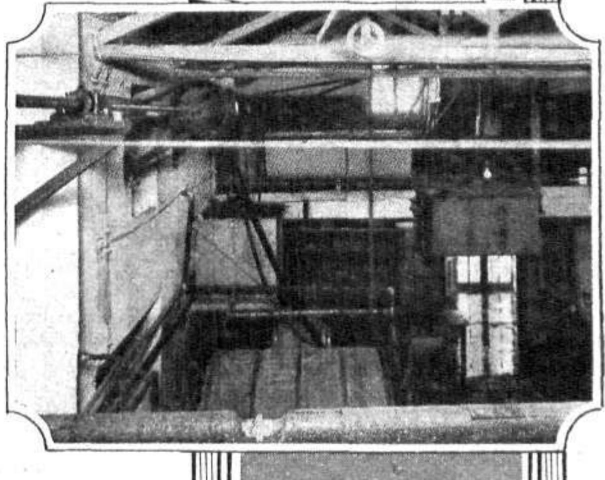


Vista de uno de los parques que rodean la casa.

son justamente famosos los productos del establecimiento "Sol de Mayo" y la marca que nos ocupa significa un seguro índice de nobleza y de calidad.

Sucede que en los campos donde el maquinismo penetra, váse perdiendo, poco a poco, de manera lenta pero segura, el sabor campero, tan característico de nuestro criollismo. Criollismo significa para gran parte de la gente, criar a campo ganado de mestizón para abajo; significa la ausencia de potreros, casi de alambrados, de tanque de aguada, de bretes, de molinos, de usinas, etc., es decir, la estancia tal como se hallaba a mediados del siglo pasado, cuando aun era un verdadero reducto en contra de la civilización y del confort moderno.

Pero en "Sol de Mayo" no sucede de eso. A pesar de su modernidad, el espíritu criollo, el verdadero espíritu criollo, que era nobleza y generosidad, se halla en todas partes: en las personas y en las cosas. Es un verdadero establecimiento genuinamente argentino, donde cada uno guarda "como la hostia en la custodia" celosamente el culto sagrado de la tradición. Y ello lo hemos podido comprobar, sin ninguna duda, en la amplia visita nuestra, durante la cual fuimos recibidos por los dueños de casa con esa gentileza, esa sonrisa acogedora de que solamente son capaces los seres bien nacidos, para quienes la hospitalidad es la más sagrada de las misiones. El señor Cusi Xarpell tuvo la bondad de acompañarnos en el recorrida, y en cada sección, con palabra fácil y elocuente, nos iba haciendo la historia de su evolución; y en cuya historia nosotros adivinamos, a pesar de la modestia del dueño de casa, la mano certera que manejaba, firme y decisiva, todo el complicado engranaje de aquel negocio en plena marcha próspera. Al retirarnos satisfechos de "Sol de Mayo", agradeciendo al señor Cusi Xarpell y señora sus finas atenciones, pensamos en que una tierra donde florecen tan hermosos caracteres tiene, por fuerza, que ser una tierra de bendición. — *Enviado Especial.*



Uno de los notables interiores de la fábrica.

La casa Virgilio S. Zunino, de consignaciones, es una de las

▼ ▼ ▼

HACE TREINTA AÑOS

EN el año 1905, hacen exactamente treinta años, don Virgilio S. Zunino comenzaba a actuar en el difícil ramo de comisiones, representaciones y consignaciones.

Era entonces, don Virgilio S. Zunino, un joven activo, de inteligencia despierta que pensaba como un hombre maduro hecho ya a la dura lucha por la vida. Tenía una inmensa fe en las virtudes del trabajo y lo movía un poderoso y optimista dinamismo.

LA FAMILIA ARGENTINA

DEBEMOS remontarnos, para hacer un poco de historia, a los primeros años de este venturoso siglo, cuando nuestro país recién se desperezaba de su siesta colonial.

La familia argentina se hallaba a la sazón sólidamente constituída, pero aun predominaban muchos prejuicios del siglo anterior. El "pater familiae" era el único sostén y los hijos vivían bajo su sombra protectora, sin mayores inquietudes y preocupaciones, en la misma casa, con los ojos y el respetuoso pensamiento fijos en el jefe de la pequeña comunidad. La principal preocupación de entonces era seguir una carrera liberal, alcanzar un título reluciente y engalanar la puerta de calle con la llamativa chapa de bronce lustrada a diario. Pero el doctorado tampoco independizaba al hijo de la tutela paterna, pues seguía viviendo en el mismo hogar, sometido a los dictámenes, pareceres e ideas del jefe.

De esta suerte, los núcleos trabajadores-directivos se renovaban poco y tarde. Los que dirigían eran siempre los mismos y sólo se producía alguna renovación en los hombres cuando el proceso natural de la muerte llamaba a su seno a alguno de ellos. Entonces surgía el hijo, el cual, instruído en aquella hermética teoría, seguía los mismos caminos del jefe desaparecido.

PREJUICIOS A GRANEL

POR eso eran pocos los que en plena juventud se lanzaban, libres de tutelas, a tomar parte con sus propias armas en la dura y severa batalla de la vida. Cuando ello se producía, ocurría en el seno de nuestra sociedad, una pequeña conmoción. "¡Pero si es un muchacho!" "¡Es demasiado joven para la lucha!" "¡No puede tener experiencia!" El dicho más célebre al respecto es el de aquel venerable "pater familiae" que, al saber que a su joven hijo lo habían nombrado gobernador, exclamó: "¡Pobre patria en manos de mi hijo Eustaquio!"

Así, la juventud que se arriesgaba a desembarazarse de viejas ataduras, se lanzaba a la arena de la vida cohibida, con una especie de timidez resultante del medio hostil que lo rodeaba. Parecía no existir más que un camino para el joven: esperar, esperar y esperar. Y cuando le llegaba el turno, había dejado de ser joven y en su espíritu habían florecido las mismas ideas combatidas antaño. Puede, pues, decirse, que la espera consumió a buena parte de las fuerzas nuevas del país en la mayor parte de nuestra vida institucional. El joven que, a pesar de todo, lograba triunfar, era un fenómeno, mirado con cierta especie de admiración supersticiosa. Se le consideraba superinteligente, sin pensar en todas las inteligencias aplastadas por los métodos seguidos. No se pensaba que si la raza era capaz de dar tales cerebros era menester, siguiendo los dictados de una lógica primeriza, hacer todo lo posible para que se destacaran las inteligencias nuevas, potentes, renovadoras y enérgicas, con la energía que da la sangre joven.

PRINCIPIOS DE RENOVACION

BIEN. A pesar de esas circunstancias contrarias, producto de una vieja educación hermética, a principios del siglo, la juventud argentina se lanzó resueltamente a la lucha por la vida. ¡Independencia! fué el grito de moda. Muchos jóvenes optimistas, llevados por el motor de la ambición, algunas veces, y otras por el deseo patriótico de un progreso más rápido, empuñaron las herramientas del trabajo y helos ahí, como en una inmensa fragua, templando el futuro acero de la raza. ¡Adiós timidez, adiós apocamiento, adiós debilidad! Alta la frente, brillante la mirada, contraídos los músculos en esfuerzos productivos marcharon con paso de vencedores hacia el horizonte luminoso del progreso. ¡La Patria marchaba! ¡Y cómo marchaba!

EN PLENA EVOLUCION

FUE ésta la época en que se reprodujeron notablemente lo que más arriba hemos llamado "los núcleos trabajadores-directivos. Cada familia se desdobló en varios jefes, los cuales, al formar otras comunidades, daban lugar al establecimiento de nuevas ramas en una amplia progresión geométrica. Así se obtuvo una primera y notable ventaja para la economía de la nación: la repartición de la tierra. Las grandes heredades "medidas por el galope de una yegua, de sol a sol" originaron la pequeña estancia alambrada, con mejoras, poblaciones y haciendas de alta mestización. Luego nacieron los pueblos nuevos. Esto, en lo

▼ ENVIADO ESPECIAL

comisiones, representaciones y más acreditadas de Río Cuarto

▼ ▽ ▼

que respecta al campo. En las ciudades también se produjo el mismo fenómeno, ayudado por las fuertes corrientes inmigratorias. El florecimiento de los negocios en general, fué un hecho evidente: la pequeña industria agitó sus alas, aun incipientes; el comercio tomó decisivo incremento; aumentaron las transacciones y el país, como quien sale de un pesado marasmo, se sacudió el polvo que había acumulado sobre su quietud colonial. Más aun, y lo que es mejor: arrojó sus viejas vestiduras y eligió las nuevas, las que el progreso le señalaba...

LOS HOMBRES GUIAS

ES verdad que el país contó con una brillante pléyade de hombres públicos que alentó constantemente a la juventud en esta lucha renovadora. En la tribuna, en la cátedra, en el periodismo, hombres como Vélez Sársfield, Sarmiento, Del Valle, Mitre, Roca y Pellegrini usaron su verbo ardiente para inflamar a los que luchaban por nuevos caminos. Las frases de aquellos tribunos se hicieron carne y espíritu y generaron optimismo y valores considerables. Gracias a ellos, la joven falanje avanzó con empuje avasallador como un torrente de espumosos torbellinos que bajando de la montaña riega generosamente la árida llanura.

Vélez, Del Valle, Sarmiento, Mitre, despertaron las fuerzas jóvenes del país y sembraron la semilla del progreso. Pero es necesario hacer notar que la juventud que los siguió estaba magníficamente dotada para seguir la luminosa huella y dar, a su vez, nuevas semillas fecundas.

CONDICIONES DE LA LUCHA

PERO las condiciones de la lucha entonces, no eran las mismas de ahora, en pleno progreso, en plena evolución de las ciencias aplicadas a la industria y al mundo de los negocios.

El hombre sólo debía confiar en sus propias fuerzas, en su capacidad de labor y de sacrificio. Nada podía venir en su auxilio, ni siquiera los conocimentos adquiridos en las aulas, aun sin aplicación práctica. Debía, por fuerza, ser un autodidacto, u nhombre fuente de sí mismo que buscara orientación en un ambiente sumamente limitado.

Esa era la situación general de nuestra sociedad en el año 1905 cuando don Virgilio S. Zunino se lanzó a su gran aventura: ingresar al mundo de los negocios.

Río Cuarto no era, tampoco, la gran ciudad que hoy podemos admirar. Su desarrollo era lento, despacioso, pero ya se notaba el empuje progresista que animaba a los hombres de trabajo.

Porque Río Cuarto ha tenido la suerte de contar entre su población a un puñado de ciudadanos que sabían ver lejos y a quienes animaba un ardiente amor por el terruño.

La técnica del progreso de las agrupaciones humanas es bien sencilla: los hombres deben aplicar todas sus ideas, todos sus esfuerzos allí donde han nacido, evitando los traslados a otros núcleos que atraen con falsos mirajes. Ese es el secreto del progreso de las ciudades: el afincamiento de los más capaces.

UNA VIDA HONESTA Y EJEMPLAR

DON Virgilio S. Zunino ha sido desde los comienzos de su carrera comercial un decidido defensor de esta idea, que no por sencilla deja de ser fundamental.

Sus treinta años de actuación en los negocios riocuartenses le han ganado un sólido prestigio de hombre recto, de una sola pieza en todo cuanto se refiere a limpieza de procederes y palabra empeñada.

Es decir, que don Virgilio S. Zunino sobre el *canevás de viejos principios, orgullo de la* raza y columnas de nuestra sociedad, ha formado el tejido sutil del progreso y encumbramiento del pueblo que le vió nacer y que vió nacer y crecer a sus hijos.

Los ingleses tienen una palabra justa para designar a hombres así: "pioneer"; palabra que emplean con una parquedad destinada a realzarla y valorizarla en el más alto grado.

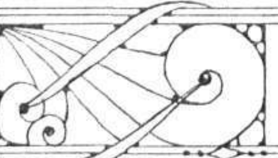
Laborioso y activo, don Virgilio S. Zunino hizo progresar rápidamente a su casa de representaciones, comisiones y consignaciones. Las más fuerte firmas comerciales e industriales de todo el país lo buscaron para hacerlo depositario de su confianza. Y como el mandante supo responder ampliamente, el círculo de sus negocios fuese ensanchado hasta adquirir las vastas proporciones de la actualidad.

Al presente, don Virgilio S. Zunino es una de las más sólidas columnas de la sociedad riocuartense. El respeto de los conciudadanos le sigue por doquier y su obra de progreso y de cultura es contemplada con la simpatía, el apoyo y la confianza que sólo despiertan los espíritus fuertes, templados en una lucha recia y honesta.

Tales son la historia y los merecimientos de un hombre que supo y quiso hacer patria de una manera continuada, viril y altruísta.

En la actualidad, don Virgilio S. Zunino ocupa la vicepresidencia de la sociedad de seguros generales "El Surco", otra magnífica expresión de la potencia industrial y comercial de este gran emporio de riqueza y cultura que es la progresista ciudad de Río Cuarto.

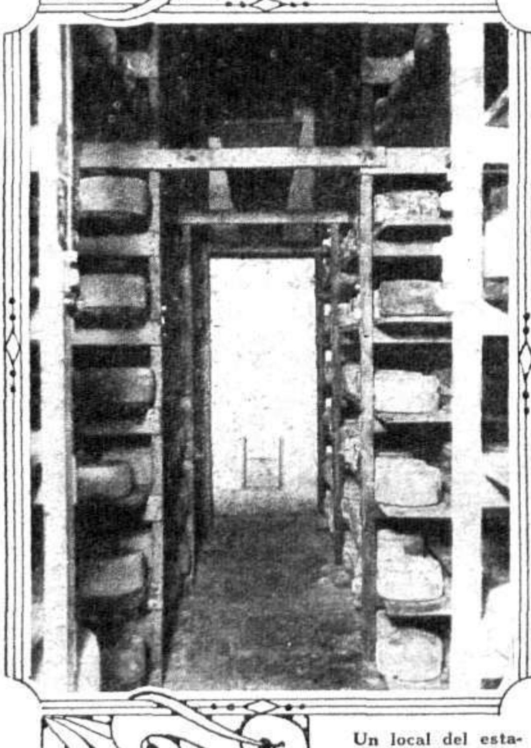
▼



Una vista general del lugar donde se fabrica el queso.

Establecimiento S. Adrián

Una vida llena de ,



Un local del establecimiento.

EN la crónica general que publicamos en este mismo número acerca de la maravillosa industria riocuartense hacemos un elogio justo de la rama dedicada a la lechería.

Pues bien, el establecimiento de que ahora vamos a ocuparnos constituye una ejemplaridad, que corrobora todo cuanto se afirmó en aquellas páginas.

Hace 36 años

Es decir, a finales del siglo pasado, cuando las energías industriales del país comenzaban un período de franca intensificación, sacando, como se dice vulgarmente, fuerzas de flaqueza, un hombre dotado de la clara visión que caracteriza a los "pioneers", de la iniciativa que crea nuevos recursos para un país, inició una obra eficaz.

Trabajo y honestidad

Mucho antes de emprender sus trabajos de quesería, el señor Núñez dedicóse al mestizaje de ganado, tarea que por aquel entonces presentaba serias dificultades.

Había necesidad de procurarse tipos vacunos de raza apta para un porcentaje mayor de producción de leche cremosa.

Arduo sería detallar las tentativas que pusieron a prueba la paciencia y la tesonería del animoso industrial.

Encuentra colaboradores

El primitivo establecimiento que el señor Núñez fundara había conseguido una producción de leche, cuya calidad rivalizaba con las mejores.

Primeramente supo crear un tipo de manteca que, por su finura se abrió paso en el mercado argentino. Después completó su idea, dedicándose a la fabricación de quesos.

Ya había sabido encontrar dos valiosos colaboradores: don Enrique C. Pérez y don Jorge Guerrero, con los que fundó "La Unión Argentina", sociedad productora de manteca, que pronto iba a convertirse en una de las más acreditadas queserías del departamento y del país. En medio de esas dos etapas se absorbió todo eso.

"La Unión Eúskara" y "La Unión Lezama"

Estos son los nombres de dos asociaciones de trabajo, formadas por el señor Núñez. Sus nombres, esencialmente vascos, testimonian la influencia de una raza que ha demostrado siempre nobleza y continuación del esfuerzo.



Instalación hidro-eléctrica en el dique.

de Casimiro Núñez

iniciativas y de labor

De aquel consorcio surgió la actual entidad, que ahora tiene un crédito, bien ganado en largos años de labor.

Se inicia

La firma Núñez y Cía. fué el título con que el distinguido industrial comenzó a elaborar sus productos queseros.

En aquélla época, era necesario buscar los tipos que mejor satisfacieran al consumidor.

La industria de la quesería, tradicional en europa, presenta grandes dificultades. Se trata de preparar un producto noble, que sea grato al paladar de los "gour" entendidos en el arte delicado de saborear el queso.

Existe una variante de quesería, producto neto de la Argentina, el llamado queso del Chubut. Numerosas marcas lo explotan, pero no siempre saben conservar lo que se llama la uniformidad del género. Unas veces presenta ciertos caracteres distintos, pues su fabricación tiene secretos, que sólo a fuerza de experiencia se logran descubrir y aplicar.

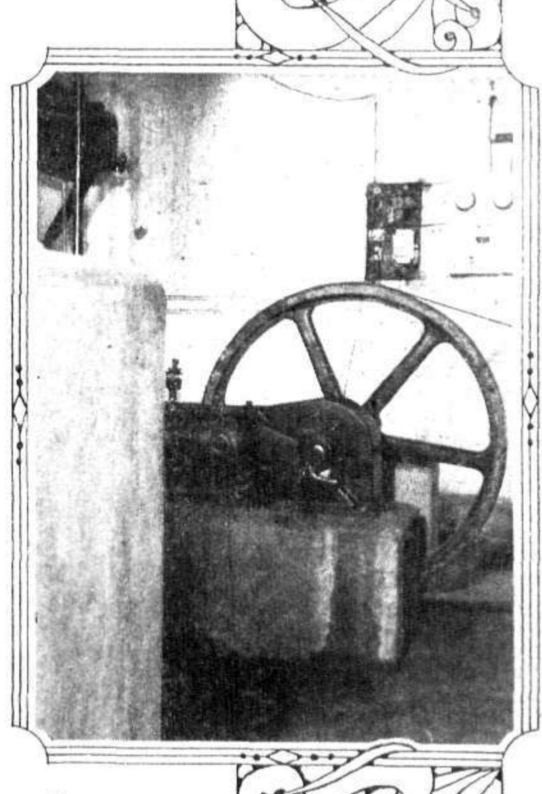
El Chubut logrado por el señor Núñez, merced a la pureza de la elaboración y al consiguiente estacionamiento de la mercadería, sin cuyas condiciones sólo se envían al mercado productos desiguales, es famoso en el país y se abrió paso en el extranjero. Otra variedad elegida por el señor Núñez es el queso Sbrin, famoso en Europa. Exige una preparación llena de cuidados.

El Sbrin del establecimiento San Adrían ha sido objeto de importantes demandas, y en la actualidad se consume en muchas regiones del Viejo Mundo.

La marca "Cremosano" se ha impuesto por sus calidades insuperables.

La cabaña

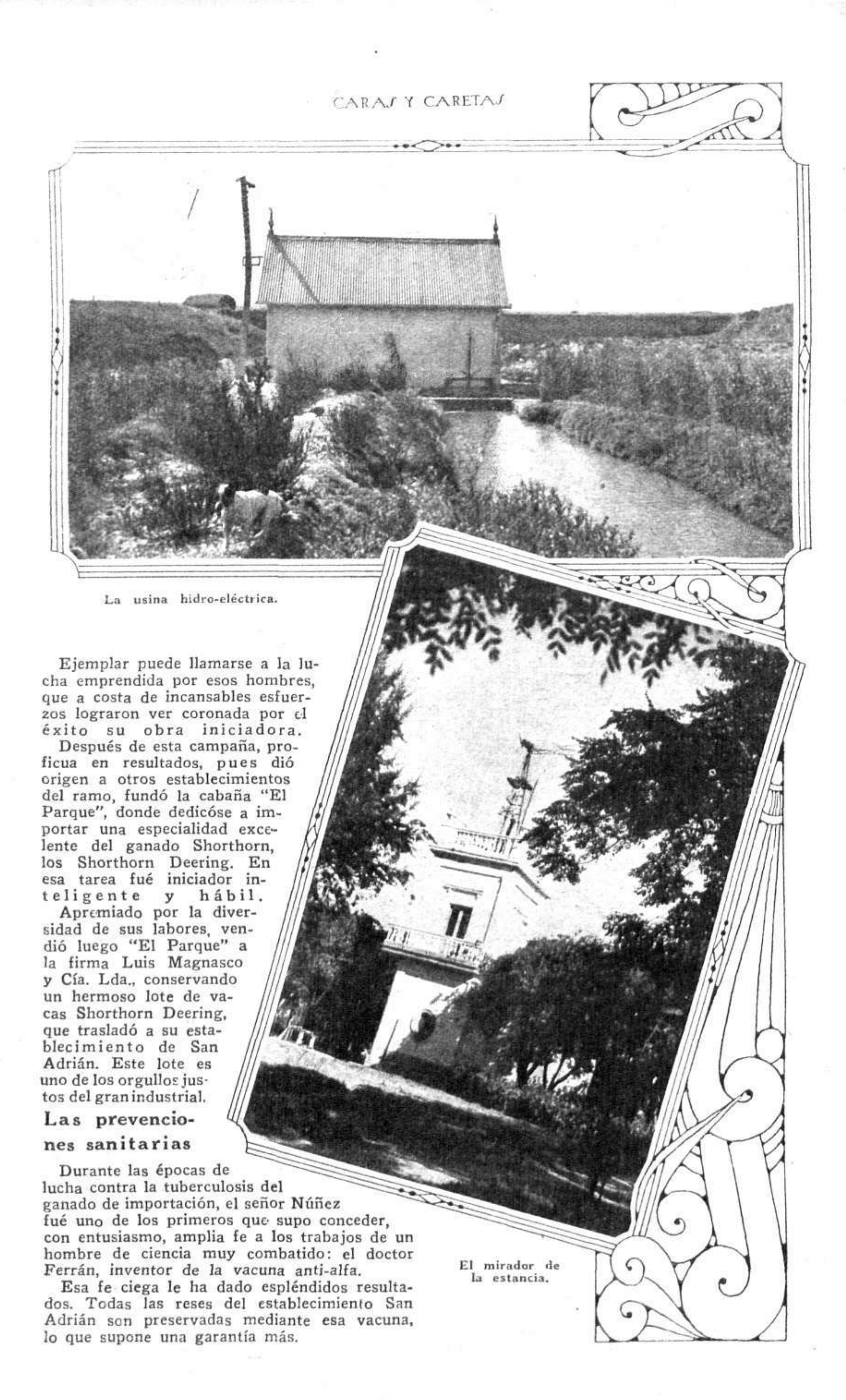
Estas actividades tienen siempre ramificaciones excelentes. Una de ellas es la venta de toros, vacas y vaquillonas de raza, especiales para la más perfecta producción de leche, en condiciones de ser transformada en quesos exquisitos.



El compresor.

La "Shorton Dayre" fué la que una larga experiencia en la materia adoptó el señor Núñez. Cantidad y calidad significa esa raza. Este "pioneer" de la industria lechera ha realizado grandes trabajos en el arte de importar reses perfectas.

Buscando la solución del problema, fundó hace años una sociedad anónima, "La Tandilera", de la que fué presidente, siendo ayudado en su cometido por los mejores industriales de la región de la cual es sucesora la firma de Luis Magnasco y Cía. Ltda.



La usina hidro-eléctrica.

Ejemplar puede llamarse a la lucha emprendida por esos hombres, que a costa de incansables esfuerzos lograron ver coronada por el éxito su obra iniciadora.

Después de esta campaña, proficua en resultados, pues dió origen a otros establecimientos del ramo, fundó la cabaña "El Parque", donde dedicóse a importar una especialidad excelente del ganado Shorthorn, los Shorthorn Deering. En esa tarea fué iniciador inteligente y hábil.

Apremiado por la diversidad de sus labores, vendió luego "El Parque" a la firma Luis Magnasco y Cía. Lda., conservando un hermoso lote de vacas Shorthorn Deering, que trasladó a su establecimiento de San Adrián. Este lote es uno de los orgullos justos del gran industrial.

Las prevenciones sanitarias

Durante las épocas de lucha contra la tuberculosis del ganado de importación, el señor Núñez fué uno de los primeros que supo conceder, con entusiasmo, amplia fe a los trabajos de un hombre de ciencia muy combatido: el doctor Ferrán, inventor de la vacuna anti-alfa.

Esa fe ciega le ha dado espléndidos resultados. Todas las reses del establecimiento San Adrián son preservadas mediante esa vacuna, lo que supone una garantía más.

El mirador de la estancia.



Taller de fabricación de quesos.

Proyectos

Las actividades del señor Núñez no han terminado con la victoria, tenazmente conseguida. Ahora realiza los experimentos conducentes a la creación de un tipo de quesería, que él ha bautizado con el nombre de "Tipo Grana".

Al mismo tiempo prosigue llevando la dirección personal de su vasto negocio, porque la práctica le enseñó que únicamente de esa manera laboriosa se consigue dar cima a todo esfuerzo.

Tal es la historia, compendiada, de un hombre de trabajo enérgico, que se ha distinguido entre los iniciadores de las industrias ganadera y lechera.

Sirvan estas líneas de información para el lector y de ejemplo, digno de ser imitado.

ENVIADO ESPECIAL

La turbina hidráulica.



"El Tuyutí", de Roger Fabre, en Las Higueras, Río Cuarto

ENTRE los importantes establecimientos ganaderos del próspero departamento de Río Cuarto, "El Tuyutí", del señor Roger Fabre, representa sin duda la más alta expreción de su progreso. "El Tuyutí" está organizado y dirigido de acuerdo con los modernos adelantos. Para la zona de Las Higueras es por cierto un orgullo poder contar con establecimientos de este género. El señor Roger Fabre dirige personalmente a su capacitado personal. Hemos tenido oportunidad, durante nuestra jira, de probar algunos de los productos que expende "El Tuyutí". El señor Roger Fabre ha tenido la gentileza de obsequiarnos con la sabrosa manteca de su elaboración, y asimismo hemos gustado de la rica crema y de la cremosa leche, cuyo sabor exquisito nos deleitó sobremanera. La industrialización de la leche ha llegado en estos tiempos al súmmum del perfeccionamiento; sus diversos derivados, crema, manteca, etc. que expenden las granjas principales del país, bien lo demuestran; pero hay algo imprescindible para este resultado: es la más estricta higiene observada en el humilde operario hasta en el simple envase que contiene el precioso líquido. Y esto es precisamente lo que distingue a "El Tuyutí". Con establecimientos de esta índole, que marcan un alto grado en la industria lechera, se obtiene la enorme clientela con que cuenta "El Tuyutí", y la cual afianza día a día el proceso ascendente de la casa, reconocido por todos.

Elogiar al señor Roger Fabre, exponer con precisión de detalles las diversas fases de su actividad laboriosa y hacer historia de su vida de industrial, en la cual ha volcado sus esfuerzos con un vigor realmente extraordinario, sería, por supuesto, ocioso; porque el señor Roger Fabre no ha menester del elogio ni demás halagos que estiman los que en verdad poco valen; pero sí conviene, a los efectos del justiciero aprecio comercial de que goza, consignar, aunque someramente, los perfiles sobresalientes de su personalidad de verdadero industrial, de poderoso elemento de progreso de la zona; y consignar esto, no es más que seguir el estricto espíritu de justicia que nos anima en nuestras jiras periodísticas a través del país. Ahí está, como confirmación indubitable de nuestras aserciones, el próspero establecimiento "El Tuyutí", cuyos productos representan — para decir con una frase de rigor — la flor y nata de la región.

Felicitamos al laborioso "pioneer" y le deseamos un porvenir próspero digno de los empeños que refuerzan su dinamismo de hombre moderno, hecho para el trabajo tesonero y fructífero.

ENVIADO ESPECIAL

La edificación en Río Cuarto



Banco de la Nación Argentina.

Edificio del Banco de Córdoba.

Banco Hipotecario Nacional.

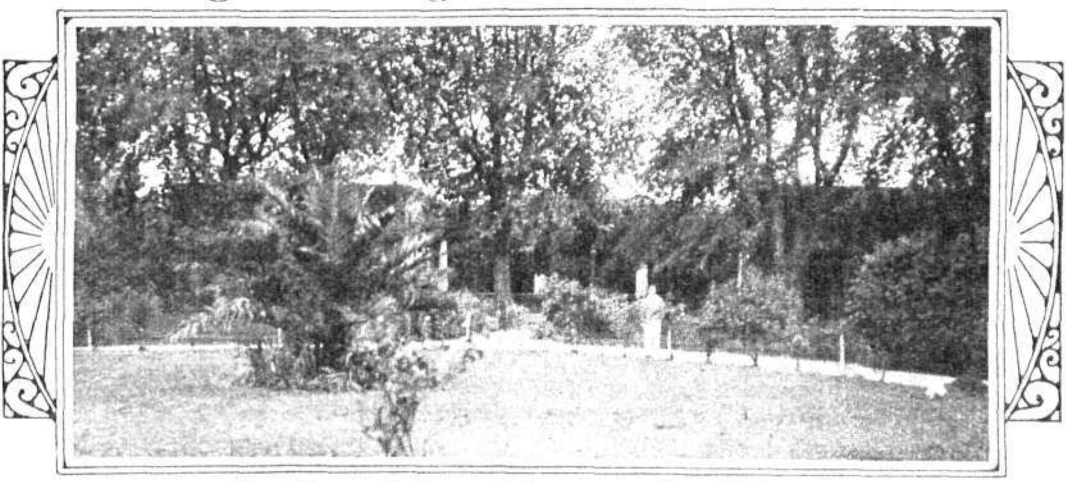
Frente del edificio de Correos y Telégrafos.

Estación del Ferrocarril Central Argentino.

El Mercado Municipal.

El Matadero, próximo a inaugurarse.

"La Igualdad", del señor C. Crawford Smith, es una estancia moderna que hace honor a la progresista región de Río Cuarto



Una vista parcial de uno de los parques del establecimiento.

La lucha contra la naturaleza es, quizás, la más ruda de las luchas que debe emprender el hombre. Y es indudable que ello se refleja en el carácter de las personas.

Pero no es esta la impresión que se recibe al conversar con el señor C. Crawford Smith, propietario de la magnífica estancia "La Igualdad", situada a seis leguas, más o menos, de la estación de Río Cuarto, sobre el camino a la ciudad de Córdoba.

El señor Crawford Smith es un cumplido caballero de trato suave, agradable y en cuya conversación puede adivinarse los fundamentos de una sólida cultura, expresada mediante amplias y progresistas ideas generales.

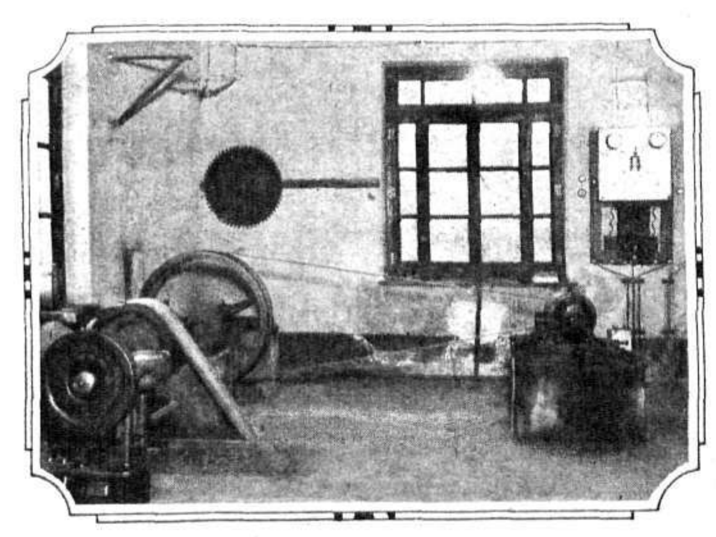
En 1927 el señor Crawford Smith adquirió el campo "La Igualdad" y en brevísimo tiempo ha logrado ponerlo en un plano de competencia con los mejores de la República.

Sus fértiles 1.200 hectáreas (bajo riego) se hallan magníficamente aprovechadas y allí no se sabe qué admirir más: si la excelencia de sus sitios de pastoreo, donde pacen haciendas finas por cruza, o sus maravillosas parcelas donde se hace agricultura de manera consciente.

Son ya conocidas sus crías de cerdos, los petisos de polo y la hacienda fina de "La Igualdad". Sus tropas forman estupendos lotes que brillan en cualquier rodeo.

Hermosas arboledas dan propicia sombra y valorizan el casco de la estancia. Como escondida entre el tupido y pintoresco follaje, se aparece la casa destinada a habitación de los señores Crawford Smith. Al penetrar en ella, se recibe una gratísima impresión de recogimiento, de paz, de verdadero hogar. Los dueños han hecho allí derroche de buen gusto y de exquisito refinamiento: nada falta a la comodidad hogareña y más que una casa de campo, aquella puede ser una casa de ciudad, de gran ciudad. Se nos revela así, por una simple inspección ocular de aquellos deliciosos rincones confortables y amigos, la cultura y el afable carácter de sus ocupantes. El señor Crawford Smith es un caballero tallado a la moderna, con una gran visión de los negocios camperos, y sobre todo con una gran confianza en la propia capacidad de organización. Porque la estancia "La Igualdad", a más de establecimiento moderno, puede ser citado en cualquier parte como modelo de organización. Los potreros cuidadosamente alambrados, las aguadas, sus armoniosos montes de resguardo, las parcelas destinadas a la agricultura y la usina propia que provee de fuerza motriz a todo el establecimiento, son otros tantos detalles de la organización perfecta que reina en el campo que nos ocupa.

En fin, el señor Crawford Smith, por sus desvelos, por sus esfuerzos, por su optimismo, es un verdadero "pioneer" del engrandecimiento del país.



Usina que da fuerza motriz y luz al establecimiento.

ENVIADO ESPECIAL

"EL SURCO" Sociedad Anónima de Seguros Generales, beneficia a toda la zona de Río Cuarto con la seriedad de sus operaciones y la confianza que se ha depositado en ella

Cómo nació "El Surco"

HE aquí a una institución de seguros generales que puede ser considerada como un fiel índice revelador del progreso alcanzado por Río Cuarto.

Su creación, debida a la empeñosa labor de vecinos del lugar, respondió a necesidades hondamente sentidas, nacidas del incesante desarrollo del comercio y de la industria riocuartense. Componen su directorio personas conocidas, cuya responsabilidad y honorabilidad nadie ignora, pues todas ellas han tenido y siguen teniendo una larga, proficua y brillante actuación pública en la misma zona donde se desarrollan los negocios de la entidad.

Política del seguro

Una sociedad de seguros es, en principio, una sociedad de protección al trabajo: el productor, el industrial, el comerciante se confía a ella para combatir el riesgo que, sin ser inherente al negocio o industria, siempre está suspendido sobre su cabeza como la famosa espada de Damocles, que pendía de un cabello.

La principal política, pues, de una sociedad de seguros debe dirigirse hacia la inspiración de una absoluta confianza en el ánimo de sus clientes o de sus posibles clientes. De esa manera, el productor trabaja tranquilo, con cierta independencia de ánimo y puede dedicar todo su poder de labor creadora al mejoramiento de su producción. El sabe que el seguro está allí, como ser poderoso, tutelar y avizor, pronto para espantar los fantasmas de posibles pérdidas o para reparar los perjuicios causados por hechos fortuitos y no humanamente previsibles. Está allí para respaldar su responsabilidad en las pérdidas y para asegurar las ganancias. Luego, toda sociedad de seguros debe ser considerada, sin lugar a dudas, como un factor de progreso, porque, precisamente, su acción es de seguridad, de confianza, de marcha adelante, de triunfo, de victoria.

El seguro en Río Cuarto

Esto fué lo que se propusieron crear los caballeros progresistas de Río Cuarto cuando se instituyó "El Surco". No hay para que decir que la flamante sociedad comenzó con todo éxito sus operaciones: la favorecía la confianza absoluta de sus clientes. Año tras año el volumen de sus operaciones fué en aumento y, ahora, la encontramos en plena prosperidad. Pero, es necesario recalcar que sus directores, sin perder de vista el objetivo comercial, no olvidaron jamás que la institución desempeñaba también una actividad moral, de ética social.

Influencia del seguro en los negocios

Fué así como bajo la sombra protectora que desplegaba "El Surco" en la sociedad riocuartense, el monto de los negocios de la zona fué aumentando, hubo más cohesión entre las fuerzas productoras y se hizo visible un afán de mejoramiento en la industria, triunfante en la actualidad con caracteres definitivos. Tales fenómenos fueron notables a primera vista y nadie puede desvincularlos caprichosamente de la marcha ascendente de la sociedad que nos ocupa: el progreso de "El Surco" y el progreso de Río Cuarto son dos hechos que se compenetran a tal punto que, puede decirse, uno es la causa y el otro el efecto.

Así lo han comprendido prestamente los pobladores de la zona, los cuales no han vacilado en confiar en los recursos de la sociedad cada vez que la ocasión se ha presentado.

Fundada a principios del año 1925, "El Surco" comenzó de inmediato a hacer sentir su influencia benéfica en las transacciones de la zona. Bien es verdad que por la sucesión de directorios que la han administrado han desfilado una serie de personalidades sólidamente prestigiadas, las cuales se preocuparon constantemente por imprimir un carácter de institución sólida a aquella naciente sociedad. Y los balances han hablado elocuentemente año por año.

La acción desplegada por "El Surco"

Podemos, pues, considerar a "El Surco", sociedad anónima de seguros generales, como a una institución modelo en su género, que puede, a justo título, marcar rumbos y señalar rutas a las similares del país.

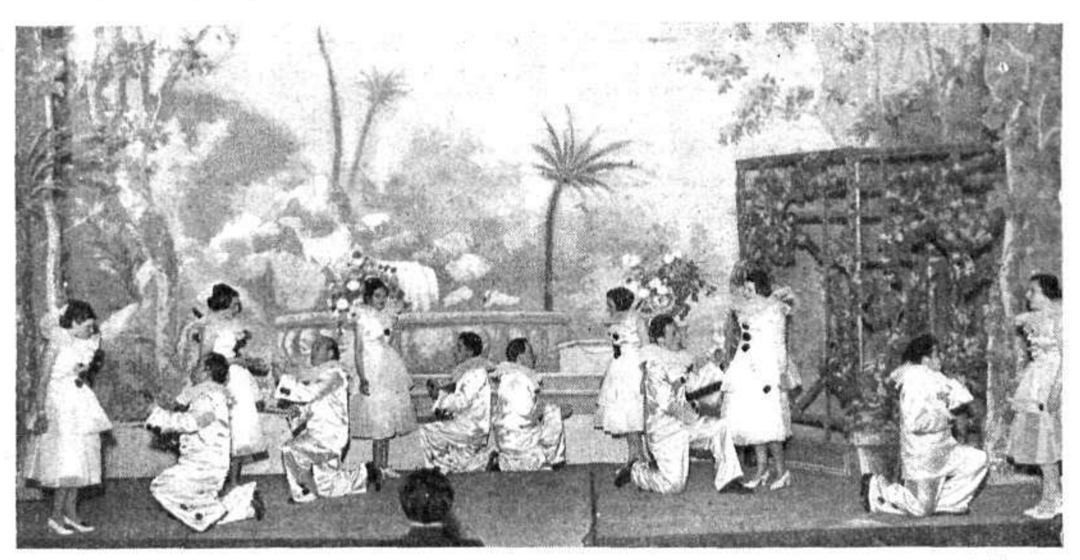
Y todo esto se ha creado en relativos pocos años de vida comercial, por lo cual el esfuerzo cumplido resulta más admirable. Ello nos permite vislumbrar un horizonte sumamente halagüeño para esta clase de actividades y nos demuestra palmariamente que la rectitud de procederes, la honestidad en todos los renglones y la buena fe en las transacciones, son cualidades que siempre llevan hacia la meta luminosa del triunfo.

Tal es, en breves líneas, la historia de la prestigiosa sociedad anónima de seguros generales "El Surco".

Como un merecido homenaje a los fundadores de esta institución nos complacemos en insertar en esta especie de crónica relámpago, los nombres de las personas que compusieron su primer directorio, anotando, de paso, que algunas de ellas, aun siguen figurando. Hela aquí: presidente, don Juan Luis Daguerre; vicepresidente, don Jaime Provensal (actual presidente); vocales: señores Carlos Kowalk, Virgilio S. Zunino (actual vice), Espíritu Gallo y Eduardo V. Jorba; suplentes: Adelo Berti y Rafael Cangiano. Síndico: Carlos Vismara. Síndico suplente: Angel Rotondi.

ENVIADO ESPECIAL

La afición teatral en Río Cuarto



En Río Cuarto se cultiva con éxito, entre un selecto grupo de aficionados, el arte teatral. He aquí un cuadro, cuyo notable conjunto conquistó nutridos aplausos.



"La Estratosfera" se denomina este caudro, que, como el anterior, mereció el elogioso comentario del público espectador.

Escuela de Artes y Oficios de Río Cuarto



El director con el personal docente del establecimiento.



Alumnos de la escuela practicando en el taller de carpintería.

Casa Blank de Río Cuarto



LA casa Blank se ha establecido hace dieciocho años. Es una antigua y acreditada mueblería y librería anexa, atendida directamente por su propietario, a quien secunda un personal competente y diligente. La seriedad de la firma ha ganado en toda la zona una justísima fama por la corrección de sus procederes y por la calidad insuperable de sus muebles, en cuya construcción se afanan empeñosamente operarios y dirigente. Otra de las condiciones de este importante negocio es la modicidad de sus precios. La casa Blank desde sus principios se ha impuesto entre los establecimientos de primera fila. — ENVIADO ESPECIAL.

El "Aero Club Río Cuarto" es una institución progresista que puede servir de modelo

EL día dos de noviembre de 1932, un grupo de entusiastas aficionados a la aviación, fundaba en Río Cuarto una sociedad con el nombre de "Aero Club Río Cuarto", la cual, merced al empuje de los primeros dirigentes, pronto surgió con enormes bríos para colocarse en poco tiempo en un mismo plano de igualdad con las similares de la República.



Una vista del parque del Aero Club.

En tan corto espacio de tiempo, la escuela de pilotaje, bajo la dirección del experto piloto señor Fernando Baldacci, produjo once pilotos recibidos con patente nacional de la categoría A. Estos pilotos son los señores: Alvaro Alzogaray, Pedro C. Bonino, Aldo A. Boretti, Guillermo O. Barbieri, José de la Torre, Mario Lacase, Bernardo P. Lacase, Jorge A. Ottinetti, Roberto C. Ripamonti, Hugo Storani y Roberto E. Yoder. En la actualidad, nueve alumnos más se preparan para rendir sus pruebas de competencia.

La escuela comenzó con un avión Waco, matrícula 242, equipado con motor Kinner 125; y al presente posee otro avión Waco, matrícula 247, con motor Warner 125 y un Moth, matrícula 156, motor Gipsy, propiedad este último de uno de sus pilotos, el señor Aldo Boretti.

La actividad aérea desplegada por la institución es tal, que sólo la similar de Rosario la aventaja en el interior del país. Tales son los datos que puede consultarse en la estadística publicada en su oportunidad por la Dirección General de Aeronáutica Civil, correspondiente al segundo trimestre de 1934.



El piloto Biondi acompañado del señor Ottinetti.

Las instalaciones se levantan en los alrededores de Río Cuarto y la suma invertida en ellas ($ 50.000) dará una idea bastante aproximada de su importancia y de su contribución al adelanto y progreso de la zona. A la pista de aterrizaje, hangar, jardines, etc., pronto se añadirá una magnífica pileta de natación y un moderno parque para ejercicios físicos, destinados al uso de las familias de los asociados.

Nos place dejar constancia en esta breve nota de la composición de la actual comisión directiva, la que no ha omitido sacrificio con tal de colocar a la institución a la cabeza de las mejores del país. Héla aquí: Roberto C. Ripamonti, presidente; doctor León S. Bonino, vicepresidente; Jorge A. Ottinetti, secretario; Fred del Castillo, prosecretario; Julio Alberto Pacheco, tesorero; Ernesto J. Will, protesorero; doctor Miguel A. Zavala Ortiz, doctor José M. Alonso, Roger L. Fabre, Bernardo P. Lacase, Guy Dempster Wright, Pedro C. Bonino, ingeniero José María Moyano y Serafín Insúa, vocales.



Un grupo de pilotos.

ENVIADO ESPECIAL



Edificio del club, sobre el mismo campo.

Río Cuarto Golf Club

Comisión de damas integrada por distinguidas socias.

Doctor Vicente F. Conti, señor Juan A. Murray, y doctores M. A. Rodríguez y Ernesto Alvarez.



Las dos mejores jugadoras: señoras Hilda J. de Murray y Julia A. de Alvarez.

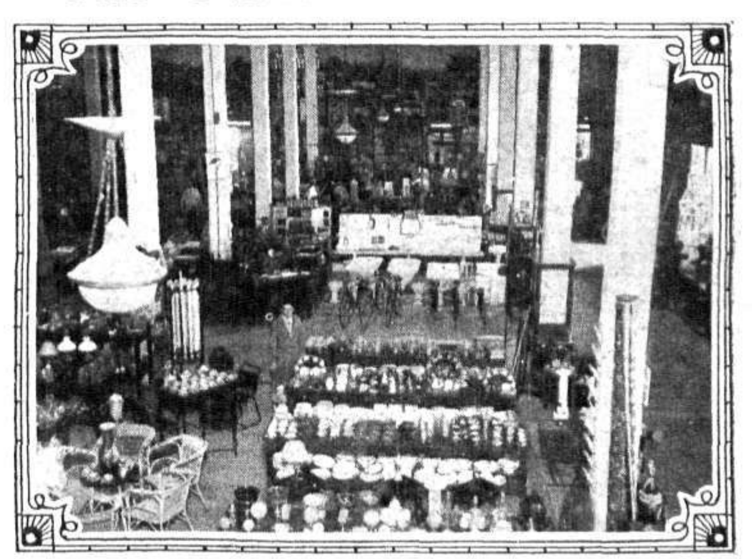


Los principales jugadores durante un descanso.

Don Juan A. Murray, presidente del club.

La casa Cayetano Ripamonti Ltda. S. A. de Río Cuarto

Río Cuarto tiene en la casa de ramos generales Cayetano Ripamonti Ltda. S. A. una de las expresiones más genuinas de su comercio. Es en efecto una de aquellas firmas que ha sabido afianzar de manera rotunda desde sus principios una sólida posición económica, convirtiéndose con el correr del tiempo en una cabal manifestación del progreso general de la zona, cuya riqueza agrícola y ganadera representa. Fundada por don Cayetano Ripamonti en la ciudad de Esperanza, provincia de Santa Fe, *el año 1862*, ha ido paulatinamente ampliando el campo de sus operaciones, luchando tenazmente con diversos factores adversos, venciendo siempre, hasta llegar a lo presente, refundida en la actual prestigiosa firma Cayetano Ripamonti Lta. S. A., cuyo directorio preside el prestigioso hombre de negocios señor Roberto C. Ripamonti, conceptuado por su capacidad dirigente en el ramo que explota un verdadero "pioneer"; asimismo en el acrecentamiento de la colonización, los Ripamonti fueron los primeros que la impulsaron. El director-gerente de la casa es don Hugo Storani, persona vastamente capacitada que dirige con acierto al numeroso personal a sus órdenes. En resumen: una casa que hace honor a Río Cuarto.



Vista interior de uno de los salones de venta de la casa Ripamonti, donde se puede apreciar la variedad de artículos que exhibe.

ENVIADO ESPECIAL

Hermosas tierras de La Rioja

Mis montañas". Y eran suyas por derecho de conquista piadosa, muy suyas.

El pensador había nacido en ellas, y, como devoto hijo, devolvió vida por vida. Que no otro regalo retributivo supone la tarea de darles nacimiento literario.

La provincia de "Mis montañas" tenía renombre en la historia nacional. Valioso fué el aporte de sus hijos, escudados en los recovecos de la sierra, a la causa de la libertad argentina. Pero ninguno había logrado refirmar la fama del terruño mediante la pintura de los paisajes y la descripción de los hombres y de los usos y costumbres. La tarea estaba reservada al latifundista literario mayor de las sierras riojanas. Pero no sólo en ese libro de exaltación vibra el cariño patriota de Joaquín V. González. Hasta en los debates parlamentarios sobre áridas cuestiones de minería, demuestra sus ardores cariñosos. "Por razón de mi nacimiento — dice — y de mi profesión, me he vinculado desde muy joven a las cuestiones mineras. El pueblo donde yo he nacido es el pueblo minero por excelencia de la República; se encuentra al pie del mineral más grande, quizá, que exista en la América del Sur, famoso por sus enormes depósitos de metal y minerales de toda especie, y por lo antiguo de las explotaciones que allí han tenido lugar desde una época anterior a la conquista española".

Una de las puertas de acceso a la quinta de Piedras Blancas, en Chilecito (La Rioja), retiro favorito de Joaquín V. González.

La plata, en el lujo criollo



PROPONEMOS a los que buscan para sus nenes nombres retumbantes y de gran significado: Argantonio.

Fué Argantonio un tartesio, de Cádiz, según se afirma, que estaba podrido de plata; del metal plata y no de dinero, se entiende. Podía competir con el personaje del "Fausto" criollo.

Vivió ciento cincuenta años, hace miles de años. Era generoso y monarca.

Los fenicios que iban a los puertos tartesios a engañar a los naturales, vendiéndoles chafalonía por mucha plata, se llenaban de lo lindo. Baste decir, que sus barcos llegaron a tener "hasta de plata las anclas".

¿No es verdad que el nombre Argantonio figuraría bastante bien al lado de los Bismark, Edison y otros tan lindazos? ¡Y qué nombre para una ciudad o villa!

Este chorro de erudición "barattieri" viene al caso, porque explica los orígenes remotísimos de la afición que el criollaje le tiene a la plata-plata.

Es indudable, que el argentino prefiere los argentinos amonedados — si existen — cuando de negocios se trate. Pero si el criollo quiere empilcharse, busca el metal de sus predilecciones.

Los cintos paisanos, rellenos por fuera de argentinas moneditas y de billetes por dentro, han conseguido retirarlas de la circulación.

Las que no están allí fueron fundidas y batidas por los plateros para convertirlas en adornos de cabezadas, monturas, pretales, taleros, etc.

Las rodajas de las nazarenas se afirman sobre el lindo metal labrado; en él se envainan los facones; de plata son las empuñaduras; sirve para sorber el cimarrón y contener la cebadura; además de otras mil aplicaciones, que sería ímprobo detallar.

Lo que sí es necesario decir y sostener, es que el criollo es loco por la plata, aunque nade en oro.

Todo lo áureo le parece un abuso de ostentación. No digamos que en el bolsillo le guste llevar un buen reloj de oro, ni que mezquine a su "prienda" anillos, pendientes u otras áureas joyas; mas si se trata de adornarse y adornar a su mejor amigo, el flete, la plata, sólo la plata — acaso con unos leves destellos dorados, — corre con los gastos.

No hemos visto algún criollo capaz de lucir prendas donde el metal amarillo luzca su tentadora presencia, y si lo viéramos le quitaríamos el nombre de gaucho.



La madrina de mi amigo

POR BOY

EL verano pasado juntamos algunos pesos y decidimos venirnos a Montevideo. En el tren, cuando empezamos a ver las chimeneas de la capital, mi amigo Adolfo me dijo:

—En cuanto me compre el traje, voy a hacerle una visita a mi madrina. Te invito a que me acompañes.

Yo tenía poco que hacer, pero le contesté evasivamente porque aquella invitación, la verdad, no me seducía gran cosa. Siempre resulta molesto eso de ir de acompañante a una casa de familia a la que no se conoce y en la que uno no sabe cómo caerá. Mi resistencia aumentó al oírle decir a mi amigo que hacía más de quince años que no veía a su madrina. Ni siquiera sabía, a ciencia cierta, dónde se hallaba su casa. Pero mi amigo agregó:

—Creo recordar el paraje. Buscando, la encontraremos.

—¿Y qué voy a hacer allí?

—A lo mejor, lo pasamos bien. Mi madrina hace un dulce de leche que es una maravilla. Además, viven con ella dos sobrinas, ya mocitas, que se pasan la vida bailando. En la casa tendrán radio seguramente. Matearemos, chalaremos, bailaremos. Hasta es probable que tengamos compañeras para el cine los días que estemos en Montevideo.

Esta última perspectiva acabó por ablandarme y finalmente accedí al deseo de mi amigo. Accedí, puedo jurarlo, porque la otra perspectiva, la perspectiva de lo que luego nos brindó la realidad tangible, se hallaba fuera de las fronteras de todas mis previsiones inmediatas.

SIEMPRE fuí pobre de imaginación; pero aunque hubiera sido un Dante nunca me habría figurado el trabajo de enanos que nos costó el dar con aquella casa que mi amigo creía situada en un barrio apartado, confuso, a medio formar, en el que alternaban pequeñas quintas con barracas de cueros vacunos y modestos talleres industriales. Mi amigo estaba hecho un lío porque quince años atrás, cuando había visitado a su madrina, el barrio tenía un aspecto muy diferente y ahora todo lo encontraba como salido de quicio. Si hubiéramos sido perros no nos habría extrañado el ver que ya caminábamos con toda la lengua fuera. Finalmente, parados por cuarta vez junto a un poste de una esquina, mi amigo ubicó la casa tras el siguiente razonamiento:

—Aquí había una fondita. Allí había

un rancho de lata de una sociedad recreativa. Al lado estaba un herrero que componía carricoches. Ahí enfrente había un solar que aprovechaba una lavandera. Bueno. La casa de mi madrina tiene que ser esa casa que está junto al boliche de la esquina. Le han abierto dos ventana, pero no me cabe duda. Vamos a ver.

Atravesamos la calle, dimos con un portoncito que parecía emboscado bajo una carga de madreselvas y mi amigo tiró de un cordón que hizo sonar una campanilla. Oímos unas chancletas. Abrió una negra risueña, joven, feliz, que andaba cebando mate. Mi amigo le preguntó:

— ¿Vive aquí el coronel Cabra?

A la negra le dió risa el apellido y contestó tapándose la boca:

— No; no, señor.

— ¿Usted no podría decirnos si vive por este barrio?

— No; no, señor.

— Y en esta casa, ¿no habrá alguien que lo sepa?

— Tal vez haiga. Voy a ver.

La negrita corrió adentro y luego reapareció en compañía de una señora que salió al portoncito diciendo:

— Esa familia del coronel Cabra vivió aquí antes que nosotros, pero hace algunos años que se mudó de esta casa; ahora vive, según creo, por la Unión o por Maroñas.

— ¡Casi nada! — repuso mi amigo. — Al otro extremo de la ciudad

— Eso es; sí, señor: al otro extremo.

— ¿Y no podrá usted darnos algún dato conducente más preciso?

— Otro dato, no, señor; pero en la Unión, como usted sabrá, hay un cuartel del Ejército. Yo preguntaría allí. Como se trata de un coronel, puede ser que sepan algo.

— ¡Ah, muy bien! — dijo mi amigo, que acababa de descubrir en la señora un excelente sentido de orientación, y en seguida me propuso ir a dar con un vehículo que nos llevase a la Unión.

•

Yo acepté a regañadientes porque preví lo que pasaría y fué lo que sucedió: que en el cuartel de la Unión no logramos saber nada. En cambio, dentro del barrio, preguntando aquí y allá, dimos con una botica donde tuvimos la suerte de que nos dijesen algo que si decididamente vino a dejarnos peor de lo que estábamos no fué por falta de información sino porque el farmacéutico nos aseguró que la familia del coronel Cabra había sido habitante de aquel barrio durante más de dos años, pero que últimamente se había mudado a otro punto.

— Ahora — dijo el boticario, — creo que vive por el Cerro.

— ¿Al otro extremo de la ciudad?

— Justamente; sí, señor.

Yo me dije saliendo de allí:

— Llegamos a un punto muerto.

Pero mi amigo permaneció dentro y al rato salió a la calle con nuevos bríos.

— Bueno — exclamó. — Ahora ya no dirás que son mis cosas. Tengo la pista segura para dar con mi madrina.

Era el caso de plantarse y me planté.

— Yo no sigo. Yo me planto. Cuando encuentres la casa me lo avisas y entonces iré contigo. Ahora me marcho al hotel.

Mi amigo no arguyó nada, pero me demostró su voluntad de hierro. Aquella misma noche, cuando volvimos a vernos en el hotel, sacó un apunte donde llevaba la auténtica dirección de su madrina. Se la habían proporcionado en el Estado Mayor. Tampoco era en el Cerro, como decía el boticario; era en el barrio de Villa Dolores.

— Además, he sabido otras cosas — agregó para animarme. — Las sobrinas no son dos, sino tres: Pepita, Juanita y Rosita. Tres encantos de muchachas a la moderna. La mayor está ennoviada con un teniente. Conseguiremos invitación para los bailes del Centro Militar. Se baila el sábado y el domingo.

Fuimos a Villa Dolores en el atardecer del día siguiente. La casa tenía en el frente un jardincito criollo resguardado por una empalizada de color verde. Había una galería con techo de media agua, vidrieras de colores y macetas de helechos colgantes. Cuando llamamos desde la calle, se oyó el ladrido de un enorme perro y en seguida la voz de una mujer que le gritaba:

— ¡Cucha, Sultán!

Al oír esta voz, nos preguntamos:

— ¿Será Pepita?

— ¿Será Juanita?

— ¿Será Rosita?

Por las trazas, fué la sirvienta quien apareció; pero de todas maneras nos pareció confortable la sensación de alivio que experimentamos al saber que allí vivía el ronel Cabra y que su esposa, doña Catalina, se encontraba siempre en casa. Mi amigo dió su tarjeta a la sirvienta y ésta nos hizo pasar a una especie de cuarto de

armas por cuyas paredes colgaban espadones viejos y ampliaciones fotográficas de militares del siglo pasado que ostentaban charreteras y barba larga de melodrama. Allí esperamos un rato, vagamente cohibidos, hasta que de pronto se abrió una puerta y apareció un personaje que nos hizo decir a los dos, simultáneamente:

— El coronel.

Era un hombre del año 70, alto y seco, también con barba caprina, como los militares de los retratos, y que además fumaba en una de esas boquillas de pata de gallina que figuran entre los atributos específicos de los coroneles uruguayos del siglo XIX. Poco grato su talante. Plantado junto a la puerta, nos miró de arriba abajo y expresó:

— La señora está ocupada. ¿Qué desean?

Mi amigo titubeó para decir:

— Usted es el coronel Cabra, ¿verdad?

— Así parece. ¿Por qué?

— Porque tengo mucho gusto en conocerlo. Yo soy Adolfo Pirón, el ahijado de doña Catalina. Seguramente que alguna vez le habrá hablado de mí.

— ¿De Pirón? Nunca me ha hablado.

— Es extraño, coronel. Yo soy de los Pirones de Tacuarembó. Mi padre tenía una tienda y la esposa de usted fué mi madrina.

— En los pueblos de campaña pasa eso.

— Sí, señor. He llegado de allá con este amigo y he querido venir a visitarla. Hace ya algunos años que no la veo.

— Pues ahora tampoco podrá verla.

— Ah, ¿no?

— Insisto en que está ocupada.

Yo intervine aquí diciendo:

— Entonces volveremos otro día.

Pero mi amigo añadió:

— Según. Si se trata de esperar, esperaremos lo que se quiera. Tenemos tiempo de sobra.

Y subrayó estas palabras — con un valor que me pareció inaudito — deslizando la mirada por las sillas que teníamos en torno y que el coronel se resistía a ofrecernos. Solo que el requerimiento vino a quedar desplazado porque en aquel instante se oyeron pasos que venían de adentro y por la espalda del coronel surgió repentinamente la madrina de mi amigo: una señora baja y corpulenta, de nariz arremangada y aire decidido, que se nos presentaba interrogando:

— ¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¿Qué quieren?

Mi amigo tuvo el impulso de avanzar, pero la rigidez de la señora lo contuvo como un cerco de alambre de púas. Sobrevino una pausa violenta, jadeante, endemoniada, en que la madrina miraba al ahijado como algo caído de la luna y el ahijado sonreía y dejaba de sonreír dando vueltas al sombrero entre las manos. Al cabo, rompió mi amigo:

— ¿No cae usted? Yo soy Adolfo Pirón, de los Pirones de Tacuarembó. Mi padre tenía la tienda a la vuelta de la casa donde vivían ustedes.

— ¿En Tacuarembó?

— En Tacuarembó. Nuestra casa y la de ustedes se comunicaban por los fondos; justamente, por el gallinero. Usted criaba canarios y cardenales. Un día se los comió el gato de la mujer del alcalde.

La señora no pudo negar que se acordaba de aquel suceso. Entonces dijo:

— A don Pedro Pirón lo conocí; pero hace ya muchos años, y además estoy segura de que antes de venirme a Montevideo le pagué la última cuenta que debíamos en su tienda.

Al oír esto, mi amigo se puso rojo y apresuróse a manifestar:

— ¡Oh, no, doña Catalina! Yo no vengo con ningún encargo incómodo. Simplemente he venido a visitarla por ser usted mi madrina.

— ¿Su madrina yo? ¿De cuándo?

— De cuando me bautizaron. Yo soy Adolfo, Adolfito, el octavo de los hijos de don Pedro. A este amigo le venía hablando de aquel dulce de leche que usted hacía.

— Sí, señora — dije yo.

La señora en este punto se fijó en mí, me observó de arriba abajo y no sé qué me encontró que le respondió a mi amigo resueltamente:

— Usted dirá lo que quiera, pero yo no lo recuerdo. No lo conozco. No tengo idea.

A lo cual agregó el coronel, esgrimiendo un ademán de tiro rápido:

— De manera que ya pueden marcharse. Y no insistan en el cuento porque debo advertirles una cosa: que la comisaría de la sección la tenemos ahí enfrente.

Siguió un silencio absoluto, lapidario, sepulcral. Sólo se oyó el portazo con que cerró el coronel y los ladridos del perro que se agitaba en el fondo. Al llegar a la esquina nos paramos y nos quedamos mirándonos. Nos miramos nada más.



DIBUJO DE CABALLÉ

ESTAMPAS SANJUANINAS

Por Julio Maestre Wilkinson

Ay juna! ¡Si hablaran los patios de las casas viejas! Allí las botas de los bailarines hacían estremecer el piso a taconazo limpio. Allí "lambían" el suelo las "lloronas" al son de los "rajidos". ¿Y las tonadas? ¡Esas tonadas!...

Cantaron una tonada
las hijas del taita Pancho
y los gauchos por oírla
voltiaron la puerta del rancho.

Varios días hace que se viene preparando la "farra". Hay abundante vino, mucho comestible, y, por las dudas... colchones...

Llegó el "mocito" y con él la "celebración"...

La gente "madura" aprovecha hábilmente de su autoridad para alejar del "santo" a la "mozada" joven que temen se luzca a costa de su estado de decadencia. Ninguna muchacha de dieciocho años puede lucir allí sus habilidades de bailarina. Eso es "propiedad" de las "viejas veteranas". Los "chinitos" protestan:

Allá va la bala
por el callejón
corriendo a las viejas
con un "barejón".

Y las viejas replican:

Más vale querer a un viejo
porque ésos saben de amor
y no querer a un mocito
que anda como el picaflor.

En grupo se acercaron algunos gauchitos a una celosa "mamita" pidiéndole dejara tomar parte en el baile a sus hijas. La vieja contestó así:

Los loros me hace el trato;
yo digo que es embajada
pa comerse el "mai"
y dejar las cañas peladas...

Pero los mozos no habrían de "quedarse en un quedando". Así, "porque sí nomas". Y empiezan a hacer oír sus "tonadas" amorosas a las niñas:

Tengo de formar batalla
en una guerra civil
y aunque me opongan muralla
a donde estás he de ir.
Al fin del mundo que vayas
yo me tengo que ir contigo
porque yendo en tu compañía
llevo la gloria conmigo.
La luz de por la mañana
no me sirve ni me alumbra
porque yendo en tu compañía
no quiero más sol ni luna...

La "farra" empieza a cobrar animación. Hoy los viejos se les ha "calentado las tabas". La "gente moza, sin temor alguno ya, dice sus requiebros amorosos a viva voz. Las "maduras", es decir, las viejas de cuarenta a cincuenta años, hacen sonar con sus "chancletas" el piso al son de una cueca. Las de cincuenta para arriba se entretienen en "sacarle el cuero" a los que están presentes y a los que no han venido al "convite". En cuanto a los viejos que "tempranito nomás" se dieron a "calentar el pico", empiezan a llorar una perdida pasión amorosa. Y mientras se consuelan con "el vinito", dicen su manera de pensar en verso:

En el mes de primavera
me puse a pensar un día
en cortar unos adobes
pa poner la pulpería.
Ya me llega el lunes
y ya me pasa el día
no tengo ni los adobes
ni tampoco la medida
pa poner la pulpería...

Así transcurrirá una semana de vida por lo menos. Más tarde las parejas de "mozada joven" empezarán a correrse hacia las viñas, los que no así, a los cercanos montes. Mientras, las viejas se alejarán hasta las enramadas próximas...

San Josesito es el pagre 'e los pobres

El misticismo poético de los ritos religiosos que en las gentes de algunos parajes sanjuaninos subsiste aún hoy, es la consecuencia de los valores prácticos imposibilitados de acción por el centralismo absorbente de la Capital Federal.

En el tradicional del tipo representativo del sentir sanjuanino puro, que habita en la zona norte, en el sitio denominado Jachal y distritos adyacentes, se guarece, en los presentes momentos, un alma llena de religiosidad. Es así como, y cito ésta por ser una de las que tienen más honda raigambre en el alma popular, continúanse celebrando, ceremonias tan interesantes como la de San José, que de por sí daría tema para un profundo y dilecto estudio filosófico y religioso.

Una semana antes de la conmemoración del san-

to se inician las oraciones. La caravana de creyentes que a la iglesia llegan, la forman centenares de cientos de personas. Y allí, bajo las bóvedas de la iglesia humilde y tranquila que, como baluarte de la conquista cultural de España, se mantiene en pie con la solemnidad infantil e ingenua de las formas arquitectónicas coloniales, los fieles elevan sus plegarias al cielo pidiendo felicidad en la tierra...

Por fin llega el día de devoción y regocijo místico. Son las cinco de la tarde. La procesión se inicia. Ejemplares resignados de las razas vencidas, cargan sobre sus hombros la imagen del santo mientras los niños y las mujeres empuñan estandartes, imágenes y velas de las diversas cofradías.

Hay en estos ritos, en los que participan con entusiasmo desconocido todas las poblaciones de los alrededores, una mezcla pintoresca y sugestiva de hábitos y ritos paganos y católicos.

A los grupos de las parroquias cercanas las presiden las imágines de los santos y santas Patronos. Cada parroquia es un coro, y la multitud, una polifónica inmensa que echa a volar en el aire caliente, canciones encantadoramente ingenuas, que se perfuman de primitivismo en las notas de una música prestigiosamente secular. Ahí va un grupo de hombres y mujeres. Ellas, de talle largo y cabeza ergida, tocadas con pañuelos de color negro en su mayoría; éllos, de fornido cuerpo, facie tosca y requemada de viento salitroso. Van cantando una tonada de tiempos lejanos, que se concentra en un "ritornello" monótono, pleno de majestad, evocador...

El desfile de la caravana es alucinante. Es un "resurrexit" de los cortejos de creyentes del medioevo. Es el paso de los que sienten el corazón inflamado por la fe y que acuden a la busca del milagro. Las caras reflejan vibraciones espirituales insospechables. Es la vida de los que viven una fe ingenua y primitiva.

Cuando San José entra, de regreso, en el templo, el aire del vasto calvero se llena de músicas y cantos. Arrodilladas, con los rostros rojos de calor y los ojos encendidos de ansiedad, los bustos palpitantes y las manos nerviosas, las mozas rezan temblorosos los labios, el conjuro lejendario:

San Josesito,
buen compañero,
quiera que no quiera,
pal año que viene
yo no quiero ser soltera...

Y de los labios esperanzados, unos a fuer de amar, otros a fuer de sufrir, brotan a borbotones expresiones como estas:

—¡San Josesito!... pagre e los pobres, ando enfermo y corrido mesmo que perro sarnoso... quero que me curís...

—¡San Josesito!, vos que sos güenito, vos quiaís sufrí y sabís que es hambre y dolor... llenen los pozos, se rieguen los montes y venga. ¡Ayudanos por favor! Hacé que llueva pa que se mucha agua por el río... Te vamos a prender velas y a poner flores...

—Mi mamá está enferma y yo no quiero que se muera. ¡San Josesito!, hacé que se cure! Te güa querer más, te güa poner más flores y te güa prender más velas...

Y la "chinita" enamorada también hace su pedido a San José.

—¡San Josesito!, que nu'haiga tormenta en la Cordillera pa que hací mi amor, mi novio, pueda cruzar bien los animales y venderlos a buen precio en Chile, y así podamos casarnos a la güelta... viá rezarte todos los días, aquí en la capilla, y a ponerte flores que yo corte y velas que yo compre...

Y así todos los años...

Vida de vill[a]

ALDEA: sol y árboles, agua y viñedos. Remotas campanas — canciones aldeanas — saludan al sol.

Por los callejones trajinan los carros melodías de candombe Huarpe.

Blancos espejos de nieve, a lo lejos, señalan los cerros. En los verdes valles, dorados becerros, rumor de madrinas, risas halagüeñas, ravel de tropel pastoril.

Bajo una enramada, un niño, demanda, de un viejo consejo. Allá, en la huerta, sobre tinas, inclinadas unas, delante de bateas, de pie otras, mujeres — semáforos que taladran prietos y vivificante la noche siempre angustiosa y torturante que es la vida de los hombres — cantan, juegan, ríen, y, sobre todo lo que antecede, tejen, en la rueca de los comentarios, historias de amor, traición y muerte, sobre la existencia de la vecina nueva...

Mediodía. El cielo, los cerros, las sierras y las cuchillas de las quebradas son amarillas.

Bajo las parras, entre las melgas de cepas, se tienden los mesones, y de sobre ellos afluyen al ambiente, anudados en un moño de rica exquisitez, los olores de numitas, el locro con charqui, la mazamorra y el mosto de la chicha de uvas...

Siesta: canales y acequias: muchachos. Aire inmóvil. Cuerda tendida duramente que llena de zumbidos el ambiente: abejas, avispas y moscardones.

En los cuarteles de los viñedos el tac, tic, tac, matemático e isócrono de las tijeras que van desgajando de racimos las parras, es roto por el ruido tenso de besos que obtienen por respuesta cachetadas — cuando no otro beso más ardiente y pleno de deseos — que los chinitos más audaces de las más guapas cuadrillas, colocan, en los rostros siempre rosados, de las chinitas también cosechadoras que pasan con su lata o canasto a llenas canecas. Llega la tarde... Trinos de pájaros enlaza los caminos... El cielo es rojo. Las sierras, el valle y las cuchillas de las quebradas son también rojas. El sol — guarapa de la noche — escóndese en una fuga temerosa, absurda, sin sentido, entre los puntos más altos de los farallones de piedra. Todo es canto y vuelo, y con ello, el cristal del cielo palpita de amor.

Crepúsculo... por entre los marcos de las ventanas y puertas entornadas, temblorosas luces de velas, tachos a carburo y lámparas de querosén, se trepan a las ramas de los álamos y eucaliptos de las callejuelas a platicar con la luna, que sonríe, y las estrellas que, como una bendición a los espíritus, se descuelgan por entre las frondas con rumor de agua misteriosa y lenguaje de ramas que el viento acuna. Cruza la calleja música de guitarras y de humilde violín, y en las alambradas florecen las muchachas...

Cantan en el viento las risas moceriles de los atropiles que han echado a andar. Noche... poco a poco se estiran en el suelo, y en el agua de las acequias, y saltan las tapias, las sombras de los árboles que van camino de la mañana próxima...

De los prados del cielo se ha escapado el alba traslúcida y viene saltando por entre los techos...

DIBUJO DE VALDIVIA



Una palomita blanca
como flor del irupé,
huyendo de los caranchos
de pico acerado y cruel,
buscó en las ramas de un ceibo
para su duelo, cuartel.

¡Cómo temblaban sus alas
blancas como el irupé!
Sus ojos estaban turbios,
casi no podían ver;
ya en sus débiles patitas
tampoco hallaba sostén.

—¡Señor que estás en los Cielos,
sálvame por esta vez;
Señor, que soy inocente;
Señor, que luchar no sé!
Mis armas son los arrullos;
mi defensa, el miedo es...

Tal rogaba la paloma
blanca como el irupé.

Al pie del ceibo un niña
jugaba con un clavel,
y al escuchar estas quejas
sintió su alma conmover.

—No tiembles ya, palomita,
blanca como el irupé;
del pico de los caranchos
yo te quiero defender...
Espera, espera y no sufras;
a tu rama subiré...
Así dijo a la paloma
la niñita del clavel.

Y encaramóse en la rama,
y tan generosa fué,
que a la paloma, en su seno,
solícita fué a esconder
Y los caranchos rabiosos
clavaban su pico en él,
mas la niña no soltaba,
a pesar del dolor cruel,
a la palomita blanca
como flor del irupé...



Y la sangre de la niña
se convertía, al caer,
en delicadas corolas
de pétalos rosicler
que se abrían como labios
sonrientes de una mujer...

Y éste fué el premio del Cielo
a la niña del clavel
que salvó a la palomita
blanca como el irupé...

ISMAEL MOYA

DIBUJO DE VALDIVIA



Una Cuadrera de hacha y tiza

POR D. NOVILLO QUIROGA

Es un día diáfano de primavera.

Domingo, para mejor.

En la estancia, desde el mediodía, se advierten la quietud y el marasmo de las actividades habituales interrumpidas.

Desde la mañana, estamos apalabrados con Anselmo Navarro — el boyerito — para hacernos una escapada hacia "El Trompesón", a fin de presenciar las carreras.

Hay, para el día, una *depositada* que ha constituído la conversación de toda la semana: el "Bayo blanco" de Andrada, contra el "Tostao" de Corti. "Dos ochenta", a "largar de afuera" e "igualando peso". El *depósito* ha sido hecho, a manos del pulpero Lorenzo, por quinientos de la nación. Pero las "paradas" han de redondear sumas de muchas cifras: están *muy repartidas las opiniones.* Si bien el "Tostao" es una luz para esos tiros y no ha perdido nunca, el "Bayo Blanco" viene de ganarle al "Payaso" de Los Toldos.

Pero, aparte de eso, la procesión nos anda por dentro: entre los dos — Navarro y yo — hemos "*compuesto* al petiso "Tortuga" para una *refregada* con "el Pangaré" de Alísal. (La postura es de lo más modestita que pueda pedirse: cinco pesos; pero vamos en la cosa mucho más: va en juego nuestro amor propio de muchachitos criollos).

De quince días atrás, a las calladas, hemos venido *vareando* al "Tortuga". Lo hemos tenido *a soga,* enmantado y *entrompetado.* Lo hemos racionado a maíz quebrado y avena y a puntas recortadas de afalfa fresca. Los *vareos,* por la mañana y la tarde, han sido *escondiendo* el petiso, en previsión de que nos aguaran la fiesta con una prohibición terminante. Pero hemos tenido un confidente: Eleuterio, el peón galponero, cuya experiencia en achaques de *componer* parejeros nos ha sido una preciosa dirección.

Tras la última *rajadora* que le hizo Navarro, la opinión de Eleuterio ha sido terminante: "el Tortuga está como pistola". Montando yo en el "Chucho", los habíamos puesto a la par y habíamos llegado "a las patadas". Bien es verdad que el "Chucho" había sido *soltado* al potrero de las yeguas, pero, para esa "de a pie", no se necesitaba más. Para el "Chucho", *pesadón* y todo como estaba, un entrevero con el "Pangaré" de Alísal hubiera *sido una risa*...

El negrito Navarro se había afanado toda la mañana para dejar cumplida su tarea. Sólo quedaba *echar las lecheras al tambo,* a las tres, pero para eso se había comedido "Gallina".

▼

A las dos de la tarde, con el "Tortuga" de tiro, caemos al "Trompesón". El palenque se racima de caballos. Pingos de todos los pelajes y aperos de todas clases: desde el *oscuro morciyo* hasta el *blanco palomo,* pasando por toda la gama de los colores criollos; aperos lujosos del más relumbrante platerío, hasta las *cachar-*

pas — mugrientas de pobres — del más *deshilachao.*

Y una concurrencia humana rumorosa y abigarrada.

El sol se detiene en las copas verde jugoso de los sauces, se corre y reluce en las tejas rojas de la pulpería, reverbera en el esmeralda infinito y tendido de los pastizales.

La gente, va y viene, del camino que hace de *cancha,* al mostrador enrejado de la pulpería, cuya bandera flamante ondula gallardamente al viento. Dos paisanos, un viejo y un mozo, acaban de desafiarse para medir sus fletes: un *rosillo* ruin, flacucho, *charconaso,* de cabeza gacha y manos *amacetadas,* el del viejo; un *cebruno* airoso de lujosa *pinta* y ojo vivo, el del mozo.

La cosa es a "dos ochenta", *a largar de adentro* y por un par de pesos. El viejo, larrer con güenos y andar entreverau..."

—"¿Diánde? — protesta el viejo — entreverau tirandu'agua, quedrá decir usté... Y a más, que no tengo corredor pa echar... Y vaya cotejando: entri'usté, moso flor, y yo, purit'osamenta y todíto descuadrilau... ¡nu'hay comparansa!"

Halagado en su amor propio de gaucho presumido, el mozo se deja engatusar por el viejo zalamero y concede los diez kilos de ventaja. (Además, no duda un solo momento que su brioso cebrunito ha de *trairseló a la rastra* al rosillo maceta del viejo.)

Desensillan; les dejan sólo un *bocao* y las riendas.

El viejo se descalza las botas, se quita la blusa, se ajusta la faja y ciñe la flotante melena con una vincha. El otro le compadrea, quitándose no más que rastra, blusa y



dino, ha conseguido sacar una ventaja de diez kilos. Taimado y camandulero, alega:

—"¿Y cómo quiere que le corra igualando peso con este mancarrón que ni pa los mandaus me sirve? Si en pinta no más me lu' está basuriandu'el suyo..."

—¡Ah, sé, con pinta no más si'han de ganar las carreras! Su rosiyo ha sabido co-

chambergo, que sustituye por un pañuelo atado a la cabeza.

El rengo Lorenzo — el pulpero — es juez. De *rayeros,* dos paisanos vecinos. Al tranquito corto se dirigen hacia la largada, previa verificación del peso en la balanza instalada a un costado del camino.

Sobrador, el mozo. *Apichonado,* el viejo.

Comienzan las apuestas: toda la plata *está* al cebruno.

Erran unas cuantas partidas y, *convidados,* parten *como tabla.*

Se levanta una columna de polvo, y entre su bruma se dibujan las siluetas trajinantes de los pingos y los bustos inclinados de los jinetes. Corren apareados un breve trecho, pero — hasta para el más negado — el rosillo viene *sobrando* en todas partes. Apenas el viejo lo estimula con el talón, apura el ritmo de sus brazadas, saca un cuerpo de luz, otro, otro, se *corta* y llega *floreándose* a la raya, envolviendo al vencido con el polvo que levanta.

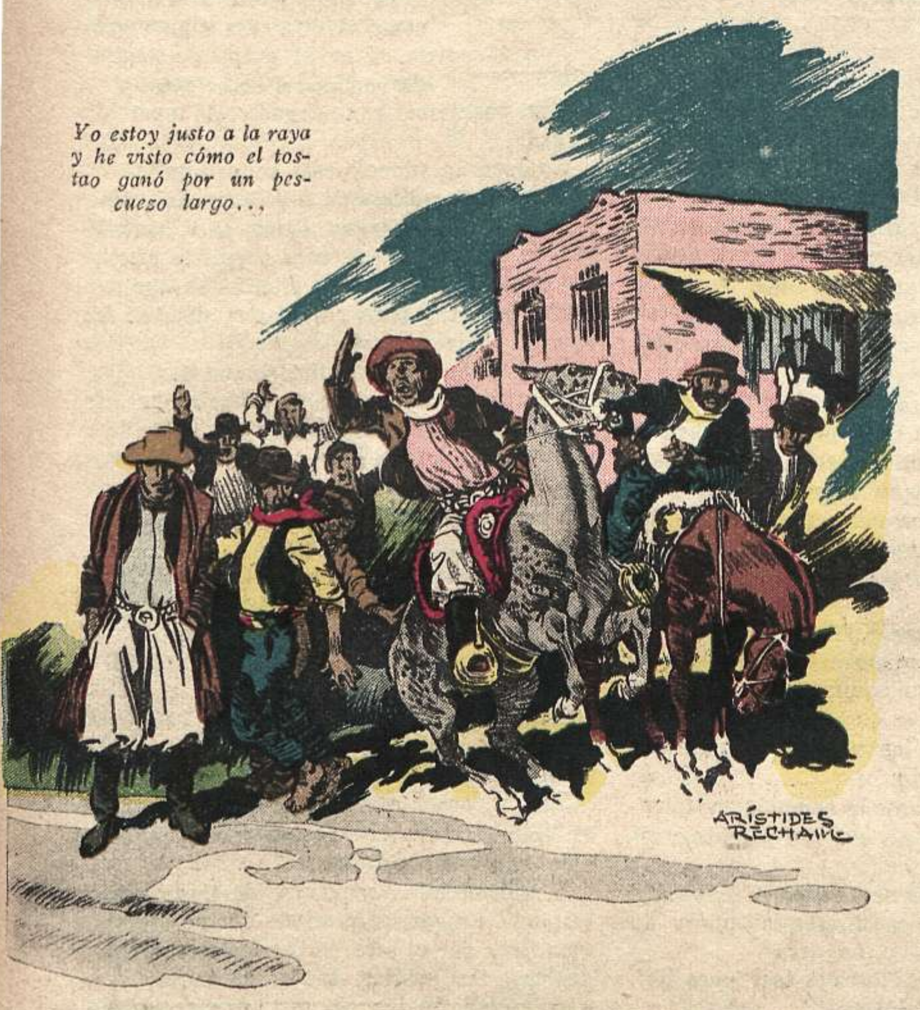
Un griterío ensordecedor epiloga la prueba. Burlas y protestas. Burlas al paisanito presumido, y protestas contra el viejo *agachador* que "se tráiba un tapao".

El rumoreo de las conversaciones es interrumpido por el arribo expectante de los parejeros que han de participar en *la grande.*

El "Tostao" llega enmantado, con careta, y una mano vendada. El "Bayo blanco", descubierto y empavonado en plata por el sol su pelo reluciente.

Los pasean de tiro, y todo el concurso se agolpa alrededor de los fletes, en una meticulosa apreciación de ojos experimentados.

Mientras se ultiman los detalles de *la grande,* han de correr nuestro "Tortuga" y el "Pangaré".



Yo estoy justo a la raya y he visto cómo el tostao ganó por un pescuezo largo...

Se realiza el pesaje, y el esmirriado Navarro ha de enrollarse una cadena a la cintura para equiparar el peso, según lo convenido.

El rengo Lorenzo rehusa controlar la carrera por estar ocupado con la preparación de *la grande,* y se nombra juez de raya al sargento.

Galopan ambos contendores hasta la largada.

Parten una y otra vez. Y como no logran ponerse de acuerdo, siguen "errando partidas". La cosa no puede seguir así. Hay que hacer lugar a *la grande.* Y entonces, para obviar dificultades, se acuerda largar con *abanderado.* Da éste la señal, pero Navarro se ha dejado ganar de mano, y parte dos largos cuerpos atrás. Estimula su parejero a rigor de talón y rebenque y el petiso responde con nobleza. Cien gritos le animan. El "Tortuga" parece escucharlos, y se estira casi hasta *tocar el suelo con la panza.* Ya está *al cuadril.* Castigan los dos jinetes. Corren los dos valientes petisos, empeñados en un formidable cabeza a cabeza. El clamoreo de la gente entusiasmada, se hace ensordecedor. La raya *está encima.* Siguen juntos los fletes. Pero el esfuerzo realizado por el "Tortuga" para *alcanzar la carrera,* ha mellado sus energías. Y la raya se traspone con un pescuezo de ventaja para el "Pangaré". Hemos perdido, pero no porque nos ganaran con más caballo. A pura mala suerte.

Vuelve Navarro jadeante con el "Tortuga". Y cuando llega hasta mí, anhelosamente exclama: — "¡Juna perra! haber largau con él y eso n'hubiera sido ni conversación!"

—Y... dejá no más — respondo resignadamente — otra vez será...



la gana, la emparda: derecho o en mala ley, como sea. Ahí está el desquite. Tomá estos diez y paralos al Bayo blanco".

Recrudece el apostar. Se está jugando fuerte. Miles de pesos están ya en juego.

El viejo Corti está lívido, como si olfateara algo ingrato. Y en el grupo de Andrada son puros secreteos.

▼

TODA la gente se arremolina hacia la pulpería. De ella salen don Juan Andrada, propietario del "Bayo blanco", con sus hijos Juancito, Pastor y Julián y un paisano chiquito — el corredor — en un grupo. Otro, es formado por el viejo Corti, dueño del "Tostao", con sus hijos, sus yernos y el negro Juan López, su corredor. Les siguen el comisario y el pulpero Lorenzo *a las rengueadas.*

Andrada y Corti se dan la mano, en señal de dejar convenidas las últimas condiciones.

Cada grupo se dirige hacia su "crédito".

Los dueños palmean a sus pingos en la *tobla* del cogote, les soban los *cuartos,* los miman, como si quisieran infundirles, magnéticamente, la energía que ha de valerles la victoria.

Se verifica el pesaje. Y el negro López, más liviano, debe adicionarse unas bolsitas con municiones para equilibrar el peso preconvenido.

Se despojan de las prendas, se ajustan las vinchas y montan.

Pasan los pingos ante la atención expectante de la concurrencia y su paso levanta murmullos admirativos.

Ambos fletes están hechos "unas pinturas".

Al tranco corto, se dirigen al punto de partida.

A voz en cuello se cruzan las "paradas".

— "¡Voy un diez al Bayo!"

—"Pago, amigo, y q'enteren hasta los cien!" (Y así, hasta lo interminable.)

La plata "está pareja".

Una eléctrica nerviosidad parece crispar todas las facciones. Sólo uno, entre todos, se mantiene tranquilo y para todas las apuestas que se le proponen: es Juan Andrada, dueño del Bayo.

Navarro me da un codazo para llamar discretamente mi atención y me desliza al oído: — "Pero vea ese don Juan, qué sangre'pato... ni un pelo siquiera que se le mueve... ¡y cómo para!"

"—Mirá — respondo, también secreteando — aquí hay algo. El comisario hace lo que el viejo Andrada le manda. Y ése, si no

Los parejeros han llegado al lugar de largada.

Se hace un silencio casi angustioso.

La gente se disemina a lo largo del camino que hace de cancha. Unos, para contemplar la largada. Otros, para seguir la prueba en su desarrollo medio. Y otros se agolpan hacia la raya, para no perder detalle del remate de la carrera.

Se han hecho las últimas apuestas.

Y todos los ojos convergen hacia el punto donde caracolean los fletes.

Vibran al sol los reflejos de los pelos lustrosos.

Vivo y nervioso el "Tostao". Tranquilo y alerta el "Bayo".

Los corredores *se conversan.* De pronto se aparean. Se miran anhelosamente, vigilándose hasta en los mínimos detalles.

Arranca el fogoso "Tostao", pero el "Bayo" no ha partido.

Vuelven a colocarse. Pero el "Tostao" se cruza.

Nuevos paseos y vueltas.

Ahora parece que se han convenido. Pica el "Bayo", pero el "Tostao" se queda. Ha sido una partida falsa.

Y así, mientras *erran* partida tras partida, tratando ambos corredores de no dejarse *ventajear* por el otro, pasan los minutos, los cuartos, las medias, hasta las horas, y la nerviosidad de los circunstantes recrudece.

Miro al viejo Andrada, y sorprendo en su faz una sonrisa sardónica.

El semblante de su rival se hace tenso, en una crispatura dolorosa hasta de contemplar.

Los pescuezos de los concurrentes están adoloridos de ladearse hacia el extremo en que se encuentran los parejeros.

De pronto, un solo grito recorre y exalta a la multitud: — "¡Ahura y se vienen!"

Ha sido un segundo, ha sido un solo grito: pero en ese segundo, en esa minúscula partícula de tiempo y en ese único grito enronquecido, la tensión de los nervios halla una válvula de escape.

Redoblan la tierra dura los vasos voladores de los parejeros.

Avanzan entre un remolino de tierra.

Es una cortina densa que los envuelve, levantándose en giróvaga columna.

Testerean los caballos en el avance: amujadas las orejas, dilatados los hocicos, fulgurantes los ojos. Cada brazada parece atrapar una porción de aire en que apoyar la violencia voladora del impulso.

El sol relampaguea lampos cegadores sobre los cuartos movibles de los fletes.

Suben y caen los brazos, en el movimiento isócrono del estímulo brutal y despiadado.

No se "sacan hocico". Apareados, son una sola pieza piafante y jadeante. El griterío es atronador.

Y cuando parece que los pingos no han de "despegarse" nunca, el jinete del Bayo *saca* la pierna izquierda, *calza* al Tostao que lo aventaja ya, y con un rudo envión dado hado hacia la verija, lo manda a media cancha. El Tostao ha sido levantado en el aire, como una pluma.

Pero *tiene garra.* Puede escucharse una confusa imprecación de López, que se ha convertido en un solo brazo que castiga, en un solo talonear que va horadando los flancos del piloteado.

De entre los apostadores del Tostao surge un grito de indignada protesta.

Pero las peripecias de la carrera no dan lugar ni a eso.

El noble Tostao está otra vez "prendido".

Simulando castigar al suyo, el corredor del Bayo *hace jugar* su rebenque por el hocico del contrario. Pero, ni por ésas. Pujante, amenazador, irresistible ya, el Tostao *está encima.* Es ahora un duelo épico de voluntades y energías. El griterío diabólico no deja escuchar los insultos anhelantes con que los corredores se baten. Ni el restallar de las azoteras sobre los ijares trémulos.

La raya *está encima,* y los jinetes reclaman el último esfuerzo de sus cabalgaduras.

Yo estoy justo frente a la raya y he visto cómo el Tostao ganó por un pescuezo largo. "¡El Tostao domás! ¡Ganó el Tostao!" gritan muchos.

Pero, mientras los corredores contienen a las cabalgaduras lanzadas en el ímpetu del remate, el comisario — juez de raya en esa circunstancia — levanta el rebenque para pedir el silencio y proclama el fallo absurdo y malicioso: "¡Ha ganado el Bayo!" "¡El Bayo pa todo el mundo!"

Ya no es un murmullo, es una tempestad de gritos la que hace convulsiva la agitación del concurso. Hasta los mismos gananciosos no pueden ocultar la estupefacción provocada por el fallo.

El viejo Corti, lívido, convulso, fuera de sí, olvida sus muchos años y la bien ganada fama de matón de su rival y, enderezando hacia él, le increpa: — "¡Gaucho pícaro, a robar a los caminos!"

Los deudos echan manos a las armas y se arma una tremolina de padre y señor mío. Pero los tramposos tienen todo previsto: una multitud de componedores oficiosos contienen a los exaltados perdedores, mientras la policía procede a despejar el campo.

Pero el negro López es *demasiado hombre* para quedarse con *ésa.* Avanza hacia el corredor rival y, sorpresivamente, le cruza la cara de un *lazazo*: — "¡Tomá, maula, pa qui' apriendás otras mañas!"

Y otro lazazo por las costillas: — "¡Pa que sepás quién es Juan López!"

Y otro final por el lomo, mientras el otro *dispara* cobardemente: — "¡Y éste, pa que ti'acordés todita tu perra vida d'esta trampa, sarnoso'e porra!"

Pero uno de los hijos de Andrada lanza un talerazo sobre el indignado corredor del Tostao. Esquiva el negro, y el golpe cae sobre el hombro. Se encoge y vuelve con un golpe de revés que voltea el chambergo del agresor.

Pero son cinco, diez, que caen sobre López y logran dominarlo. Y ante una orden terminante y contundente del comisario, se retira mascullando amenazas.

Andrada y los suyos penetran en la pulpería para festejar el triunfo arteramente logrado.

Y cuando la caravana ecuestre de Corti y sus familiares pasa frente al "Trompesón", es un rosario de improperios: — "¡Ladrones! ¡Pícaros! ¡Tramposos!"

La respuesta es una carcajada estentórea de los pillastres.

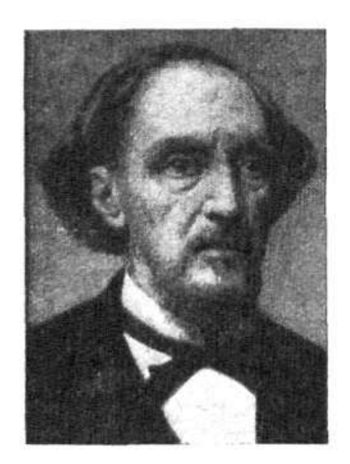
Y el sol, como ruboroso de la *porquería* que ha contemplado, parece encender aún más sus tintas rojas que se recuestan hacia el horizonte.

D. Novillo Quiroga



DIBUJOS DE RECHAIN

LAS INQUIETUDES ESPIRITUA
BELLOS PARRAFOS POR LOS



Mitre: El que ambicionó ser poeta...

HUBO un tiempo en que fuí poeta por vocación; y cuando me acuerdo de esto, me digo a mí mismo, penetrado de una profunda melancolía: ¡Y yo también viví en Arcadia!... Hoy mismo, en medio de las embriagantes agitaciones de la vida pública, no puedo menos de arrojar una mirada retrospectiva sobre los días que han pasado, y contemplar con envidia la suerte de los que pueden gozar de horas serenas, entregados en brazos de la musa meditabunda...

Ese poco de poesía que Dios había depositado en mi alma, lo he derramado a lo largo del camino de mi vida, consagrándolo unas veces a mi patria, otras a mis amigos, otras a las afecciones puras y serenas del hogar, porque el que cuenta por seguro que sus versos no llegarán a la posteridad, debe ser generoso con su pequeño tesoro.

Los poetas por temperamento, para quines la posía es una vocación, son como las lámparas: alumbran gastando en sus poemas el aceite de la vida, y derraman en sus obras su propia substancia, apagándose muy temprano, como Byron o como Schiller.

▼ ▼

Bernardo de Irigoyen: Sobre la concordia americana.

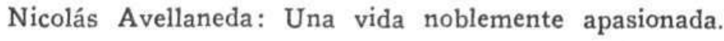


SOLOS, desconocidos hasta entonces en el mundo, sin ejércitos, sin ferrocarriles, sin empréstitos, sin los elementos conquistados por la ciencia y por el progreso de la humanidad, aquellos hombres verdaderamente grandes acometen la empresa de reivindicar los derechos de un mundo, y, estimulados por el santo patriotismo que ardiera en sus pechos, afrontan todos los peligros, vencen las más hondos dificultades, improvisan ejércitos, convierten débiles embarcaciones en escuadras y alcanzan una palma en cada jornada y una espléndida victoria en cada combate...

Pero, tan pronto como esta generación se aleja, tan pronto como en los Estados Unidos del Norte y en las repúblicas del sur desaparecen los fundadores de la libertad americana, se debilita el sentimiento de la elevación y la justicia que inspiraron tan nobles proezas...

Pronunciemos también la protesta de nuestra honradez política contra los que, envueltos en las aventuras territoriales, rompen con mano impía la paz y la fraternidad de los pueblos que vivieron confundidos entre los vínculos del heroísmo y de la gloria.





Nicolás Avellaneda: Una vida noblemente apasionada.

HE subido y he descendido viendo la aurora y las sombras en mis cielos

He contado con los latidos del corazón las horas del deseo y otras horas amargas han venido después a emblanquecer mis cabellos.

He soñado con la Beatriz desconocida y he creído un día besar sobre una frente de mujer la pureza ideal de su alma. Vinieron después los ardores profundos y las pasiones sombrías y he abierto una vez una de mis venas, para contar los minutos con las gotas de mi sangre calenturienta.

He acometido grandes tareas y he labrado mi surco, en el que crece ya para muchos la mies.

He pasado por las asambleas inquietas y por las muchedumbres tumultuosas, para salir de las batallas que dan las pasiones humanas sin orgullo y triste, pálido y vencedor.

He visto caer el baldón sobre mi intención pura. Llevo polvo en mis vestidos, palidez enfermiza en mi frente; pero creo todavía en el deber como fuerza para mi vida y en la libertad como destino para mi pueblo.

LES FUERON EXPRESADAS EN GOBERNANTES ARGENTINOS

Carlos Pellegrini: El tesoro de la experiencia.



HACE más de veinte años que un joven en toda la plenitud de la esperanza y de la ilusión, se despedía de estas aulas para emprender el camino de la montaña.

La Universidad, nuestra madre intelectual había previsto el bagaje de estudiante y con cariñoso cuidado puesto en él todo lo que la lección y el consejo pueden dar de útil para fortalecer el espíritu o salvar las asperezas del camino. Ello le condujo hasta la puerta de este hogar común y allí, besándole la frente y estrechándole la mano, le indicó la senda y el estudiante partió. Lleva andado largo camino, ha subido y ha bajado las cuestas de la montaña, ha atravesado valles risueños, sendas ásperas y pasos difíciles, días de luz y horas de tinieblas. Ha visto pueblos y gentes diversas, ha sentido crecer su experiencia, disminuir sus entusiasmos, acumular surcos sobre la frente y desaparecer muchas ilusiones... Permitidle, pues, que se siente un momento en el viejo y querido hogar, que limpie de su frente el sudor y el polvo de la jornada y evoque sus recuerdos y en íntima y amistosa conversación cuente lo que vió y lo que aprendió y de así lo único que puede dar: una parte de su experiencia.

Sarmiento: Recordando a las mujeres.

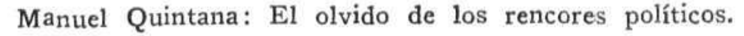
HAY las *Mujeres de la Biblia,* hay las de Shakespeare, o de Goethe. Por qué no he de tener para mí las mujeres de Sarmiento, no porque yo las haya creado al grado de mi fantasía, sino porque todas ellas me cobijaron bajo el ala de madres, o me ayudaron a vivir en los largos años de prueba.

Mi destino, hanlo desde la cuna, entretejido las mujeres, casi sólo mujeres, y puedo nombrarlas una a una, en la serie que, como una cadena de amor, van pasándose el objeto de mi predilección.

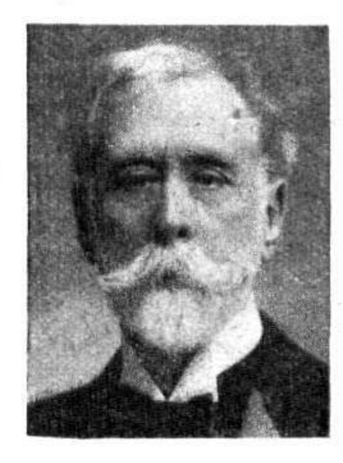
Otra hay y ésta llena dolorosamente el fondo de mi existencia; volcán de pasión insaciable, inextinguible, el amor era en ella veneno corrosivo que devoraba el vaso que lo contiene y los objetos sobre los cuales se derrama. ¡Dios le perdone el mal que hizo, que se hizo a sí misma, por el exceso de su amor, sus celos, su odio!

No me jacto de amores, ni de buenas fortunas.

Una mujer es madre o amante, nunca amiga, aunque ella lo crea; si puede amar, se abandona como un don a un holocausto. Si no puede, física o moralmente, protege, vigila, cría, alienta, guía.



Manuel Quintana: El olvido de los rencores políticos.



ES necesario no haber sufrido jamás el destierro; no haber soportado siquiera los inconvenientes de la ausencia del hogar de la patria, para pedir una prisión larga, indefinida o permanente. Es una ley de la Historia, porque es una ley de la humanidad, que aquellos que por la fuerza han sido arrojados de su país, por más justas, por más grandes, por más poderosas que sean las razones, siempre que ellas sean pura y exclusivamente políticas, siempre tratan de abrirse las puertas de la patria por el único medio que la poca generosidad les deja, por medio de la fuerza. Y las leyes de amnistía están precisamente destinadas a cerrar la vía de los hechos, a reanudar los vínculos rotos, a restablecer la armonía, la confianza, la paz y la fraternidad, no por medio de la exclusión, sino por medio de la generosidad, de la magnanimidad.

La historia de las convulsiones políticas de los pueblos es demasiado elocuente; pero, los partidos, por desgracia, son generalmente ciegos, siempre sordos a sus grandes lecciones.

Un CUENTO de LUIS GRAU



R ASHHH!...
Un grito desgarrador, un chorro de sangre y un escalofrío indescriptible — mezcla de terror, de dolor y de angustia — que logra sacudir las abundantes carnes de la característica, semejándolas a flanes en zarandeada bandeja de mozo apresurado.

Luego, correrías por los camarines... Más gritos... Lamentos... Imprecaciones... Y abuso de sinónimos para una sola interrogación:

—¿Qué pasa?

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Qué sucede?...

¡Ah, señores! ¡El galán acaba de vaciarse el ojo izquierdo!

—¡Horror!

Y la característica, que ha presenciado el incomprensible accidente — todos los accidentes son incomprensibles, — permanece en el suelo desmayada, sin que nadie acierte ni a tropezar con la mole de su carne sesentona...

* * *

El galán, sí, señores; el apolíneo galán Laureano López y López, a quien las letras de los programas se complacían en bautizar con el lustroso nombre de Ernesto Monteamor — porque él estaba convencido de "la importancia de llamarse Ernesto" desde que lo leyó en el título de una comedia cuyo autor ignoraba, — había perdido un ojo de la manera más absurda que puede concebirse.

Y esto no era solamente doloroso — ¡vaya si lo era en aquellos momentos! — sino que resultaba también trágico, ¡horriblemente trágico! ¡Cómo! Uno de los galanes más hermosos del teatro nacional, que poseía, además, el arte difícil y maravilloso de conquistar desde el escenario la admiración y la simpatía del público femenino, ¿iba a quedarse irremediablemente tuerto? ¡No! ¡Imposible! ¿Qué quedaría entonces de él?

Porque, en realidad, no era un gran actor. Ni siquiera un buen actor. Pero, eso sí, era un galán de inapreciable estampa. Había nacido para esto. Su influencia en la mujer — una influencia puramente platónica — era innata. Desde niño había despertado una atracción apasionante en el sexo débil. Y ahora, ya mayor, consagrado por obra y gracia de su físico, galán de primera categoría, le bastaba salir a escena, para que todas las miradas femeninas convergieran en él; hablaba, y todos los oídos femeninos redoblaban su atención, en un ansia afanosa de retener sus más insignificantes palabras. Su dolor, hallaba siempre eco; su alegría era contagiosa. Y los aplausos que conquistaba en cada escena amorosa, adquirían casi invariablemente, contornos de una verdadera ovación.

¿Quería, pues, decir que, en medio de esta gloria y rodeado de los más envidiables halagos, tendría que abandonar una carrera tan afortunada por la desgracia que acababa de sufrir? ¡Oh, no! Esta sola idea le horrorizaba.

No era ya la pérdida del ojo en sí, su mayor preocupación. Esto, en realidad, no tenía importancia. ¡Hay tantos tuertos en el mundo!... Pero es que él — y aquí estaba su mayor tragedia, — no era un tuerto vulgar, porque debía mantener por sobre todas las cosas su condición de galán. Y semejante accidente, era casi el prólogo de su ruinosa decadencia.

* * *

SIN embargo, para no desvirtuar el remoto adagio que asegura no haber mal que dure cien años, el apolíneo Ernesto Monteamor vió solucionado el suyo en poco más de un mes. un ojo de vidrio perfecto, elaborado por el óptico de más prestigio en la ciudad, vino a sustituir con una precisión estética muy aceptable a aquel que perdiera en forma tan incomprensible la noche en que da comienzo nuestro relato.

Y si al principio, con la ayuda de gestos y expresiones adecuadas, vió solucionada la inminente cuestión de la apariencia, no tardó, sin embargo, en irse agriando su carácter, hasta tornarse sombrío. Todo le parecían burlas a su desgracia. Y era casi una aventura atreverse a sonreír delante de él.

Si un transeúnte lo miraba con cierta fijeza, creía que trataba de descubrir la legitimidad de su ojo izquierdo y un escalofrío de indignación le recorría el cuerpo ya febril por su continuada angustia. El agujero de los telones, a través del cual sus compañeros observaban al público de la sala, le parecía igualmente una alusión sarcástica a su único ojo sano y se apartaba siempre con el temor de que al mirar a su través, pusiera en evidencia la inutilidad del otro.

¡Hasta las placas de los oculistas, llegaron a parecerle cartelones insultantes!

Había llegado, en una palabra, a las manías más inverosímiles y a los más increíbles absurdos. No obstante, el público, que ignoraba en su mayor parte la desgracia del galán, seguía aplaudiendo y estimulándole con su simpatía invariable...

* * *

SALIERON en jira. Se arregló un negocio, según el cual, el conjunto dramático debería recorrer las principales provincias de la República, sin tocar, empero, las capitales. Esto tranquilizó algo a nuestro galán. La idea de apartarse por algún tiempo de su público habitual, parecía librar su espíritu de la sugestión en que vivía. Y el horizonte se dilataba ante su único ojo, en promesas de reposo y de paz...

* * *

POCO duró, sin embargo, esta ilusión. Ya en la provincia de Mendoza, se decidió dar unas funciones en C..., pueblo natal de Ernesto, donde se hallaba precisamente su novia. Y desde el momento en que se formalizó tan fatal decisión, nació en él una nueva angustia imaginando el encuentro con su prometida.

Los días que mediaron hasta la llegada al pueblo, se convirtieron así, para el pobre muchacho, en algo peor que un infierno. De antemano vivía intensamente esa entrevista que por todo lo del mundo hubiera deseado evitar... ¡Y era precisamente entonces, cuando más ansia, cuando más necesidad sentía del cariño de aquella humilde muchacha!

* * *

POR uno de esos descuidos comunes en los representantes de compañía, la llegada a C..., efectuóse tres días antes del fijado para el debut.

Ernesto, descendió el primero del tren y, rápidamente, temiendo hallar a su novia en la estación, subió a un vehículo cualquiera y se hizo conducir a otro alojamiento del que debían ocupar sus compañeros de conjunto. Deseaba estar solo. Por otra parte, era ésta una costumbre adquirida por él desde su accidente, puesto que su carácter sombrío rechazaba toda sociabilidad.

Instalado ya en su habitación, hízose el propósito de no frecuentar la calle más que lo indispensable, durante los días que fuera necesario permanecer en el pueblo.

Pero aquella misma tarde, le vino a visitar el apuntador, un muchacho cojo, único amigo que le quedaba a Ernesto desde su desgracia, tal vez como una confirmación más de la afinidad espiritual que se establece entre los desdichados.

—¿Sabés? — le dijo el amigo. — Estuvo tu novia a visitarme... ¡Está linda, che!... Me preguntó dónde te hospedabas y por qué no querías verla.

Malhumorado y cortante, respondió Ernesto:

—¡Déjame! ¡No quiero verla más!...

Comprendió el otro:

—¿Por lo del ojo?... ¡Bah! No seas zonzo, che...

Pero Ernesto, no le dejó terminar:

—¡Basta! ¡Déjame, he dicho!... ¿O querés que te eche?

El apuntador se puso en pie. Dió unas chupadas a su toscano y fué arrastrando su pierna hasta la puerta, por donde desapareció sin añadir una palabra...

* * *

A la mañana siguiente, llegó una carta a manos de Ernesto. Avidamente, comenzó éste su lectura:

"No sabés cuánto me duele que no hayas venido a verme. Mamá está también muy asombrada. ¿Es que ya no me querés?..."

Siguió leyendo más abajo:

"... Mañana iremos al teatro. Espero que después de la función saldrás con nosotros. Siento un deseo loco de oír tu voz, de verte, de saber que me quieres siempre, de sentirme abrasada por tus ojos, por tus hermosos ojos"...

¡Rompió la carta de un gesto violento! ¡Aquello era insoportable! ¡Hasta su novia —

insignificante maestrita de campaña — se permitía burlarse de él solapadamente!...

Y sin detenerse a averiguar la incoherencia de sus indignados pensamientos, salió a respirar el aire del patio dando un violento portazo...

* * *

Por la noche, al acostarse, todos sus pensamientos estaban fijos en el debut del día siguiente. Creía ver, como una realidad, la mirada fija y burlona de su novia en aquel maldito ojo de vidrio. E inconscientemente, ensayaba mil muecas más o menos aceptables, con las que hasta ahora había logrado disfrazar relativamente la imperfección de su rostro.

A la mañana siguiente, dióse cuenta que, en su obsesión, se había olvidado de sacarse el ojo de vidrio. Procedió entonces a extraerlo para lavarlo como tenía por costumbre y... ¡zas!, le resbaló el ojo de los dedos yendo a dar contra el pavimento de piedra, a cuyo choque se partió en mil pedazos.

La impresión recibida por Ernesto en aquel momento, no es para describirse. Quedó completamente anonadado. A la inconsciente sensación de alivio y de venganza que alegró su espíritu, viendo destruído el objeto que tanto le había amargado, sucedió rápidamente la angustia de saberse sin repuesto para sustituírlo. Y rápida, febrilmente, calóse su sombrero cuya ala le cubría medio rostro y salió en busca de la única casa de óptica que había en el pueblo.

Halló la casa, pero no el ojo. Localidad reducida, no disponía el óptico de ciertos artículos cuya venta era problemática. Por otra parte — aseguró ingenuamente — estos objetos se hacen siempre a la medida. ¡Harto lo sabía el pobre galán! Sin embargo, lo necesitaba en aquel momento, ¡en aquel preciso momento! Y ante tal angustia, el óptico, compadecido, tuvo una idea, la única que podría salvarles. Dijo:

— Este... Ahí no más..., a tres leguas, en la estancia "Los Centauros", el patrón usa también ojo de vidrio... Tal vez tenga alguno de repuesto...

Sin dejarle terminar, Ernesto se plantó en la calle. Y mientras, con la velocidad del pensamiento, se dirigía a la pensión de sus compañeros, una sola idea, fija, ocupaba su cerebro:

— Estancia "Los Centauros"... Estancia "Los Centauros"...

* * *

Faltaban cinco minutos para alzar el telón, y no había llegado todavía el muchacho que se ofreció a traerle el ojo de vidrio. Las tres hipotéticas leguas del óptico, crecieron con vidrio de aumento. No se hizo esperar mucho más, sin embargo. En efecto, pocos instantes después, se hacía presente en el camarín de Ernesto.

¡Ochenta pesos, le había cobrado! Pero como era un caso de urgencia y hasta le pareció del mismo color que el de Ernesto. No vaciló en traerlo.

El galán ni le escuchaba. Apresuradamente, se colocó el ojo. Y requerido con insistencia por el traspunte, salió a escena, sin comprobar apenas frente al espejo, el estado en que el nuevo ojo dejaba a su rostro.

* * *

Ah, señores! ¡Aquello fué el caos! Salir el galán a escena y comenzar el público, con risitas contenidas para terminar después a carcajada suelta, fué cuestión de momentos. Y es que, amigo lector, el ojo que se había colocado aquel muchacho, era algo espantoso. Grande y de una negrura inmensa, ofrecía el más horrible contraste con el suyo natural, de un tamaño regular y, para colmo, color azul celeste.

La risa, entretanto, crecía. Entre aquella gente ingenua y libre de ciertos prejuicios de reunión, aquello era lo más cómico que podía ofrecérseles esa noche. Algunas señoras gordas, llegaron a asustarse. Y los gritos de los niños, complementaban la resurrección del campo de Agramante.

Tuvo que tirarse telón.

Y el galán, que comprendió sobradamente la causa de toda aquella batahola infernal, fuese rápidamente a su camarín cerrándose en él violentamente.

Al comprobar frente al espejo su ridículo y trágico aspecto, se arrancó con rabia el fantástico ojo de vidrio y arrojándolo al suelo, lo pisoteó, esta vez con toda el alma, hasta convertirlo en polvo.

Después, vistióse de mala manera, se caló el sombrero cuya ala le ocultaba medio rostro, y salió...

* * *

Frente al teatro, parte del público, comentaba todavía entre risas contenidas, el incidente.

Ernesto sintió que todo aquello laceraba su corazón, su dignidad, su orgullo... Y un furor ciego, desenfrenado, comenzó a roerle las entrañas...

Siguió caminando.

De pronto, casi tropieza con un grupo de muchachas. Se apartó con rapidez. Pero una voz, de timbre conocido, despertó su atención:

— ¡Fíjense!... ¡Con un ojo así! ¿Cómo podría resistir su mirada sin reírme o asustarme?...

La risa fué general. La misma voz, continuó en tono de conmiseración algo burlona:

— ¡Pobre muchacho!... Y yo...

Ernesto no oía más. Su novia... ¡su novia!

Y se fué alejando, alejando, alejando...

¿Hacia adónde?

* * *

A la mañana siguiente nadie lo encontró en el pueblo.

Y nunca más se supo nada de él...

Luis Grau

DIBUJO DE ALVAREZ

MAXIMO PAZ



▼ ▼ ▼

Entre las siluetas ilustres, y ya casi históricas, de los hombres públicos de Buenos Aires, hay una que merece singular evocación. Nos referimos a la de Máximo Paz.

Dotado de una inteligencia clara, de una voluntad a toda prueba y de un criterio que tal vez pueda tildarse de gravemente prematuro, aquel paladín de la buena lid fué uno de los grandes trabajadores del momento, no sólo político sino fecundo e histórico, en que le tocó vivir y actuar.

Por eso es quizás tan oportuna su evocación, para proponerla a la juventud de nuestros días como uno de los modelos más acabados del ciudadano y del patriota.

Fué tan laborioso, sintió con tal intensidad y con tanta clarividencia las responsabilidades de su generación, que puede decirse sin exagerar, y siempre presentándole y evocándole como un modelo, que Máximo Paz no tuvo juventud. Entró de lleno en la madurez, en la seriedad de las responsabilidades; y ésta es, acaso, la nota saliente de su carrera.

Máximo Paz pertenece a esa galería, cuyo color se vivifica con el pampero, y que siempre ha encontrado tipos característicos en las orillas del Río de la Plata.

Paz nació el año 1851, y se educó en el Colegio Nacional de esta ciudad. Muy temprano dió prueba de su genial resolución, cuando sin haber cumplido catorce años de edad, se ofreció como soldado voluntario de uno de los batallones de guardia nacional que marchaban a la campaña sobre el Paraguay.

Le tenemos el año 74 de capitán de granaderos, y luego como sargento mayor del Regimiento.

Empleado civil más tarde para lo cual le preparaban sus aprovechados estudios de jurisprudencia, granjeó crédito ante sus mismos superiores, y en todas las clases sociales.

Durante los disturbios del año 80, el Senado provincial prestó su acuerdo para conferirle el grado de coronel de milicias.

Su espíritu se desplegó en campo de más serena actividad; y al oficial intrépido le vemos convertirse en secretario del Consejo de Educación, y más tarde en presidente de la Escuela de Artes y Oficios.

El voto público le llamó a más elevada responsabilidad, designándole como diputado al Congreso.

"Este joven patricio — decía uno de sus contemporáneos — tiene la talla hereditaria de un carácter tan recto como firme; y sea cual fuese el éxito del anhelo de sus amigos, o las vicisitudes de su propio destino, se le reputará en todo tiempo como uno de esos republicanos llamados a dejar un vestigio profundo en su carrera".

▼ ▼ ▼

El museo histórico de Luján



El pabellón de transportes reproduce a la Aduana vieja de Buenos Aires.

Es una institución nueva. Pero sorprende al visitante, no sólo por la cantidad y calidad de las reliquias que se guardan, sino por el marco y el ambiente poderosamente evocativos que allí reinan.

Su ubicación no puede ser más acertada. La villa de Luján se pobló en el primer tercio del siglo XVII. El milagro de la Virgen, que ha recogido la tradición, es demasiado conocido para que intentemos aquí una descripción más. En tiempos del Adelantado don Pedro de Mendoza, una expedición guerrera al mando del capitán don Diego de Luján, pereció a manos de los bravos indios querandíes después de un furioso encuentro, en el cual los españoles fueron exterminados sin misericordia.

En el siglo XVIII, la villa sufrió su primera transformación de importancia. El vizcaíno don Juan de Lezica y Torrezuri gestionó ante el rey la creación del cabildo, regimiento, templo y el puente sobre el río.

Durante las invasiones inglesas, en el año de 1806, el virrey Sobremonte, que tan pintoresco recuerdo dejó en nuestra historia, se refugió con los caudales coloniales, fugando hacia el interior, en la casa contigua al cabildo. Vencido Beresford, tuvo, junto con otros oficiales, a la villa por prisión. En fin: desde entonces, Luján fué visitado por ilustres personajes de nuestra historia, dejando casi todos algún recuerdo de su personalidad.

El actual museo tiene por edificio principal al del antiguo cabildo. Junto a éste, como decimos, se halla la casa que habitó Sobremonte, a la que también se le ha dado el mismo destino. Se ha conservado en las dos mansiones hasta el último detalle evocador de aquellas lejanas e interesantes épocas. La tarea no ha sido fácil, pues, como se sabe, las crónicas de aquellos tiempos tienen grandes lagunas, que dificultan la tarea del que pretende hacer de reconstructor. Pero una labor paciente e inteligente resolvió todas las menudas cuestiones que iban presentándose, y, al final, el éxito más lisonjero coronó la útil empresa.

Es muy interesante, y por otra parte única en las instituciones de su género, la sala dedicada a los prisioneros que estuvieron en Luján. Sir Carr Beresford y sir Dionisio Pack, jefe del regimiento 71 figuran allí con excelentes retratos al óleo.



Vista panorámica de Jujuy.

La tacita de plata jujeña

El capitán Francisco de Argañaraz y Mujía supo elegir bien el emplazamiento de Jujuy; mejor dicho, confirmó la buena elección que la tribu de los ocloias habia realizado en tiempo inmemorial.

Aquel pueblecito indígena hallábase en un llano, apoyado sobre la montaña, junto a la corriente del río Grande de Jujuy. Hubo un desalojo, tan bélico como forzoso, y el blanco adueñóse del sitio.

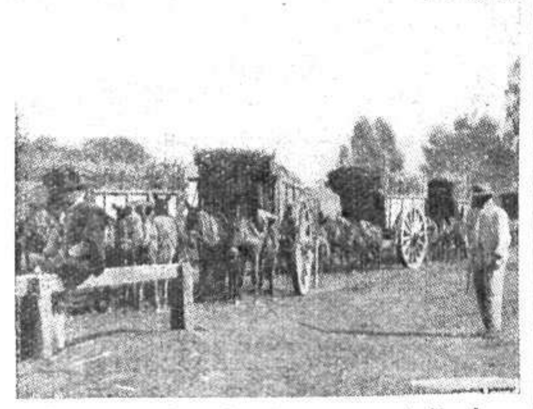
Desde el 17 de abril de 1593, fecha de la fundación, sus nuevos habitantes comenzaron a cincelar la tacita de plata.

Jujuy parece hecha con rico y brillante metal argentino jujeño. Pequeña, limpia, resplandeciente, luce bajo el sol aquella región tropical casi. Y a un tras la lluvia lanza sus esplendores.

Jujuy, allá arriba, en las sierras, distínguese por su dulzura de ciudad tranquila y amable, donde es posible el descanso, junto a la actividad de la industria y el comercio.



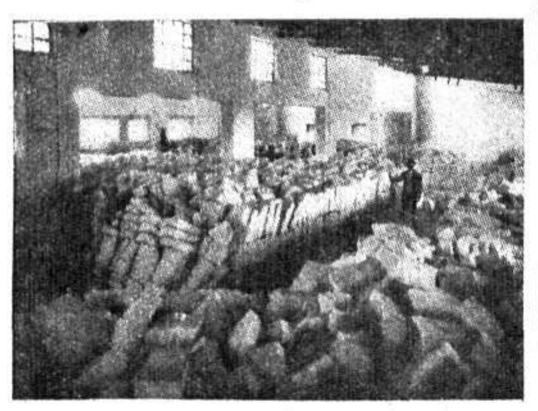
El Cabildo Viejo y otros edificios de la ciudad.



Carros portadores de caña en una estación de ferrocarril.

La poderosa industria del azúcar

SEGÚN un documento conservado en el archivo de la provincia de Tucumán, fueron los jesuítas los primeros que plantaron caña azucarera en el país, en el año 1646. Desde esa época hasta nuestros días su crecimiento ha adquirido proporciones fabulosas, no sólo por la vasta extensión de sus plantíos, sino por los recursos técnicos empleados en la elaboración del azúcar; en efecto, los molinos, los trapiches, los depósitos de sulfitación, las calderas defecadoras a vapor, los filtros, los aparatos de evoparación, los tachos al vacío y las turbinas para separar la miel de los cristales, son tan perfectos como los usados en los más grandes establecimientos europeos y norteamericanos. Hoy sus grandes usinas son las primeras del mundo, y existen trapiches que muelen 2.500 toneladas de caña por día. A la industria azucarera deben su prosperidad los estados argentinos del norte, pues los 36 ingenios existentes en la República se encuentran repartidos entre las provincias de Tucumán, Mendoza, Catamarca, San Juan, Salta y Jujuy. La producción de todos ellos abastece al país, desde hace más de treinta años, y de su rendimiento total, que ha sido, en veinte años de 5.200.000 toneladas, corresponde a Tucumán el 80 por ciento. Estos datos bastan para considera a la industria azucarera como a una de las más eficaces contribuyentes de la riqueza nacional en estos últimos tiempos.

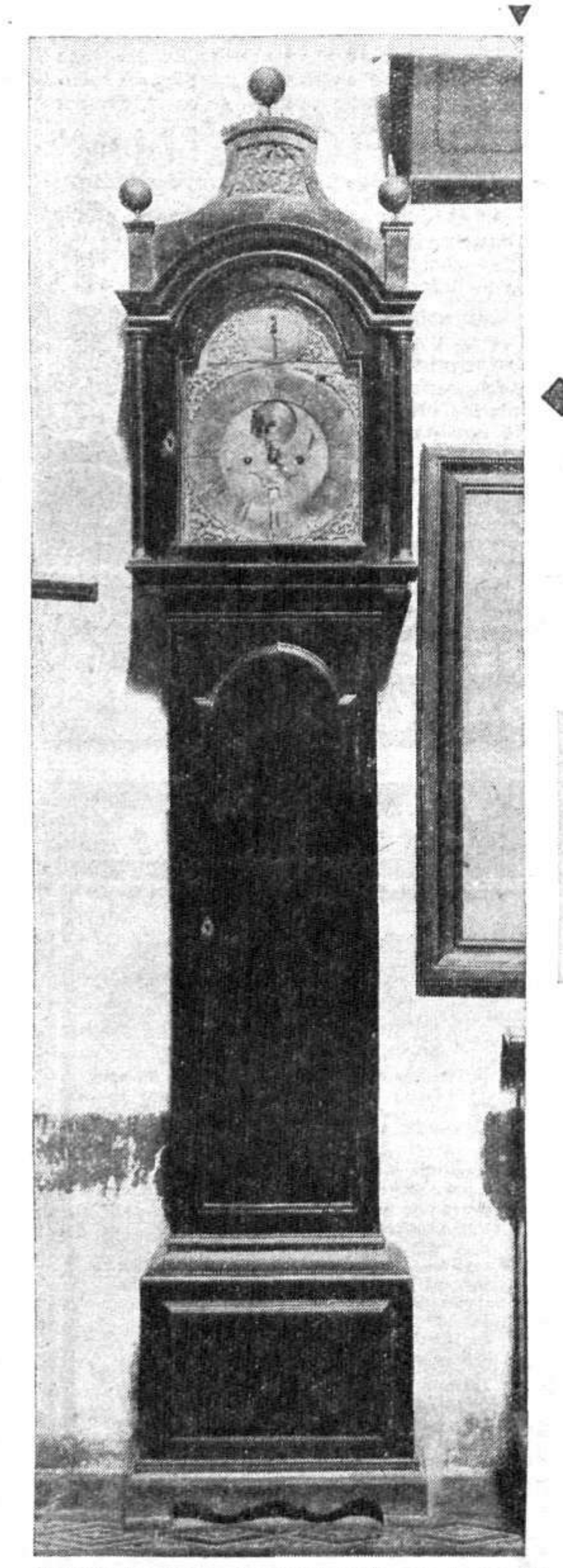


Fantástico aspecto de un depósito de segmentos de azúcar.

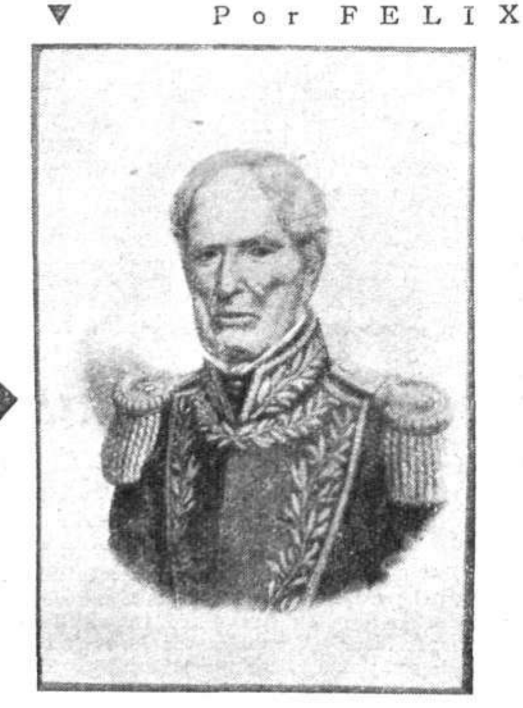
Elogío de tres piezas históricas que se

El reloj del coronel Pack, el del 71 de Highlanders; la mesa de opera

Por FELIX



El reloj de pie que el coronel Pack, jefe del 71 de Highlanders, donó a la iglesia de San Telmo, en la primera década del siglo anterior.



Retrato del almirante Guillermo Brown que se conserva en una pieza fronteriza con el despacho parroquial. La leyenda es de puño y letra de don Enrique Udaondo, director del Museo Colonial de Luján.

En el momento en que el ayudante de nuestro repórter gráfico desenvainaba el trípode de la "máquina grande" — espada de palo del generalísimo Daguerre, — se nos acercaron dos viejitas de esas que militan en las archicofradías de las iglesias porteñas, viejitas de clásico mantón negro y de botines de paño, y sobre las cuales el peso de los años va tomando la forma de un interrogante.

— Dios me perdone la curiosidad, ¿no?, pero...

— Pecado de escasa monta, señora... — permítese retrucar el "escriba" que suscribe estas líneas.

—¿Van a sacar fotografías del interior del templo?

— En la sacristía, señora, hay piezas de gran valor histórico, según nos han informado personas que conocen al dedillo la actuación de los hombres del pasado y las cosas que no son de hoy.

— El reloj de la sacristía, un reloj de pie, sin ir más lejos, jóvenes.

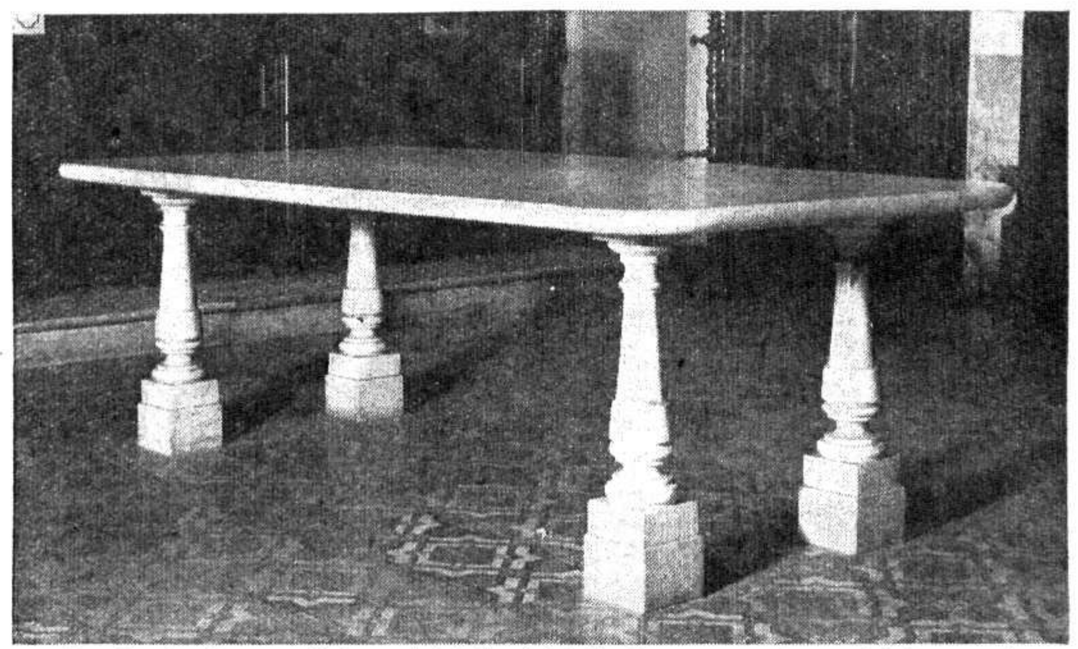
— ¿El que perteneció al coronel Pack, jefe del célebre 71 de Highlanders, misia Purificación?

— Sí, pues, misia Rita: el mismísimo. Lo donó

conservan en la iglesia de San Telmo

ciones del viejo Hospital de Hombres, y un retrato del almirante Brown.

L I M A ▼ ▼



Mesa de mármol que se utilizaba en el viejo Hospital de Hombres para operaciones quirúrgicas, actualmente en la sacristía de la iglesia de la referencia. Dicho nosocomio estaba situado en la calle Humberto I, entre las de Defensa y Balcarce, y en él actuaron Rawson y Ramos Mejía.

a la iglesia de San Telmo el coronel Pack, a raíz de las invasiones inglesas, como testimonio de agradecimiento de atenciones recibidas.

—Tan cumplidos que son los ingleses, ¿no?

—Lo más caballeros, misia Rita. El reloj de referencia anda tan bien como un reloj de bolsillo de reciente manufactura, y nadie diría que hace rato, camino del segundo centenario, que sus agujas continúan señalando las horas de cada día.

—Díganle al padre Guevara, nuestro párroco, que se lo permita fotografiar.

—Y no se olviden de tomar nota de la marca de fábrica. Si mal no recuerdo, en la esfera se lee: "Tho's Lozano en Londres". Y ya que van a la sacristía, también pueden fotografiar la gran mesa de mármol que sirve para colocar sobre ella las casullas antes de iniciar los oficios religiosos.

—¿La que perteneció al Hospital de Hombres, establecimiento que funcionó en la casa que hoy ocupa la escuela Guillermo Rawson, ¿frente a está iglesia?

—Sí, pues, hijita, mesa de mármol para las operaciones quirúrgicas, mesa como para veintitantos cubiertos, y en la cual tajearon Rawson, José María Ramos Mejía y otros grandes facultativos, siendo ellos practicantes. Esa mesa pasó a la iglesia de San Telmo, no bien el viejo Hospital de Hombres cerró sus puertas para siempre.

—Monseñor Duprat siempre la recordaba, ¿no?

—Y nuestro actual párroco, el padre Guevara, tan amigo de la tradición, no le digo nada. ¿Sabe usted qué suerte corrió el retrato del almirante Brown que, durante no pocos años, estuvo en el despacho parroquial?

—Tal vez al refaccionarlo al estilo colonial, el retrato ese... no sé, pero...

—¡Pero si está en la pieza cuya entrada da al claustro, casi frente a la puerta que comunica el claustro con el templo! ¿No lo ha visto? Yo soy tan vieja como usted, pero a Dios gracias, mi vista... El retrato del almirante Brown lleva una leyenda de don Enrique Udaondo, historiador y director del Museo Colonial de Luján, y en ella, hace constar que ese benemérito patricio fundador de la primera escuadra nacional, fué un creyente sincero, y como vecino de la parroquia asistía a misa a este templo de San Telmo, en cuyo archivo se registra en partida de defunción, y en la cual, el padre Juan Bautista Antonio Martínez, certifica que fué auxiliado con los Santos Sacramentos que le administró un sacerdote irlandés.

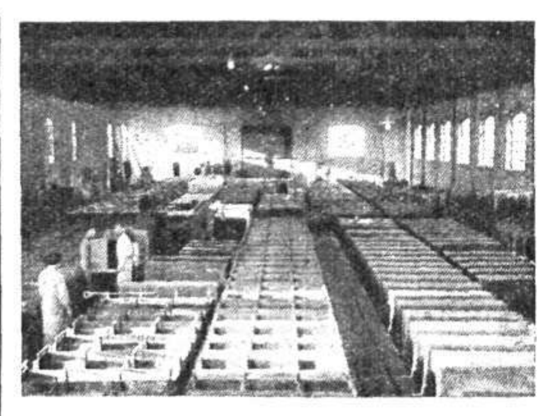
—El gran almirante domiciliábase frente al actual Parque Lezama, en la casa de los cañoncitos, sobre Paseo Colón, y desde su terraza, todo un rascacielos para aquella época, dominaba el río que fuera testigo de sus proezas; de ahí, que Brown concurriera a la iglesia que quedábale más cerca

—Falleció octogenario, ¿no?

—En el libro 3, folio cuarenta y tantos, hay una inscripción que dice, más o menos: "En 4 de marzo de 1857 falleció el General de Marina don Guillermo Brown, natural de Irlanda, de ochenta años, casado con doña Mabel Chyth, recibió los Sacramentos — Doy fe". — Firma el párroco Martínez, el cura que terminó la construcción de esta iglesia iniciada por el jesuíta Smith entre los años 1175 al 45. Bueno, hija. Vámonos a casa. Está refrescando y el aire del río de las grandes corazonadas del gran irlandés, nos puede hacer mal.

Las viejitas se santiguan con fervor; arriba, tañen las campanas en la iglesia cuyas cúpulas alcanzan a 45 metros sobre el nivel del atrio, y las cuales durante muchas décadas, sirvieron de puntos de mira a los navegantes.

Félix Lima



Los moldes en que se seca la pasta jabonosa.

Industrias argentinas

El jabón

Al acrecentamiento de la higiene ha respondido el desarrollo de la industria saponaria y viceversa. Un pueblo como el argentino, que se distingue por el culto de las prácticas higiénicas, debía procurar la obtención de jabones en abundancia y a precios bajos. Esto se ha conseguido ya. Varias fábricas jaboneras funcionan en la metrópoli para abastecer las necesidades del mercado nacional y competir con los productos extranjeros.

La industria nacional cuenta con una especialidad más, que, verdaderamente, le honra. Hace años, todo estaba dependiendo de la exportación, al tratarse de jabones finos. Las materias primas abundaban, pero no se había conseguido llegar aún a la perfección en las labores preparatorias.

Actualmente las cosas han cambiado; la industria del jabón es una de las principales del país y satisface las exigencias del público consumidor.



Método empleado para cortar las grandes barras de jabón común.

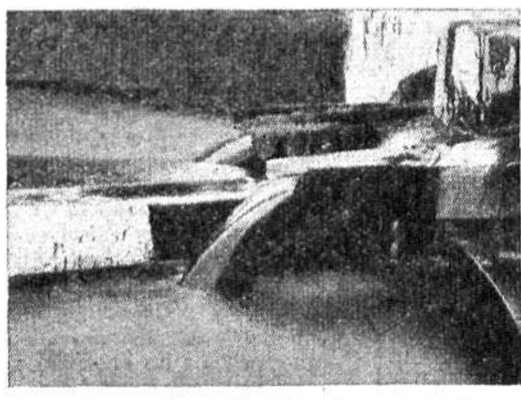


Vista panorámica de la zona de producción con sus talleres e instalaciones.

Industrias argentinas

El petróleo

Los egipcios, los caldeos, los asirios, los árabes, todos los pueblos de Oriente, conocían el petróleo, esa mezcla de hidrocarburos líquidos que fué utilizada para el embalsamamiento de los cadáveres, para fines curativos o para unir piedras y mosaícos. Nos hablan de él la Biblia, el Talmud, Estrabón y Herodoto, que describe los manantiales de Zante. Sin internarnos por la intrincada selva histórica, podemos afirmar que de él deriva el florecimiento de una industria que fué y es manadero de riqueza en los cinco continentes. En las postrimerías del siglo XIX fueron descubiertos y explotados, en pequeña escala, los pozos petrolíferos de nuestro país, pero recién en los comienzos del siglo actual, en el año 1907, se logró hallar la región más rica. Nos referimos a Comodoro Rivadavia, en el territorio nacional del Chubut. El hallazgo obligó al ministerio de Agricultura a crear la Dirección de los Yacimientos Petrolíferos Fiscales.



Dos corrientes de petróleo llenando un vasto tanque.

LA RUTA AL BRASIL

Por PEDRO FIORE

Recuerdo que hace unos diez años llegó a Buenos Aires el señor Davidson, que había recorrido unos 3.000 kilómetros a través de las selvas por senderos impracticables y que nos traía el saludo de los automovilistas de San Pablo.

Elegante conductor, experto y conocedor de la vida "nómade" por las rutas casi vírgenes, el raidista me habló con mucho entusiasmo de la posibilidad de preparar dos huellas más o menos buenas, por las cuales podría encaminarse una corriente turística hacia el Brasil y desde el Brasil hasta la Argentina.

Creo recordar, también, que nos escuchaba un señor. Observó éste que el turismo argentino-brasileño era cada vez más intenso y que existían excelentes compañías de vapores super modernos que hacían el viaje en cuatro días... y fué cuando el visitante rióse de buena gana y contestó lo siguiente:

—Jamás verá usted en un vapor, por cómodo que le resulte el viaje, lo que podrá admirar andando por huellas vírgenes y teniendo el convencimiento de que usted va "arando" un camino que mañana será una ruta internacional.

En efecto, tenía razón. Los años han pasado y el camino se va abriendo cada vez más. Ya hay quien va y quien viene del Brasil por el camino, que aun ofrece serios obstáculos, pero que ya puede ser vencido por el moderno vehículo de este siglo: el automóvil.

Lo que falta para popularizar la ruta es, desde luego, un gran certamen.

Es inútil. El arrastre de los deportes es tan fantástico, tan positivo, que no podría pensarse en otra cosa sino en un gran "raid" de regularidad de Buenos Aires a Río de Janeiro, o viceversa, como piedra de toque sobre la que giraría una publicidad enorme.

El viaje de ida y vuelta quizá resultaría muy largo. Podría, en cambio, efectuarse un año la ida con organización directa de la entidad argentina y la colaboración de su similar brasileña; y el año siguiente, el regreso, con organización directa del Brasil y colaboración argentina.

En total son unos 3.500 kilómetros, algo menos que el Gran Premio Internacional: fantástica prueba que no se hubiese realizado jamás, y que se efectuó, empero, normalmente, con un récord de inscriptos, de clasificados y un gran éxito.

¿Por qué no pensamos en este raid a Río de Janeiro, abriendo, así, en forma oficial, esta ruta de gran turismo para el automovilista?

Pedro Fiore

EL AS CARIOCA

Los cariocas y los paulistas tienen sus ases del volante. Yo conozco, o mejor dicho, conocí a dos en otros tiempos. Uno de ellos pagó su tributo el año pasado en el Gran Premio de Gavea y fué el as paulistano Nino Crespi. El otro as, el carioca, el de Río de Janeiro, es un viejo amigo de los argentinos. Es el corredor Correa da Silva: delgado, de tez que parece recién tostada por el sol de la pampa, de palabra sonora y suave, de modales gentiles, de exquisita amabilidad y corrección.

Correa da Silva escribió dos páginas de oro en el libro de nuestro Gran Premio Nacional. Por poco se nos lleva el premio. Hubo que luchar fuerte contra él: para que no se fuera entre Rosario y Córdoba se debió batallar a fondo para que en el regreso no despojara a nuestros punteros del triunfo. Y Correa da Silva fué segundo, y luego tercero en dos de nuestros Gran Premios Nacionales.

Nosotros, en el Brasil, tuvimos menos suerte la primera vez cuando fuimos a correr en la Gavea. Mc Carthy fué cuarto y Coppoli quinto, fracasando nuestros planes, pero, el año pasado, Rosa, Carú y Lozano defendieron bien nuestros colores y también fuimos segundos... lo mismo que le había pasado a Correa da Silva en nuestro país.

ESPERAMOS AHORA...

Ahora somos los argentinos quienes esperamos una visita numerosa de los amigos del Brasil; porque el único que nos visitó fué Correa da Silva, y existe entre la afición un entusiasmo no común para recibir y abrazar a una fuerte delegación de volantes brasileños.

Esperemos a los brasileños; pues nos resultará realmente encantadora su visita.

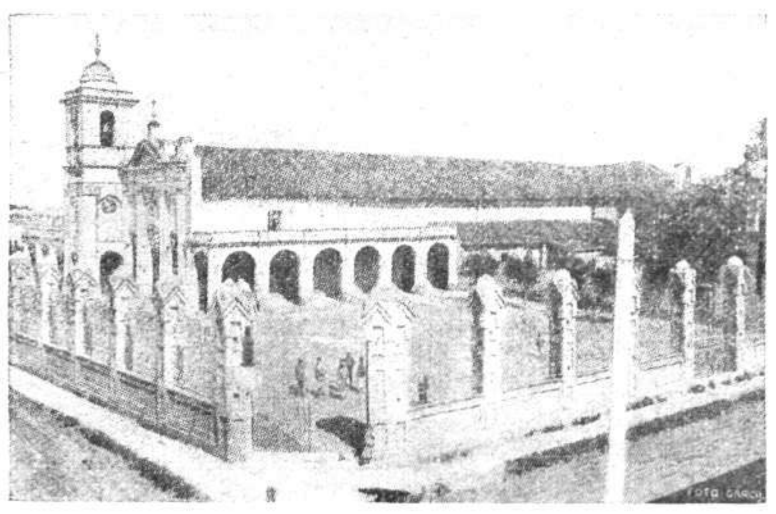


Obreros de la gubia realizando finos trabajos decorativos.

Industrias argentinas: los muebles

Cepillo, torno y gubia, impulsados por la mano del hombre, realizan el prodigio, y el áspero tronco truécase en esbelta pieza fniamente tallada. Poco tiempo después, la mesa de torneadas patas, la silla de elegante respaldar o el minúsculo taburete destinado a enjoyar una alcoba, dan la impresión de miniadas obras de orfebrería. Así surgen de los talleres argentinos los más lujosos muebles, piezas de armoniosa línea decorativa, superiores en todo, a los provenientes de los talleres europeos. Esta afirmación que, seguramente, moverá a sonrisa, puede ratificarla el escéptico visitando los establecimientos instalados en Buenos Aires, maravillas de perfección técnica en lo que a carpintería y ebanistería se refiere.

El convento de San Francisco de Santa Fe, es reliquia histórica



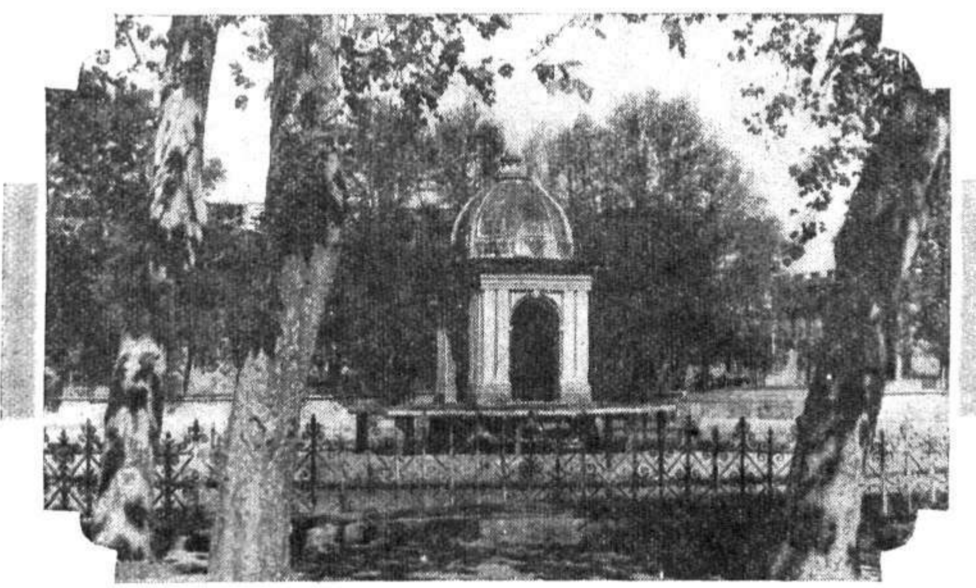
◆

Pero apenas se transponen sus arcos coloniales se recibe la sensación de ese santuario de la civilización que muestra, como en un museo, el decorado de la colonia y los difíciles y artísticos trabajos de talla sobre la madera dura, como en el coro donde hace música el armonio solemne.

En uno de sus considerandos, el decreto dice: "Que el Convento de San Francisco es, por las nobles inspiraciones que determinaron su fundación, los servicios prestados a la civilización de estas comarcas en sus cruzadas espirituales contra la ignorancia y la barbarie, así como por la influencia que más tarde ejerciera el hogar santafecino, índice elocuente de nuestros heroicos orígenes sociales y un poderoso agente de cultura a favor del cual se pronuncian los juicios de la historia y la gratitud de varias generaciones".

EL gobierno de la provincia de Santa Fe, en 1924, tradujo una excelente inspiración, por cuanto su famoso decreto sobre este convento tuvo un significado de justicia histórica para la conservación de nuestras reliquias ligadas al recuerdo de los viejos tiempos.

La acción destructiva de los años obligan a recurrir a las obras de defensa. Por eso ha sido menester la restauración de ese edificio que se mantiene aún en pie a pesar de su ancianidad. Tiene la fisonomía cambiada por fuera.

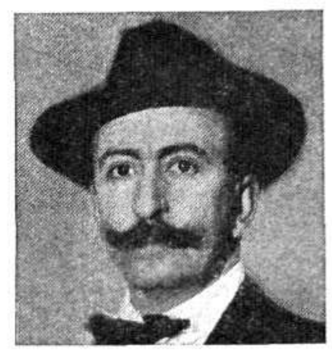


El templete, en medio de un lago sin agua.

¿Qué resultará del cordobés Paseo de Sobremonte?

Los ciudadanos cordobeses han encontrado una nueva causa de polémica: el paseo Sobremonte. Artistas y urbanistas se han repartido en dos bandos, el uno que se aferra a la tradición y el otro a un racionalismo ultramoderno. Con el paseo Sobremonte — gala de la Córdoba colonial — no se puede jugar así como así; no hay que olvidar que la historia suele pesar más que la estética... Lo cierto es que la Universidad no es ya el único tema de discusión en la ciudad cordobesa.


BOTTERO.


ALICE.


SANTIANO.

"UN TIPO ORIGINALE!..."

POR
ATILIO CHIAPPORI

APENAS el "valet" descorriera los pesados cortinones, inundó la estancia un jocundo resplandor de mayo. Aquel Veinticinco alcanzábalo yo en Turín, última etapa de mi primer viaje en Italia. Desde principios del mes ocupaba en el "Hotel de l'Europe" una habitación del primer piso sobre la Piazza Castello. La cordial solicitud de mi gran amigo y medio pariente el coronel Franklin Rawson, radicado de tiempo atrás en la abolenga ciudad piamontesa, así como la rectificación en la prensa local de cierta patraña relativa a nuestro Centenario, aparecida en "Il Corriere de la Sera", fueron mitigando día a día mis ansias de París. Y esa madrugada nos habíamos atardado cuatro o cinco argentinos, en un café nocturno, recordando cosas de la tierra y también, por ser víspera patriótica, para saludar la salida de nuestro sol libertador.

Sin otro programa matinal que el "almuerzo de gala" que ofrecía, en conmemoración de la gran efemérides, nuestro activo cónsul, don Angel M. Bottero, al recogerme dejé recado de que sólo me despertaran a las diez. Puntualmente, con el desayuno y los periódicos, salté de la cama; y, mientras me pasaba la "robe de chambre", fuíme a abrir de par en par la ventana luminosa. El fresco aire sutil y la vibración dorada del ámbito, retrotrajéronme a los fervorosos Veinticinco de Mayo de mi niñez, con bombas de estruendo, arrebatos de dianas y unciones de Himno al pie de la Pirámide. Por un instante — en esa inmediata confusión posthípnica de la memoria visual — representóseme la antigua plaza de la Victoria, desarbolada como la que entonces contemplaba junto a los "portici" — tan parecidos a nuestras recovas coloniales — que costean toda la Vía del Po, desde Piazza Castello a Piazza Vittorio Emmanuele. Pero ¡ay! el medioeval Palazzo Madama, con su fronterizo monumento al ejército sardo y, sobretodo, el Palazzo Reale del fondo, desvanecieron, de súbito, la ilusoria visión de la Gran Aldea añorada...

ALMUERZO de gala" — así rezaban las invitaciones — con asistencia del síndico, autoridades comunales y altos representantes del arte y de la intelectualidad; invitación subrayada, para mí, con una nota "ad-hoc" en mi carácter de comisionado del gobierno argentino, etc., etc... Sin la menor vacilación me vestí como correspondia, no sólo dentro de las genéricas modalidades sociales de entonces (1910), sino también protocolarmente, conforme al carácter "oficial" de la fiesta conmemorativa; a la presunta concurrencia de encumbradas personalidades — ¡acaso palatinas!; — y, desde luego, a mi "alta" condición de comisionado, etc., etc...: Pardo chaqué ribeteado; negro plastrón con el inevitable "camouflage" de la perla; pantalones de fantasía, a gruesas rayas; zapatos de charol con cintas de seda; guantes de gamuza crema; excéntrico "bambú" con pomo de plata martellinada y... galera de felpa — una regia y flamante galera inglesa adquirida en Lisboa para mis decorativas andanzas de personaje... Puedo asegurar que, dentro del estirado canon de la época, estaba impecable; tan impecable que, al darme un último vistazo en el espejo, casi no me reconocí.

Pero, al tomar el ascensor, tuve la primera decepción. Yo que esperaba deslumbrar al "groom" con mi extraordinaria parada, advertí que, en lugar de asombrarse, fijaba obstinadamente los ojos en el tablero de conducción!

— Bueno — me dije — es un muchacho y no se da cuenta...

Pero, ya en el "hall", tanto el "manager" como el portero me saludaron de una manera extraña, entre admirativa y risueña...

— ¿Coche, excelencia...?

— No, gracias — repuse un tanto intrigado; — quiero caminar un poco.

En efecto, no eran todavía las doce, y me dispuse a gustar un "cocktail" para hacer tiempo, en el bar de costumbre a dos pasos de allí. Avancé, pues, "soto i portici" hacía el sur. Con enorme estupefacción comprobé que la gente — sobre todo del pueblo — se detenía a examinarme entre curiosa e indignada. Solamente los intachables y donjuanescos cadetes que, a esa hora, esperaban en la Recova el esbelto paso de "le sartine", me miraron con simpatía pero también con extrañeza.

Comencé entonces a inquietarme. ¿No habría omitido — en la distracción de mis recuerdos — alguna prenda indispensable u olvidado alguna botonadura?... De reojo — al pasar — me espejé, dos o tres veces, en los cristales de los escaparates... Nada de eso.

Todo estaba completo; todo estaba correcto...

Pero como, a raíz de la última confrontación, dos guarangas vendedoras de baratijas se me rieran estrepitosamente en mis propias narices, decidí poner término al paseo y detuve un coche:

—Vamos al "Cambio", Piazza Carignano...

El cochero se inclinó para evitarme su sorna — doble en este caso pues el "chic" restaurante distaba apenas unos trescientos metros — y fustigó a su jamelgo moviendo enigmáticamente la cabeza.

En el vestíbulo del "Cambio" ya había gente: el cónsul; el adinerado industrial argentino don Juan Gregorini; el pintor Antonio Alice; el escultor César Santiago. Ellos también se sobresaltaron al verme. Entonces, ya no pude más y convicto de que vestía como un perfecto "gentleman", los interpelé un tanto violentamente:

—¿Se puede saber qué tengo de ridículo?...

—¡Ja, ja, ja! — fué la respuesta colectiva.

Contenida la carcajada, el señor Gregorini dijo, explicándose por todos:

—No se ofenda, amigo... La culpa es nuestra... Anoche, mejor dicho, esta mañana, nos olvidamos de advertirle que no se pusiese esas cosas de rigor en casi todas las ciudades europeas y también en Buenos Aires...

—¿Qué cosas?...

—Pero, ¡hombre!... el chaqué y... sobre todo ¡la galera!

—¡La galera! — repetía el coro regocijado.

—Usted, sin quererlo, habrá provocado si no la ira, el sarcasmo popular... Desde el triunfo socialista, la igualdad de indumentaria es tan estricta que esas prendas, símbolos de la prepotencia burguesa y capitalista, están ritualmente condenadas.

—Sí, señor — amplió Bottero; — a tal punto, que los "caballeros de honor" de la princesa Leticia no se atreven a cruzar la ciudad, ni en auto, en traje de etiqueta cuando deben recibirla en fiestas o reuniones populares... por ejemplo en el hipódromo. Van en traje de diario hasta las tribunas, y allí tienen el guardarropa donde cambian sus "americanas" y sus "canotiers" por el chaqué y la galera protocolares...

Completamente impuesto de lo subversivo de mi elegancia y, dado el programa que me esperaba — tarde y noche, — pregunté, con el comprensible desasosiego:

—Y, ahora, ¿qué hago?...

—Muy sencillo, amigo; damos un golpe de teléfono al hotel para que le traigan un saco obscuro y un pajizo y... ¡todo listo!

—¡Magnífico!...

Así se hizo y la patriótica fiesta transcurrió en paz hasta la madrugada siguiente. ¡Con qué fina gracia celebraron el percance, al escanciarnos el champaña, las deliciosas chicas que nos acompañaban en la trasnochada! Por algo es proverbial aquello de que la turinesa es la parisiense de Italia...

En realidad, toda la culpa era mía. De no pasar por las grandes ciudades de la Península en exclusivo deslumbramiento artístico, habría comprendido el nuevo ambiente social. ¿Acaso no era un signo revelador el de que en Florencia los ediles consintieran, meses atrás, el cambio del nombre tradicional de una de sus más rancias calles por el de Francisco Ferrer, endiosado a raíz de su inhábil e inútil ejecución en Montjuich? ¿Y aquella imponente manifestación del 1º de Mayo, en Piazza de la Signoria, con la concentración de banderas rojas bajo los arcos de la Loggia dei Lanzi?... Luego, ¿no había tenido yo mismo en Turín pruebas directas cuando un "inspector" gremial me impidió, frente a mi hotel, ocupar el coche que prefería por no ser el primero de la fila corrida de Piazza Castello?... ¿Y cuando, de paseo, por el magnífico parque Valentino, en compañía del coronel Rawson, al expresarle mi extrañeza por el escaso número de carruajes me manifestara que las familias aristocráticas y de la burguesía adinerada habían resuelto recorrerlo a pie para evitarse repentinas agresiones?

—En los primeros tiempos — terminó — acostumbraba a ofrecer de tanto en tanto mi coche, en retribución de atenciones, a las familias amigas que no lo tenían... Desde hace un año me cuido muy bien de hacerlo. La última vez lo ocupaban la señora y la hija de mi amigo el abogado R***, y gracias a que esta yunta, como usted ve, es trotadora, se salvaron de una pedrea en regla...

—No me diga...

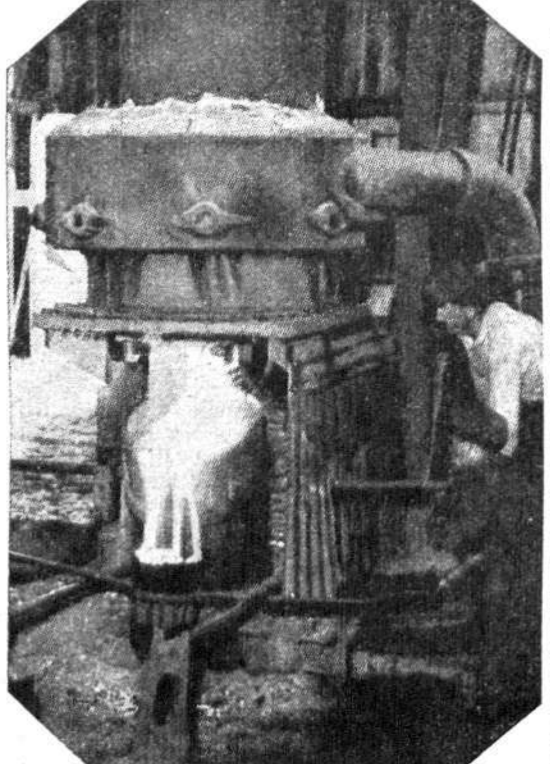
—Como usted lo oye. Desde que esa gente ganó las elecciones tiene a la ciudad en un puño... Veremos el resultado... Por el momento, las combinaciones administrativas le van saliendo al revés... Por ejemplo: la municipalización de las líneas tranviarias para combatir los monopolios, la explotación del pueblo, etc., etc. Pues bien, amigo, en tiempo de las compañías, éstas lograban buena ganancia y el municipio percibía la consiguiente renta a título del tanto por ciento de aquellos beneficios y de los consabidos impuestos. Ahora en cambio, la municipalidad pierde más de trescientas mil liras anuales y el servicio es pésimo... Pero el pueblo está contento: ¡que rabien los burgueses, aunque se arruine la comuna!

Todo esto me constaba antes del Veinticinco de Mayo; de modo que sólo porque vivía como un ausente, pude caer en la involuntaria agresión de aquella elegancia prohibida. Reprochábame, así, mi ligereza, la tarde siguiente, camino de la imprenta de "La Stampa" — uno de los periódicos más ponderables del reino — para finiquitar con el jefe de redactores, a quien me presentara el coronel Rawson, aquella aclaración sobre el porqué de la no ida del acorazado "Amalfi" a Buenos Aires; reciente pretexto polémico, de política interna, entre "Tribuna" de Roma e "Il Corriere de la Sera" de Milán, del que quizá me ocupe en algún otro recuerdo.

Como no hubiese leído los diarios, pues acababa de levantarme, al llegar al edificio de "La Stampa" me acerqué a una de las carteleras en las que se pegan los ejemplares del día para el público menesteroso. ¡Ojalá no lo hiciera!... En una de las planas, a dos columnas y encabezando un suelto humorístico, aparecía, atrozmente caricaturizada, mi prócer silueta de la víspera, con este sugestivo título: "Un tipo originale". Excuso decir que no me atreví a recorrer el texto y que fué tal la sensación de ridículo, que me di vuelta en el acto para encerrarme en el hotel. La mañana siguiente, a las 7, tomaba el tren para París...

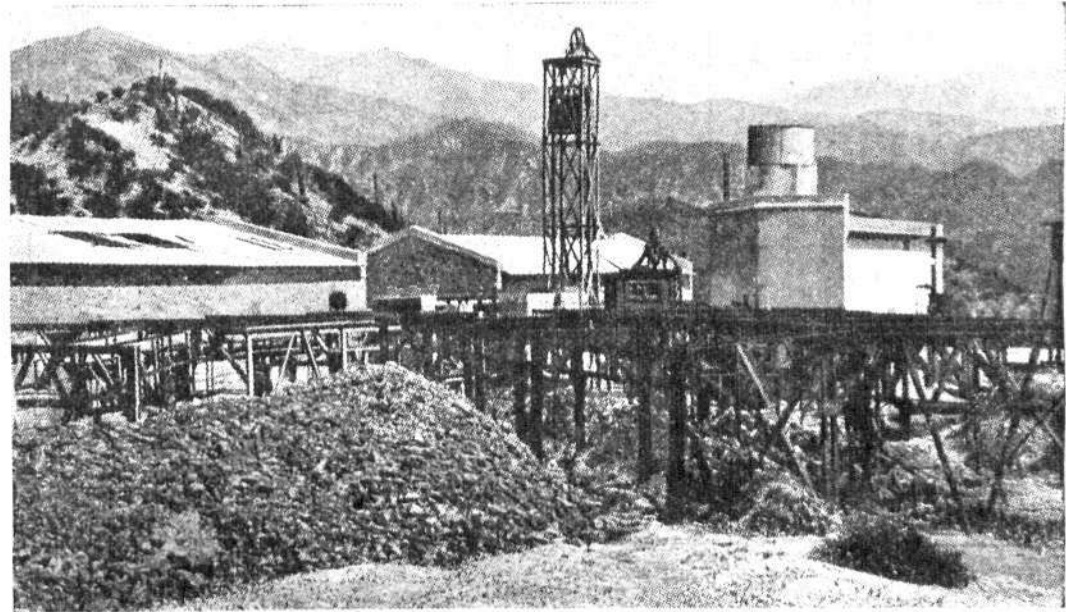
Atilio Chiappori

El acero



Dos obreros vierten hierro líquido en una forma.

NINGUNA industria tan viril como la relacionada con la metalurgia; el hierro y el acero más resistentes se rinden, se tornan dóciles al ingenio y la fuerza del hombre. En ella, la máquina impera como una eficaz prolongación de la energía humana y concede a nuestro siglo la denominación requerida. En nuestro país, su adelanto es asombroso. Desde el pequeño trozo de alambre, destinado a mantener erguida una flor en un ramo, hasta el pesado tirante que integra un esqueleto metálico; desde el minúsculo tornillo hasta la más complicada pieza de fundición; en una palabra, todo producto derivado de la industria metalúrgica: sale de los talleres argentinos, con tanta perfección que en nada se diferencia del material proveniente de los más antiguos establecimientos europeos y norteamericanos. Y nada confirma tanto este aserto como el siguiente dato: la industria metalúrgica argentina ejerce su hegemonía en toda Sudamérica, y su fuerza, que es poderosa, gravita sobre el mercado universal.



Talleres donde se funden los minerales en las importantes minas de Famatina.

Industrias argentinas: la minería

A medida que se extienden y amplían las redes ferroviarias, aumentan en importancia la industria minera. Mucho más que otras necesita del auxilio de los transportes. El mineral más laboreado es el plomo, cuya extracción ofrece materia prima a numerosas industrias nacionales. Las regiones andinas son de una portentosa riqueza metalífera, donde existen filones e indicios de oro, plata, "wolfang", platino y otros productos. Es necesario reconocer que el argentino, en general, resulta poco dado a las aventuras mineras, prefiriendo otras actividades. Pero, tan grande es el tesoro andino que llegará a tentar a los capitales para ir en procura de ese buen golpe de piqueta que enriquece.

Manuel Gorostiaga

Presidente de la Asociación de la Prensa Argentina.



◁ *(Traducimos de "La Revue Illustrée du Río de la Plata" del mes de agosto de 1890).*

MANUEL Gorostiaga, actualmente Presidente de la Asociación de Prensa Argentina, es una de las notabilidades de la República, tanto por su talento de escritor, que lo hace uno de los primeros publicistas de su país, como por los episodios notables de su vida tan agitada y toda ella consagrada a combatir la opresión, en un período político en que ese papel no carecía de peligro, puesto que se arriesgaban la libertad y la vida.

Manuel Gorostiaga nació en la provincia de Tucumán, pero permaneció allí poco tiempo y fué a Santiago del Estero, donde comenzó, desde 1875, una larga serie de luchas políticas, con una energía infatigable que ni la prisión ni el destierro pudieron atenuar. El partido a que su familia pertenecía acababa de ser vencido y la reacción triunfante cometía todos los abusos. Gorostiaga, que era abogado, libre de todo compromiso, hubiera podido fácilmente vivir tranquilo al margen, en un puesto independiente y bien rentado. Pero prefirió colocarse del lado de los oprimidos y darles la protección de su talento y de su valentía.

Atrincherado en el periodismo, como en una fortaleza, escribió, levantó el ánimo de la barra en los clubs, protestando sin tregua contra los excesos y arrostrando las amenazas de muerte y no saliendo de una prisión sino para entrar en otra... En 1877 ese estado de cosas llegó al período agudo y se había decidido la muerte de todos aquellos que se oponían violentamente. Gorostiaga era uno de esos opositores; pero no abandonó su puesto. Una noche, los soldados invadieron su casa y él se armó de un revólver contra los invasores. Felizmente la intervención de un amigo salvó el peligro y se pudo, a fuerza de razones, decidirlo a alejarse.

Gorostiaga se fué para Tucumán, donde fundó el diario "El Cóndor" que se unió más tarde con "El Argentino" y fué el órgano de un gran partido.

En 1880, fiándose en las promesas del gobierno que acababa de inaugurarse en Santiago, el joven publicista fué a reposar en el hogar paterno, pero las persecuciones continuaron y se le intimó la orden de pasar las fronteras de la Provincia en las veinticuatro horas. Gorostigada llegado a Córdoba, donde se reunían tropas para marchar contra Buenos Aires, pasó a Rosario, luego a la capital, donde se puso a las órdenes del general Arredondo, retirándose después con éste jefe a Montevideo.

A su regreso de la capital uruguaya, Gorostiaga volvió a Santiago y abrió un estudio de abogado; pero la vida política lo cautivó de nuevo y cedió a instancias de sus amigos, fundando "El País", diario que tuvo un gran éxito gracias al gran valor de sus artículos.

En 1885, Gorostiaga representó a la provincia de Santiago en el Congreso Nacional, tomando parte en los debates más arduos, y a pesar de sus numerosas ocupaciones, encontró manera de escribir en "El Nacional" artículos sensacionales que reproducían luego los órganos principales e independientes de la República. Esos artículos eran considerados como modelos de redacción política.

Después de la lucha electoral ocasionada por la elección del último Presidente, en la que no pudo hacer valer sus preferencias, Gorostiaga vino a descansar a Europa y recorrió Inglaterra, Francia y España, enviando a los diarios de Buenos Aires artículos de alto valor literario.

Nosotros hemos hablado frecuentemente de la acción importante de la Prensa en la República Argentina, de su actividad preponderante sobre la opinión pública, obtenida gracias a la competencia y al valor moral de sus redactores; y tenemos el agrado de rendir un justo homenaje al escritor de corazón y de talento que preside la Asociación de la Prensa Argentina.

▽ *Una joya histórica* ▽

El convento de San Lorenzo

El sentimiento argentino recuerda con veneración tres casas históricas que se vinculan íntimamente con nuestra independencia: la casa Rodríguez Peña, donde se reunían aquellos varones ilustres, que deliberaban con el peligro de su vida, sobre los prolegómenos de nuestra emancipación nacional; el Cabildo de Tucumán donde se juró la independencia, y el Convento Histórico de San Lorenzo, que sirvió de Cuartel General al Regimiento de Granaderos a Caballo, al mando del coronel San Martín.

El convento franciscano de San Lorenzo, desde la época de su fundación, que fué a fines del siglo XVIII, ha venido desempeñando su misión bienhechora. Sus religiosos se han ocupado constantemente en la reducción de las tribus indígenas, recorriendo las dilatadas llanuras de la pampa argentina, al sur de Buenos Aires y al norte de la República, iluminando con la luz de la civilización, la noche infinita de la conciencia indígena, que con la flecha anónima, marcaba límites al cristianismo que cedía, y así nuestros franciscanos misioneros han contribuído poderosamente a la gran obra de nuestra civilización.

Los frailes de este convento, asociándose a la causa de nuestra independencia, convirtieron los claustros de su morada, en hospital de sangre y entre el fuego de la descarga y el tronar de los cañones, recogían a los heridos, aquellos héroes que cubiertos de glorias, pagaban con su vida el precio de nuestra libertad, como Juan Bautista Cabral, quien en su piadosa sepultura, duerme el sueño de una gloria.

En este convento, a través de más de una centuria se conservan con el perfume de las flores y el humo del incienso, trofeos gloriosos de nuestra independencia y cuenta la historia que al pie de su pino secular, el coronel San Martín escribió el parte de su victoria.

El agraciado coronel entonces, de Granaderos a Caballo, no ha podido menos que dejar constancia en su lenguaje franco y



Antiguo Hospital de Sangre. Hoy refectorio del convento.

sencillo de su eterna gratitud y así se justifica del siguiente autógrafo:

Bs. As., 16 de mayo de 1813.

Rdo. Padre señor Pedro García.

Muy Señor mío y apreciable amigo:

Sin duda alguna dirá usted que el coronel de granaderos, se ha olvidado de usted y de esa apreciable comunidad, no Sor. Los beneficios del convento están demasiado grabados en mi corazón, para que ni el tiempo ni la distancia puedan borrarlos, pero un sinnúmero de ocupaciones y por otra parte su reconocida indulgencia, me han hecho ir demorando día a día, ahora que es urgente, lo hago para lo siguiente.

Es indispensable que sin pérdida me remita usted un memorial para la Asamblea con los nombres de los religiosos de ésa, solicitando para ellos la carta de ciudadanos.

Diga usted un millón de cosas a esos virtuosos religiosos, asegúreles usted los amo con todo mi corazón y que mi reconocimiento será eterno.

Deseo a usted la mayor salud y quedo en todo con el afecto e inutilidad de éste su af. y reconocido servidor.

Q. S. M. B.
José de San Martín

. . . .

El sentimiento nacional, ha dedicado a este convento, escenario glorioso de nuestra independencia, como ofrenda también de su reconocimiento, bronces simbólicos, cuya magnificencia ostenta orgulloso, entre los que se ven unidas la cruz con la espada, en otros el sol naciente con irradiaciones de fecundidad y de grandeza, en otros el laurel y el olivo, símbolo de gloria y de paz; y entre muchos otros, el cóndor majestuoso que tendiendo sus alas para cruzar abismos inmensos, sólo había de señalar derroteros de grandezas y de glorias.

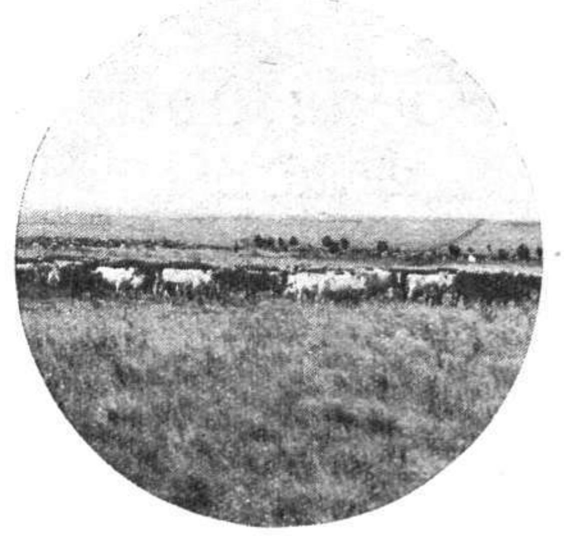
¡Los viejos muros de este convento, os hablarán de la Patria! La sombra del coronel, está encarnada en esta casa santa y su espíritu flota aún a través de los años como una enseña gloriosa.

¡Argentinos! Conservad este ejemplo. Es la encarnación de una Epopeya.

Teodoro Gómez.

El sortilegio de la pampa

Hay sitios en los que la llanura pampeana conserva aún su carácter milenario. Es allí un páramo inmenso, hijo de la Tierra y del Mar. Este abandonó a su esposa. Era un mar iracundo, que tenía de repente calmosos momentos de descanso.



De él tomó la tierra pampeana la densísima uniformidad de calma chicha, las olas suavemente curvadas de sus cuchillas, la vegetación incansable, semejante a la de un mar de sargazos, el gusto salobre de sus lagunas. La pampa es todavía marina.

Tiene rutas de océano, islas y costas, atractivos de mar.

Y como el mar, ejerce sobre sus navegantes un sortilegio poderoso. El hombre se siente aislado en la plenitud inmensa de la llanura, en el silencio de aquellos parajes, en la enervación temible y grata de la inmensidad.

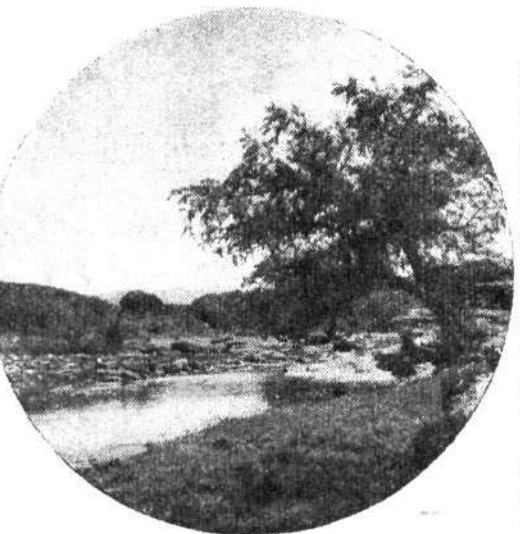
Es la Tebaida de unos anacoretas laicos y nómades: los gauchos. Penitencia suponen sus correrías ecuestres, sus trabajos pastoriles, sus ayunos y sus luchas contra los huracanes, los aguaceros, los vendavales y las sequías.

Asusta, como algo terrible, opresor. En algunos momentos produce las angustiosas sensaciones de una caverna sin salida. Quien entra en ella, vive deseando fugarse.

Pero, poco a poco, la pampa se apodera de nuestra voluntad, nos amolda a su uniforme monotonía. Realizado este sortilegio, al prohijarnos, comienza a revelarse en toda su gigantesca hermosura. Y se aprende a gozar de sus auroras, de sus atardeceres, de sus estrellas brillantes, que sentimos más cercanas, de las grandes correrías, en las que el sitio de destino se aleja. Y el que posee alma visionaria, meditativa, conviértese también en anacoreta laico.

La ciudad y sus vanidades ya no existen para quien ella amolda, mediante su mágico poder.

El encanto de las sierras cordobesas



El que las ama no lo hace por afán de esnobismo. Tiene algo o mucho de poeta, aunque no le deba la vida un verso.

Tiene tendencias a la soledad, a las meditaciones peripatéticas; y si en su vivir hay uno o pocos amigos, éstos pertenecerán a la hermandad de los que huyen del "mundanal ruido".

El placer de la montaña es necesario disfrutarlo todo lo más egoísticamente posible, y no por misantropía ni pesimismo, sino porque el espectáculo requiere el aislamiento y la atención concentrada de los cinco sentidos.

La montaña hay que verla con el olfato, oírla con los ojos, gustarla con el tacto, olerla con los oídos, palparla con el olfato. ¡Qué pocos y débiles son los cinco, si no se ayudan cambiando de oficio!

Las fuentes y los arroyos, los valles y las cimas, la niebla y la lluvia, el silencio y el eco, el árbol y la hierba, el canto y los balidos, y el relincho, y las voces escondidas; aquel sol, aquella luna, aquellas estrellas, aquel cielo, todo puro, flamante, forman un conjunto deslumbrador.

El encanto de las sierras cordobesas consigue, más de una vez, arrancar lágrimas de infinita e inefable ternura. El hombre se siente al par más grande y más pequeño. El porqué de muchas cosas que le eran inexplicables surge del monólogo íntimo, que frente al paisaje de los paisajes murmura quien no va allá impulsado por la moda. Y, ¡alabada sea, por encima de las curaciones espirituales de las divinas montañas de Córdoba, la acción salutífera que ejercen!

El Club "Recreo Argentino" de Gualeguaychú

Una de las asociaciones más antiguas y prestigiosas

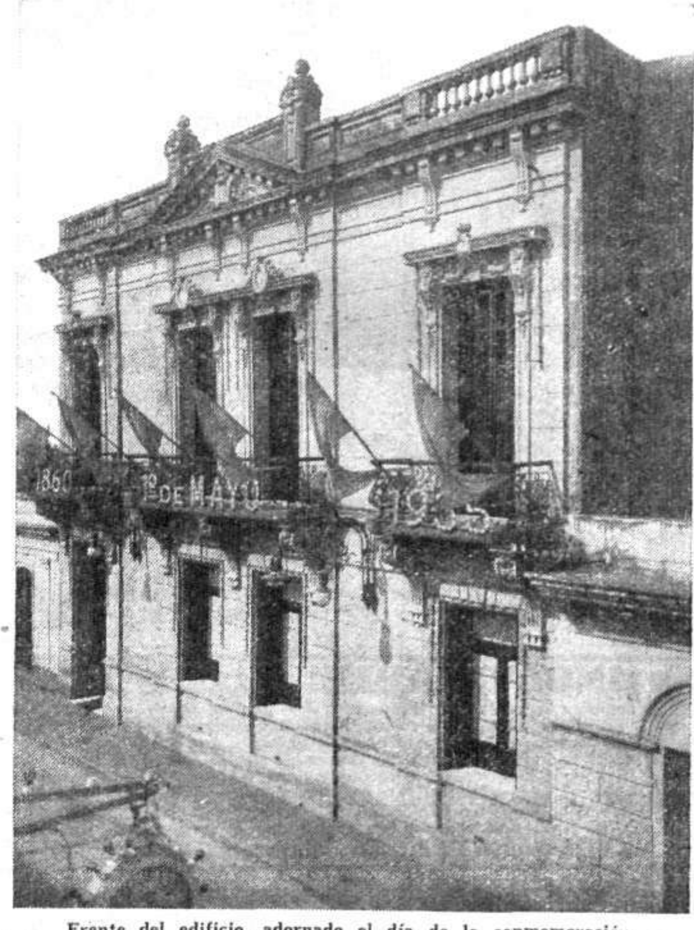
El decanato de los clubs de la República es un título tripartito, que corresponde a las sociedades "Club del Progreso", de la metrópoli, "El Orden", de Rosario, y "Recreo Argentino", de Gualeguaychú.

Este último, intenso foco de cultura y de sociabilidad, festejó el día 1º de mayo sus bodas de diamante.

Uno de los socios fundadores y primer presidente del club, el señor Pastor Britos, fué "alma máter" de la naciente asociación, a la que dedicó los entusiasmos juveniles y la experiencia de la edad madura. A su incremento y brillo estuvo consagrado, hasta el fin de su larga vida.

El acta de fundación, escrita de puño y letra del señor Britos, lleva, además de su firma, las de los señores Rómulo Delgado, Enrique Copello, Justino Calveyra, Manuel Crosa, Luciano Igarzábal, Clemente Basavilbaso y otras.

En épocas diversas, hijos predilectos de la hermosa ciudad entrerriana frecuentaron los salones del club: Gervasio Méndez, Olegario Andrade, Osvaldo Magnasco, José S. Alvarez, María Luisa Guerra, Luis y Martín Doello Jurado, etc.



Frente del edificio, adornado el día de la conmemoración.

En el recuerdo de esa juventud, cuyo nombre se hizo célebre en el país, vivió siempre la época de sus escarceos sociales. Las tertulias literarias y artísticas, de las que fueran centro y autoridades críticas constituyen remembranzas para los socios de aquel entonces que han sobrevivido.


Don Pastor Britos, uno de los socios fundadores y primer presidente del club.

Todo esto acude a la memoria hoy, al ser celebradas las bodas diamantinas de la veterana sociedad de recreo y de cultura, orgullo justo de la buena sociedad de Gualeguaychú.

La fecha ha constituído un acontecimiento memorable en la ciudad.

El club festejó su setenta y cinco aniversario con una hermosa fiesta, en la que fué recordada su historia y sus méritos.

CARAS Y CARETAS

invita a sus lectores, residentes en cada una de las catorce provincias, a remitir a esta administración, bajo sobre, por intermedio del correo, el cupón agregado a esta página, una vez que haya consignado en el mismo el nombre del escritor o escritora de su provincia que, a su juicio, deba ser considerado como el mejor.

La persona de cada provincia que el día veintiuno del próximo mes de septiembre haya obtenido el mayor número de votos, remitirá a esta revista, para su publicación:

PROSA, una o varias composiciones (limitación: 2 páginas).
VERSO, „ „ „ „ „ 1 „

Los plebiscitados por este medio deben residir en su provincia natal y no figurar entre los escritores ya consagrados en la República; pues esta iniciativa de nuestra revista tiende a ser una búsqueda de valores ignorados que siempre existen... y pasan sin haber conseguido nunca un aplauso por falta de la ocasión propicia de exteriorizarse.



Provincia ____________________

Nombre del votado ____________________



Vista general de un moderno taller porteño de telares.

Industrias argentinas: los telares

UNA deficiencia, inherente a todo país que inicia sus conquistas industriales, era hace años la necesidad de que la Argentina — riquísimo mercado de lanas, — tuviese que importar tejidos. Debióse tal falta a que, eminentemente, pastor y agricultor, el país no había emprendido las tareas industriales en gran escala. Ahora existen importantes fábricas que se dedican tanto a la hilandería como al tejido de casimires, en competencia con los extranjeros. Ni por la calidad de las lanas ni por gusto de los dibujos pueden ser preferidos los géneros de la industria de otros mercados.

CARAS Y CARETAS
REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
151, CHACABUCO, 155 — BUENOS AIRES

TELÉFONOS: Unión Telefónica: Administración: 8080 (Rivadavia). Dirección: 8081 (Rivadavia). Sección Avisos: 8082 (Rivadavia). Talleres: 8083 (Rivadavia).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR	
Trimestre. . .	$ 2.50	Trimestre. . .	$ 3.—
Semestre . . .	„ 5.—	Semestre. . .	„ 6.—
Año.	„ 9.—	Año.	„ 11.—
Núm. suelto. .	20 ctvs.	Núm. suelto. .	25 ctvs.
Núm. atrasado.	40 „	Núm. atrasado.	50 „

EN EL EXTERIOR

Trimestre	oro $ 2.—
Semestre	„ „ 4.—
Año	„ „ 8.—

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Estados Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay.
Año. . . . . $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR

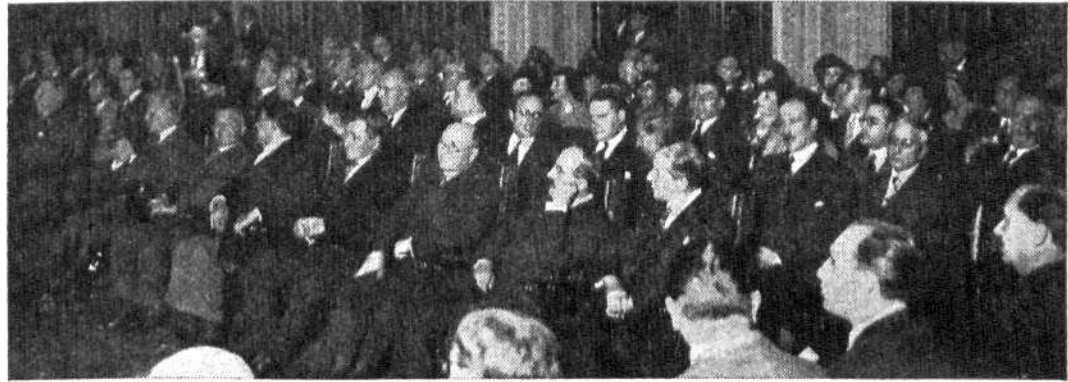
Fué honrada la memoria de un sabio argentino

En el día de cumplirse el primer aniversario del fallecimiento del ilustre sabio argentino, doctor Angel Gallardo, se realizaron en su homenaje dos significativas ceremonias. La primera de ellas tuvo lugar en la escuela Esteban de Luca, donde se dió el nombre del hombre de ciencia recordado al museo de la misma. Con tal motivo se desarrolló un interesante programa de números musicales y conferencias acerca de la obra del doctor Gallardo, entre los que merece citarse la pronunciada por la vicedirectora, señorita Laura M. Matasis con el título de "Ofrenda al doctor Gallardo". Al terminar el sencillo pero emocionante acto, todas las alumnas desfilaron silenciosamente ante el retrato del sabio.

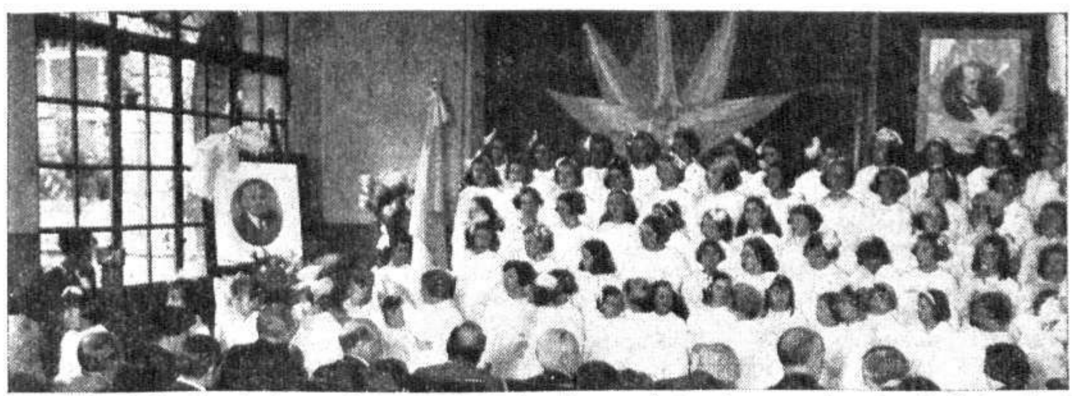


Doctor Angel Gallardo, que ha sido recordado en el primer aniversario de su muerte.

La otra ceremonia tuvo lugar en el salón de actos del Colegio Nacional Buenos Aires y fué organizado por la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de la cual el doctor Gallardo fuera presidente. Abrió el solemne acto el actual presidente de la Academia, ingeniero Agustín Mercau, y luego el profesor, doctor Enrique Herrero Ducloux pronunció un hermoso discurso sobre el tema "Elogio académico de Angel Gallardo", en el que analizó la vasta obra del sabio recordado a través de su múltiple actuación en la investigación científica, en la enseñanza y en las funciones directivas y públicas que desempeñara con el alto espíritu de un sabio y de un ciudadano de excepción por sus virtudes.



Aspecto que presentaba el salón durante el homenaje de la Academia de Ciencias Exactas al sabio argentino



En la escuela Esteban de Luca, mientras se designaba al museo de la misma con el nombre de Doctor Angel Gallardo, en presencia de autoridades universitarias y escolares y alumnos.



Un extremo de la Biblioteca América. Foto obtenida antes de su inauguración en 1926.

Hace 30 años que en la Universidad de Santiago de Compostela funciona una biblioteca y museo de los países americanos

Por LUIS POZZO ARDIZZI

"Y Colón, deslumbró a los Reyes Católicos al presentarle los indios y sus pedrerías... que había traído del Nuevo Mundo..."

¡Han pasado cientos y cientos de años!...

¡Han pasado siglos!

(De Colón queda el recuerdo en sus estatuas... y de los Reyes Católicos... una leyenda amable que repiten las nuevas generaciones al iniciarse en los rudimentos de la historia del descubrimiento de América...)

La España de hoy no es la de los Reyes Católicos.

La América de hoy no es la que descubrió Cristóbal Colón.

España no está preocupada por la conquista de reinos: sólo desea afianzar su poderío local, nacional, republicano.

América se ha expandido y se expande cada vez más, como una realidad dentro del concierto mundial.

A pesar de los medios modernos de comunicación, España y el Nuevo Mundo, están más distanciados que nunca: sus problemas son distintos.

Para llegar al acercamiento, a la unión espiritual que debe fundir otra vez en un lazo indestructible a la hija y a la madre patria, hay que redescubrir a la primera.

¿Cómo?

Haciendo que nos conozcan en España.

Un "descubridor" del Nuevo Mundo

Don Gumersindo Busto, hijo de Santiago de Compostela, es uno de los hombres que ha iniciado el "redescubrimiento" del Nuevo Mundo.

En 1904, desde aquí, desde Buenos Aires, donde labró su bienestar personal, empezó la campaña del "redescubrimiento": lanzó la idea de fundar la Biblioteca "América" en la Universidad de Santiago de Compostela. Pronto obtuvo el concurso de otros coterráneos, y la idea se tornó en realidad.

He aquí sus palabras:

—*En los años de mi niñez, allá en España, oía decir de los que partían para América: "nos vamos a Montevideo, a Buenos Aires, a La Habana"... No se decía a la Argentina, al Uruguay, o a Cuba... Ni en los primeros años de estudio de la geografía llegábamos hasta los confines del continente americano en las lecciones que recibíamos. Y ya en América, aún casi niños, fuimos desde Montevideo hasta casi los confines de la frontera brasileña; y más tarde, desde Buenos Aires a Tucumán, Mendoza, San Juan, Corrientes y más aún, observando con curiosa disposición la enorme extensión del "Buenos Aires" de los que emigraban; la intensidad de la producción agrícola y ganadera; el campo amplio donde poder desarrollar actividades para labrarse el bienestar. Así, viéndolo, me explicaba que en "Buenos Aires" o en "Montevideo" cupiera tanta gente. ¡Venía tanta! ¡Y venía tan contenta y con tantas esperanzas!*



Don Gumersindo Busto, iniciador y fundador de la Biblioteca.

Doctor Pedro Magadán, presidente de la comisión protectora, en esta capital.

Necesidad de conocerse mutuamente

Don Gumersindo Busto, agrega en seguida: —*Poco a poco me fuí interesando en los hechos, en los hombres y las cosas de América. Y ese interés, y afecto, un poco atenuado en la época emancipadora de Cuba, por los desazones que nos hacían pasar con el "Cuba Libre", se intensificaron después, desbordando en deseos de hacer conocer en Galicia, por lo menos, mis impresiones de observador novel, y a la vez, el de que los "criollos" tuvieran un concepto más claro y real de España, sobre todo de Galicia, juzgada con criterio mezquino y mortificante para los que hemos nacido en ella.*

No era fácil la empresa, ni nosotros los indicados para intentarlo.

Los países de América necesitaban también labor de reivindicación. En Europa no había más preocupación que la de colocar capitales para sacarles el mayor y más fácil interés posible. Lo demás poco importaba: era "South América". Y eso, naturalmente, afectaba a los criollos, que ya tenían valores, además de vacas, lanas y trigo...

Origen de la fundación de la Biblioteca "América"

Recuerdo *que en aquellos años* — manifiesta *luego* el señor Busto — *hasta los diarios de Buenos Aires se quejaban de que en los consulados argentinos, ni siquiera existían unos malos mapas que sirvieran para orientar a los que deseaban interesarse por las cosas de este gran país.*

Y fué entonces que se me ocurrió fundar la Biblioteca - Museo "América", en la Universidad de Santiago de Compostela. La idea fué recibida con aplauso, pero muchos lamentaban que no se estableciese en Madrid o Barcelona, poblaciones numerosas que aprovecharían mejor de ella.

Con mis colaboradores no lo entendimos así, por dos razones: porque queríamos honrar a nuestra tierra, y porque ésta daba a América el mayor contingente de emigración, necesitada de una orientación para el desarrollo de sus actividades.

No se iniciaba tampoco la institución para vivir anémica en un lugar cualquiera. Se iba a establecer en una Universidad, escuela de difusión, por tanto, donde los hombres del tiempo y de generaciones futuras aprendieran lo bueno y útil que América tenía y podía brindar, practicando a la vez afectos para llegar a la concordia de los pueblos y de los hombres.

Así, con el auspicio de ese noble concepto de este modesto y esforzado hijo de Santiago, nació la Biblioteca "América".

Se enviaron circulares a todos los países americanos, demandando adhesiones y libros...

Las primeras donaciones

A través de la conversación, el señor Busto recuerda que el primer libro que llegó fué donado por don Benito Gómez, comerciante español establecido en Chascomús, quien envió media docena de interesantes volúmenes de historia argentina.

El segundo donante fué el ingeniero Emilio Mitre, quien remitió ejemplares de la "Historia de San Martín", escrita por su padre don Bartolomé Mitre.

Y así sucesivamente hasta que ahora, después de intensa propaganda, se cuenta con cerca de 20.000 volúmenes de autores americanos y de extranjeros que tratan asuntos o temas de América. La historia, las ciencias, la literatura, la jurisprudencia, la filología, etc., están dignamente representadas gracias a la cooperación de los Congresos de Wáshington, Buenos Aires y Montevideo, gobiernos, universidades, instituciones científicas y culturales, autores y simpatizantes.

El Museo Americano

El museo que funciona anexo a la Biblioteca América, cuenta con más de 250 mapas y planos, 1.200 medallas y monedas, colecciones mineralógicas, fotográficas, etnográficas, de flora y fauna, musicales, etc.

Tiene además una galería con 18 bustos en bron-

ce y mármol de próceres de la Independencia y de prohombres del pensamiento, entre los que figuran, de la Argentina: los de San Martín, Moreno, Rivadavia, Mitre y Avellaneda y además bajorrelieves en bronce de Belgrano, Roca, Mitre y Amancio Alcorta; del Uruguay: los de Artigas, Rivera, Lavalleja, Oribe, Rodó y Zorrilla de San Martín; del Ecuador, el de Santa Cruz Espejo; de Méjico, el del doctor Morelos y Pavón; de Venezuela, los de Miranda, Bolívar, Sucre y Andrés Bello, donados por subscripciones unos, por municipalidades, ministerios y universidades otros. Y como un complemento de delicado afecto, se guardan en ese museo las banderas nacionales de los países americanos, donadas por comisiones de distinguidas damas de cada nación.

Incorporación de la Biblioteca a la Universidad

El gobierno español, por Real Orden, el 11 de noviembre de 1909, declaró incorporada la Biblioteca "América", a la Universidad de Santiago de Compostela. Pero recién pudo inaugurarse oficialmente el 26 de julio de 1926.

La Universidad de Santiago, apreciando la importancia de la Biblioteca, creó, como un nexo necesario de la misma, el Instituto de Estudios Americanos, que el rector doctor Alejandro Rodríguez Cardoso propuso que fuera declarado oficial, por tratarse de la entidad americanista más importante en su género que existía entonces en España.

La sesión de clausura del Congreso para el Progreso de las Ciencias, que se realizó el año próxima pasado en Santiago, se celebró en el salón de la Biblioteca "América" en homenaje al fundador y a los pueblos americanos.

Desde hace tiempo, en la Biblioteca se dan conferencias sobre temas americanos, por intelectuales de la mayoría de los países de la América Latina.

La comisión protectora de Buenos Aires

En 1917, se creó en Buenos Aires una Comisión Protectora de la Biblioteca América, la que cuenta con estatuto aprobado, y gran número de socios, los que contribuyen, con 5 pesos anuales, como protectores o con 25 pesos también anuales, como socios de mérito.

La primera comisión fué presidida por el señor Tomás Santa Coloma, y formaban parte de la misma, el contralmirante Valentín Feilberg, don Bernardo Rodríguez y otros caballeros de actuación destacada en esta capital.

La actual comisión está formada por las personas que mencionamos a continuación: presidente, doctor Pedro Magadán; vicepresidente, Antonio Boó; tesorero, Fernando Lorenzo Rico; secretario, Tirso Lorenzo; vocales: doctor José Pacífico Otero, doctor Augusto Cortina, Antonio Rico de Santiago, Francisco S. Martínez, Roque Ferreiro, Waldo A. Insua, Francisco Pérez, Arturo D. Leyro.

El director - bibliotecario en Bunos Aires, es el fundador, señor Gumersindo Busto.

La comisión mencionada ha fomentado concursos de historia americana entre los estudiantes de la Universidad de Santiago.

El celebrado en 1934, lo fué con un tema propuesto por la Junta de Historia y Numismática Americana sobre "Historia de las misiones diplomáticas españolas a América en 1820". El jurado lo formaron los doctores Ricardo Levene, Martiniano Leguizamón, Augusto Cortina, Enrique de Gandía y Tirso Lorenzo.

*

He aquí sintetizada una obra grande, inspirada y desarrollada por un hombre sencillo que vive en Buenos Aires envuelto en su propia modestia. Pero la compensación, aunque se trabaje en silencio, llega al fin...

Ultimamente la Universidad de Compostela, por aclamación del Honorable Claustro Universitario, acordó solicitar autorización del gobierno para conceder a don Gumersindo Busto, el título de doctor "honoris causa".

Además, diversas instituciones científicas y culturales de América, le honraron ya con nombramientos honoríficos.

Hombres de esta talla son los que pueden contribuir al mayor acercamiento entre América y España, con más eficacia que los congresos de confraternidad, o las conferencias ibero-americanas, donde se habla mucho... pero se hace muy poco...







Anverso y reverso de la medalla que se mandó acuñar con motivo de la incorporación de la Biblioteca América a la Universidad de Santiago de Compostela.



Castillo de la familia de Obligado, próximo al lugar de la acción de 1845. El mirador está adornado con dos balas de la época, sin duda traídas del sitio del combate por el poeta Obligado.

EL COMBATE DE OBLIGADO

Por J. BALACH

BREVES CONSIDERACIONES

El obelisco inaugurado el 20 de noviembre de 1934, por iniciativa del director del Museo Histórico y Colonial de Luján, doctor Enrique Udaondo, en la barranca en que fué emplazada la batería "Manuelita" al mando del coronel Juan B. Thorne, ha traído a la memoria la intrépida defensa de Obligado, sobre el río Paraná.

De lo que se ha escrito sobre este combate, sin pretender haberlo abarcado todo, lo tratado con más altura es la descripción que de él hace el capitán de fragata Teodoro Caillet-Bois. en su espléndida obra "Historia Naval Argentina", por haber sido depurada con abundante documentación, escrita con serenidad, inteligencia, sentimientos humanos y, sobre todo, con un amor ilimitado por el pasado de nuestra fuerza naval. Por eso no es aventurado afirmar que en la hora presente, aparte de todo lo que la crítica competente ha dicho de ella, es la obra que abarca con más amplitud la historia de la marina nacional desde las jornadas de la Independencia hasta nuestros días.

Es justo recordar que los principales historiadores que han tratado los acontecimientos desarrollados hace una centuria en el Río de la Plata, no han asignado mucha importancia a los asuntos navales; sin embargo, ellos prepararon y encadenaron otros acontecimientos trascendentales que afirmaron la independencia de la Nación a la par que constituyeron un escarmiento para todo osado que se atreviera a hollar sus playas. A este respecto, la actuación de Brown es riquísima en episodios importantes, entre ellos, la destrucción de la escuadra realista frente a Montevideo en 1814, que precipitaron el fin de la dominación ibérica.

Cuando se escriba la historia definitiva de la República Argentina, esta obra no debe ser olvidada.

LA POSICION

El general Lucio V. Mansilla fué encargado por Rosas para impedir a la escuadra combinada anglo-francesa que remontara el Paraná para reunirse con los unitarios de Corrientes, que al mando del ex prisionero de Luján, general Paz, se preparaban para una nueva campaña.

Mansilla optó por artillar con los elementos de que pudo disponer, el lugar conocido por la "Vuelta de Obligado", entre San Pedro y Ramallo, que ofrecía grandes ventajas para su defensa, por lo alto de la barranca (20 metros) y el escaso ancho del río (800 metros). Lugar de paso obligado, la escuadra bloqueadora no podía evitar el obstáculo si persistía en su propósito de llegar a Corrientes o de proteger la navegación de sus barcos mercantes por el Paraná.

Se dispusieron cuatro baterías en el siguiente orden:

1º Denominada "Manuelita", al mando del coronel Juan B. Thorne, con 7 cañones de pequeño calibre.

2º Denominada "General Mansilla", al mando de Felipe Palacio, con 3 cañones de pequeño calibre; rasante, dispuesta entre las barrancas en un declive del terreno.

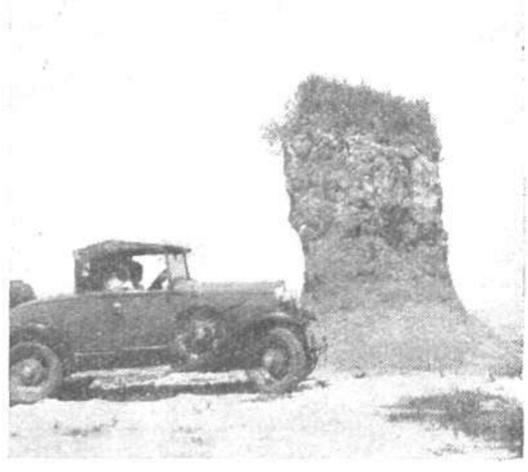
3º Denominada "General Brown", al mando de Eduardo Brown, con 5 cañones de calibre regular.

4º Denominada "Restaurador Rosas", al mando de Alvaro de Alzogaray, con 6 cañones de regular calibre.

El total de artilleros al servicio de estas baterías ascendía a 220, y se hallaban disimuladas por los bosquecillos de chañares, algarrobos, talas, etcétera de la costa y con parapetos de tierra sin mayor consistencia.



Obelisco de piedra erigido a la memoria de los caídos en la acción de Obligado, en el lugar donde estaba emplazada la batería "Manuelita".



Islote o torreón donde fueron amarradas las cadenas. Habitualmente rodeado de agua, en esta ocasión la bajante permitió el acceso de autos.

Contaban con el apoyo de unos 2000 hombres entre soldados, más o menos adiestrados, y paisanos reclutados en las localidades vecinas, entre ellas San Pedro.

Frente a la batería rasante denominada "General Mansilla", en una especie de islote próximo a la costa, que aun existe muy desgastado por la erosión, fueron amarradas tres gruesas cadenas que cruzaban el río sostenidas por 24 embarcaciones acoderadas. La segunda orilla era defendida por el bergantín "Republicano" y los lanchones "Místico", "Restaurador" y "Lagos", los cuatro pobremente armados.

Esa fué la obstrucción que encontró a su paso la escuadra combinada, el 18 de noviembre de 1845, constituída por los siguientes buques:

1. Ingleses: Vapores "Gorgón", insignia, y "Firebrand"; corbeta "Comus" y bergantines "Philomel", "Dolphin" y "Fanny", con cincuenta cañones de gran poder.

2. Franceses: Vapor "Fulton", bergantines "San Martín", insignia, "Pandour" y "Prócida" y corbeta "Expeditive", con cuarenta y nueve cañones de buen calibre, muchos de ellos "paixhans" de bala explosiva, desconocidos hasta entonces en el Río de la Plata.

A los 100 formidables cañones de que disponían los comandantes de la escuadra aliada, Hotham y Tréhouart, oponía Mansilla sus 21 piezas medianas y el gran coraje de sus oficiales y soldados criollos. "No había, pues, proporción entre los combatientes — dice Caillet-Bois — por más que sea siempre operación arriesgada la de una fuerza naval contra baterías terrestres".

EL COMBATE

El 20 de noviembre por la mañana la escuadra atacó resueltamente la obstrucción previo un ligero reconocimiento, donde fueron recibidos a cañonazos por las baterías y a los acordes del himno nacional.

Las baterías de tierra, con un ancho campo de vista sobre el río, iniciaron el tiro con buen éxito Tan es así que el "San Martín", buque insignia del capitán Tréhouart, que fué secuestrado al almirante Brown con el resto de la escuadra argentina dos meses antes, pronto quedó fuera de combate y a la deriva con medio centenar de muertos a bordo.

El fuego de los buques fué respondido con eficacia, soportando la batería "Restaurador Rosas" un violento cañoneo que le causó bajas; no obstante ello, se siguió combatiendo con ardor, provocando indecisiones en los atacantes, que se disponían a aproximarse a la obstrucción para cortar las cadenas. La primera de esas intentonas fracasó con pérdidas.

Se hallaban en primera línea, escalonados sobre la costa entrerriana, el "Dolphin", "Comus", "Pandour" y el vapor "Fulton", mientras el resto de los buques "Expeditive", "Fanny", "Philomel", "Prócida" y los vapores "Gorgón" y "Firebrand", al mando de Hotham, se mantenían unos mil metros aguas abajo sin combatir, esperando, aparentemente, el resultado del ataque de los primeros buques.

A las 10 de la mañana toda la escuadra hacía fuego sobre las cuatro baterías, en las que sus tiros hacían verdaderos estragos sin amilanar, empero, la resistencia de los argentinos, que con certeros impactos pusieron fuera de combate los bergantines "Pandour" y "Dolphin", silenciaron los cañones mayores del "Fulton" y obligaron a retirarse al "Comus", mientras el "San Martín" iba a la deriva con la cadena del ancla rota a balazos.

Como puede notarse, todos los buques que mandaba Tréhouart fueron rechazados, debiendo buscar el refuerzo de la división de Hotham para evitar mayores pérdidas que las ya sufridas.

Este revés dado a la flota coaligada, que sin duda no esperaba una resistencia tan tenaz, retempló los ánimos de los patriotas, que se rehicieron no obstante los serios destrozos causados en las baterías por los cañones pesados de la escuadra y, sobre todo, por las balas explosivas a espoleta de los buques franceses.

Pero la mayor desazón que pudieron experimentar en aquellos decisivos instantes los denodados ocupantes de las baterías, no fué el recrudecimiento del fuego de los atacantes, sino la certeza de que no podrían proseguir la de-

fensa hasta la noche por la falta de municiones, pues las que esperaban habían sido capturadas por el enemigo en el río Paraná.

El combate proseguía con furor por una y otra parte, notándose en la escuadra atacante —apoyada en su enorme superioridad — el vehemente deseo de silenciar las baterías a toda costa y romper la obstrucción para poder maniobrar con mayor libertad aguas arriba del río. Algunos buques concentraron el tiro sobre el bergantín "Republicano" y los tres lanchones que defendían la obstrucción, siendo éstos hundidos hacia las 12 horas. El bergantín, concluidas las municiones, fué hecho volar por su comandante, bajando a primera orilla los tripulantes que pudieron hacerlo a reforzar las baterías, ante el estupor de las tripulaciones bloqueadoras.

Poco después el vapor "Firebrand", próximo a la obstrucción con el "Fulton", destacó tres embarcaciones, una de las cuales ocupada por su propio comandante, capitán J. Hope; y bajo la protección de estas naves, en un acto temerario, consiguió cortar las cadenas a martillazos sobre un yunque montado ex profeso en su lancha.

Rotas las cadenas, los tres buques a vapor se colocaron aguas arriba y tomaron a la batería "Manuelita" por la parte norte, atacándola con redoblada eficacia, pero su comandante Thorne no cedió un palmo, animando con su ejemplo y con su acción a sus soldados, de los que obtuvo el máximo sacrificio que es posible esperar: morir combatiendo al pie de las piezas antes que rendirse.

La actuación de esta batería fué descollante, pues soportó y contestó el fuego de numerosos buques durante ocho horas.

Hacia las cuatro de la tarde el comandante francés, que había transbordado del "San Martín" a la "Expéditive" por haber sido puesto fuera de combate el primero, resolvió de acuerdo con su aliado iniciar el desembarco, para lo cual se aproximó a la batería "Restaurador", la que con su poderosa artillería y el hecho de escasear las municiones, consiguió silenciar. Poco después aconteció otro tanto con las baterías "General Brown" y "General Mansilla", y sus sobrevivientes se concentraron en las proximidades de la batería "Manuelita", que con Thorne al frente no despreciaba oportunidad de causar destrozos al adversario.

Pero como era enorme la superioridad y lanzada la última bala, el temerario marino-artillero preparaba sus tropas para rechazar el desembarco, en momentos en que cayó próximo a él un proyectil, levantándolo con una gran columna de tierra que le causó la fractura del cráneo y de un brazo.

Algo más tarde (17.45 horas) desembarcó la infantería de marina aliada bajo la protección lógica del fuego de sus buques, y no obstante una carga del general Mansilla a la bayoneta, en que fué herido, y otra del coronel Rodríguez, poco después tomaron por asalto los restos de las baterías y las destruyeron totalmente, excepto la batería "Manuelita", que fué ocupada al día siguiente, no obstante haberse retirado sus defensores. Tal era el respeto que había impuesto al adversario.

Próximo al anochecer fué rechazada una carga de la caballería colorada de Rosas, que pugnó en vano por batir a los marinos, hábilmente desplegados entre los algarrobos, chañares y otros accidentes del terreno.

Como puede notarse, Mansilla, no obstante saberse vencido, no dejó ni un momento de hostilizar al adversario, retirándose ya muy entrada la noche al vivac preparado a una legua de distancia.

PERDIDAS

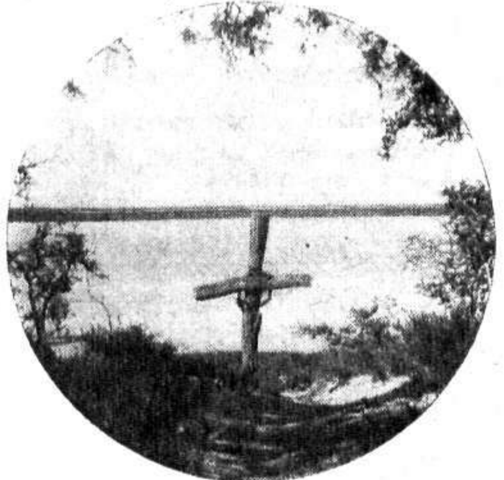
El ataque a la posición, tan hábilmente preparado por Thorne, costó a los aliados numerosas pérdidas materiales y cuantiosas vidas. Su oficialidad debió esforzarse mucho para acallar las baterías de la costa, no obstante contar con 100 cañones y marinería veterana. Y justo es decir que si consiguieron dominar las baterías fué porque a éstas se les acabaron las municiones, de lo contrario el resultado del combate de ese día hubiera quedado indeciso.

El general Mansilla perdió 650 hombres, 18 cañones y algunos lanchones de los que sostenían las cadenas. No se ha establecido aún si perdió alguna bandera, aunque en el Hotel de los Inválidos de París figuren algunas como tomadas en la acción de Obligado, pues no tienen las leyendas y atributos federales de la época.

La escuadra aliada sufrió un gran contratiempo en la "Vuelta de Obligado", y si bien quedó dueña de las aguas no pudo llenar de inmediato la misión encomendada por sus almirantes: "librar la navegación del Paraná a sus barcos", pues diez de los once buques que intervinieron en la acción fueron averiados o puestos fuera de combate.

Sólo quedó intacto el vapor "Firebrand", que remontó el río hasta San Nicolás en misión de reconocimiento.





Lugar donde fueron enterrados los caídos en la acción: alrededor de mil hombres entre argentinos, ingleses y franceses. La cruz fué colocada por Rafael Obligado.

GRAN CONCURSO de "CARAS



"CARAS Y CARETAS" ABRE PARA TODOS LOS LECTORES DE LA REPUBLICA UN **CONCURSO DE PRONOSTICOS** RELACIONADO CON EL DESARROLLO DEL ACTUAL CAMPEONATO PROFESIONAL DE LA ASOCIACION DEL FOOT-BALL ARGENTINO. CADA UNO DE LOS LECTORES TIENE DERECHO A ENVIAR LA CANTIDAD DE CUPONES QUE CREA CONVENIENTE, DE ACUERDO SIEMPRE A LAS SIGUIENTES

BASES:

A) Recibirá un premio de MIL PESOS MONEDA NACIONAL el que acierte los nombres de los clubs que ocuparán los cuatro primeros puestos — en orden de colocación — en la tabla final de posiciones correspondiente a los "teams" de primera división;

B) Recibirá un premio de QUINIENTOS PESOS MONEDA NACIONAL el que acierte los nombres de los clubs que ocuparán los cuatro primeros puestos en la tabla de posiciones de la primera rueda, correspondiente a los "teams" de primera división;

C) Recibirá un premio de DOSCIENTOS PESOS MONEDA NACIONAL el que acierte el nombre del jugador que será "scorer" del campeonato de 1935;

D) Recibirá un premio de CIEN PESOS MONEDA NACIONAL el que acierte el nombre del jugador que será "scorer" de la primera rueda del mencionado campeonato;

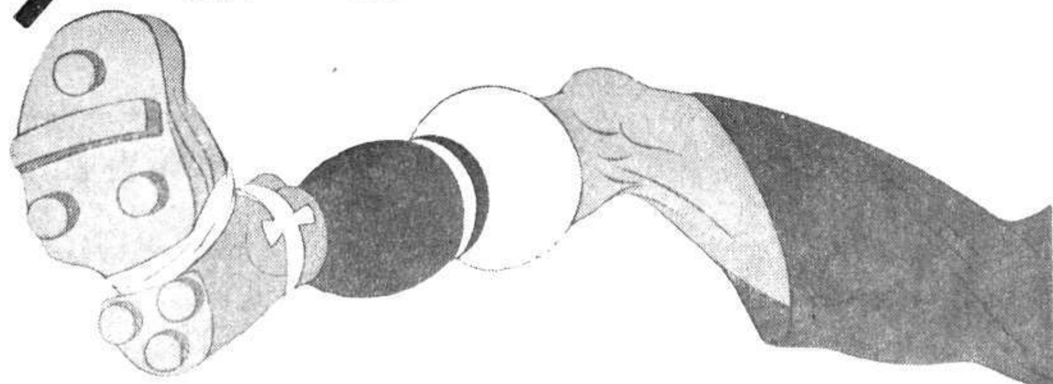
E) Los premios son indivisibles y, en caso de empate, se sortearán en acto público los pronósticos iguales, para lo cual el cronista deportivo de CARAS Y CARETAS habrá numerado cada uno de los cupones;

F) En caso de que varios clubs empataran en la tabla de posiciones, se tomará en cuenta para el orden de colocación en la misma el número de goles a favor de cada "team", después de deducidos los goles en contra;

G) Los pronósticos relativos a la primera rueda sólo podrán ser remitidos hasta el día de la realización del 12º partido de la misma, inclusive;

H) Los pronósticos relativos a la posición final del Campeonato sólo podrán ser remitidos hasta el día de la realización del 10º partido de

FUTBOLISTICO y CARETAS"



la segunda rueda inclusive, los mismo que los pronósticos referentes a los "scorers";

I) Para que el voto tenga validez, el votante llenará, con letra clara y sin omitir nombre, dirección y fecha, el cupón correspondiente y lo remitirá, bajo sobre, en la siguiente forma: CONCURSO DE FUTBOL DE "CARAS Y CARETAS", CHACABUCO Nº 151, CAPITAL FEDERAL;

J) El jurado encargado de distribuir los premios estará integrado por un representante de la Asociación del Foot-ball Argentino, por el cronista deportivo de CARAS Y CARETAS y por el escribano público designado para levantar el acta.

K) Además de los premios establecidos, se otorgará una placa al club cuyo "team" resulte vencedor en el Campeonato de 1935 y una medalla de oro al "scorer" del mismo Campeonato.

CUPON

Gran concurso futbolístico de "Caras y Caretas"

Al finalizar la primera rueda del Campeonato de la Asociación del Foot-ball Argentino, la posición, en orden, de los cuatro "teams" de primera división que ocupen los primeros puestos será la siguiente:

1º ______________________

2º ______________________

3º ______________________

4º ______________________

Fecha ______________________

Nombre ______________________

Dirección ______________________

Será "scorer" de la 1ª rueda:

____

Fecha ______________________

Nombre ______________________

Dirección ______________________

A fin de facilitar la clasificación, se ruega firmar en ambas partes.



CUPON PINERAL

Gran concurso futbolístico de "Caras y Caretas"

Al finalizar la primera rueda del Campeonato de la Asociación del Foot ball Argentino, la posición, en orden, de los cuatro "teams" de primera división que ocupen los primeros puestos será la siguiente:

1º ______________________

2º ______________________

3º ______________________

4º ______________________

Fecha ______________________

Nombre ______________________

Dirección ______________________

Será "scorer" de la 1ª rueda:

____

Fecha ______________________

Nombre ______________________

Dirección ______________________

A fin de facilitar la clasificación, se ruega firmar en ambas partes

EL GRAN APERITIVO

Anuncia a todos sus consumidores que habiéndose adherid al "Gran Concurso Futbolístico de "Caras y Caretas", in tituye otros premios iguales a los que otorga la revista, o se

UN PREMIO de **1000** pesos moneda nacional.
UN PREMIO de **500** pesos moneda nacional.
UN PREMIO de **200** pesos moneda nacional.
UN PREMIO de **100** pesos moneda nacional.

Además, agrega CINCO premios especiales que se otorg rán a la terminación del Concurso, a las cinco personas q hayan mandado mayor cantidad de etiquetas PINERA computándose la 1ª y 2ª rueda.

Un Primer Premio de $ **500.—**

al que envíe mayor cantidad de etiquetas PINERAL.

Un Segundo Premio de $ **200.—**
Un Tercer Premio de „ **150.—**
Un Cuarto Premio de „ **100.—**
Un Quinto Premio de „ **50.—**

A los que le sigan en orden de cantidades al primer premio.

Esta es la etiqueta que debe despegarse de la botella de PINERAL, para adjuntarla al cupón, y que también puede utilizarse sola, escribiendo claramente al dorso el pronóstico correspondiente.

Las etiquetas y cupones deben remitirse a "Caras y Caretas" Chacabuco 151 - Buenos Aires.